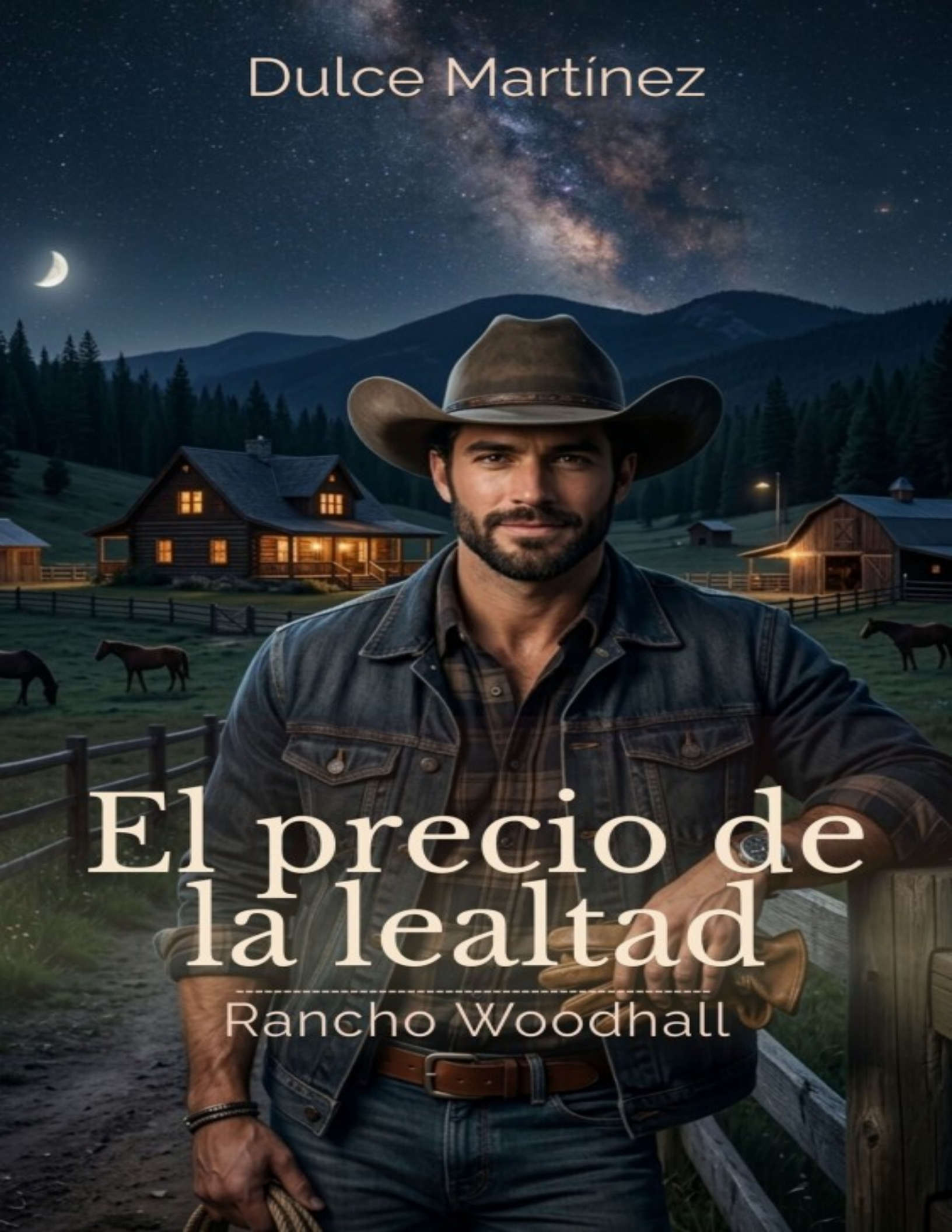

Dulce Martínez
El precio de la lealtad
Rancho Woodhall

EL PRECIO DE LA LEALTAD

Rancho Woodhall 3

Dulce Martínez

ÍNDICE

Tabla de contenido

Índice
TEXTOS LEGALES
1. ANITTA
2. JOHN
3. ANITTA
4. ANITTA
5. JOHN
6. ANITTA
7. ANITTA
8. ANITTA
9. ANITTA
10. ANITTA
11. JOHN
12. JOHN
13. JOHN
14. ANITTA
15. ANITTA
16. JOHN
17. JOHN
18. ANITTA
19. ANITTA
20. JOHN
21. ANITTA
22. ANITTA
23. JOHN
24. ANITTA

25. JOHN
26. ANITTA
27. JOHN
28. JOHN
29. JOHN
30. EPÍLOGO. ANITTA
AGRADECIMIENTOS

TEXTOS LEGALES

El precio de la lealtad. Rancho Woodhall 3

Dulce Martínez

ASIN:

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros medios sin permiso previo y expreso de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual recogida en los artículos 270 y siguientes del Código Penal.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en la presente obra son ficción y cualquier semejanza con personas o hechos reales es pura coincidencia.

Gracias por comprar esta novela. Puedes ponerte en contacto conmigo a través de mi correo electrónico dulcemartinezwri@gmail.com o de mis redes sociales.

1. ANITTA

Reconocí su espalda ancha antes de que Vera hubiese pagado los nachos y el humor me cambió al instante.

No es que estuviese haciendo nada raro. Solo hablaba. Con una mano apoyada en la valla de madera y metal que separaba la zona de exhibición del resto del recinto y la otra en el bolsillo en un gesto que le había visto hacer mil veces. Y Mary Helen se lo comía con los ojos. Sacudía su espesa melena castaña, que le llegaba casi hasta la cintura, con una sonrisa demasiado deslumbrante sin dejar de mirarlo. Y le tocaba el brazo como si volviese a tener el derecho a hacerlo. Otra vez.

Diez días.

Solo habían pasado diez días y ya tenía sustituta.

—Ya es la tercera que pregunta por lo mismo —murmuró Vera, poniendo los ojos en blanco.

Alargué la mano para robarle una de las bandejas de comida y me giré hacia la señora Grass.

No necesitaba que me diera más datos para saber a qué se refería. Trabajaba en la cafetería más popular del condado y, en los últimos diez días, Strokeville parecía sumido en el día de la marmota. Teníamos las mesas más abarrotadas que nunca; mi jefa estaba encantada y yo estaba harta de todo, excepto de las propinas. Aunque lo entendía. Me había mudado al pueblo dos semanas antes de cumplir los diecisiete y, en esos trece años, no había sucedido nada relevante. Un turista que había aparecido fumado y en pelotas en el Pico de los Álamos. Las típicas peleas entre borrachos que

coincidían con el rodeo anual o los conciertos del Willow. Un viejo que perdía la cabeza, se subía a un roble y luego no podía bajar. Cosas así. La gente todavía comentaba cuando pillaron al del taller con la mujer del antiguo sheriff, y de eso debía hacer cuatro o cinco años.

Así que, solo unos meses después de que alguien intentase cargarse a la veterinaria local, que disparasen contra el sheriff era toda una noticia. Dinamita. Y que todavía quedasen Rangers investigando en el pueblo era el súmmum. Las cotillas profesionales estaban más que encantadas inventando y buscando nueva munición. Esa mujer, al igual que el resto del ejército de chismosas del que formaba parte, ya tenían mesa fija en el Sally por si era capaz de sonsacarme algo de nuestra nueva amiga.

Me giré con mi sonrisa más profesional y fingida.

—No, señora Grass. Darrell no ha venido con nosotras porque está fuera. Por trabajo. ¿Recuerda que se lo conté esta mañana?

La mujer se pasó la mano por la pechera, mascullando algo sobre la mala educación y que la juventud ya no era como la de antes. Vera soltó una carcajada baja y yo le clavé el codo en las costillas mientras intentaba aguantar la chapa con compostura hasta que volví a distinguir su perfil entre la multitud.

No importaba que el sombrero vaquero le cubriese la mitad del rostro, que estuviese al otro lado de las vallas o que su vestimenta de vaqueros desgastados y camisa arremangada fuese calcada al del resto de los hombres menores de ochenta años reunidos allí.

Para mí, era inconfundible.

Y no solo por la forma en que se arqueaba su espalda contra la columna ni por los mechones castaños rebeldes que se escapaban del sombrero. Era porque, cada vez que estaba cerca, reaccionaba como un anzuelo cuando tiran del sedal. Solo que yo seguía reaccionando, aunque todo se hubiera roto.

Me despedí con una excusa torpe y me refugié en la barra improvisada a un lado de las gradas, intentando aumentar la distancia.

—Gracias por venir —dijo Isabella, jugueteando con la larga trenza, con la vista puesta en la pista—. En serio.

—Como si tuviésemos un plan mejor —contestó Vera colocándose entre las dos.

Puse los ojos en blanco porque casi la había arrastrado hasta allí y las tres lo sabíamos. Vera y yo no éramos muy fans de los rodeos ni de los caballos a pesar de vivir en un pequeño condado ganadero del corazón de Texas. En cambio, a Isabella los caballos se le daban mucho mejor que las personas. Por eso era una entrenadora tan buena, aunque solo tenía veinticinco. Y quizá fuese también el motivo por el que no había sido capaz de pedirnos que la acompañásemos a la exhibición del torneo de barriles a pesar de haberlo nombrado varias veces durante el desayuno del jueves. Uno de los potros más jóvenes que entrenaba en el rancho Woodhall se estrenaba esa tarde. No era una competición oficial, pero iba a ser la primera vez tanto del caballo como de la jinete e Isabella parecía un poco ansiosa, así que me dio la impresión de que le vendría bien un poco de apoyo moral.

Como había dicho Vera, tampoco teníamos nada mejor que hacer. Y cuando se lo propuse me había parecido un plan inocente y más seguro que quedarme en mi estudio pensando.

Estaba claro que me había equivocado.

Algo que últimamente era habitual en mí.

No me di cuenta de que había refunfuñado en alto hasta que mi mejor amiga me apuntó con la barbilla y el cabello rubio claro se le escapó de detrás de la oreja.

—Deja de mirarlo.

Como si fuera posible.

Exhalé y me pegué a la barra vacía para posar la bandeja.

—¿Por qué te molesta tanto? —Estaba claro que no había disimulado lo suficiente.

—¿En serio? —señalé con discreción hacia donde estaba John ligoteando con Mary Helen—. Porque solo hace diez días que lo dejamos. Y míralo cómo sufre.

—Pero si lo dejaste tú.

Si no llevase media vida siendo mi mejor amiga en ese momento la hubiese lanzado al otro lado del vallado. La miré de reojo y agarré un taco.

—¿Y? ¿Ahora tengo que ser consecuente todo el rato? ¿O estar hecha de mármol? A lo mejor me agobié un poquito pensando que me iba a dar la patada, como todos, y preferí adelantarme por una vez. Solo quería darle un ultimátum y … —resoplé y le pegué un mordisco a la comida porque no quería terminar esa frase y decir en voz alta que me había salido mal—. Sabes tan bien como yo que no sé ser tan fría y aséptica como tú.

—Alguien ha estado leyendo el diccionario en vez de repasar mis apuntes de contabilidad financiera. —Vera arqueó una ceja—. O quieres estar con él o no quieres estar. Aunque ya sabes lo que opino de los hombres en general…

—Y quiero, pero cuando se lo pregunté de frente me pidió «tiempo». ¿Qué querías que hiciera? —Isabella abrió la boca para aportar algo, pero Vera no la dejó ni empezar con un codazo seco y un «ni de coña» entre dientes. La entrenadora boqueó un par de veces alternando la vista entre las dos hasta que se decidió a hablar:

—Era una opción…

Solté una risa vacía y dejé caer lo que me quedaba del taco de nuevo en la bandeja de cartón.

—Como no estudiaste aquí no lo sabes, pero esa excusa ya me la tragué con Connor al terminar el instituto y el tiempo que le faltó fue para tirarse a toda la que se le puso por delante. Y no me va a volver a pasar.

—No es lo mismo —murmuró Isabella recorriendo las gradas con la vista —. No conozco a tu ex, pero Gaby siempre dice que John es un buen tipo.

Elevé los ojos al cielo a modo de plegaria. No estaba de humor para esta conversación mientras de fondo podía distinguir la mano de Mary Helen sobre el pecho de John. Casi podía escuchar su risilla tonta a pesar de la distancia.

—A Gaby casi se la carga su mejor amiga un par de veces y sale con un Woodhall; yo no me fiaría tanto de su criterio.

—A ti también te caía bien hasta que te conté lo que estaba pasando —contraataqué de manera irracional cuando esa burrada la había soltado para zanjar el tema.

Su cara se contrajo y sentí un aguijonazo por dentro. Se echó el cabello al otro lado de la cabeza y mientras me pasaba la mano por el brazo para reconfortarme, durante un segundo sus grandes ojos azules me analizaron con pena. Llevaba siendo mi mejor amiga desde que mi familia se mudó a Strokeville; fue fácil encajar porque teníamos demasiadas cosas en común, aunque yo no tenía ni su fuerza ni su tesón. Le palmeé la mano antes de que la apartase y desvié la vista hacia la multitud que empezaba a agruparse en las gradas. Había familias que habían venido de otros condados, dulces de maíz y música sonando por los altavoces, pero era incapaz de contagiarme del espíritu general y odiaba estar estropeándole la tarde al resto con mis tonterías.

Su dedo se hundió con delicadeza en mi brazo hasta que me giré hacia ella.

—John me caía bien, pero tú vas primero así que… que le den. E Isabella también tiene parte de razón —le concedió volviéndose para incluirla en la conversación porque se había quedado un poco aparte—. No es lo mismo porque aquel ex tuyo era un imbécil integral y no teníais ni veinte años. —Negué y las dos nos miramos con complicidad justo antes de que arrugase el ceño y se pusiese de puntillas como si no fuese lo suficientemente alta—.

Un momento, vuelvo en cuanto pueda, pero no quiero que se me escape.

Giré la cabeza para seguir su estrecha espalda yendo en dirección contraria al resto de la gente. No pude evitar poner los ojos en blanco al verla abordando a Carsson.

—¿Qué hace? ¿No sabe desconectar nunca?

Sonreí sacudiendo la cabeza con nostalgia. Desde que la conocía era así: tenaz, cabezota y obsesionada con que las cuentas cuadrasen. Era normal con todo lo que había vivido, pero difícil de explicar sin remover esas partes del pasado que Vera no solía nombrar.

—Hasta que empezó a llevarle la contabilidad a tus jefes, la ferretería de Carsson era su mejor cliente. El primero que confió en ella de verdad y se siente muy comprometida con su trabajo y el negocio.

—Ya, pero es fin de semana y estamos en una exhibición.

Le devolví la mueca porque Isabella era igual de obsesiva con su trabajo que mi amiga, no como yo. No se me iba la vida en servir desayunos y almuerzos por mucho que lo necesitase para pagar las facturas. Bajé el tono y caminé incapaz de sacar los ojos de la mano morena y larguirucha de Mary Helen que cada poco se colgaba del que había sido mi novio durante casi seis meses.

—Una empleada de la ferretería no está enumerando o rellenando bien las facturas, o algo así, y Vera está de los nervios con eso. Como si fuese a venir la DEA o la INTERPOL a por ellos porque alguien se olvidó de marcar unas tuercas.

Intenté sonar divertida, pero por el brillo de sus ojos supe que no lo había logrado. Isabella se pegó a mi costado y miró hacia arriba.

—Gracias por convencerla para venir cuando no te apetecía.

Me encogí de hombros.

—Ya te lo dijo Vera: no nos sobran los planes.

Y era verdad. En los últimos tiempos eran muy limitados. Trabajar. Estudiar. Pensar en John.

Y volver a empezar.

—¿Estás segura de lo de…? —No terminó la frase ni hizo falta. Su barbilla cuadrada apuntaba hacia lo único que era incapaz de perder de vista y apreté los labios—. Quizá necesitaba ese tiempo de verdad.

Miré hacia él sin disimulo.

Mary Helen se inclinó hacia él. Sonrió. Se colgó de su brazo.

Me obligué a bajar los párpados porque el aguijonazo me hizo sentir ridícula.

—No he sido monja antes de él precisamente —dije en voz baja—. Andaba raro, quedaba menos y estaba más callado. He estado con los tíos suficientes como para saber cuándo han perdido el interés en mí y John…

Como si lo hubiese invocado al nombrarlo, John Buttler levantó la vista.

Casi como si hubiese podido escuchar mi susurro desde la otra punta de la plaza abarrotada de gente. Giró la cabeza y su rostro se tensó cuando sus dulces ojos verdes se encontraron con los míos. Y el escalofrío me bajó por la espalda igual que siempre recordándome cuánto había extrañado esa sensación. Se llevó dos dedos al ala de su sombrero favorito para saludarnos discretamente y le devolví algo parecido a una sonrisa que no pude sostener mucho tiempo.

Mary Helen volvió a tocarlo. Recordándome que ya no era mío. John se inclinó moviendo los labios y ella se echó hacia atrás riéndose a carcajadas.

Tuve que apartar la mirada.

Isabella me apretó el antebrazo con suavidad hasta que bajé la vista hacia ella. Con la mano libre señaló al poste y ahí fui

consciente que la voz de mujer que resonaba por los altavoces enumeraba una lista de nombres.

—Han dicho el nuestro, vamos.

Cuadré los hombros y la seguí sin quitármelo de la cabeza. Para cuando llegamos al recinto vallado donde se iba a llevar a cabo la exhibición, Isabella se pegó un poco más a mí con las mejillas sonrojadas y retorciendo su gruesa trenza caoba y me tensé. Era un gesto que hacía cuando estaba a punto de decir algo que no estaba segura de que la otra persona quisiera escuchar.

—¿Qué?

Jugueteó un poco más con la trenza antes de lanzarla tras el hombro.

—Te sigue gustando.

No era una pregunta. Así que tampoco tenía sentido esquivar la respuesta. Me limité a asentir con la mirada perdida en el centro de la pista en la que varias personas colocaban los barriles en las posiciones correctas. Isabella Blackhorn podía caerme bien, pero hasta Vera había necesitado la ayuda de una botella de ron para arrancarme que lo que sentía por John era algo más que solo *gustar*. Me había fijado en él hacía años y ahora, después de haber estado con John, dudaba que lo pudiese olvidar tan fácilmente.

Isabella seguía observándome, esperando algo más.

—Pensaba que me había visto de verdad.

—No hay nadie en todo Strokeville que no se haya fijado en ti o en Vera.

Lo segundo era verdad. Mi mejor amiga tenía más pinta de modelo que de hacer la contabilidad y era frecuente que los hombres la mirasen sin acercarse. En cuanto a mí… Se me escapó un suspiro resignado y me llevé la mano a uno de mis moños para reforzar lo que estaba a punto de decir.

—Me refería a la Anitta que soy por dentro, no en «la de las mechas de colores», que es en lo que todos se fijan. —No me

importaba que la gente se quedase con una imagen alocada y despreocupada de la camarera mona que no se enteraba de nada; muchas veces lo alimentaba, pero igual esta vez me había jugado en contra—. O me equivoqué en eso o me equivoqué al dejarlo.

Isabella abrió la boca, la movió sin que saliese ningún sonido y la cerró. En el centro de la pista vi a un caballo de pelaje oscuro como el chocolate levantar las patas, inquieto, mientras su jinete saludaba a las gradas. Me callé para dejarla disfrutar del ejercicio, pero ella me animó a continuar con un gesto de la mano. Hundí el cuello sin mucho más que decir.

—Soy impulsiva, me precipito y, muchas veces, la fastidio. Así me va. —Me callé y un segundo después añadí—. Y él tampoco se ha quedado de plañidera en su casa.

Isabella se volvió hacia mí después de que el caballo esquivase el último barril con el tiempo del circuito parpadeando en el cronómetro de la pared.

—Tú tampoco. Y se te olvida decir que eres atrevida y muy observadora.

Enarqué las cejas y ella apuntó a los moños.

—Yo nunca sería tan valiente como para hacerme algo así y en ti se ve increíble.

Se me escapó una carcajada cargada de cinismo.

—Es un cebo, nada más. Mientras me juzgan por *esto* —reforcé apretándolos con saña— no me critican a *mí*.

A Isabella se le cayó un poco la mandíbula y para cambiar el ambiente le guiñé un ojo con descaro. Era normal que ella también se hubiese confundido conmigo porque tampoco nos conocíamos tanto. Reconocí el chiflido a mi espalda y levanté el brazo desde antes de girarme para guiarla hacia nosotras e Isabella me imitó poniéndose de puntillas para apenas llegar a mi altura. Y entonces se giró pegándose más a mí.

—Debes estar perdiendo facultades con eso de estar de bajón —susurró a toda velocidad— porque no te has dado cuenta de nada. Habla con John.

—¿Para qué? ¿No lo has visto, lo bien que se lo pasa?

—Pues sí y por eso mismo lo digo. No la ha tocado ni una sola vez; ni antes de que llegases tú. Y eso que ella no ha parado de intentarlo.

Bajé los brazos, me incliné para mirarla con atención y se le escapó una risita.

—Yo también me fijo en muchas cosas. John está muy callado en el rancho. Trevor no para de decir que está raro y te culpa a ti. Bueno, a los dos. Los Woodhall creen que se ha tomado muy mal la ruptura y… bueno, si tú dices que estaba raro de antes quizá lo que le pasa es otra cosa. Por intentarlo tampoco pierdes nada.

Abrí la boca sintiéndola completamente seca y sin saber bien qué decir.

No porque dudase de ella. Se llevaba genial con Bill, el tío de sus jefes, y seguro que los había escuchado sin que ellos notasen que estaba allí.

—Atenta, que ahora sale Cantimplora —indicó señalando la pista en la que entraba un caballo bayo. La observé como un pasmarote en vez de enfocar a la pista y con sus palabras repitiéndose en mi mente sin que mi amiga la entrenadora se percatase de nada porque ella en su cabeza también estaba muy lejos. Probablemente en medio de la pista, por la mirada orgullosa y complacida que le dedicaba al jamelgo.

Llevaba semanas convencida de que John estaba raro conmigo porque había perdido el interés en mí y que por eso se mostraba distante y reservado. Pero ahora Isabella había cambiado el foco de sitio. Y no tenía ni idea de a qué apuntaba. John Buttler llevaba a los treinta y cuatro la misma vida que a los veintidós: su familia, sus amigos y su trabajo en el rancho Woodhall. El último gran hito de su vida fue ser ascendido a capataz. Tampoco tenía

problemas sentimentales porque no había vuelto a salir con nadie en serio desde aquella ex que lo traicionó y que todavía llevaba tatuada a la espalda. Hasta que llegué yo. Seis meses juntos.

Seis.

Y no tenía ni idea de qué le podía haber pasado para pegar ese cambio y no decirle nada a nadie.

Ni siquiera a Trevor. Su jefe. Su mejor amigo. Salvo que fuese por algo del rancho y sintiese que no se lo podía decir.

Sacudí la cabeza descartando la idea tan rápido como llegó. John nunca haría nada que pusiese en peligro ni su trabajo ni el rancho porque estaba muy orgulloso de todo lo que implicaba.

—¿Me he perdido algo, chicas? —preguntó Vera apoyándose a la izquierda con la respiración sofocada.

Parpadeé un par de veces sorprendida porque casi me había olvidado de ella. Abrí la boca para reproducir las palabras de la entrenadora, que seguía concentrada en la exhibición de barriles, y la volví a cerrar. Me negaba a ilusionarme o a pensar en John de otra manera diferente a la de los últimos días hasta que tuviese algo más.

Sacudí la cabeza.

—Me contaba algo que le escuchó a los Woodhall.

Vera puso los ojos en blanco antes de mirar hacia la pista de tierra mientras me contaba el resultado de su conversación con el ferretero que en ese momento no me podía interesar menos. Volví la cabeza hasta que me dolió el cuello para buscarlo donde antes, pero ya no estaba. Mary Helen seguía allí conversando con el vaquero de su derecha mientras que su asiento ahora lo ocupaba otra persona a la que no conocía. Y, aun así, seguí mirando hacia allí, al lugar donde John había estado preguntándome si de verdad me había pedido tiempo para solucionar algo que no se había atrevido a compartir conmigo o si simplemente había sido una frase hecha mientras empezaba a construir el suyo sin mí.

2. JOHN

Llevábamos tanto tiempo en silencio que el motor de la camioneta se me hacía demasiado ruidoso. Trevor llevaba una mano en el volante, la otra sobre el borde de la ventanilla y el ceño fruncido desde que salimos del rancho. No parecía enfadado, más bien otra cosa. Con todo el trabajo que se nos acumulaba últimamente, lo más probable sería el cansancio.

El paisaje que nos rodeaba durante el trayecto era tan familiar como el de la granja de mi tío Oliver, si no más. Las vallas de madera y de metal que separaban unos terrenos de otros, los campos abiertos, las zonas terrosas, los árboles que marcaban el límite de la propiedad junto a la montaña y el fino polvo terroso que levantábamos al circular.

Me lo sabía de memoria. Llevaba recorriéndolo desde antes de empezar a trabajar en el rancho; desde que Trevor y yo nos hicimos amigos en la escuela con apenas siete años y me invitaba a pasar las tardes con él y su hermano. Mi madre y yo vivíamos en una casita pequeña pegada a la propiedad de mi tío y el impacto al recorrerlo por primera vez había sido tremendo. Y eso que, en aquel momento, el rancho no era ni la mitad de imponente que ahora.

Pero para el niño que era en aquel entonces, acostumbrado a pasar los ratos libres en la vieja granja de los abuelos que heredó el tío y que era incapaz de poner a punto porque era demasiado trabajo para un solo hombre, ver el rancho Woodhall lleno de hombres en camionetas o a caballo, construcciones bien conservadas y terrenos hasta más allá de donde me alcanzaba la vista había sido algo difícil de explicar al llegar a casa.

Fue la primera vez que pensé en convertirme en un vaquero.

No lo dije en alto, pero la idea se me quedó dentro mucho tiempo. Durante años, veía a aquellos cowboys cargando con las cuerdas y los martillos, al padre y al tío de Trevor llegando a casa con aspecto cansado, la tierra pegada a la frente por el sudor y una expresión orgullosa al contarnos lo que habían hecho ese día y me imaginaba a mí mismo formando parte de ese equipo. Ser parte de algo que era mayor que cada uno de sus miembros y que ya en aquel momento era uno de los principales motores económicos de Strokeville que hasta el cura nombraba en los sermones del domingo.

—¿Viste el debut de Cantimplora? Fue mejor de lo que esperábamos. Isabella me dijo que te vio en las gradas.

—No. —La respuesta me salió más rápida y seca de lo que pretendía y su mano se contrajo sobre el volante. Me obligué a suavizarla añadiendo algo diferente a que, si me había fijado en Bella, fue solo por quién la acompañaba—. Me fui un poco antes de que empezase su ronda.

Casi habíamos llegado.

Tampoco íbamos tan lejos, pero se me estaba haciendo eterno.

—Pues se quedó muy satisfecha. La amazona es novata, pero tiene madera y ha sabido hacerse con Cantimplora bastante rápido. Fue una suerte dar con Isabella para el rancho. —Sus dedos repicaron inquietos contra el volante un instante demasiado largo—. Me comentó que fue con Anitta.

Me obligué a encoger los hombros y contestar con un escueto:

—Ya.

Su expresión se agrió a la vez que asentía y un silencio denso nos invadía; uno muy diferente al que acostumbrábamos porque ya no era cómodo. Sus labios se apretaron en una línea fina y mi estómago se revolvió en consecuencia, así que me forcé a mirar al

frente. A las montañas del fondo, que no me juzgaban. Al menos, no tanto como yo. Porque llevaba meses con este sentimiento amargo reconcomiéndome por dentro cada vez que veía a mi jefe.

A mi mejor amigo.

Y solo era culpa mía.

Redujo la velocidad antes de llegar al destino, al acercarnos al cercado del suroeste. Apuntó con la barbilla hacia la derecha mientras que maniobraba la furgoneta.

—Ayer vi algo raro en la cámara de ese grupo de vallas. Baja a comprobar esos postes mientras hago una llamada.

Lo dudaba, pero me bajé a toda prisa. Lo de la llamada era una excusa para darme algo de espacio y se lo agradecía porque necesitaba salir del habitáculo. Tenía que dejar atrás esa molestia, aunque fuese de manera momentánea. Calmar los nervios con el aire frío que bajaba de la montaña a esas horas tempranas de la mañana. Me calé el sombrero hasta las cejas y caminé despacio hasta la valla, aparté los palos caídos y la maleza con el pie y me agaché para comprobar que todo estuviese correctamente.

Lo estaba.

Contuve una sonrisa amarga. Lo único raro que había visto Trevor en el rancho en esos últimos días era mi comportamiento, porque llevaba meses así, extraño con todo el mundo.

Muchas cosas habían sucedido en Strokeville en los últimos meses. Demasiadas. La mayoría, afortunadamente, ya se habían solucionado y el resto de la cuadrilla o de los vecinos no parecían afectados. Como si ni se acordasen. Pero algo en mí había cambiado. Desde el primer ataque, aquel acto vandálico a la clínica veterinaria, me sentí abrumado y confundido. Llevaba en Strokeville toda mi vida. Un sitio perfecto para vivir tranquilo en el que todos nos conocíamos. Ver lo que le hicieron a la clínica primero y a Gaby después me hizo sentir que teníamos el enemigo infiltrado en casa, que alguien no era lo que parecía si podía cometer ese tipo de brutalidades.

Y, sin querer, había empezado a darle importancia a cosas que antes no se las daba.

A desconfiar.

A pasarme de suspicaz con cualquiera sin necesitar muchos motivos.

Había llegado a sospechar de cualquier vecino al que le viese un comportamiento que me pareciese un poco fuera de lugar porque examinaba cada acto con lupa. Sospeché de la viuda Miller por verla varios domingos por la noche pasando por detrás de mi casa; de Bud, el veterinario de Mason que sustituía a Gaby, por una discusión absurda sobre unas vitaminas para caballos; de Greg Jameson porque cuando alguien le preguntaba a sus trabajadores por Green, su antiguo trabajador detenido, tanto él como sus empleados cambiaban de tema con demasiada rapidez; o de Aaron Jackson cuando empezó a pagar las deudas en efectivo.

Y de mis primos, por supuesto.

Aunque, en general, eso no lo contaba porque lo llevaba haciendo media vida para evitar que se metieran en líos. Y más desde que el año pasado los vi sacando a escondidas varios sacos de pienso de uno de los establos del fondo y metiéndolos en la jaula cerrada de la pick up de Rhenton. Y aunque acerté con alguna de mis sospechas, lo único que me reconfortó un poco fue que ninguno de mis vecinos fue el responsable del caso de agresión cuando se resolvió.

La sensación de alivio cuando Bill Woodhall, el tío de mi mejor amigo, me lo contó mientras guiábamos juntos a la yeguada fue inmediata y tan honda que tuve que esforzarme por no echarme a reír a carcajadas. Strokeville seguía siendo el buen pueblo de siempre, tranquilo y aburrido, donde no ocurría casi nada. Mi hogar. Habíamos vuelto a la casilla de salida.

Pocos días después de que Trevor regresase del hospital con Gaby fui a verlo a su oficina. Ese sitio oscuro y atiborrado de papeles al que los hermanos llamaban «la cueva» y que intentaban evitar

porque preferían estar trabajando con los caballos que encerrados frente al ordenador. Pero desde que Vera Stanway empezó a trabajar para el rancho no había dejado de sermonearnos con la importancia de tener al día la documentación, así que blandí el albarán de entrega y la factura desde antes de cruzar la puerta. Trev inspeccionó la nota brevemente y lo dejó en una bandeja para papeles que hasta hacía un mes no estaba allí.

—¿Sabes que si no los coloco en la bandejita de arriba se cabrea? —bromeó y yo iba a responderle que había sido él quien había decidido meter a Stanway en «la cueva» a pesar de la oposición de su hermano, cuando un brillo me distrajo.

—¿Y esto? —pregunté levantando un CD en una caja sin carátula ni nada anotado—¿Te ha dado por lo retro? ¿O quieres impresionar a tu chica con uno de esos CD románticos que usabas para ligar cuando íbamos al instituto?

En vez de una sonrisa, Trev me devolvió una mueca y se apresuró en quitármelo y esconderlo tras la pila de documentos de la derecha.

—Es el que grabé para Kieran. Uno de sus ayudantes me dijo que lo necesitaban en este formato. No sabes todo lo que me costó encontrar una grabadora de CD. Y, cuando se lo llevé a la oficina mi primo me suelta que así no, que lo quiere en un USB.

Levanté las palmas en una pregunta silenciosa porque no tenía ni idea de lo que decía y Trevor se inclinó hacia adelante.

—¿No te acuerdas? Lo que vio Gaby el día que vino al rancho a atender a Red Smoke por el cólico.

Sabía perfectamente a lo que se refería. Trevor y Jarrad estaban fuera por negocios y su tío Bill y yo nos habíamos quedado al frente del negocio. Ya era noche cerrada cuando tuve que llamar a Bill para que nos ayudase con un problema con la yeguada y, en cuanto llegó, supe que la complicación del semental era algo muy serio solo por su mirada. Y luego me lo confirmó. Red Smoke era el mejor activo del rancho y algo así podía ser mortal para un caballo.

—Recuerdo lo del cólico. Tu tío no dejaba de repetir que tenía que complicarse todo el único día que no estabais. Pero no sé nada más.

Entrecerró los párpados pasándose la mano por la frente.

—¿En serio que no te lo he contado? —farfulló casi para sí mismo.

Giró la pantalla del ordenador hacia mí a la vez que manejaba el ratón. Apenas unos segundos después apareció una grabación de las cámaras de seguridad del rancho. La imagen era oscura, granulada y con baja definición. Eso unido a que el establo que mostraba era uno que rara vez se usaba y llevaba meses pintado de otro color hizo que me costase unos segundos ubicarme.

—Habló con Kieran una vez, antes de lo que le pasó en la cabaña. Le dijo que esa noche le pareció ver algo extraño cuando salió a por suero. En cuanto mi primo me lo dijo busqué las imágenes antes de que me lo requiriese oficialmente.

Asentí sin sacar ojo de la pantalla, aunque no se distinguía nada más que el establo. Tras unos segundos apareció una persona por el lado derecho de monitor, como si viniese desde los campos del sureste, lo que no tenía mucho sentido a esas horas. Apenas un parpadeo después, se sumaron otras dos siguiendo al anterior hasta llegar a la puerta del viejo establo.

—Gaby le dijo que le pareció ver un puñetazo y que podían llevar un arma blanca.

—¿Desde dónde lo vio? —pregunté con más calma de la que sentía —. ¿Desde el establo de Red Smoke?

Trevor asintió sin sacar la vista del monitor.

—Sí, mi chica tiene vista de águila, pero…

Se dejó caer contra el respaldo con fuerza.

Mi cara se arrugó en una mueca amarga.

—No sirvió para nada. Luego a Gaby le pasó lo de la cabaña y…—Se despeinó de un manotazo. Trevor odiaba mencionar lo

sucedido—. No los llegaron a identificar antes y como su caso se cerró supongo que el pen que le di a mi primo estará perdido por algún cajón de su oficina.

Moví la cabeza despacio de arriba abajo intentando sostenerle la mirada como si no estuviese pasando nada cuando el suelo estaba a punto de desplomarse bajo mis pies. Lo primero que sentí al procesar que no habían identificado a esos tres hombres fue alivio. Lo segundo, asco de mí mismo. No existía ninguna razón para que nadie entrase en ese establo viejo, y menos a medianoche. Era un almacén secundario y en desuso. Solo lo empleábamos como refuerzo cuando acumulábamos demasiado grano o forraje y necesitábamos espacio extra donde almacenarlo sin que molestase. Llevaba años escuchando a los dos hermanos discutir si era mejor tirarlo abajo o reformarlo por completo sin ponerse de acuerdo y por eso era el único que seguía vacío y sin sus propias cámaras de videovigilancia, lo que había sido toda una suerte.

No reconocí a los dos primeros.

Pero sabía perfectamente quién era el tercero.

Y eso significaba que casi seguro conocía a dos de los tres. Sin necesidad de volver a ver esa maldita grabación.

Solo había una persona en todo el rancho que caminase con esa leve cojera. O en todo Strokeville, también. Y me extrañaba que ni los Woodhall ni el sheriff la hubiesen reconocido, porque yo no había dudado ni un segundo. Esa manera de andar era un recuerdo del accidente en el que mi tío se quedó sin la moto y su hijo pequeño, Rhenton, casi se quedó sin el pie por escaparse con ella a los dieciséis para fardar con su grupo del instituto.

De eso ya habían pasado varios meses y, por mucho que lo hubiese intentado no había dado con nada que explicase su presencia allí, aquella noche. O que me aliviase en algo la conciencia.

—¡Eh! —La palmada seca en el hombro me sorprendió y tuve que apoyarme en la madera para no caer contra ella—. ¿Estás bien?

Ni me había enterado de que lo tenía detrás.

—Te he llamado dos veces —añadió.

—Perdona, tenía la cabeza en otro lado —respondí y me costó tragar saliva.

Sus ojos verdes y agudos me escrutaron con detenimiento más segundos de lo necesario.

—¿Seguro que estás bien? Si necesitas contarme algo, lo que sea…

«Sí». Desde luego que me pasaba algo. *Algo* que tenía que haberle dicho hacía mucho tiempo.

Pero sacudí la cabeza hasta que dejó la frase a medias.

Y otra vez la misma punzada amarga en la base del estómago en respuesta.

Porque no le había contado lo de Rhenton aquel día en «la cueva». Pero tampoco se lo había explicado después a pesar de todas las ocasiones que tuve. Y cada día la culpa y los remordimientos me picaban más y más. Porque fue Trevor el que se empeñó en darme la oportunidad como capataz pese a tener a otros vaqueros disponibles en el rancho con más experiencia y que codiciaban el puesto. El que me había puesto a la par de su tío en dar órdenes y dirigir al equipo, solo por debajo de él y de Jarrad. El que había confiado en mi criterio respecto a la yeguada y a las crías por encima del de su hermano en más de una ocasión.

Y ahora, después de tantos años juntos, le ocultaba eso.

Y ni siquiera tenía claro que estuviese protegiendo a alguien que lo mereciera, porque Rhenton llevaba metiéndose en líos desde que era un crío y su hermano, mi tío y yo lo habíamos tenido que sacar de varios atolladeros.

Pero abrir la boca tampoco era fácil. Rhenton podía no ser un pan de Dios, pero era mi sangre. De la poca que tenía. La única familia viva que nos quedaba en el estado a mi madre y a mí eran mi tío y mis dos primos. Y nadie más.

Seguí apretando los labios odiando la situación en la que yo solo me había metido por preguntar por el maldito Compac Disc, cuando abrió la puerta de la furgoneta y se giró hacia mí.

—¿Sabes lo que me dijo Jar el otro día, cuando volvimos de arreglar el pozo? — Levanté la vista. La arruga de la frente estaba más marcada que de costumbre—. Que a veces le parece que confío más en ti que en él.

La frasecita me golpeó con más intensidad de la que empleó él en cerrar la puerta y, cuando abrí la del copiloto y entré, la boca ya me sabía completamente amarga.

3. ANITTA

Era tan temprano y hacía tan mal día que la cafetería estaba casi vacía, excepto por las cuatro mesas ya atendidas, así que regresé tras la barra y me llevé una mano a la boca anticipándome al bostezo mientras que con la otra activaba la cafetera. Llevaba mucho sin dormir lo necesario. Demasiado. Y tener que doblar turnos otra vez solo porque Sonia era incapaz de salir un jueves sin liarla y ahora estaba de resaca en su casa mientras yo ocupaba su lugar tampoco ayudaba nada. Pero la jefa me lo había pedido y no pude negarme porque cuando lo necesité siempre me había dado turnos extras y ahora no podía dejarla colgada.

Además, tampoco tenía nada más que hacer.

Estar tirada en la cama fingiendo que no pensaba en *alguien* no se me daba bien.

Estudiarme los apuntes de fiscalidad de Vera sin recordar los dulces ojos verdes del vaquero que no podía sacarme de la cabeza riéndose cuando me preguntaba por mis resúmenes y me inventaba la respuesta, tampoco.

Para eso estaba mucho mejor en la cafetería. Al menos, entre el trabajo y los cotilleos de los clientes me distraía. No mucho. Solo lo suficiente para no pensar en lo de siempre. En por qué era la única que se estaba quedando atrás con su vida mientras el resto de mis conocidos no paraban de dar pasos de gigante hacia adelante. O en si iba a ser capaz de sacarme el maldito curso de administrativa cuando apenas podía asistir a las clases online, con lo cansada que quedaba después esas maratones detrás de la barra. O en si Isabella

tenía razón o había malinterpretado lo que fuera que había escuchado en el rancho.

O en John.

Claro.

Me bebí medio café de un trago para acabarlo y dejé la taza en el fregadero con un golpe seco. Me negaba a dedicarle un minuto de más en mis pensamientos precisamente hoy, solo porque a la mitad de mi cerebro se le hubiese olvidado que ya no era nuestro aniversario.

«Y, a este paso, no lo va a volver a ser nunca, Anitta. Despierta». Refunfuñé, conté hasta tres y levanté los párpados dispuesta a olvidarlo durante la siguiente hora, que era cuando llegaban todos los camioneros que hacían noche en Strokeville.

Y entonces lo vi.

A punto de cruzar la calle, en dirección al Sally's.

Hacia mí.

Mi cuerpo, como siempre, reaccionó antes que mi cabeza y un escalofrío placentero me erizo el vello de la espalda por la expectación. Me puse tan nerviosa que no me llegó con estrujar el mandil hasta que se me deslizó por las caderas abajo, así que me giré para reorganizar las tazas que acababa de colocar un cuarto de hora antes. Yo no era como Cindy, mi jefa, que confiaba a ciegas en lo que fuera que pusiese en su horóscopo, pero *eso* tenía que ser una señal.

Una de las buenas.

Porque John Buttler iba vestido exactamente igual que cuando me pidió la primera cita.

Y venía hacia aquí.

Tuve que contener una risa tonta al pensarlo. Nuestra primera cita. Cualquier purista ni la consideraría así. No hubo ni flores, ni velas, ni restaurante caro, ni falta que me había hecho. Llevaba media vida esperando tener una oportunidad y hasta había

descartado que algún día se fijase en mí lo suficiente como para que, al menos, me sacase a bailar en alguno de los festivales de la zona. Y, de repente, empezó a venir a la cafetería a desayunar. Todos los días. Un día tras otro en la mesa de la esquina del fondo sin mucha más conversación que el «buenos días» de la entrada y llevarse la mano al ala del sombrero a la salida.

Poniéndome de los nervios.

Y un día se acercó a la barra para pedir lo de siempre y me pareció que me intentaba ligar. Algo sutil. Discreto. No como el imbécil de Pedro Stain, que dos minutos después rompió el momento con John con una de sus babosadas. Lo mejor no fue que lo espantase por mí, aunque eso tampoco estuvo mal. Con todo, lo importante fue que, cuando me pidió una cita para ese fin de semana y le respondí que no podía porque tenía que cubrir los turnos de Sonia de nuevo no aprovechó para largarse cuando tuve que salir de la barra a atender la mesa de los Miller. Al regresar allí estaba todavía, esperando sin moverse de la barra. Me desilusionó un poco ver el billete de veinte dólares entre sus dedos pensando que se había cansado al primer intento. Alargué la mano hacia el dinero musitando un «¿te cobro?» y entonces sus ojos sonrieron solo para mí.

—Sí. Aunque en vez de quedarte con la propina podías guardarla junto con lo que sobre del café y sacar algo de cenar para los dos al final de tu turno.

No era más que la hora del desayuno y por un momento mi corazón se estremeció y sonreí. Extendí la mano y rocé su piel sin querer al atrapar el billete. No estaba preparada para la sacudida que sentí hasta que recordé mi horario y respondí un poco menos resplandeciente:

—Salgo a las cinco y tengo que volver para la segunda oleada de cenas.

Su única respuesta antes de que tuviese que ir a atender otra mesa fue guiñar un ojo y prometerme que estaría afuera esperando.

Ni necesité salir de la cafetería para verlo aparcado afuera. Me llevó a un mirador, a uno de esos a los que te llevaban en del instituto cuando caía el sol para intentar meterte mano, pero, en vez de eso, nos sentamos con la bolsa de la cena en la jaula trasera abierta de su furgoneta y hablamos de todo y de nada a la vez. Una cita demasiado cómoda. Tanto que me quedé dormida sobre su hombro hasta que me despertó quince minutos antes de que empezase mi segundo turno y me sentí ridícula por haber desperdiciado mi única oportunidad con John solo por dar una cabezadita. En aquel momento tenía que cubrir demasiados turnos porque otro de los compañeros estaba de baja con un esguince, pero esa excusa no me sirvió para dejar de mortificarme por el desastre mientras volaba entre las mesas de los clientes que cenaban.

Pero John había regresado a la mañana siguiente para desayunar conmigo en la barra y preguntarme si no estaba agotada con ese horario de locos porque él no lo aguantaría.

Y desde entonces habíamos pasado los siguientes seis meses juntos.

Escuché la puerta al abrirse y me giré con una sonrisa enorme que se me fue cayendo a trozos.

Los que habían entrado eran Jameson y dos de sus empleados. Inspiré despacio y me acerqué a ellos. Todavía no había sacado la libreta del bolsillo del mandil cuando volví a ver a John pasando con sus primos. De la mano le colgaba la bolsa de papel que los del Sunrise metían los desayunos para llevar. Los bollos de esa cafetería ni siquiera eran frescos, así que, si había cambiado el sitio del desayuno, no era por la calidad. Rhenton se reía de algo que contaba Oliver mientras que John avanzaba a su lado, impasible, con la vista puesta al frente. Como si se esforzase por esquivarme. Nada de otear la cristalera intentando encontrarme, como hacía hasta que lo dejamos.

—Hola, preciosa. ¿Mueves el culo y nos traes lo de siempre?

Apreté el bolígrafo intentado controlar las ganas de clavárselo en un ojo tanto a Jameson como al baboso de Pedro, que siempre intentaba echarme el anzuelo, y me apresuré a pasar la nota a la cocina para alejarme de ellos.

Cuando se pasó el sofocón de los desayunos me senté sobre una de las cámaras para descansar las piernas, pero tuve que levantarme casi al momento y me arrastré con pasos deliberadamente lentos hasta la mesa maldita con la vista clavada en el precioso color mantequilla de la pared.

El día del debut del potro, Isabella me forzó a considerar otras opciones que no había barajado hasta el momento. Unas que añadían nuevas cartas a la baraja y no las mismas repetidas de siempre en mis relaciones con los hombres y que podía resumir en que se aburrían porque no me consideraban «suficiente». No sabía si la entrenadora de caballos tenía razón, pero en el trayecto a casa me prometí a mí misma averiguarlo porque los primeros meses junto a John habían sido increíbles y me moría por volver a tener algo así.

En cambio, no había logrado averiguar nada de nada.

Carraspeé y levanté la libretita esperando a que pidieran, pero parlotearon entre ellas sin pedir nada. Ignorándome. Sacudí el bolígrafo corrigiéndome mentalmente porque no era cierto. Poniendo la oreja en el Sally's me había enterado de un millón de cosas, como que la viuda Miller tenía un lío con un camionero de fuera del estado que estaba casado o que la mercería estaba al borde de la quiebra por mucho que la señora Silva intentase fardar de lo contrario los domingos a la salida de la iglesia.

Pero de lo que me interesaba, que era John Buttler, nada.

Sobre todo, porque no tenía acceso directo a ninguna fuente directa de información. Jarrad Woodhall llevaba sin cruzar la puerta desde un enganchón muy gordo que tuvo con otro vaquero que se había pasado de sobón con nosotras, y de eso hacía años. Y Trevor Woodhall solo venía cuando había quedado con su capataz y mejor amigo, lo cual significaba que llevaba más de un par de semanas sin

dejarse caer por aquí porque John no había entrado desde que lo dejamos.

Un veto al Sally's Café en toda regla.

En cambio, Mary Helen no había fallado ni una vez desde el día de la exhibición donde la vi con él y no se contenía con los comentarios mordaces ni un poquito. Solían salirle tras una sonrisa cínica como la que me dirigía ahora y rodeada de sus amigas.

—¿Os habéis decidido ya? —pregunté con la sonrisa más falsa que logré.

Sus dos amigas siguieron cuchicheando mientras veían algo en el móvil y Mary Helen se atusó el pelo solo para mí.

—Claro. Y no solo con el desayuno. Tengo planes para el viernes. Con tu ex.

Regina levantó la cabeza de la pantalla con el ceño fruncido.

—¿Pero no estabas quedando con su primo?

Se le cuajó la sonrisa y la otra bajó la cabeza al instante.

—Necesitaba ver lo que se estaba perdiendo, para que lo recordara. Y si es con alguien tan cercano, mejor.

La otra respondió algo entre dientes, pero yo ya no escuchaba fascinada por la revelación. Después de compartir fila con ella el último año de instituto nunca la había considerado nada más que una niñata descerebrada, pero acababa de demostrarme que era mucho mejor estratega que yo.

Y se lo iba a copiar.

4. ANITTA

—¿Puedes explicarme otra vez lo que hacemos aquí?

Puse los ojos en blanco y seguí caminando hasta la barra del Willow Creek Pub, lo más parecido a un pub de moteros que había en varios condados a la redonda, sin soltarle la mano, aunque no hiciera falta. A diferencia de otras veces, el garito estaba casi vacío y con más iluminación de la habitual; igual acababan de abrir.

Quizá fuese demasiado pronto.

—Divertirnos, Vera —respondí sentándome en una de las banquetas—. ¿No te suena el concepto?

—Lo que me suena es que mañana trabajo. Y tú, que empiezas antes que yo.

Me encogí de hombros recorriendo el local con la mirada hasta que me palmeó el antebrazo con saña.

—Que me digas que hacemos aquí o te juro que empiezo a recitar asientos contables hasta que te mueras del aburrimiento.

—Venimos muchas veces, no sé por qué preguntas tanto.

Enarcó tanto las cejas que me costó no reírme, así que me giré hacia Chuck con dos dedos levantados para que nos sirviese las cervezas.

—Solo cuando hay conciertos o estamos borrachas, que es casi lo mismo, y porque no hay otra opción. —Gesticuló tanto que el jersey se deslizó hacia la izquierda dejando el hombro y medio brazo expuesto y ganándose una mirada de apreciación de la mitad de los hombres de la barra sin enterarse—. Empieza a cantar, Ani. —Estiré

la mano para agarrar mi bebida mientras que Chuck se la comía con los ojos—. Vale, pues lo hago yo. Cuenta 570…

—En la cafetería he escuchado que los hermanos Buttler siempre se pasan por aquí una hora o dos antes de empezar la noche —la interrumpí sabiendo que era capaz de hacerme otro de sus exámenes y cargarse la diversión.

Las luces del techo se atenuaron y el reflejo de los neones que había tras la barra tiñeron su cabello, un rubio más claro que el mío, de reflejos fucsias y morados a la vez que sus ojos se entrecerraban como si le costase entender la frase. Imposible, porque todavía no le había dado ni un trago al vaso; solo lo mareaba con la mano. La arruga de la frente se le marcó un poco más antes de abrir la boca.

—¿Y?

No pensaba responder a eso. Lo primero, porque no hacía falta. Lo segundo, porque ni de broma iba a arriesgarme a que alguien me escuchase admitirlo en aquel sitio cuando, por una vez en la vida, había decidido encarar el asunto no tan de frente como de costumbre. Puse una mueca confirmando la obviedad y Vera le pegó un trago largo a la cerveza. Por encima de su hombro vi que los primos de John entraban y se sentaban en una de las mesas negras de los reservados pegados al baño.

—¿Todavía sigues con eso? —Seguí sin responder, espiando a Oliver y Rhenton. Vera se volvió y su boca se crispó al descubrirlos —. Pensaba que ya no querías saber más de él porque pasó de ti y ni siquiera fue de cara al hacerlo.

Tenía razón.

Era lo que le había dicho cuando la había llamado desde mi tartana nada más cortar con John y ella me pidió que fuese a su casa para hablarlo con calma. No dijo ni palabra sobre los disparos en la vieja granja de los Jackson hasta la mañana siguiente, y solo porque lo mencionó su padre mientras desayunábamos.

Así que, si le debía una explicación a alguien, era a ella.

—Isabella me hizo ver las cosas de otra manera el otro día, nada más.

—Porque es una infiltrada que trabaja para ellos —rezongó apartándose el pelo de la frente.

—Como tú.

—No tienes que mencionarlo en cada ocasión. Lo mío es solo por dinero. ¿Qué fue lo que te dijo? ¿Qué ya no quedan hombres que cabalguen así?

Era una idiota. Y también mi única mejor amiga. Le solté un manotazo intentando ocultar la sonrisa negando con la cabeza. Tanto por su pregunta como por la burrada.

—Sabes que lo que tenía con John no era solo… *eso*.

La escuché suspirar a pesar del volumen de la música rock.

—Y también sé que, desde que le pusiste las cosas claras, tampoco se te ha vuelto a acercar y ya han pasado más de dos semanas.

Escuchar la verdad de una manera tan cruda me retorció las tripas.

Me removí incómoda en la banqueta solo consiguiendo que se me subiese la minifalda, así que le metí dos tirones secos para dejarla como estaba.

—Joder, Vera. No soy como tú, no me sale ser rencorosa.

—Pues a mí sí. Parecía distinto, pero, al final, mira: otro capullo más.

—Puede. O puede que Isabella tenga razón. —Vera puso los ojos en blanco con exageración sacándome de quicio. Era mi amiga, pero también podía ser inflexible y, aunque podía ser una cualidad muy útil en algunos momentos, no era lo que necesitaba en este—. Joder, Vera, venga…

—Es que no puedo entender por qué te esfuerzas tanto con lo que te jodió.

—Pues precisamente por eso. —Bajé el tono inclinándome hacia ella—. Porque John significa *algo* y, si hay alguna posibilidad de que salga bien, me gustaría intentarlo antes de rendirme del todo. Apóyame en esto, ¿vale?

Resopló.

Y después asintió con un gesto brusco de la cabeza.

—Vale. Aunque no me gusta la idea. *Odio* que te hagan daño, Ani. —Sus hombros se tensaron, igual que sus finos dedos sobre mi muñeca—. Sabes que si por mi fuera…

Vera era la persona menos dada a las sensiblerías que conocía así que me costó tragar saliva. Ella tampoco llegó a terminar la frase cuando le acaricié el dorso con las yemas. Desde que estábamos juntas, había soltado todo tipo de amenazas contra los idiotas con los que había salido y algunas las había llevado a la práctica, así que podía amenazarlo con cualquier cosa, desde un rayazo en el coche hasta una patada en las pelotas. Yo también lo hubiese hecho por ella, pero no había tenido la ocasión. Odiar a los novios invisibles era casi imposible.

—Lo sé —musité jugueteando con el bajo de la falda.

—A ver, ¿qué te dijo esa entrenadora entrometida?

Sonreí y miré de reojo hacia mi objetivo.

—Que sus jefes creen que John está raro desde hace tiempo. Y que lo sigue estando. Así que, si no se le ha pasado cuando lo dejamos, igual el problema lo tiene con otra persona del pueblo y no conmigo.

—O igual sí que es contigo y con nadie más —gruñó.

El comentario me pareció tan cruel que me enderecé al instante para reclamarle, hasta que me di cuenta de que, en realidad, no me respondía a mí. Hablaba consigo misma. O quizá la flor era para el vaquero de más de metro noventa que tenía a mi espalda, aunque no estaba segura de que desde esa distancia y con la música pudiera escucharla. Pero por algún motivo hoy Jarrad

Woodhall se había acercado peligrosamente a nuestra zona de la barra y ahora se sostenían la mirada.

Alterné la vista entre mi amiga a su jefe porque esto sí que era una novedad. Porque, quitando un par de choque de trenes muy recientes, y todos en el rancho, desde que mi amiga aceptó llevarles la contabilidad los dos llevaban ignorándose años, en el mejor de los casos. Y guardaban las distancias.

Estaba dudando entre esperar a ver qué pasaba o darle un golpecito para recuperar su atención cuando otro vaquero lo hizo por mí, llevándose a Jarrad a una mesa alejada de la barra y Vera los siguió con la mirada hasta varios segundos después de que se hubiesen sentado con el resto de la cuadrilla.

—¿Me vas a decir algún día lo que te pasó con él?

Intentó sonreír, pero su boca continuaba igual de apretada que cuando lo encontró detrás de mí.

—No, mientras pueda evitarlo. —Torció el cuello y le dio una patada a mi banqueta—. ¿Voy a tener que ir yo a hablar con esos inútiles para que nos podamos pirar de una vez de este tugurio o vas tú?

Los hombros me temblaron de la risa y salté de la banqueta.

—Tu estilo es *demasiado* sutil. Me vale con que esperes aquí.

—Como tardes mucho y pida otra copa, la pagas tú.

—Pero si estás deseando largarte. No te pides ni un agua.

—Recuerda que no son como su primo por mucho que se parezcan.

Asentí. Por fuera eran lo suficientemente parecidos como para que alguno los confundiera. Pero esos dos se habían metido en más líos durante el instituto que John en toda su vida. A veces el trabajo de camarera incorporaba algunos superpoderes, como la invisibilidad. No funcionaba todo el rato, iba y venía, pero con muchos de los vaqueros que llegaban al Sally’s agotados tras la dura jornada de trabajo y con intenciones de tomarse un par de cervezas

con sus amigos antes de la cena sí que lo hacía. Después de un rato viéndome pulular tras la barra sin prestarles más atención de la necesaria se les soltaba la lengua, y no solo por el alcohol. Por eso sabía que varios habían tenido problemas con ellos y estaban convencidos de que el único motivo por el que los Woodhall los mantenían allí era por su primo. Era algo que había escuchado más de una vez en los últimos años, pero que jamás le comenté a John.

Él estaba muy unido a su familia, no como yo. Aunque si lo sabía era de oídas. A diferencia de lo que hizo su mejor amigo en cuanto Gaby le dio la oportunidad, John nunca me había llevado con los suyos para que me conocieran «formalmente». Y tampoco había fardado de novia ante el pueblo.

Solté el aire despacio, decidida a dejar ese tipo de pensamientos atrás, pero no funcionó y caminé hacia la mesa del fondo con menos decisión de la que me gustaría. Con mi cabeza volviendo a lo de siempre. Así que me repetí otra vez más que el hecho de que John no se comportase como los novios de mis nuevas amigas no significaba nada malo, aunque me escociese la envidia.

John no era Trevor ni Kieran, ni falta que le hacía.

En la cafetería, con el subidón del momento, aquello a lo que había denominado *plan* me pareció que tenía sentido. Era concreto y sencillo: ir al Willow, fingir que lo pasaba bien, acercarme a sus primos e intentar sonsacarles algo sobre lo que le sucedía a John. Y, si a la primera no conseguía la información, tener un rato cordial y lleno de sonrisas falsas que facilitase una segunda intentona otro día. Me había parecido tan buena idea que hasta me había escapado al baño para mandarle un mensaje a mi amiga.

Pero ya no estaba en el servicio del Sally's y a tope de euforia por haber tenido una mala idea en días. Ahora estaba a apenas dos metros de la mesa de los Buttler y tenía que darle la razón a Vera. Aquello no era un plan y, aún encima, hacía aguas por todos lados. Lo que se me daba bien era hacerme la tonta y escuchar a la gente sin llamar la atención, no sonsacar. No podía unirme a la mesa de

Rhenton y Oliver y confiar en la divina providencia para que los hiciese confesar el secreto de John que me interesaba.

Eso si es que lo había.

Y aunque me moría de ganas por seguir caminando recto y esconderme en el baño, me obligué a desviarme lo suficiente como para saludarlos.

—¿Te has perdido, guapa? —preguntó Rhenton con tono burlón y Oliver soltó una carcajada. Me dieron ganas de hacerles un corte de mangas. En su lugar, sacudí la cabeza y me esforcé en poner una sonrisa casi auténtica—. Lo que buscas no está aquí.

«Menudo idiota». Chasqueó la lengua y dio un trago mientras el mayor esperaba mi respuesta con curiosidad. Se parecían tanto a John que sus expresiones no me eran difíciles de interpretar. Por un segundo lamenté no haberme pedido algo con más voltaje que una cerveza; quizá media botella de ron o todo lo que hubiese en el expositor con graduación alcohólica. Di otro paso con mucha más decisión que antes y apoyé los dedos de una mano sobre el laminado negro.

—Yo creo que sí —contesté intentando sonar tan alegre y despreocupada como si me hubiese bebido medio bar. En mi experiencia práctica al otro lado de la barra, hacerse la tonta y estar medio borracha no se diferenciaban mucho.

—¿Sí?

Me encogí de hombros y tamborileé un dedo sin quitarle el ojo de encima a Rhenton, que era el que parecía llevar la voz cantante.

—Os he visto cuando iba al baño. —señalé la puerta que había a sus espaldas y solté la mentira sabiendo que iba a escucharla refunfuñar todo el camino de regreso—. Bueno, que mi amiga y yo estamos solas y me pareció que vosotros también y…

Oliver alzó la ceja y se bajó el resto de la bebida de un trago mientras que Rhenton oteaba en la dirección en la que había venido.

—¿Stanway? —Asentí, aunque su vista seguía puesta en la zona de la barra—. Puede que esté buena, pero es insoportable con ese carácter que tiene. Así que no.

Me quedé tan cortada que no supe bien qué responder. La línea del ceño de Oliver se marcó todavía más en un gesto idéntico al de mi ex, pero tampoco dijo nada. Permaneció impasible jugueteando con el botellín.

—¿Tú no ibas al baño, guapa? ¿O tampoco aguantas a tu amiga?

Me despegué de la mesa sintiendo la garganta seca y caminé despacio hasta la entrada de los servicios fingiendo dignidad, aunque por dentro temblaba de rabia e inseguridad. Vera tenía toda la razón: eran unos capullos integrales. Me derrumbé contra la puerta del baño y me pasé las manos por la parte trasera de la cabeza una y otra vez intentando calmarme. Lo último que me apetecía en ese momento era salir y enfrentarlos de nuevo porque Rhenton había necesitado muy poco para descolocarme.

Dos frases, nada más.

Menuda estratega estaba hecha.

Conté despacio hasta cinco y me separé de la puerta con muy pocas ganas. Prefería volver con mi amiga teniendo que escuchar alguna variante del «te lo dije» que la siguiente burrada que le apeteciera soltar a ese Buttler. Pero hasta que se me ocurriese otra idea, no me quedaba otra si de verdad quería enterarme de lo que sucedía con John. Trevor Woodhall no lo sabía, de eso ya me había asegurado en los últimos días. Gaby se había hartado de repetírmelo cada vez que le insistía. Y la opción de preguntarle a él directamente no existía.

O no, al menos, hasta que me asegurase de que no iba a llevarme otra decepción. Una terrible.

Solté el aire despacio entre los dientes a la vez que giraba el pomo de la puerta y ensayaba una sonrisa que no se merecían, la misma que ponía con las propinas buenas, y salí.

—Ya me podíais haber esperado —bramó John de espaldas a mí, todavía con la cazadora puesta. Tenía los hombros crispados, las manos colgando de las trabillas del pantalón y no necesité mucho esfuerzo para imaginarme su cara de enfado. Normal, a mí me habían bastado unos minutos con ellos para tenerla. Sonreí con nostalgia y di dos pasos más antes de detenerme en seco.

«Espabila, Anitta, que así te va a ir muy mal en la vida». No podía acercarme a la mesa como si nada y seguir con el plan con él allí presente. Hasta el más tonto se daría cuenta, pero ese hombre hasta de espaldas y ajeno a mi existencia seguía teniendo el poder de embotarme la cabeza.

Y me moría de ganas por volver a tenerlo cerca.

Aunque fuese un instante.

Embriagarme de su olor a cedro, a cuero y a algo más profundo. Perderme en esos dulces ojos verdes. Sentir que todavía crepitaba algo entre los dos si su mano recorría mi piel…Tonterías que igual no volvía a tener.

La acidez de Rhenton se coló entre mis pensamientos con la precisión de un bisturí.

—Te vimos ocupado, primo. Una pena que no te la hayas traído, así seguíamos aquí con el intercambio de parejas, ¿verdad, guapa?

Me apuntó con la barbilla y John se giró en mi dirección medio segundo después. Ya no parecía enfadado, solo un poco sorprendido de verme allí. Levanté la mano y moví los dedos, pero no me devolvió el saludo. Solo enarcó más las cejas.

—¿Sigue en pie lo de mi hermano y yo con tu amiga y tú? —se burló Rhenton. No supe de quién de los dos, aunque solo pareció molestarme a mí porque John se quedó igual de calladito que su otro primo minutos antes. Solo que yo de Oliver no esperaba nada y de él sí. Pero lo único que hizo fue apretar los labios en una fina línea cuando Rhenton soltó una carcajada y mi boca se abrió sola.

—Seguiría, si no nos hubieseis rechazado, Buttler. —Levanté el teléfono y apunté hacia la zona de la barra donde suponía que estaba Vera, aunque entre la luz y la gente que había entrado en ese rato no podía distinguirla—. Además, nos han surgido otros planes mejores. Pasadlo bien, chicos.

Los dejé atrás ignorando la tensión instantánea que apareció en los hombros de John por mi respuesta, igual que él llevaba días ignorándome a mí. Dos semanas en concreto. Me concentré en poner un pie delante del otro con la espalda bien recta, aunque dudaba que ninguno de los tres me estuviese mirando ya. Seguramente lo que había dicho ese idiota no era más que una provocación que le había salido bien. Conmigo, al menos. Las imágenes de mi ex con Mary Helen, tan cercanos, el día de la exhibición de barriles se repetían en mi cabeza en bucle a cada paso. Me costaba creer que John ya me hubiese reemplazado o que estuviese conociendo a más personas cuando yo no podía sacarlo de la cabeza, pero era una opción que tampoco podía descartar.

«Si ni siquiera me ha saludado». Resoplé parpadeando sin parar al notar la tensión acumulándose en mis ojos. Era la primera vez que estábamos así de cerca desde que rompimos y lo único que había conseguido de él era que me contemplase sorprendido. O molesto. Otra vez más, no tenía ni idea de lo que pasaba por aquella cabeza en los últimos tiempos.

—¿Qué tal ha ido? —me preguntó Vera y puse una mueca. Arrugó la boca, pero se detuvo para recoger el cambio que le tendió el camarero. Descruzó las piernas y se puso de pie pasándome la cazadora—. Mejor nos vamos donde siempre y me cuentas.

Era tarde, mañana trabajábamos y tampoco había nada nuevo que contar, así que negué con la cabeza.

—Que sí, venga.

Suspiré.

—No quiero molestar a tu padre, que también tiene que madrugar.

Vera se encogió de hombros colgándose el bolso en bandolera antes de engancharme por el codo y llevarme hasta la puerta.

—Nunca lo haces, Ani. Ya lo sabes. Además, si nos ponemos en mi balcón con la puerta cerrada ni se entera de que estamos, salvo que quieras volver a convertirte en Beyoncé.

Sacudí la cabeza y me pegué más a ella. Rhenton era un imbécil por no darse cuenta de que mi amiga era estupenda.

5. JOHN

Estaba tan molesto con Rhenton que lo único que me hizo acercarme a la mesa y mascullar un «me voy» en vez de largarme sin más fue recordar quién me había llamado y todo lo que me había costado llegar hasta allí. Mis primos se limitaron a asentir sin mucho entusiasmo y continuaron la conversación con el resto de los compañeros del rancho con los que habíamos coincidido en el pub.

El aire fresco de la noche se me coló por la espalda y me apresuré a cerrar la cazadora mientras caminaba por el aparcamiento del Willow hasta refugiarme en la furgoneta con el aire acondicionado encendido para conducir hasta Woodhall. Aunque no era lo más habitual, tampoco era extraño tener que trabajar fuera de horas. En una oficina las tareas podían quedar para el día siguiente; los papeles y las llamadas pendientes no se iban a ir ningún lado. En cambio, en un rancho con una yeguada tan grande como la nuestra, no siempre existía esa opción. Como en esta ocasión, en que Trevor me había llamado para preguntarme si podía ayudarlo.

—Solo si no estás ocupado —añadió a toda prisa—. No quería molestarte, pero mi tío sigue con la rodilla fastidiada y Jar no está en la casa.

—Claro que puedo. Dame quince minutos y estoy —respondí omitiendo que su hermano estaba en Willow al igual que yo, aunque por el modo en que se inclinaba sobre una de las mesas altas parecía ir bastante perjudicado. Estaba encantado de tener una excusa real para salir del pub y no pensaba dejarla escapar.

—Estoy en el establo azul.

—¿Le ha pasado algo a Red Smoke? — pregunté preocupado porque era el único inquilino fijo de esa instalación desde hacía más de un año. Su risa me tranquilizó al instante.

—Es Acicate, lo he tenido que separar del resto.

Con tranquilidad me explicó que el potro tenía un corte en una de las patas traseras que casi seguro se habría hecho tras el entrenamiento, con el cierre del corral. Nada grave, pero había que limpiar y curar la herida y asegurarse de que no era profunda antes de vendarla. Y eso, con un caballo tan nervioso como Acicate, implicaba al menos a dos personas.

—Ahora nos vemos.

Arranqué y conduje en automático hasta Woodhall. Había perdido la cuenta del número de veces que había enfilado el camino al rancho después de tantos años, tanto como amigo como de empleado. Seguramente tantas como a la granja de mi tío, o igual alguna más. Pero no las suficientes como para no equivocarme.

Para cuando me quise dar cuenta, estaba frente al edificio de Anitta. Solté el volante y me pasé la palma de la mano por el pelo, con molestia. Si se asomase por la ventana y me viera aquí fuera se burlaría diciendo que me traicionaba el subconsciente. No le faltaría razón. Y seguramente, seguiría lo suficientemente enfadada como para amenazar con llamar al sheriff Gómez para que me largase de aquí.

Pero no estaba dentro. A esas horas, cuando tenía turno de tarde, solía aprovechar para estudiar un rato antes de acostarse y allí no había una sola luz encendida.

Apreté el teléfono entre los dedos sintiendo que me quemaba y la escenita con mi primo se repitió otra vez en mi cabeza. El cabreo porque se hubiesen largado mientras hablaba con mi madre, dejando la cuenta de la cena sin pagar y sin dignarse a avisar. Lo preciosa que estaba Anitta con la melena larga suelta y esa minifalda que, cada vez que se la ponía, me encendía por dentro por la manera en que se ajustaba a sus generosas caderas. La sonrisa

tímida con la que me saludó, idéntica a la que me dedicaba cada vez que iba a recogerla a la cafetería, cuando todavía estábamos juntos. El temblor de su pulso en el cuello.

Todo eso, en ese instante, me había hecho cortocircuitar.

Y Rhenton había estallado la burbuja con una frase cargada de cinismo y mentiras, a la que tardé un segundo de más en reaccionar. Pero ella sí. Una de las cosas que más loco me volvía de ella, desde antes de atreverme a pedirle una cita, era esa impulsividad tan suya.

Jugueteé con el móvil entre los dedos unos segundos más antes de dejarlo caer en el asiento contiguo y arrancar de nuevo. Seguramente estaría en la casa de Stanway, quejándose de mí y mi familia. Eso si lo que había mencionado sobre «un mejor plan» no era verdad. Sacudí la cabeza negándome a pensar en esa opción y pisé con más ganas el acelerador decidiendo que lo que tuviese que hablar con Anitta sería frente a frente.

Si ella todavía quería hablar conmigo.

Casi quince minutos después me bajé del coche y vi a mi mejor amigo asomado en el hueco de la puerta corredera.

—¿Seguro que no he interrumpido nada? —preguntó despegándose un mechón de la frente—. Podía haber llamado a…

—Seguro —lo interrumpí palmeándole la espalda antes de acompañarlo al interior del establo—. Me has salvado de una cogorza con el resto de los muchachos. Tu hermano parecía ir medio pimplado.

Su risa fue tan sincera que me removió algo por dentro.

—Pues a ver quién lo aguanta mañana, que tenemos que marcar animales. Y lo del inversor de San Antonio.

—¿Ese que le interesaba tanto? —Trevor asintió y se me escapó un silbido porque Jarrad llevaba meses intentando conseguir inversores para el rancho y se iba a cargar la oportunidad de un plumazo si se dejaba llevar.

Lo seguí hasta uno de los boxes del fondo y antes de abrir la puerta ya se escuchaban los ruidos nerviosos del animal al otro lado. A juzgar por los golpes contra la madera, ese potro iba a darnos guerra. Me saqué la cazadora y la colgué del travesaño de uno de los boxes vacíos y asentí cuando Trevor levantó una ceja señalando hacia la puerta.

—Preparado —murmuré preparándome para colarme en su compartimento y sujetarlo antes de que mi amigo entrase.

Unos minutos después ya nos habíamos hecho con la situación haciendo valer nuestra experiencia. Desde el lado izquierdo, intentando garantizar mi propia seguridad, me centré en controlar la cabeza de Acicate agarrando el ramal con firmeza hasta que logré inmovilizarlo. Al mismo tiempo, Trevor hizo lo propio con la pata herida y empezó a examinarlo con delicadeza. Cada vez que le dolía, el animal se revolvía, pero poco a poco se fue calmando entre nuestras conversaciones en voz baja y los silencios que mi amigo llenaba con sus habituales canturreos de cuando estaba concentrado.

—¿Y dónde está? —le pregunté después de que nombrase por tercera vez a Gabriella.

—Arriba, durmiendo. Mañana, cuando se entere de que te he avisado a ti en vez de a ella, se va a poner… —Agitó el bote del antibiótico antes de aplicarlo, pero cuando apretó no salió nada. Tiró el envase vacío hacia atrás y después se inclinó a un lado del caballo —¿Me pasas el otro bote, que no lo encuentro?

Busqué por el suelo apartando la paja con la punta de la bota, pero ni rastro del espray.

—¿Seguro que lo has traído?

—Eh… Joder. Se me habrá quedado en el cobertizo del sur.

Sonreí y le palmeé la grupa a Acicate antes de soltarlo despacio omitiendo comentar que si hubiese llamado a Gaby eso no hubiese pasado. Era demasiado concienzuda en su trabajo.

—Creo que aún tengo un bote de los pequeños en la ranchera. Espera aquí.

—Menos mal.

Salí con energía del establo con la cazadora en una mano y las llaves de la furgoneta en la otra y me costó un poco acostumbrarme a la oscuridad cerrada de fuera. El olor a tierra, paja y caballos siempre me resultaba reconfortante: no existía un remedio mejor para el alma. Y si era disfrutando de un buen momento con Trevor, todavía mejor. Tiré la cazadora en la parte trasera que había limpiado aquella misma tarde y rodeé el coche hasta el lado del copiloto. Si todavía me quedaba alguno de aquellos botes, estaría en la guantera.

No tuve que rebuscar demasiado para dar con él. Lo agité y sonreí al escuchar el líquido moverse dentro. No quedaba mucho, pero bastaría para la herida de Acicate. Cerré la puerta y estaba a punto de pulsar el botón del mando cuando vi un movimiento lejano, cerca del viejo establo en desuso.

El alma y el bote de espray se me cayeron a los pies.

Yo debía estar, más o menos, en el mismo lugar donde estuvo Gaby Winston aquella vez. No eran tres figuras esta vez, solo dos. Y, como en la grabación del vídeo, el que iba por detrás era Rhenton. No podía estar cien por cien seguro, pero sí lo suficiente como para poder jurarlo en un juicio. O casi. Me retorcí incomodo y las llaves también se me escurrieron de entre los dedos. Cuando me levanté con el bote y el llavero, ya no había ni rastro de los hombres. Ni tampoco vi luces en el interior del establo.

Casi como si lo hubiese imaginado.

Me mordí el carrillo perdiendo el buen humor del último rato y me quedé allí plantado, como un idiota, con la vista clavada en la entrada cerrada por si podía apreciar algo a pesar de que estaba demasiado lejos.

No tuve ni idea del rato que me pasé así, pero debió ser bastante porque cuando Trevor gritó mi nombre desde el interior del

establo azul noté que se me había quedado el cuerpo entumecido. Me giré y lo vi salir al exterior con restos de paja colgando de las perneras.

—¿Te perdiste o qué? ¿Lo tienes?

Levanté el brazo con el bote y me tragué la amargura. Y me volví a quedar callado en vez de contarle lo que había visto.

De nuevo.

Regresamos al interior del box, con Acicate sacudiendo la cola, pero mucho más calmado que a mi llegada. Trevor agitó el bote de espray bromeando y yo me limité a sonreír e intentar concentrarme en lo que tenía delante, olvidando lo que había visto hasta que terminásemos con aquella tarea. Por muchas vueltas que le diera, no iba a dar con la respuesta. No lo había conseguido en meses. Así que lo mejor que podía hacer hasta que me marchase a casa era esforzarme por mantener la atmósfera que teníamos antes de que saliese a por el maldito antibiótico.

Así que me concentré en lo que tenía delante, esforzándome porque no se me notase.

En seguir las breves indicaciones para tratar a Acicate y que Trevor iba colando por el medio de una conversación donde iba saltando de un tema a otro: de lo bien que iba Gaby en su rehabilitación, de la que apenas le quedaban unas sesiones; la negativa de su tío Bill a dejar que el fisioterapeuta le echase un vistazo a la rodilla; de los últimos ejemplares incorporados a la yeguada; de la crisis de varios ranchos pequeños de la zona; de de los últimos cotilleos sobre los tiroteos en las granjas; o cabreo de su primo porque los Ranger siguiesen colonizando la oficina del sheriff, haciéndole sentir un extraño en su propio trabajo.

Ese último, que los Ranger siguiesen por aquí, era un tema recurrente, tanto en el rancho como en el pueblo. Pero solo con mencionar los últimos sucesos de Strokeville no pude evitar distraerme de nuevo y aflojé el agarre, permitiendo que el caballo se encabritase.

—¿Eh, estás bien? —me preguntó en cuanto lo volví a controlar. Asentí con la vista clavada en la crin caoba del animal —. Si estás cansado puedo terminar yo solo. Lo más duro ya está hecho.

Sonreí con los labios apretados, negando con vehemencia.

—Para que te lleves una coz y que mañana tenga que tratar yo con el de San Antonio, ¿no?

A Trevor se le escapó una carcajada, pero sus ojos habían empezado a inspeccionarme con más atención que a la herida del caballo. Y la culpa volvió a emponzoñarme por dentro.

—¿Crees que se ha acabado? —solté intentando orientar su atención en algo que no fuese yo. Su ceja se curvó y añadí—. Los tiroteos, los caballos de tres cuartos de millón, …Que pasen cosas así, aquí en Strokeville, me pone de los nervios.

Trevor se detuvo junto a la puerta y la arruga de su frente se suavizó un poco al agarrarme del hombro antes de salir. Unos minutos después regresó con tres de rollos de vendaje y varios protectores de diferentes tamaños.

—¿Por eso estás así últimamente? —Moví la cabeza y encogí los hombros sin querer profundizar mucho más en la respuesta para evitar mentir—. Mis tías también están de los nervios. Sobre todo, la madre de Kieran. Ya sabes.

No era difícil imaginar el por qué. Su marido había muerto en acto de servicio hacía más de veinte años.

Y ahora le disparaban a su hijo dos veces.

Después de unos segundos en silencio, escuché el sonido del plástico al rasgarlo para sacar las vendas.

—Sé que es más fácil decirlo que hacerlo —continuó, envolviendo la zona herida con delicadeza—, pero no le des más vueltas si te afecta tanto. Los Ranger están revisando caso por caso. Lo sé porque tienen frito a mi primo con eso. Seguro que, si hay algo más, lo averiguarán.

Asentí con poca convicción, manteniendo a Acicate quieto mientras que Trevor terminaba de realizar la cura con la naturalidad de quien ha crecido rodeado de caballos desde que era un bebé. El potro intentó revolverse un par de veces, pero ya no tenía la energía nerviosa del principio y así era mucho más fácil de controlar.

—Listo —murmuró mi amigo en voz baja. Se apartó hasta el fondo del box para examinar el trabajo y después se sacudió las perneras—. Si los protectores evitan que se arranque la venda de aquí a que nos pasemos mañana, debería estar bien.

Aflojé el ramal poco a poco, palmeándole el cuello como había descubierto que le gustaba en ese rato. Acicate resopló un par de veces levantando la pata vendada y después bajó la cabeza, mucho más interesado en el montón de paja que tenía a su disposición que en ninguno de nosotros.

Trevor pasó el pestillo al box y salimos acompañados solo por el crujido de la madera al pisarla y la respiración pausada de los pocos caballos que ocupaban esos boxes ahora que el potro se había calmado. Trevor levantó las manos por encima de su cabeza para estirar la espalda.

—Te debo una, Johnny. Si no llegas a venir, me hubiera costado hacerme con el potrillo.

Me encogí de hombros y seguí caminando hasta la salida, rodeado por el olor a heno, cuero viejo y polvo. Trevor apagó las luces mientras yo sacaba las llaves del bolsillo y al fin me daba cuenta de que mi furgoneta era la única estacionada ahí fuera. Me giré para preguntarle si había aparcado en la parte trasera, cuando se me adelantó:

—¿Me acercas?

El motor de mi furgoneta interrumpió el silencio de la noche mientras seguíamos el camino de tierra hasta la casa principal sin que ninguno dijésemos mucho más. Llevábamos despiertos desde muy temprano y tampoco quedaban muchas horas para que el despertador volviese a sonar. Mi amigo se frotó los ojos más de una

vez mientras enumeraba entre bostezos las tareas más importantes que teníamos pendientes para mañana mientras yo le decía que sí sin prestarle demasiada atención.

Estaba deseando llegar a mi casa, tirarme en el colchón y olvidar este día.

Trevor se bajó frente al porche rodeado de flores y plantas que tanto cuidaba su tía Rita y golpeó la chapa de mi furgoneta en gesto de despedida.

—Gracias otra vez, John.

—Vete a la cama de una vez, *jefe* —bromeé—. Nos vemos mañana.

Esperé a que entrase en la vivienda principal viendo las luces del pasillo y de las escaleras encenderse y apagarse según avanzaba y me recordé que ya era hora de acostarme para mí también.

Aunque él iba a dormir caliente y yo con el recuerdo de la mirada decepcionada y sorprendida de Anitta en la cabeza.

Avancé unos metros por el camino de grava.

Y frené.

Volví a arrancar y a frenar otra vez.

No tenía ningún motivo para hacerlo. Más bien lo contrario.

—La madre que los parió —mascullé en voz baja girando el volante.

La imagen de las dos sombras entrando en el establo en desuso estaba clavada en mi cabeza. Inamovible. Seguramente no era nada y Trevor tenía razón. No estaba sucediendo nada más en el pueblo y, si pasaba algo, los Ranger darían con ello. Pero, claro, Trevor no sabía lo que yo. Y si no había querido entregar a mis primos al sheriff del condado sin estar seguro de que lo que hacían era ilegal y no solo otra de sus chiquilladas, mucho menos a las fuerzas especiales. Cualquiera que viese las noticias sabía que los Ranger los detendrían primero y preguntarían después. Eso si preguntaban. Y entonces Rhenton se pondría burro, Oliver lo

secundaría y el disgusto se acabaría llevando por delante a mi tío y a mi madre también.

Bufé y me obligué a soltar ese hilo de pensamiento a la vez que pisaba el acelerador.

Hasta donde sabía, mis primos se habían quedado en el Willow cuando yo me fui. Y ellos, a diferencia de mí, no eran de rechazar una buena juerga cuando se presentaba la ocasión, así que se me ocurrían muy pocos motivos para que cambiasen de planes y se viniesen hasta el rancho. Lo más divertido que podrían hacer en el viejo establo abandonado sería espantar algún ratón de campo. Y ya no éramos unos críos que se divirtiesen con esos juegos.

—Igual me he confundido —murmuré mientras me desviaba del camino habitual—. Igual los vapores del estiércol de caballo han reaccionado con el fertilizante ecológico ese tan caro que nos vende Carsson y que no sabemos ni lo que lleva, me ha hecho reacción y he flipado un poco.

Solté una carcajada hueca sintiéndome ridículo por intentar usar como excusa a lo que había visto algo propio de una película de serie B de las cutres. Aunque una parte de mí se negaba a aceptar que fuera real.

Detuve el coche frente al viejo establo, que ya tenía varios desconchones en una de las esquinas y me tomé mi tiempo para apagar el coche sin llegarme a bajar. No había nadie en los alrededores ni luces dentro. Ya no estaban allí. Conté hasta tres y me obligué a salir.

No estaba seguro de querer saber en qué andaban metidos, pero necesitaba volver a ver a Trevor a los ojos y bromear con él sin sentirme culpable; quería recuperar la vida tranquila que tenía antes de ver aquel maldito vídeo, incluyendo a Anitta Larsen.

Empujé la puerta corrediza de la instalación que se abrió con facilidad sin apenas ruido y encendí la linterna del teléfono para enfrentarme a lo que fuera que hubiese allí adentro.

Nada.

Nada de nada.

Me encogí y dejé salir el aire que no sabía que estaba reteniendo de puro alivio. Esos dos seguro que seguían con las mismas chiquilladas que cuando éramos adolescentes y se colaban en las granjas de los vecinos con los que se habían peleado en el instituto para robar un par de huevos. Solo que esta vez lo hacían con el jefe, llevándose abono o pienso o lo que fuera que hubiesen encontrado allí adentro.

No iba a tener que seguir pegado a ellos para intentar averiguar lo que pudiera con escaso éxito. Se acabó lo de salir de jueves a domingo, pagarles la mitad de las juergas y asegurarme que llegasen a casa sin que les partieran la cara por las bravatas de Rhenton. Nada de trasnochar y madrugar más de la mitad de la semana solo para evitar que…

Parpadeé.

Una, dos, tres veces. Di varias zancadas y volví a parpadear, pero allí seguía. La golpeé con la puntera del pie ligeramente y me invadió una decepción enorme mientras salía para largarme a toda prisa del rancho, como si así fuese a cambiar algo.

Porque lo que había encontrado era una boñiga fresca de caballo. Justo debajo de una de las estanterías vacías. Alrededor había heno en abundancia esparcido sobre el suelo de madera y que había sido mordisqueado. Y nada de eso tenía que estar allí.

En ese establo viejo no había entrado un caballo en años.

6. ANITTA

Vera tenía razón con lo de que ya no estábamos para esos planes. Sobre todo, porque nos habíamos quedado charlando hasta tan tarde que, si no fuera por el ruido que hizo su padre en el garaje, no nos hubiésemos despertado a tiempo. Si odiaba llegar tarde al trabajo, más todavía si era yo la que abría el Sally's Café, y me había comprometido a hacerlo toda la semana. Así que, después de beberme aquel brebaje al que los Stanway llamaban café, había salido disparada hacia el Sally's sin tiempo a pasar por casa para cambiarme.

Tampoco me importaba mucho, porque a las seis de la mañana los clientes solo se fijaban en que el café estuviese bueno y no en las pintas que llevase la camarera que se lo sirviese. Pero, aun así, metí la mano en el bolso y rebusqué la pinza del pelo para intentar ofrecer un aspecto un poco mejor que el cabello lacio y húmedo porque ni me había dado tiempo de secarlo.

Al levantar la cabeza, la pinza se me escurrió de entre los dedos.

John Buttler había aparcado en el callejón lateral de la cafetería por el que entraba cuando me tocaba abrir a mí y estaba sentado sobre el capó viendo en mi dirección. Y con otro café de la competencia. No podía esquivarlo en una calle tan estrecha, así que me estiré cuanto pude al pasar por delante para ignorarlo.

—Buenos días, Ani.

La punzada que sentí en el estómago ni la vi venir. «*¿Ani*, a estas alturas?». Lo escudriñé de reojo sin aflojar el paso. Su pelo castaño estaba aplastado, hecho un nido, y tenía las bolsas bajo los

ojos hinchadas como nunca. Este se había ido de farra con los otros dos y aún le debía durar la borrachera para haberse presentado a esas horas en la cafetería a tocarme las narices. Sin poderlo evitar, me detuve un instante y le respondí repasándolo de arriba abajo.

—Mala cara, ¿noche dura?

John se encogió de hombros y dio otro trago al vaso de cartón que ponía *Sunrise*.

—Algo así.

—Ya se ve, ya. —Chasqueé la lengua y seguí por el callejón—. Pues tómate un ibuprofeno para aguantar la resaca que ya no tienes edad para estos trotes, capataz.

—Espera.

Seguro. Escuché el crujido de la chapa de la pick up al levantarse del coche y, aunque apreté el paso no sirvió para nada.

—Quería hablar contigo.

«No, no, no. A buenas horas. Que se hubiese acordado ayer, cuando se quedó calladito en la mesa con los otros dos de testigos». Sacudí la cabeza con ganas. La melena me golpeó la espalda con fuerza y, por un segundo, pareció ser suficiente para espantarlo, pero enseguida noté su calor en mi codo.

—No tengo tiempo —apunté hacia la fachada del Sally, ya tan cercana—. Me toca abrir.

—Es por lo de ayer —añadió.

Me solté dándome la vuelta y puse los ojos en blanco, aunque no los pudiera ver.

—No quiero oírlo, John —escupí estrangulando la correa del bolso —. No quiero escuchar tus excusas sobre cómo te lo montas…

A duras penas me mordí la lengua para no terminar esa frase. Ya había sido bastante malo escuchar la insinuación de su primo como para que ahora viniera a restregármelo a la cara. Cada vez que recordaba mi «gran plan» de la noche anterior me sentía un poco más idiota y esto no ayudaba. Clavé la vista en la puerta lateral

como si llegar hasta allí se hubiese convertido en el único objetivo de mi vida. Al menos, en los próximos minutos. Metí la mano en el bolso intentando dar con el atado de llaves que siempre me molestaba cuando buscaba cualquier otra cosa hasta que encontré el llavero, tiré y lo blandí contra él sin dignarme a mirarlo

—Mira, ya no estamos juntos. Si antes no te pedía explicaciones de lo que hacías, pues ahora menos. Y, como comprenderás, no me importa a quién te tires ni dónde con el mal gusto que estás demostrando últimamente.

Intenté acertar a la primera en la cerradura, como hacen los de las películas, pero no me salió. Y no me dejó un segundo intento.

—Ayer me fui del Willow casi a la vez que tú. Al rancho.

Parpadeé procesando la información y me giré. No tenía espacio ni para respirar. Estaba casi encajonada entre su cuerpo tan trabajado y la puerta de metal.

—¿Te llamó Trev?

No era algo tan raro que el maldito teléfono sonara cuando estábamos solos en mi habitación a punto de montárnoslo. Y ni una sola vez le había dicho que no a su amigo.

—Un potro herido.

Asentí despacio y me volví a girar.

—Vale, pues entonces retiro lo de la resaca. Chao.

Se movió por detrás de mí y el olor de su after shave mezclado con su propio aroma me erizó el vello de la espalda. «Céntrate, Anitta, que íbamos bastante bien». Agité la mano intentando que la llave entrase de una vez, pero su voz pausada y grave tan cerca de mi nuca hizo que no diera una.

—Lo que dijo Rhenton…

—¡Que no quiero oírlo, John! —Me giré y apunté con la llave contra su pecho. Como si fuese a notar algo si se me ocurría clavársela con lo duro que estaba—. Aun encima de que vienes con

café de la competencia, que tenga que escuchar de buena mañana que te estás…

Apoyó su grueso índice contra mis labios para que me callase y funcionó en el acto. Por un instante, me pareció que había un brillo en sus preciosos ojos verdes que hacía tiempo que no veía.

—Era mentira —continuó como si nada, aunque la yema áspera de su dedo se deslizó hasta mi labio inferior—. Fui al baño a atender una llamada de mi madre y cuando salí me encontré la nota sin pagar y sus sillas vacías.

Podría haberme dicho que se enrolaba como marine para recorrer el mundo, que me hubiera dado igual. Me costaba prestar atención a lo que sucedía más allá de esa caricia en mi boca.

Me dio un par de segundos en silencio y entonces asentí.

—Tus primos son idiotas. No sé por qué ahora pasas tanto tiempo con ellos.

Estiró la boca en una sonrisa, pero los hombros se hundieron un poco.

—Eso también me lo he preguntado yo —repuso con voz queda—. Total, tampoco…

Sacudió la cabeza y vi el brillo de sus ojos verde claro apagarse poco a poco. Como cuando desenchufabas la televisión y el piloto perdía intensidad hasta apagarse por completo unos segundos después.

Completamente lo opuesto a lo que necesitaba en ese momento.

Quería que John Buttler me pidiese que volviésemos a estar juntos con todas las letras o, al menos, que me diese un beso de esos que me hacían perder el aliento. Nada de apartarse para volver a alejarse de mí en todos los aspectos.

«Si él puede, tú también, chica»

Para otros no era nada, pero lo conocía lo suficiente como para saber que, para John, haberse presentado así, en la puerta de

mi trabajo después de tanto tiempo sin mantener contacto, le había tenido que costar esfuerzo. Uno grande. Y se había atrevido a dar el paso *por mí*.

Antes de que se apartase del todo, abrí la boca y le mordisqueé la yema del dedo. A John le encantaban los mordisquitos, así que me ensañé lo suficiente hasta que levantó la vista.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó.

Sus ojos no se apartaban del punto donde se unía su dedo con mis dientes y lengua. Le besé el índice antes de apartarme lo suficiente para no llegar a montar un espectáculo público en mitad de la calle y respondí:

—¿Qué estás haciendo tú, John? ¿Es porque te pasa algo conmigo o con tus primos o en el rancho o…?

Dejé la pregunta en el aire cuando su mano cayó contra su muslo a la vez que negaba con una sonrisa vacía y un poco triste.

Me mordí la lengua. Literalmente.

Para no insistir.

Y no porque no quisiera saberlo, precisamente. Si había aprendido una sola cosa en todos estos años tras la barra había sido leer a la gente. Unas veces los clientes demandaban conversación y otras buscaban que los dejasen a su aire, y como mi objetivo era conseguir la mejor propina posible para poder pasar el mes, me esforzaba en proporcionarle a cada uno lo que quería sin que lo manifestase en voz alta.

Aquí casi podía ver a John Buttler levantando un muro con sus manos para evitar responder y que solo serviría para encerrarse más. Para alejarse más. Esa lección ya la había aprendido semanas atrás y por las malas.

Solté el aire despacio y mi mirada tropezó con el vaso de cartón que todavía sostenía en la mano izquierda.

—¿Cómo puedes beber eso con lo malo que está? —pregunté entre dientes apuntándolo con la barbilla.

«Un cambio de tema *muy* sutil, Anitta».

John bajó la vista hacia su mano como si no tuviera ni idea de lo que le estaba hablando. Luego arqueó una ceja y le dio otro trago.

—Se puede beber.

Le di un manotazo que lo hizo sonreír y me sentí un poco mejor.

—¿Cómo puedes decir eso después haber probado el mío? —añadí con exageración. Esperaba que soltase otra de esas carcajadas que me aceleraban el corazón. O, aunque solo fuese, otra de sus sonrisas.

En cambio, antes de darme cuenta, volvía a estar atrapada entre su pecho duro y la áspera pared lateral del Sally's. No me estaba rozando, ni falta que hacía para que yo ardiese por dentro. Su boca se curvó despacio en esa media sonrisa que me siempre me dejaba sin aliento.

—Me muero por volver a probarlo, Ani, pero no sé si tengo permiso.

Sus ojos estaban tan oscurecidos que casi parecían negros. Me consumían y el pulso se me aceleró tanto que tuve que clavarme la llave en la palma de la mano para reaccionar y no seguir contemplándolo como una idiota.

Porque me estaba mirando exactamente igual que cuando nos quedábamos a solas y estábamos a punto de hacerlo.

Pero con más hambre todavía.

Conté hasta tres antes de abrir la boca para asegurarme de que eso estaba pasando de verdad.

No pude responder.

—¡Buttler!

Una voz grave y masculina se coló por el callejón.

A John se le escapó un gruñido entre dientes antes de girar la cabeza y yo aproveché ese medio segundo de tregua para apartarme el pelo de la cara, tomar aire y repetirme que no me lo estaba imaginando. Podía ser un capataz experto en reconocer entre no sé cuántos tipos de forraje de un vistazo, pero no diferenciaría entre la variedad arábica de libérica salvo que lo leyese en el envase del café.

John Buttler acababa de tirarme los trastos. Con la sutileza de un elefante.

—¿Vienes ya? Te estamos esperando desde hace un buen rato. — T.J. se movió hasta que su cabeza apareció por encima del hombro de mi ex, se llevó la mano al sombrero y me sonrió—. Buenos días, Anitta. Si te atreves, mañana te doy la revancha.

Se me escapó la risa y le devolví un saludo parecido a la vez que giraba la llave en la cerradura. No quería problemas con la jefa ni quejas de clientes madrugadores a primera hora de la mañana y ya estaba fuera de hora. Necesitaba centrarme, solo que mi cerebro tenía opiniones dispares sobre qué era lo más importante.

Y más cuando todavía podía sentir su presencia cálida a mi espalda.

Me giré con decisión apretando la manija con fuerza.

—¿John? —Lo llamé, aunque no hacía falta. Sabía que me estaba mirando desde antes por cómo se me erizaba la piel.

Su nuez subió y bajó a la vez que me dio con la cabeza. Yo señalé al interior de la cafetería con la garganta seca.

—Si lo de antes es verdad, lo del *café* —añadí, solo por si acaso— podías probar a pasarte a por uno. Si te atreves.

No le dejé tiempo a que respondiera.

Abrí la puerta lo suficiente para colarme dentro y la cerré de un puntapié yendo directa al cuarto de empleados para ponerme el

mandil con el corazón latiendo demasiado acelerado para que fuese solo por las prisas.

7. ANITTA

Esperé con paciencia frente a la mesa seis hasta que acabaron pidiendo lo de siempre y, mientras regresaba a la barra, les hice una seña para que entrasen. Cuando vi a Vera poner los ojos en blanco antes de caminar hacia la puerta levanté la cabeza hasta el reloj grande de la pared del fondo y, sin querer, yo también la imité.

Eran casi las cinco y seguía allí sola.

Me detuve para terminar de rellenar la bandeja con lo que recogí de otra de las mesas que había quedado libre en ese rato y me acerqué hasta la cocina. Si seguíamos a este ritmo nos íbamos a quedar sin vajilla limpia antes de que llegase mi reemplazo.

—¿Todavía estás aquí? —me preguntó la cocinera. Me encogí de hombros pasándole la nota y vacié con prisa la bandeja en la zona del fregadero.

—Sonia, que no ha llegado —fue toda mi respuesta antes de salir zumbando a la barra.

Y eso si llegaba. La última vez había tenido que llamar a la jefa para solucionarlo y pintaba que hoy sería parecido.

—Te juro que como volvamos a cenar en el Spur, me da algo —gruñó Vera dejándose caer en el taburete de siempre—. Esa música cutre, el olor a fritanga y… Tiene que ser ilegal el número de tacos que me obligáis a comer al mes. Y, si no lo es, debería.

«Ya empezamos». Vera quejándose de los planes sin llegar a aportar una idea tampoco era ninguna novedad. Me giré hacia la máquina registradora para evitar discutir por tonterías.

—¿Y qué vas a hacer, gritar hasta que nos echen? —respondió Gaby con tranquilidad y sin levantar la vista del teléfono —. La última vez, eso solo te sirvió para que te entrasen dos babosos.

Contuve una carcajada, pero escuché la de Darrell alta y clara detrás de mí. Al volverme. los ojos de mi mejor amiga chispeaban furiosos.

—Pues por eso. Y no tendría que repetirlo si *alguien* no tardase una vida en confirmar los planes.

Gaby se encogió de hombros y al fondo vi una mano que se levantaba en mi dirección.

—Me daba pena por Trevor; para un día que libra y se iba a quedar solo.

No llegué a escuchar la contestación al salir de la barra, pero podía adivinarla. Una mezcla entre «es un Woodhall, que se joda» y un «ha sobrevivido más de treinta años sin ti, seguro que no se muere por cenar un día él solo». A la entrenadora podía apabullarla un poco con esos arrebatos, pero con Gaby no tenía nada que hacer y por eso mismo se habían hecho tan buenas migas sin mucho esfuerzo.

Lo que supuse que iba a ser atender al camionero que me había llamado desde la cristalera, pronto se convirtió en un viacrucis de tomar nota a cada una de las mesas por las que iba pasando. Bebidas para la ocho. Cafés para la doce. Y varias frasecitas envenenadas sobre lo lento que iba el servicio. Me obligué a mantener la sonrisa por el bien de mi cuenta bancaria y a continuar como si nada hasta que regresase a mi fortín tras la barra. Al llegar a la mesa del camionero esbocé una disculpa, pero le sonó el teléfono y ahí me quedé, plantada con el bolígrafo en alto, esperando a que colgase antes de pedir.

Escuché el sonido familiar que me hizo girar la cabeza y, al cruzarme con la sonrisa de Isabella Blackhorne con la mano levantada a modo de saludo antes de acercarse al resto del grupo en

la barra, me sentí culpable porque lo primero que sentí al verla fue algo similar a la decepción. Y eso era una tontería.

Una más.

Solté el aire entre los dientes y me apresuré a anotar la comanda sin ver ni una sola vez hacia la cristalera ni cuando me giré para regresar. Porque llevaba así toda la semana, con una especie de tic en el cuello que me obligaba a volverme hacia la maldita puerta cada vez que alguien la abría. Solo para descubrir que no era él. Nada nuevo. Tampoco es que pensase que un par de frases fuesen a cambiar nada.

Pero, en el fondo, sí que lo pensaba.

Y tampoco era cierto que nada hubiese cambiado. Aunque había sido muy poquito.

Entregué la nota y marqué el número de Cindy en el inalámbrico para informarle de que su empleada no había llegado y que mi turno había terminado hacía rato, pero no respondió; ni cuando volví a insistir. Y Sonia tampoco descolgó.

Ahogué un gruñido y volví a mi puesto.

—¿Qué pasa?

Sacudí la cabeza con la sonrisa apretada y murmuré un «nada» poco creíble. No estaban solas en la barra y la señora Grass estaba demasiado cerca como para que empezase de desbravar contra Cindy si pretendía conservar el puesto.

Pero eso a mi amiga le dio igual.

—¿Nada? Pues díselo a tu mandil, que igual te lo arrancas sin querer.

Torcí una mueca al darme cuenta, soltándolo de inmediato, y me acerqué a ella para que se callase. Y levanté la cabeza para ver entrar a otro cliente más. Otro que no era él.

—Es porque tengo que quedarme un ratito más —rezongué entre dientes.

—Llama a tu jefa y díselo.

—No me responde. Ninguna de las dos —añadí con el tono más bajo y calmado que pude.

Los dedos de Vera se quedaron blancos contra la barra.

—Pues vámonos. Llevas una hora y pico de más.

—Claro que sí. En el banco del parque, en otoño, se duerme genial.

La dejé con la palabra en la boca para atender a un grupo de vaqueros al otro extremo de la barra y estiré ese momento todo lo que pude para no tener que regresar a la conversación pendiente. A mí tampoco me apetecía ni lo más mínimo quedarme en el Sally's y doblar *otro* turno más esta semana solo porque el resto no los respetasen, pero tampoco tenía más opción. No con mis ahorros. Así que me quedé allí, sirviendo cervezas y haciéndome la tonta ante sus insinuaciones hasta que les cobré la ronda junto con una buena propina. Si tenía que pringar, al menos lo iba a cobrar.

Me froté las manos en el mandil y la vista se me fue hacia la cristalera. Otra vez. Por pura costumbre. O quizá por masoquismo.

Porque John no había entrado en el Sally's después de retarlo.

En realidad, no había vuelto a hablar con él desde que habíamos estado a punto de besarnos en el callejón hacía exactamente ocho días. Ocho. Malditos. Días. Y nada de nada de café, significara lo que significase.

Pero sí que se había pasado por delante de la cafetería.

Cada uno de esos ochos días.

Durante mi turno.

Y se había quedado quieto allí afuera el tiempo suficiente para cerciorarse de que lo veía antes de llevarse la mano al sombrero para saludarme y seguir con su camino. Era un gesto muy pequeño que no duraba ni cinco segundos, pero que me reconectaba a cuando estábamos juntos y lo hacía cada mañana.

Así que *algo* sí que había cambiado después de nuestra charla.

Cuadré los hombros y dejé escapar un suspiro antes de regresar con el grupo. Los párpados de Vera seguían entrecerrados, lo que significaba tormenta, y yo no estaba de humor para ello así que la pasé de largo.

—¿Qué era lo que le sucedía a Trevor? —le pregunté a Gaby a bocajarro. Boqueó, sorprendida. El gruñido de Vera dejaba bastante claro que quería retomar el tema, pero yo no. Insistir solo serviría para frustrarme más y acabar discutiendo con ella. Y no lo necesitaba en ese momento. Intenté esbozar algo parecido a una sonrisa e insistí—. Dijiste que te daba pena...

Dejé la frase en el aire, sin terminar, para que lo hiciera ella.

—Ah. Nada. —Se estiró las dos mangas hasta cubrirse las manos con la vista clavada en sus dedos—. Hoy al final han quedado.

Darrell chasqueó la lengua con guasa, inclinándose entre ambas.

—Lo que no quiere admitir nuestra amiga es que el miércoles canceló los planes con Vera por no dejar solo a Trev porque Jarrad estaba en Austin, John no podía quedar y Kieran seguía fuera del estado. Conmigo.

—No es eso —respondió girándose hacia ella y su cabello marrón oscuro brilló con intensidad—. Es que Trevor estaba un poco mosqueado y no quise dejarlo así.

—¿Por qué no? ¿Qué pasó?

Se mordió el labio y las manos volvieron a enganchar ambas mangas. Otra vez su viejo tic. Apreté la sonrisa y repetí:

—¿Por qué estaba mosqueado, Gabriella?

—Porque John le dio plantón —respondió con una voz mucho más suave. Casi con pena—. En el último momento le dijo que no podía quedar, pero tampoco le contó por qué. Y como lleva un tiempo así, un poco… raro…

Esa última palabra me devolvió directamente a otro momento. A otra conversación. Porque yo también creía que estaba raro. Conmigo. Al parecer, era la opinión generalizada sobre John en los últimos tiempos. Abrí la boca para darle la razón, pero de repente algo me devolvió directa al callejón lateral. A su voz ronca contra mi oído, estremeciéndome por dentro. A sus dedos callosos y ásperos recorriendo mis labios. Al modo en que se le oscurecieron los ojos al mordisquearle el dedo. Y a aquel…

«No sé si tengo permiso»

Pero claro que lo tenía. Debía ser el único en todo Strokeville que no lo sabía. Pero yo sí que me había dado cuenta de que había sido sincero, aunque no hubiese hablado mucho. Y quizá fuese algo visceral o que había perdido la cabeza por ese vaquero, pero quería creerlo. Y tampoco me gustaba que todo el mundo estuviese repitiendo esa misma cantinela sobre él.

—No está raro; es que tiene mucho trabajo —lo defendí casi sin querer—. El otro día estuvo con tu novio hasta muy tarde por un caballo herido y ahí seguro que no te dijo que estaba raro.

Gaby ladeó la cabeza.

—¿Cómo sabes lo de Acicate?

Tragué saliva y solté el mandil con excesivo cuidado para algo que tenía que estar en la basura desde el año pasado. «De perdidos al río, guapa».

—Porque estuvo conmigo. El miércoles —aclaré, porque era el día del que se había quejado—. No le contó nada a Trevor porque se lo pedí yo. No sabía que lo iba a meter en un lío.

No me gustaba mentir a mis amigas, pero tampoco que juzgasen a John tan a la ligera. Y nadie podía desdecirme porque al salir de la cafetería me había ido directa a casa para otra sesión tarde noche de *planazos divertidos*. Estudiar. Ver series. Pensar en John. Volver a empezar.

Solo que, esta vez, mis planazos servirían para algo.

Gaby parpadeó tres veces seguidas y se echó hacia atrás. Durante un segundo todas las que estaban al otro lado de la barra me observaron con demasiada atención y lamenté haber sido tan bocazas.

—¿Habéis vuelto? —preguntó con cautela.

Al fin, algo de riego me llegó a la cabeza y me apresuré a sacudirla para negar antes de seguir con las tonterías.

—No.

—Pero estáis quedando —aventuró Darrell con una sonrisilla.

—Algo así —zanjé dándome la vuelta.

—Claro que han vuelto —cuchicheó Isabella lo suficientemente fuerte como para que la escuchase desde la cafetera—. Bill y Trevor se han estado quejando de que no han podido contar con John ni una sola noche de la semana hasta hoy.

Me mordí el labio, incómoda. Acomodé las tazas en silencio antes de regresar lamentando mi impulso. Pero ya era demasiado tarde como para desdecirme. Sobre todo, porque eran todo sonrisas, excepto Vera.

La puerta se abrió y el alivio me invadió por dentro. Era mi jefa casi arrastrando a un chaval enclenque que tenía toda la pinta de que no iba a aguantar la prueba del primer día. Pero ese ya no era mi problema.

En cuanto entraron en la barra salí zumbando hasta el reservado para recoger mis pertenencias y volver con mis amigas porque solo íbamos a salir de cena con casi una hora de retraso.

—¿A ti no se te ha olvidado contarme algo? —me preguntó mi amiga mientras me sujetaba la puerta de cristal para que saliera.

Le sostuve la mirada un segundo. Sus ojos azules estaban más que helados.

—No.

8. ANITTA

La pantalla se iluminó con otro mensaje que vi de reojo antes de empujarlo hasta el extremo más lejano del escritorio. Después de meses en los que apenas coincidíamos para poco más que un café, de repente ahora todas estaban más que dispuestas a hacer planes. Gruñí y agarré el taco de papeles de encima de la pila sin ganas. Acababa de llegar a casa después de pasarme todo el día en la cafetería y lo que menos me apetecía era ponerme con lo de la contabilidad. En realidad, si fuese otro momento hubiese sido la primera en bombardear al resto para convencerlas de quedar para divertirnos un rato fuera del trabajo.

En cambio, me sujeté el pelo medio húmedo en un moño alto y saqué las gafas de la funda antes de enfrentarme en serio a aquel tostón. La letra pequeña y pulcra de Vera aparecía de vez en cuando al pasar las páginas. Una aclaración en un margen de una de esas parrafadas teóricas que me costaba comprender. Un post it con los títulos de varios libros que me podían ser de utilidad. Y cada vez que me la encontraba sentía un pequeño aguijonazo de culpabilidad.

Porque Vera y yo no nos mentíamos. Nunca.

Al menos, hasta ahora.

Levanté la vista hacia la ventana lateral por la que entraba la escasa luz de la tarde y me mordí la mejilla, obligándome a aprovechar lo que me restaba del día, aunque fuese sumergida entre papeles. Aparté los apuntes porque era incapaz de quedarme con nada de lo que estaba leyendo y me incliné para alcanzar la carpetilla con los deberes que mi amiga me había endosado antes de

bajarme del coche. La pantalla volvió a iluminarse y giré el teléfono con la luz hacia abajo antes de poder pensármelo demasiado.

La noche anterior, mientras cenábamos los habituales tacos del Spurs, Vera fue la única que no reía cada vez que yo insistía en que no había vuelto con John. Fue ella la que me trajo de regreso a casa y, cuando aparcó frente al edificio, se quedó un rato en silencio antes de colar medio cuerpo entre los dos asientos.

—Te traía más deberes, aunque ahora igual ya no tienes tiempo.

«Ya tardaba la otra». Me apreté la rodilla mientras que ella se estiraba para alcanzar algo en el asiento trasero.

—Tengo el mismo tiempo de siempre —respondí con despreocupación en cuanto se acomodó tras el volante, posando una bolsa de tela sobre los muslos— ¿Qué es eso?

Lo pregunté por cambiar de tema, no porque me interesase demasiado lo que hubiese ahí adentro porque no era necesario ser Einstein para saber por dónde iban los tiros. No me apetecía añadir otro manual más a la balda de las cosas que fingía que iba a estudiar algún día.

Su ceño fruncido ni se inmutó.

—Sé que no te gusta estudiar teoría, aunque la necesitas para aprobar los exámenes.

Abrí la boca, pero levantó una mano para sacudir las frases que sabía que iba a usar. Esa era una discusión recurrente que habíamos tenido como mil veces. Todavía no estaba segura de que me fuese a presentar a los exámenes; por eso estudiaba por libre. Y porque no tenía tiempo libre para una formación presencial. Yo no era como ella. A mí nunca se me había dado bien estudiar. Y por eso habíamos acordado desde el principio que no me iba a presionar, aunque a veces parecía que se le olvidaba.

—Ya lo sé. Aunque, después de lo de hoy en la cafetería, estoy más convencida de que deberías sacarte el título y trabajar

conmigo. Yo no puedo pagarte mucho, pero tu jefa tampoco y cada vez abusa más de ti.

—Se lo debo, Vera.

Arrugó la boca y negó con tanta fuerza que dos mechones platinos se le pegaron al *gloss*.

—Eres la mejor camarera que tiene y mira lo que te ha hecho hoy. Bueno, que da igual, que no quiero discutir por lo mismo otra vez. Te traía esto…

Sacó una carpetilla de cartón azul y la giró antes de dejarla sobre el salpicadero. Y me picó la curiosidad.

—Dices que no se te da bien la teoría —continuó, dando un golpecito a la carpeta hasta que chocó contra la luna delantera—, así que pensé que igual te apetecía probar con algo más… práctico.

Alcé las cejas. Tenía toda mi atención. Y lo sabía.

—Y eso tan misterioso ¿qué es?

—Facturas. —Se encogió de hombros, pero sus ojos brillaban —. Sin datos de los clientes. Solo para ver qué eres capaz de ver.

Solté una risa incrédula.

—¿En serio? Eso es más trabajo y no estoy preparada. ¿Qué voy a hacer yo con *esto*?

—Pues lo mismo que hago yo —respondió al instante—. Tienes más ojo de lo que crees. Solo tienes que revisarlas, por si algo te llama la atención. Que no, pasas al siguiente grupo de facturas. Y si algo te hace dudar, lo vuelves a revisar y lo anotas. Eso también es parte del trabajo.

Extendí la mano hasta que me la entregó.

—Genial. Algo de acción —añadí con sorna—. Por fin.

—¿Segura?

Me detuve antes de llegar a agarrarla, sin comprender. Pero no miraba a la carpeta, sino a mí.

—¿Estás segura de que no hay nada que quieras contarme? El resto no se van a enterar, si es por eso.

El silencio se me hizo una bola pesada en la tripa en cuestión de medio segundo.

Dudé. Porque mi lealtad hacia Vera era total. Desde el instituto. Pero…

—No.

Sus hombros se hundieron, como si no me creyera.

—Ya os lo he dicho, no estoy con John. Si estuviera, te lo habría contado. Ya lo sabes.

Asintió con sequedad.

Decidí ser tan sincera como podía sin deshacer del todo mi primera mentira.

—Solo lo he… visto.

Tras una pausa mínima, Vera entreabrió la boca.

—Ah. —Y se estiró hasta que la carpeta me dio en el antebrazo—. Acabáramos. Ahora que después de comportarse como un capullo, ha conseguido la leche gratis, ya sabe que no tiene que esforzarse para nada.

Le di un codazo que solo era broma en parte.

—Eh, que no soy una vaca.

Pero mi amiga no sonrió.

—Para lo que te valdría… —dijo, seca, arrancando el coche—. Trabaja en Woodhall. Tendría bastante más interés si fueses una yegua de raza.

La suave vibración contra la madera del escritorio me sacó de mi letargo. La pantalla se iluminó otra vez. Chasqueé la lengua y la ignoré. Luego otra. Y luego una tercera en donde vibró con insistencia, como si supiera que la estaba evitando. Resoplé ajustándome las gafas al puente de la nariz y me dejé caer con

fastidio contra el respaldo, con la vista clavada en uno de los desconchones del techo.

—Pesadas… —murmuré para mí.

No necesitaba comprobarlo para saber que eran ellas. Seguro que les parecía muy divertido intentar un nuevo interrogatorio. A mí también me lo parecería si estuviese en su lugar. Estaba claro que no eran de las que se rendían a la primera ni a la cuarta, porque llevaba ignorando el chat grupal desde la hora de la comida.

Me tapé los oídos un minuto volviéndome a concentrar en lo que tenía delante. En algo que aparecía bajo el epígrafe de «técnica contable y tratamiento de la documentación» y que solo por el nombre tenía pinta de ser *apasionante* hasta la extenuación.

El teléfono volvió a vibrar. Esta vez más largo. Cerré los ojos un instante, valorando seriamente apagarlo porque lo de dejarlo aparcado hasta que se cansasen no estaba funcionando.

—Que no voy a salir —le dije al aire—, que con lo de ayer ya me llegó.

Era la verdad. Si ayer no tenía muy claro por qué lo había hecho, durante el turno de hoy en el Sally's había dejado de verle ningún sentido a mi mentira. Si esperaba un par de días y no tenían novedades, probablemente se les olvidaría. O si había un nuevo bombazo de esos que en los últimos meses abundaban por Strokeville. Con un poco de suerte, los Ranger detenían al alcalde o a alguien igual de importante antes de regresar a la ciudad y me hacían el favor de arreglarme este problemita.

El timbre me devolvió a la realidad de golpe.

Abrí los ojos y tardé unos segundos en reaccionar.

—Están locas —farfullé empujando la silla hacia atrás.

Me incorporé despacio y sin ganas, arrastrando los pies hasta el otro lado de la estancia. La ventaja de vivir en un estudio como el mío era que no necesitaba más de diez pasos para llegar a la puerta,

estuviera donde estuviese, y aun así no me di la prisa suficiente porque volvieron a llamar.

«Cansinas»

Exhalé con fuerza y abrí de un tirón murmurando:

—Que no estoy. Para *nada*.

La intención era que Vera o Darrell se rieran y se apiadasen de mí y me dejasen volver pronto a mi encierro voluntario.

Pero no era ninguna de ellas.

Era John.

Y esa maldita sonrisa suya.

Me quedé quieta en el umbral, con la mano aferrada al pomo de la puerta.

—Hola, Ani.

Sus ojos verdes brillaron recorriendo mis pintas de estar por casa mientras él estaba perfecto con esos vaqueros que le sentaban tan bien y una camisa azul de cuadros. Me estiré la sudadera hasta la mitad de los muslos, molesta. No había necesitado mucho esfuerzo para hacerme perder la cabeza. Otra vez. Y, encima, usando mi diminutivo. *Otra vez*.

Cuando hizo la insinuación del café, lo reté que a que se atreviese a pasar por la cafetería. Y, en vez de eso, una semana después venía a la puerta de mi casa. Quizá Vera no estaba tan equivocada con lo de la «leche gratis».

Me enderecé todo lo que pude y parpadeé con exageración.

—¿Qué haces aquí?

Su sonrisa se endureció un poco antes de clavarme la mirada.

—Venía a pedirte un favor.

Me agarré a la madera con más fuerza de la necesaria para no acabar cerrándosela en la cara.

—Estoy ocupada estudiando, no tengo tiempo para hacerte favorcitos.

El teléfono volvió a sonar a mis espaldas y me giré sin pensar en nada más que en las ganas que tenía de lanzarlo por la ventana.

Y, para cuando me quise dar cuenta, John ya estaba dentro.

—No sé lo que quieres, pero…

Sacudí la cabeza y el moño se tambaleó deshaciéndose un poco más. John se acercó unos pasos con las manos dentro de los bolsillos.

—Dile a Gaby y al resto que hoy no puedes quedar. Por favor.

Esta vez el parpadeo fue genuino. Que yo no quisiera salir no significaba que tuviera que plegarme ante él. Ni parecerlo. Eso o aquellos libros feministas que Vera me había obligado a leer durante el último año de instituto no habrían servido para mucho.

—¿Por qué no? Solo es tomar unas hamburguesas y quizá dos cervezas. —Apretó los labios y algo hizo conexión dentro de mi cerebro—. Si lo dices por el chico de las cuadras de Menard, ese que Isabella insiste en presentarme, no es asunto tuyo, pero solo lo hace…

Sacudió la cabeza, un poco más serio.

No continué explicando que Isabella solo lo había propuesto para obligarme a admitir que no quería conocer a nadie porque John y yo sí que habíamos vuelto.

—No es por eso. Aunque preferiría que no lo hicieses.

Ya. Por la «leche gratis».

—¿Por qué?

Rodeé la cama para dejarlo al otro lado de la estancia. Si quería evitarlo, debía interponer tanto espacio como fuera capaz.

—El otro día me cubriste ante Trev.

—Ayer —aclaré—, ante Gaby. Y todavía no sé por qué.

—Pues necesito que lo vuelvas a hacer.

Se pasó la mano por la coronilla despeinándose y en dos zancadas ya estaba frente a mí. Si levantaba un poquito la mano podría acariciarle los abdominales.

Y tirarlo sobre la cama.

Su sonrisa ladeada me hizo morderme el interior del carrillo con fuerza. Al parecer, su proximidad y la abstinencia bastaban para hacerme perder la cabeza y recordarme lo débil que era. Me tragué un suspiro y me alejé hasta la estantería que Vera estaba colonizando poco a poco con sus manuales de contabilidad, intentado no pensar en cuánto tiempo hacía que no lo tenía a solas en mi habitación. Para mí.

John era demasiada tentación para una habitación tan pequeña como la mía.

—Le he dicho a Trevor que no podía quedarme con él porque iba a estar aquí. Contigo.

—Ah. ¿Y te vas a quedar? ¿O con quién vas a estar *de verdad*?

—Ani… si no fuera importante no te lo pediría.

Un montón de pensamientos contradictorios corrieron por mi cabeza. El acercamiento en el callejón. Los rumores de que lo habían visto con otra mujer en otro condado. Mis ganas de creerle. Mi pésimo criterio con los hombres. Su mirada sincera la semana pasada al decir que no me lo podía contar.

La misma que me dedicaba ahora.

—Vale. ¿Y me voy a quedar aquí lo que queda de día yo sola y aburrida mientras que mis amigas y tú estáis por ahí pasándolo bien? ¿Y sin que me expliques nada?

A John se le escapó un suspiro entrecortado. Luego estiró la mano y enredó el pulgar por uno de los mechones rosados que se me habían soltado. Lento, cuidadoso. Sin despegar sus dulces ojos verdes de los míos.

No tardé nada en ablandarme.

Las feministas de la cuarta ola estarían muy poco orgullosas de mí en ese momento.

—Está bien, pero me debes una. Quiero explicaciones.

—Las tendrás.

Se inclinó un poco más. Su aire se mezcló con el mío, invadiéndolo todo. Y nos quedamos así, muy juntos, muy quietos.

—Te prometo que las tendrás.

Con cada palabra sus labios acariciaban los míos. No era un beso, pero a mí me valía igual.

Cuando agarró el pomo de la puerta, no me pude contener.

—Y, como me entere de que me estás usando para quedar con otra sin que nadie se entere, te juro que te arranco las pelotas.

La carcajada que escuché después de que cerrase la puerta fue música para mis oídos.

9. ANITTA

Me quedé de pie frente a la puerta, medio alelada, con una sonrisa y el dedo recorriendo el contorno de mis labios intentando retener la sensación de su aliento al rozarme los labios.

Como una tonta.

Su olor a cedro y cuero podía seguir en mi habitación, pero la puerta no iba a volver a abrirse por mucho que me quedase mirándola. John no iba a darme un beso de esos que hacían temblar hasta las paredes justo después de añadir algo más. Algo que lo arreglase todo. Y yo había aceptado cavar un poco más hondo en el hoyo de mentiras en el que me había enfangado por mi gusto propio.

Resoplé obligándome a regresar al escritorio. Y el teléfono volvió a vibrar cuando extendí la mano para cogerlo, como si tuviese vida propia. Cerré el puño y me crucé de brazos, solo mirando.

—Qué cansinas… —murmuré, dejándome caer en la silla de escritorio que necesitaba sustitución desde hacía tiempo.

Alargué la situación un momento más, hasta que volvió a vibrar y leí el nombre del grupo antes de que se apagara. Impulsiva, quizá; pero cobarde…

Encendí la pantalla.

Veintiún mensajes nuevos.

Genial.

Entré en el grupo y deslicé rápido hacia abajo, sin prestar atención. Demasiados emojis de fuegos junto a mi nombre cuando

solo quería olvidarme del tema porque empezaba a sentirme un poco idiota de más. Solté todo el aire que tenía dentro.

«Vale. Rápido. No pienses mucho»

Sonreí con cinismo, porque esa era una máxima en mi vida que no me había dado tan buenos resultados como para seguirla usando.

Y, aun así, escribí.

Yo: Chicas, yo no voy. He quedado.

Me quedé mirando las seis palabras mucho más rato del necesario para leerlas, sin decidirme a apretar el icono de enviar. Dudé aproximando el pulgar, luego suspiré y añadí.

Yo: Con John.

Era como tirarse al agua cuando estaba fría. Si lo hacías de golpe, acababas antes. Apreté enviar con saña y lo tiré sobre el escritorio para evitar la tentación de editarlo. O de borrarlo. Los tres puntitos aparecieron casi al instante, al igual que mi arrepentimiento.

Darrell: Mira por qué no contestaba.

Isabella: Lo sabía. Qué bien.

Bajé los párpados y respiré despacio mientras que los pitidos se sucedían. No necesitaba leerlos para saber por dónde iban y eso me hizo sentir más incómoda.

Gaby: Me alegro. Aunque ya lo sabía. John se lo contó a Trev antes de salir del rancho.

Darrell: ¿Ya está ahí? ¿Puedes hablar o estás *ocupada*?

Aparté la vista y con un mohín recorrí la estancia en la que vivía. Junto al armario había una pila de ropa limpia sin guardar desde ayer. Y cuando salí de la ducha, el cubo de la ropa sucia estaba casi lleno. Quitando los estudios, esas eran las únicas tareas que me iban a tener ocupada hoy.

Isabella: Dile que le hable a su primo de mí. Al alto.

—¿A quién se lo voy a decir? —me pregunté con amargura subiendo los talones al asiento y abrazándome las rodillas.

Darrell: Esta ya está a otra cosa. ¡Qué suerte tienen algunas!

Gaby: Y ayer intentando negarlo…

Isabella: A ver si aprendo.

Solté el aire por la nariz y hundí la barbilla en el hueco entre las rodillas. Incómoda. Porque lo peor de todo no era el pitorreo que había en el chat y que seguro que duraría un tiempo.

Era la sensación rara en el pecho que iba en aumento con cada mensaje de las chicas.

Lenta.

Molesta.

Incisiva.

Como una astilla que se te clava en el dedo y que eres incapaz de sacar.

Torcí la cabeza para evitar seguir leyendo el chat y la vista me fue directa a la puerta. Cerrada. Sin nadie que fuera a llamar de nuevo. «Genial. Lo estás haciendo de diez, chica». Alargué la mano cuando el maldito cacharro volvió a sonar con la intención de ponerlo en modo avión hasta que me despertase o los manuales de contabilidad me matasen de aburrimiento. Pero este no era del grupo, así que entré al mensaje privado notando ya una quemazón en las manos.

Vera: Y no tenías nada que contar.

«Mierda»

El pulgar se me quedó suspendido sobre el teclado durante un segundo muy largo. Vera podía guardarse secretos para sí, pero no mentía. A mí, no. Si la situación de ayer en el coche hubiese sido a la inversa, si yo le hubiese preguntado y ahora viniera con esas, no me conformaría con mandarle solo un mensajito.

Escribí despacio.

Yo: No tenía.

Lo borré.

Porque sí que tenía algo que contar. Así que escribí

Yo: Te lo cuento cuando sepa.

Pero en vez de darle a enviar de inmediato cambié la última palabra por un pueda. Y lancé el teléfono hacia el colchón para librarme de él, aunque fuera un momento. *Joder*. Me recliné en la silla siguiendo el recorrido de una de las grietas de la pared. Luego hasta el teléfono, que casi se había caído del colchón. Después a la puerta. Y después alterné la vista entre uno y otro como si estuviese viendo un partido de tenis. Una y otra vez, con la cabeza dando vueltas.

Nada de lo que estaba haciendo últimamente tenía sentido. John aparecía de la nada pidiéndome que mintiese por él, sin una sola explicación, y yo le decía que sí al instante y a cambio de nada. ¿Es que no había aprendido nada en la vida? Vera siempre me acusaba de ingenua, pero la verdad era que llevaba desde los diecinueve sacándome las castañas del fuego yo solita; en concreto, desde que mi madre se largó con su último novio a Florida. Tenía que ser más fina. Y no creer en las palabritas de cada hombre que se me acercaba, como había hecho mi madre desde que tenía recuerdo.

Por muy John Buttler que fuera.

Chasqueé la lengua y me levanté para recuperar el teléfono. Pero no fui capaz de entrar en la aplicación de mensajería y comprobar si mi mejor amiga me había respondido. Desbloqueé la pantalla y entré en el menú por inercia, pasando de una pantalla para otra sin hacer nada.

Hasta que vi la aplicación.

Llevaba meses sin usarla.

El día que atacaron a Gaby Winston, John se presentó en mi casa con el miedo incrustado en la cara. Había aporreado la puerta

tanto que me sorprendió que no se viniese abajo, porque parecía tan buena para aguantarlos. Y me había apretado contra sus costillas durante un buen rato sin dejarme explicar que el único motivo por el que no había respondido al móvil era que estaba en el baño haciéndome las mechas.

Se me escapó una risa incrédula al ver el dibujito en medio de otros de los que apenas usaba, porque después de seis meses ya ni me acordaba que la tenía. La aplicación de seguimiento que John propuso que los dos nos instalásemos. «Por seguridad», insistió mientras me la bajaba sin soltarme la mano. Los dos nos habíamos dado permisos mutuos para poder geolocalizar el móvil del otro. «Solo por si pasa algo», me repitió. Y a mí me pareció bien. En un sitio como Strokeville, donde nunca pasa nada, la brutal agresión a Gaby nos impresionó a todos.

Y yo tampoco tenía nada que esconder. Si a John le daba por entrometerse en mi intimidad se iba a aburrir a base de bien, porque en ese momento mi vida se limitaba a ir la cafetería, mi casa, el supermercado y la casa de Vera. Igual de trepidante que ahora. Y solo la había abierto aquella vez, con él sentado a mi lado en la cama, para probar que funcionaba después de instalarla.

El dedo se quedó planeando sobre el icono, dudando, porque podía haberme quitado el acceso. Al fin y al cabo, ya no estábamos juntos y yo tampoco querría que mis ex pudiesen saber dónde estaba en cada momento del día. Salvo por John, que no necesitaba espiarme porque le daría mi horario, encantada.

Y si lo pulsaba y descubría que lo había hecho…

—Pues mejor —murmuré sin ningún convencimiento.

Tragué saliva y pulsé. Mi corazón dejó de latir durante el segundo que tardó en cargar. Un segundo eterno. Y de repente me eché a reír al ver que allí estaba el puntito del móvil de John en el mapa. O le había pasado lo mismo que a mí o a él tampoco le preocupaba que lo espiara. «Bien». El alivio duró menos que la aplicación en cargar porque en cuanto me fijé en dónde estaba se me cuajó la sonrisa.

Me levanté de un saltó y me peleé con las botas a la vez que me colgaba el bolso en bandolera.

—Hijo de…

Me mordí la lengua, recogí las llaves del cuenco y volví a examinar la pantalla por si me había equivocado. Pero no. El puntito ahí seguía, parpadeando, sin inmutarse de cómo estaba estrujando el móvil por su culpa.

—Vale —gruñí peleándome con la puerta para cerrarla—. Vas allí, te lo cargas y vuelves. No tiene que enterarse nadie.

Que me quedase en casa esperando, decía. Ni de coña. Este se iba a enterar de quién era yo de una vez por todas.

10. ANITTA

Pues claro que estaba allí.

El puntito rojo de la aplicación no se había movido del sitio mientras que yo casi me la había pegado dos veces en la carretera porque era incapaz de dejar de observarlo. Pero una cosa era saberlo porque te lo marcaba el móvil y otra muy distinta verlo con tus propios ojos.

Me escocieron nada más reconocerlo, aunque tampoco había motivo.

—Contrólate —me recordé de nuevo sin sacarle la vista de encima a la parte trasera de su furgoneta.

Había dos filas de coches entre nosotros y la luz era pésima, pero reconocería ese vehículo en cualquier sitio. El abollazo en la esquina de arriba de la jaula que le hice en junio sin querer seguía allí. Igual que yo, que no me había movido del asiento en esos casi diez minutos. Como si estuviese esperando para conseguir asientos de primera fila para el espectáculo porno que no tenía intención de ver.

—Al menos, ahora lo sabes —murmuré.

Como si así doliese menos. La boca me supo amarga al instante y estrujé el volante con fuerza intentando bloquear cualquier otro pensamiento. Al final iba a tener razón mi amiga con que todos los tíos eran unos cerdos. Alargué el brazo hasta el asiento contiguo y arrastré el bolso hasta mis muslos desnudos para dar con el teléfono. La sensatez imponía un cambio de planes al instante. Llamaría a Vera, le confesaría que era idiota y me bajaría lo

que quedase del whiskey malo de su padre entre quejidos y llantos porque siempre me pasaba lo mismo con los novios.

«Ya no estábamos juntos».

Le solté un manotazo al bolso, que se había tragado mi maldito teléfono, porque no podía dárselo a esa molesta vocecita interior.

Eso podía ser verdad en teoría. Pero si para él no había sido ningún tipo de impedimento venir vestido de punta en blanco un viernes por la noche hasta mi puerta para pedir con toda su cara que lo cubriese ante Trevor y el resto de Strokeville, entonces…

—…para mí tampoco —acabé en voz alta y salí del coche sin pensarlo dos veces.

Cerré de un portazo y crucé las filas de coches con un solo pensamiento en la cabeza. Si Kieran me pillaba, pues ya pagaría la multa o lo que fuera, pero John Buttler se iba a acordar de mí. Y su furgoneta, también. Metí la mano en el bolso y removí hasta dar con el manojo de llaves y lo saqué empuñando la más larga como si fuese a la guerra.

Apoyé la punta en la parte trasera e inspiré hondo para coger fuerza. Le iba a dejar un recuerdo precioso. Al enderezar la espalda, antes de mover la mano, vi un movimiento en el interior. Con incredulidad di dos zancadas más y golpeé la ventana del copiloto con los nudillos con ganas. Una. Dos. Tres veces. Hasta que John pegó un respigo.

—Pero ¿qué…?

Se giró vociferando, pero la cara congelada que se le quedó al verme hizo que el viaje valiese un poco la pena. Lo saludé con sarcasmo y me colé en el coche antes de darle tiempo a reaccionar.

—¿Qué haces aquí?

—No. Que haces aquí tú —repliqué.

—Anitta, no me jodas —farfulló pasándose una mano por la coronilla.

—*Eso* es lo único que no estoy haciendo —me acomodé en el asiento—. Porque así, al menos, me lo estaría pasando bien.

Parpadeó.

—¿Para eso has venido? —pregunté con asco señalando al motel cochambroso que teníamos delante.

Era la primera vez que ponía un pie en el parking de ese motel de carretera que quedaba en la frontera entre Garrett y Strokeville, y que no llegaba a las tres estrellas y media de valoración en las webs.

—No tenías que estar aquí, Anitta.

—¿Por qué no, si soy tu coartada? ¿Ya no te acuerdas? —Nos sostuvimos la mirada unos segundos, pero John no dijo nada más y, tras unos instantes en silencio, la pregunta se me escapó sola con la voz medio rota—. ¿Con quién?

Su nuez subió y bajó con exageración.

—Con nadie.

Sonreí con cinismo.

Por lo que fuese, no me lo creía. Quizá porque ya había visto más de cinco coches de clientes de la cafetería cuyas mujeres debían estar en sus casas tan tranquilas preparando la cena, por ejemplo. Me giré hacia él esforzándome por aparentar estar tan controlada como me fuese posible.

—Claro.

—Claro —repitió y me dieron ganas de arrearle con el bolso.

—¿Has venido al motel tú solo? —Asintió y se enderezó en su asiento, como si esa fachada que necesitaba una buena mano de pintura fuera mucho más interesante que yo —No sabía que le hubiese pasado algo a tu casa.

Ni respondió.

Y otra vez la molesta sensación de la espinita sin sacar escaló por mi espalda.

—¿Ahora te va el voyerismo?

Ahí sí que se giró.

—¿Qué?

—Que si me dejaste porque ahora te va eso de mirar.

—Sabes de sobra lo que me va, preciosa —respondió tenso. Incómodo. Bien, porque era justo como me sentía yo—. Y me dejaste tú a mí.

Sacudí las manos en el aire negando con la cabeza.

—Eso es solo semántica. Sabes de sobra cómo estabas conmigo: pasota y raro. Me adelanté por si reaccionabas y me salió mal. Yo ya no doy «tiempos» a nadie para que me la pegue con otra. Y, visto lo visto, —exclamé perdiendo el control—, menos mal porque si te las traes a sitios como este a saber con qué me llegabas a casa...

Se inclinó rápido hacia mí, hasta estar cerca. Demasiado. Nunca lo había visto tan enfadado, con los ojos brillantes y las narinas aleteando como si no le llegase el aire.

—Deja de decir esas cosas —farfulló con la boca apretada.

—¿Por qué? ¡Si son verdad! —repregunté casi a gritos.

No respondió.

Se inclinó invadiendo mi espacio y apretó mi cuerpo contra el suyo. Cada uno de los nervios de mi cuerpo se activaron ante su contacto, como si llevasen demasiado tiempo esperándolo. Como cada vez que me rozaba.

Apoyé una mano en su pecho y presioné con fuerza, pero no se apartó. Y eso era un problema, porque estaba demasiado cerca como para que me funcionase el riego de la cabeza. Porque mientras que él me observaba muy quieto, con los párpados entrecerrados, yo me moría por besarlo. Quería morderle el labio hasta hacerlo jadear y que perdiera el control. Que me arrastrase hasta su asiento y llegar hasta el final. Y, después, quizá meterle dos gritos y darme de cabezazos contra mi escritorio cuando llegase a casa.

Pero esos ojos verdes, dulces y soñadores, me tenían hipnotizada. Levantó una mano y me recorrió la línea de la mandíbula muy despacio con el pulgar. Una nueva especie de tortura muy delicada, solo para mí. La odiaba. Intenté recordar lo enfadada que estaba hasta hacía medio segundo y le di un manotazo en el pecho, pero no lo moví ni un centímetro. John a cambio me agarró por la nuca y tiró de mí hacia él. Calor, músculos y cabreo. Justo como yo. Lo que quedaba de mi enfado se mezcló con el suyo diluyéndose en algo un poco diferente.

—No quería dejarlo, Ani. No soy bueno en… Es algo que se ha… complicado.

Lo dijo con un tono grave, íntimo. Como si no le gustase admitirlo en alto. Su aliento se entremezclaba con mi respiración agitada. Su calor con el mío. Odiaba que, a pesar de mi enfado, pesaban más las ganas de que me tocase. O de creerle. El ruido de fuera de los coches y de las voces llegaban amortiguados, mucho más lejanos.

Agachó la cabeza y me trague un suspiro, pero se detuvo a unos milímetros de mis labios y reposó su frente contra la mía. Su nariz acariciaba mi mejilla cada vez que respiraba.

—¿Por qué? —susurré. No estaba segura de que me hubiese llegado a oír.

Sus manos recorrieron mi espalda despacio, provocando ese hormigueo conocido a su paso. Sacudió la cabeza con suavidad un par de veces por toda respuesta y siguió explorándome por encima de la sudadera. No era justo tener esa conversación en ese momento cuando mi cuerpo había decidido dejar de colaborar conmigo y ponerse de parte de él. El corazón me latía desbocado y tenía que elegir. Realidad o ficción. El problema era que mi cuerpo conocía perfectamente a John y lo que era capaz de hacerme sentir. Hasta dónde me llevaba cada vez que nos consumíamos juntos.

Quería arder.

Con él.

Pero también necesitaba saber.

—Cuéntamelo —jadeé cuando su pulgar se coló por debajo del tejido de algodón.

—No es buena idea.

—Montárnoslo en un aparcamiento tampoco. —Lo sentí sonreír contra mi sien.

—Eres tú —respondió separándose lo justo para mirarme de frente—. Cada vez que te toco se siente demasiado bien.

La palma grande y callosa de su mano se ciñó a mi cintura, reforzando sus palabras. Como si me reclamara para él. Tiró un poco más hasta que mi pecho se pegó por completo a su torso firme y trabajado y deseé dejarme llevar. Habíamos estado así muchas veces, era una sensación demasiado familiar.

Quería ceder.

Pero tampoco podía dejarlo estar.

—John, dímelo.

Su mano me incrustó con más ganas contra su cuerpo como para asegurarme de que no me iba a escapar de él o de su falta de respuesta, porque mantuvo la boca cerrada. Tragó saliva sin apartar la mirada; lo vi dudar y me adelanté. John tenía la capacidad de desestabilizar mi campo orbital, de tensar el sedal con su presencia. De invadir mis pensamientos con ese olor especiado y su sonrisa.

Si yo podía afectarlo, aunque solo fuese la mitad que él a mí, era el momento de explotarlo y recuperar lo que teníamos antes de su «cambio».

—Vamos a hacer una cosa —me lancé agarrando su barbilla cuadrada para asegurarme de que me prestaba toda la atención—. Vamos a ceder los dos y a dejar de resistirnos. Puedes tocar y hablar a la vez, ¿me entiendes?

Sus dedos se hundieron en la espalda, sus ojos se afilaron y estuve tentada a sonreír porque parecía que lo había captado a la perfección.

Pero no.

La pregunta siguió en el aire. John, en cambio, agachó la cabeza un poco más a la vez que me apretaba contra su torso hasta que no quedó ni un milímetro de espacio entre los dos. El aire volvió a crepitar a nuestro alrededor y me pregunté si él también lo sentía como yo. Inspiré y abrí la boca para insistir, pero su boca se adueñó de la mía. Su lengua trazó el contorno de mis labios lento, muy lento, abrasándolo todo a su paso mientras que solo pude pronunciar un par de gemidos necesitados. Era suya y los dos lo sabíamos.

El hormigueo que me recorría se intensificó en anticipación. Porque sabía lo que su cuerpo era capaz de hacerle al mío. De hasta a dónde me hacía volar. Me entregué al beso con toda la necesidad que tenía dentro dejando que John tomase el control. Una mano tiraba del pelo de mi nuca mientras la otra exploraba debajo de mi sudadera y bufó cuando se dio cuenta de que no llevaba nada más que las bragas por debajo.

—Joder, Ani, ¿cómo vienes…?

Lo enganché por el cuello y le mordí el labio inferior sin ningún cuidado y el gruñido en respuesta hizo bullir mi sangre.

—Me iba a quedar en casa estudiando —respondí trazando la línea de su mandíbula con las uñas—¿te acuerdas?.

Me agarró por debajo de los brazos y me arrastró por encima del salpicadero hasta que aterricé en su regazo y todo lo demás dejó de existir. Solo ese beso ardiente y sofocante que me dejaba con sed de más. Su lengua sometiendo la mía una y otra vez mientras yo me movía sobre él, restregándome contra su erección. Sus dedos ásperos ascendiendo por un costado mientras que los de la otra mano se hundían con dureza en mi cadera. Acunó uno de mis pechos, hinchado y pesado, arrancándome un gemido y le tiré del pelo en respuesta dejándome llevar.

Un ruido seco segó el silencio del habitáculo. El chirrido de un frenazo. El pitido de un claxon grave y largo. Los dos nos quedamos

quietos durante un instante con la respiración agitada resonando alrededor. John parecía distraído, con los labios hinchados y el pelo castaño hecho un desastre. Sonreí y me moví lo justo para poder ver por encima de su hombro, a través de la luna trasera, a una furgoneta salir del parking mientras que un camión maniobraba a un lado, esquivando el pequeño muro de la entrada.

Entrecerré los ojos siguiendo las luces rojas que se alejaban en dirección a Strokeville.

—Casi se la pegan ese camión de ahí y una furgoneta. Parecía la de Rhenton.

Lo noté tensarse al instante debajo de mí y su mano oprimió hasta casi hacerme daño. Ahí estaba, la respuesta que había estado esperando. Como si fuese una broma mala.

—No empieces —murmuró con cansancio.

Tenía que haberme mordido la lengua un segundo antes, pero ya era tarde.

—¿Estabas aquí por tu primo? ¿Habíais quedado en un hostal?

No respondió. A cambio, sus manos rodearon mi cintura con más intensidad.

—John.

Dejó caer la cabeza contra el reposacabezas. Tenía las sienes perladas de sudor, pero la respiración más relajada.

—Estábamos en medio de algo, preciosa. ¿No puedes dejar las preguntas ni cinco minutos?

Me mecí sobre él sonriendo con cinismo.

—Claro, vaquero. Entonces de lo de pedir una habitación en este tugurio no digo ni palabra, ¿no?

11. JOHN

La recepción del motel era tan deprimente como se esperaba por la fachada. Una recepción pequeña y descuidada, con los escasos muebles llenos de arañazos y unas manchas sospechosas sobre el mostrador. El suelo de alicatado industrial tampoco tenía mejor aspecto. Ni el techo, donde había varios fluorescentes que habían dejado de funcionar y algo parecido al moho bajaba por la esquina de la ventana que estaba al fondo. Me detuve a unos pasos del mostrador para decirle que ese tugurio no era digno de ella y que nos largábamos de allí ahora mismo cuando sentí el peso de sus dedos finos en mi cinturón.

—Como te rajes ahora, Buttler…

Saqué la cartera al instante. No era tan idiota como para desperdiciar lo que Anitta Larsen quisiera darme, fuese una noche o una hora. Caminamos apresurados en el trayecto más largo que habíamos hecho nunca, y eso que la habitación no podía estar muy lejos. No nos cruzamos con nadie, pero a través de las paredes de mala calidad se filtraban los sonidos de lo que sucedía en el interior de las habitaciones. Voces, gruñidos, golpes. No necesitaba nada de todo eso, porque el ambiente entre los dos estaba lo suficientemente cargado desde que la besé en la ranchera. Hasta podía escuchar el aire crepitando entre nosotros cada vez que mi brazo rozaba el suyo casi sin querer. Al pasar frente a una de las puertas es escuchó un largo gemido y no pude evitar mirarla de reojo. Anitta era demasiado buena para estar en un lugar así, aunque fuese por unas horas. Tenía que haber insistido en largarnos de aquí y llevármela a mi casa.

—¿Todavía no sabes por qué pierdes tanto al póker con los chicos?

Giré la cabeza y el aire se me atascó en la garganta. Sus mejillas estaban sonrojadas y su precioso cabello rubio, despeinado y salpicado de rosa y azul, brillaba alrededor de su rostro cuando se detuvo y la imité por inercia.

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

Sacudió la cabeza.

—Deja de pensar en lo terrible que es este lugar. No nos vamos a mudar aquí, solo a disfrutar.

Sonrió y la observé embobado hasta que extendió la mano y me quitó la llave para pasarla por la cerradura. Tragué saliva cuando se abrió la puerta y tuve que hacer acopio de todos esos buenos modales sureños con los que mi madre me había criado para no meterla de un empujón en la habitación.

Todo un esfuerzo.

Anitta entró viéndome por encima de su hombro y la seguí apenas cruzó el umbral. Pintura amarillenta y desconchada en una esquina, en el centro del cuarto una cama grande y con mala pinta con un cobertor estampado y medio descolorido, y flanqueada por dos mesitas de noche que parecían a punto de desmoronarse en cualquier momento. Y, justo delante, la mujer que se había adueñado de mis noches y a la que podía volver a tener si dejaba de comportarme como un idiota.

Cerré la puerta de un puntapié y me recosté sobre ella un instante, necesitando tranquilizarme para poder tomarme las cosas con la calma necesaria, pero cuando vi su sonrisa vacilar al girarse y no encontrarme detrás, todo lo demás se evaporó.

En dos zancadas ya la tenía a mi alcance. Incliné la cabeza, presioné su cuerpo contra el mío y la conocida descarga eléctrica me volvió a recorrer las entrañas. Como antes en mi coche. Como la primera vez que se durmió en mi hombro. Me maldije por haber sido capaz de perderla, aunque fuese unas semanas, por el lío en el que

se hubiesen metido mis primos. Recorrí su cara detenidamente a la vez que le agarré la cabeza por detrás, enterrando los dedos en su melena, hasta hacerme con un buen mechón y tirar, para obligarla a echar el cuello hacia atrás y mirarme a los ojos.

Entreabrió los labios con el pulso acelerado. Me incliné para rozar sus labios y todo siguió en el mismo punto en que lo habíamos dejado en el asiento delantero, hacía apenas unos minutos. Besos lentos y húmedos, sus uñas recorriendo mi cuero cabelludo, mi lengua adueñándose de la suya y de esos suaves gemidos que se le escapaban y que me ponían a cien.

Cuando se dejó caer contra mí la cogí por los muslos y la levanté para llevarla hasta la cama sin poder dejar de devorarla. Anitta se movió rodeándome con sus piernas hasta que no hubiese un centímetro de mí que no estuviese entre ellas y me mordió el labio inferior como sabía que me gustaba.

Dios.

Subí la mano izquierda para apretarla más a mí, para que notase lo duro que me tenía y me encontré con su braga y su piel blanca y suave expuesta al subírsele la sudadera.

—Joder, Ani —farfullé sentándome en el borde de la cama con ella sobre mí—. Mira cómo vas.

Se rio en mi boca y me tironeó del pelo de la nuca.

—Ya te dije que… —Le recorrí el cuello con los labios hasta que volvió a jadear.

—No estás estudiando —refunfuñé arrancándole otra carcajada.

—¿Y qué más te da? —preguntó moviendo las caderas sobre mí, refrotándose.

—Que no me gusta que otros miren así lo que es mío, joder.

Parecía un neandertal, pero con la poca sangre que me llegaba en ese momento al cerebro, me daba igual.

—No me ven. Y ya no es cosa tuya. Tú y yo ya no…

Un mordisco en la base del cuello fue suficiente para cambiar sus palabras por un gemido largo. Odiaba que lo dijese en voz alta, aunque fuese verdad. Colé una mano entre los dos y acaricié el tejido de algodón justo por donde estaba más húmedo.

—Claro que es cosa mía —murmuré contra el lóbulo de su oreja, jugueteando con él—. Todo tu cuerpo lo sabe, preciosa. Y tú también.

Aparté la braga y recorrí sus pliegues con una calma que no sentía en absoluto.

—Y deja de decir que no estamos juntos.

Se separó de mi pecho al instante para clavarme sus ojos avellana a la vez que sus finos dedos se hundían en mis hombros con saña.

—No digas cosas por decir, John. —Su voz sonó más dolida que enfadada—. No te hace falta.

—No lo hago. No quiero perderte —carraspeé y la volví a acariciar—. Mañana lo hablamos con calma.

Anitta torció la cabeza, lentamente. Estudiándome.

—Mañana.

Asentí.

—Más te vale, Buttler—murmuró contra mis labios antes de besarlos con voracidad y una descarga eléctrica mucho más intensa que ninguna de las que había sentido a su lado me recorrió de arriba abajo dejándome sin capacidad para nada que no fuera el instinto. Atrapé su cuello con la mano, notando su pulso acelerado contra la piel, y apreté ligeramente a la vez que recorría toda su humedad con la otra. Gimió clavándome las uñas en la espalda y noté cómo se deshacía cuando introduje un dedo en su interior.

Ese puto ronroneo que soltaba cada poco estaba a punto de volverme loco. Cada vez que lo hacía, mi pene palpitaba contra el vaquero clamando liberación. Me moría por estar dentro de ella, pero tenía que tener paciencia. Tenía que hacer las cosas bien.

Quería que disfrutase ella, solo ella. Sin prisa. Le recorrí la barbilla con los labios, la nariz y los dientes hasta llegar a la base de su cuello inhalando ese aroma a moras y vainilla que tanto había extrañado y volví a bombear tras añadir otro dedo. Anitta me apretó por dentro con los párpados entrecerrados y después me empujó hasta que me tumbé en la cama sin salir de ella. Le temblaban los muslos afincados a los dos lados de mis piernas cuando se lanzó contra mis pantalones para desabrocharlos y meter dentro su mano caliente para agarrarme con la intensidad justa. Me estremecí contra su piel suave y delicada mientras me acariciaba desde la base hasta la punta al mismo ritmo que yo a ella y durante unos minutos los únicos sonidos que se escuchaban en la habitación eran los de nuestros jadeos y la fricción de nuestra piel.

—Si sigues así no voy a durar demasiado —dije separándome de su boca con los dientes apretados.

—No quiero que dures, quiero acabar. Estoy a punto de estallar —gimió contra mi cuello.

Me lo tomé al pie de la letra, aunque sabía que no era en serio. La sujeté por las muñecas y la hice rodar hasta tumbarla de espaldas en el colchón. Después me arrodillé entre sus piernas separándole las rodillas y arrastré las manos por el interior de sus muslos hasta llegar a sus bragas para librarnos de ellas. Anitta me observaba con los párpados entornados, los labios hinchados y las mejillas acaloradas. Nunca, en mis treinta y tres años, había tenido ese sentido de pertenencia hasta que entró en mi vida. Era increíble. Y mía. Al menos, si no volvía a joderla. Intenté subirle la sudadera lo suficiente para poder disfrutar de sus pechos, pero le pudo la impaciencia. Volvió a pasar la palma por mi miembro elevando las caderas, pidiéndolo a gritos sin usar una palabra y sin dejar de acariciármela. La aparté y me agarré el miembro con una mano, lo guie despacio hasta su entrada y sus rodillas se movieron solas ante el roce.

—Date prisa, vaquero —farfulló.

No pude evitar sonreír con suficiencia a la vez que deslizaba la punta de abajo hasta arriba, deteniéndome en su clítoris antes de volver a bajar. Al primer toquecito se estremeció. En el segundo, jadeó e intentó incorporarse, pero la sujeté con la mano libre para que parase de moverse. Recorrí su sexo una y otra vez, obligándome a mantener ese ritmo desesperadamente lento hasta que sus piernas empezaron a temblar. Me eché hacia adelante, agarrándola por las caderas y me detuve justo antes de entrar en ella.

—Mírame, preciosa —le pedí.

Me gustaba ver cómo se dilataban sus ojos de color avellana cuando entraba en ella. Los abrió con una sonrisa cómplice y movió las caderas para animarme a hacerlo, así que obedecí y la embestí y todo lo que había alrededor dejó de existir.

Soltó una exhalación grave a la vez que sus manos se cerraban sobre el cobertor a ambos lados de su cabeza en respuesta. Di otra embestida y comenzaron sus temblores. Sus delicados músculos palpitaban contra mi piel cada vez que entraba en ella. Sus manos, su voz, su cuerpo reaccionando al mío, que lo conocía de memoria. La penetré una y otra vez mientras se retorcía y cuando comenzó a farfullar palabras ininteligibles supe que estaba a punto y me incliné, me adueñé de sus pechos por encima de la sudadera de algodón y la besé con ganas, apretándola más y más contra el colchón. Noté el momento exacto en que se derrumbaba cuando su lengua se rindió a la mía y saboreé su orgasmo sin darle tregua.

Esperé hasta que abrió los ojos, brillantes y cargados de algo suave que no pude reconocer. Su mano me acarició la mejilla un instante y acto seguido bajó hasta mi jersey para obligarme a pegarme a ella. Cerré los ojos y empecé a embestirla a más ritmo, embriagado por las sensaciones de estar dentro de ella. Cerca, muy cerca. Me tiró del pelo con fuerza, levantó las caderas para frotarse contra mi pelvis y cuando noté esa tensión en la base y estaba a punto de correrme, sus dientes se hundieron ejerciendo la presión necesaria en mi piel sudada.

Exactamente lo que necesitaba.

Me moví de manera errática contra ella. Uno, dos, tres empujones más. Mis dedos apretando sus pechos. Los suyos incrustados en mi cintura. Me miró con los ojos vidriosos aferrándose a mi antebrazo y después se contrajo contra mí, apretándome, hasta que estallé en su interior. Me seguí moviendo hasta que mi cuerpo dejó de responder y me desplomé sobre Anitta casi sin aliento sintiendo que, por fin, las cosas volvían a como tenían que ser.

12. JOHN

Me removí inquieto intentando ignorar el pitido de un claxon y ese hormigueo en el hombro. Notaba el cansancio en cada músculo pidiéndome otra ración de sueño, así que entreabrí un ojo con pereza y lo volví a cerrar a pesar de la claridad que entraba en la habitación.

—Buenos días, Jonnhy. —La voz cantarina de Anitta sonó un poco ronca tras mi espalda.

Inesperada.

Parpadeé y me giré sobre el costado para encontrarla al otro lado de la cama con esa sonrisa que podía freírle el cerebro a la mitad del estado de Texas en un día malo. Sus preciosos ojos avellana brillaron con picardía y todo lo sucedido la noche anterior me golpeó el cerebro de golpe.

—Pensaba que te habías quedado KO —bromeó y se le escapó una risita. Su dedo trazó un sendero por mi bíceps y se detuvo para enredarse con el vello oscuro de mi pecho y dar un tironcito—. Que tanto orgasmo había acabado contigo.

Tenía la cara adormilada y el cabello se extendía por la almohada contigua como un manto. La piel blanca y cremosa contrastando con el color dudoso de las sábanas arrugadas que la cubrían. Su sudadera extragrande arremolinada bajo la ventana que no tenía ni cortinas. Extendí el brazo para pasarlo por sus hombros y pegarla más a mi costado. Para hacerla parte de mí, aunque fuese un instante más antes de tener que volver a la vida normal. Inhalé el olor a malvas de su sien y sonreí con los ojos cerrados.

Tenía razón. Lo que me había hecho la noche pasada me había dejado medio ido. Tanto que no había reconocido a la primera

donde estaba al entreabrir los ojos. Ni había escuchado sonar la alarma del teléfono. Tanto, que nos habíamos despertado juntos allí, a pesar que cuando me recuperé de nuestra segunda ronda me había prometido a mí mismo que nos largaríamos a mi casa. Pero, después de eso, Ani había sonreído con la cabeza entre mis piernas y, al parecer, había perdido la cabeza.

Por completo.

No había sido un mal cambio de planes para lo horrible que estaba siendo el mes. Para nada. Era la mejor forma de despertarse por la mañana, de lejos. Exactamente tal y como la recordaba. Cerré los ojos hasta que me sacudió el torso con cuidado.

—Si te das prisa en la ducha, llegas a tiempo al rancho.

Por una vez, todas mis responsabilidades, todo lo que quedase fuera de esas cuatro paredes mohosas, me daba absolutamente igual. Lo único importante era ella.

—Cinco minutitos más.

—¿Cinco? *Seguro*. Si te digo que sí, llegamos tarde a trabajar los dos.

Metió la cabeza en el hueco entre mi cuello y la almohada y el aire caliente de su risa me disparó por dentro. Su muslo subió sobre el mío, contrastando con lo que acababa de decir y aproveché para acariciarlo un poco más. Como si no hubiese tenido suficiente tras del maratón de anoche.

—¿Y qué más da? —La tenté ascendiendo hasta su cadera.

Bufó, me besó la mandíbula y se separó lo justo para que nuestros ojos se encontrasen.

—Ya bastante voy a tener con aguantar los chismorreos sobre que he pasado la noche aquí como para, encima, llegar tarde. Que sabes que lo odio. —Clavó la barbilla sobre mi pectoral con el ceño fruncido—. Necesito un coche más común, no hay ninguno como el mío en los condados cercanos. El tuyo es más discreto. Aunque no lo necesitas. Dudo que la señora Staton y su camarilla cotilla se

presenten ante ti intentando salvar tu alma pecadora por pasar la noche en un sitio de depravación como este.

Se apartó un poco y siguió despotricando contra «el gremio de las cotillas de Strokeville», como a veces las llamaba. Una idea que había quedado adormilada en mi mente desde ayer volvió a la carga y, en cuanto abrí la boca, salió sola.

—¿Cómo lo sabías? —Se detuvo con la sábana en alto y elevó las cejas—. Que estaba ayer aquí—aclaré.

Sus mejillas se tiñeron de rojo casi al instante y su expresión culpable me pareció tan tierna que no pude evitar retirarle el pelo de la frente en un gesto íntimo al que respondió con una sonrisa.

—Eso fue culpa tuya. —Se removió hasta pegarse a mi costado, como si fuese lo más natural del mundo. Y después me miró de reojo. — ¿Seguro que quieres hablar de esto, en vez de los «cinco minutitos» esos?

Me contuve para no reírme y la obligué a separarse de mí. Suspiró de manera exagerada, pero la vi morderse el labio como si lo que fuese a decir la preocupase. Por mi reacción. Sin decir una palabra se movió para agarrar algo de la mesilla de noche y unos segundos después me mostró el teléfono.

—Por la app.

Fruncí el ceño con incredulidad.

Anitta no era una persona demasiado apegada al teléfono ni a las redes sociales y sabía de tecnología más o menos lo que yo: lo justo. Me costaba mucho creer que en estas dos semanas separados se hubiese convertido en una especie de hacker. Me froté los ojos con una pesadez nueva en la cabeza.

—¿Qué aplicación, Ani?

Agitó el teléfono y con la boca pequeña murmuró:

—Sí que estás dormido. —Desbloqueó la pantalla y un instante después la giró hacia mí—. La aplicación aquella que me pusiste tú.

Todo un mundo de recuerdos ya olvidados me bombardeó la cabeza. Yo sentado a los pies de su cama con el corazón en un puño y Anitta con su toalla rosa sobre los hombros. Mi insistencia en que ambos la descargásemos para poder localizarla en caso de que hubiese otro estallido de violencia como el que sufrió la veterinaria. El modo en que me calmó después entre sus brazos mientras yo le explicaba cómo se usaba.

Me costaba creer que solo hubiesen transcurrido unos meses con todo lo que había sacudido Strokeville y nuestras vidas desde entonces, aunque así era. Seguramente la dichosa aplicación seguía instalada en mi terminal, sin usar desde que se cerró el caso de la veterinaria.

Asentí despacio y la miré de reojo. Sus mejillas parecían que iba a explotar, y más por el contraste con su piel tan clara. Posé mi mano grande y dorada sobre la suya y la apreté con suavidad tras bloquear la pantalla.

—No la he estado usando para controlarte ni nada. Sé que esto tiene mala pinta, pero no la había vuelto a abrir desde que me enseñaste a usarla.

Tiré su teléfono al otro lado de la cama, la agarré por debajo de los brazos y la senté sobre mis piernas.

—Ya lo sé, preciosa —murmuré contra su oreja. Anitta se acurrucó un poco, como si necesitase mi calor y la abracé con más fuerza. Me encantaba tenerla así, sola para mí —. No te sientas mal.

—Claro que no —contraatacó pasando una de sus piernas por encima de las mías para sentarse a horcajadas y sonrió con picardía. Sin apenas rastro de la timidez de antes—. Si es culpa tuya. Si me pones una aplicación será para usarla. No iba a estar dando vueltas patrullando por ahí, ¿no? Y ni me hubiese acordado de ella si tú no te hubieses presentado así en mi casa.

Abrí la boca, pero no me salió nada. Anitta seguía despotricando a su manera bromista, pero una de sus frases había dado en el blanco. Tener una aplicación así era para usarla. Para

poder localizar a alguien de inmediato en vez de ir dando vueltas por ahí, a tumbos. Exactamente lo que había hecho yo en estos últimos días. Claro que yo no podía usar la geolocalización con mis primos como ella había hecho conmigo.

Desde la noche en el Willow Creek en la que se pasaron con Ani, había decidido cambiar de táctica. Se acabó lo de estar pegado a ellos para solo sacar a cambio pagarles la mitad de sus rondas. Seguía controlándolos, pero a distancia. Y por eso había acabado en el parking de un motel, al igual que tres días antes los había esperado durante casi dos horas en el de un pub de carretera donde a punto estuvieron de partirle la cara a Oliver. Poder ver dónde se encontraban con solo tocar la pantalla lo hubiese simplificado mucho, desde luego. Pero no veía cómo podía hacerlo posible.

Y por lo de ayer… No tenía ni idea de adónde se había largado Rhenton, pero no creía que fuese importante. Durante el trayecto hasta el motel me había parecido ver una cabeza pelirroja en el asiento del copiloto y eso dejaba pocas opciones a la imaginación. Tanto para la dueña del cabello como para lo que habían venido a hacer aquí.

Otra pérdida de tiempo absurda, si no hubiese sido por la polizona en mi coche.

Aunque no me podía quitar de la cabeza las dos imágenes de mis primos entrando en el mismo establo donde encontré aquella boñiga fresca de caballo. Eso tenía que significar algo, por mucho que los Woodhall no se hubiesen quejado de nada anómalo en el rancho en mucho tiempo.

Unas manos pequeñas y delicadas se sacudieron frente a mi cara.

—Sigues dormido, Johnny —dijo, ladeando la cabeza y provocando que esa mata rubia y gruesa le cubriese el pecho—. A la ducha. Ya.

Parpadeé siguiendo el rastro de un mechón azul Klein, como si tuviera el poder de sacarme del trance, pero la imagen de mi

primo cojeando hasta el establo en desuso se me había atascado y ya no me libraba de ella.

Asentí por inercia cuando me di cuenta de que me miraba raro y tiré la sábana para el lado contrario.

—Sí, será mejor.

Una buena dosis de agua congelada podría obrar maravillas o anestesiarme del todo. Ani me observó en silencio un segundo más, rumiando algo que no llegaba a soltar, así que me apresuré a bajar las piernas sospechando de lo que se podía tratar.

—Oye —añadió con un tono distinto, más cauto, más suave—. Sobre lo de ayer…

Ahí lo estaba.

Pero yo no.

Me maldije entre dientes por no haberme dado más prisa en refugiarme en el baño. Anitta podía llegar a ser terca como una mula vieja. Me volví hacia ella frotándome la cara para ocultar el cansancio arrastrado y la molestia.

—Ahora no, Ani.

Sus hombros se tensaron, pero se quedó en silencio.

—¿Ahora no? —repitió despacio, como dándome el tiempo para reconsiderar mi primera respuesta.

Pero no era necesario.

—No tengo la cabeza para eso tan temprano. —Estiré la pierna para recoger mis viejos vaqueros del suelo y dejarlos sobre el cobertor. Intenté suavizar la respuesta añadiendo lo primero que me vino a la cabeza—. Y menos cuando los dos tenemos prisa y nos llevaría un buen rato.

Sus hombros se hundieron un instante. Y luego vino un silencio mucho más largo que el primero.

—Claro.

Por su entonación, significaba todo lo contrario. No hacía falta ser un genio para darse cuenta, pero no pensaba dejar que lo que fuera que se trajesen mis primos entre manos nos estropease este día juntos desde primera hora de la mañana. Además, una parte de mí insistía en que no se lo contase a nadie hasta estar seguro de no socavar la confianza de mi familia por una tontería solo digna de Rhenton.

Le devolví una sonrisa tensa y me dirigí a la ducha. Antes de abrir la puerta me llamó con un tono de voz más bajo y vacilante que el que había tenido en las últimas horas. Estaba intentando recomponer el ambiente. La había visto hacerlo en el Sally's con infinidad de clientes problemáticos como para no reconocerlo, aunque en este caso no era necesario. Y tampoco pensaba cambiar de opinión.

—Bueno… —dijo con los labios apretados arrastrándose por el colchón en mi dirección—. Podemos ducharnos juntos. Ocupo poco. Así ahorramos agua y tiempo.

Me salió una risa hueca y cansada.

—Que no, Ani. Que lo hablamos luego.

Asintió. Abrí la puerta y examiné el baño a la luz del día, asqueado. Azulejos rotos, silicona por fuera de las juntas y una mancha de moho en la esquina de la ducha del tamaño de mi sombrero. Pero necesitaba ducharme para volver a ser persona; desentumecer el cerebro y los músculos antes de volver a castigarlos en una larga de jornada en el rancho. Ayer tarde las cámaras instaladas en algunos puntos del cercado reportaron varios ataques de animales en distintos puntos y, al pasarse por allí, una de las cuadrillas confirmó que había varios tramos dañados y con socavones más allá del pozo. Si conocía de algo a mi mejor amigo, hoy tocaría revisar y reparar lo necesario para evitar daños a la yeguada o para que se colasen animales salvajes, y eso significaba trabajo del duro.

Pero, al menos, volvía a tenerla a ella.

Me giré, pero ya no estaba detrás. Ni en la cama.

Sorprendido, salí del baño y la encontré junto a la puerta, vestida con esa sudadera que apenas le alcanzaba los muslos y las deportivas que solía ponerse para salir a correr conmigo. Ni se había sacado el pelo de la prenda y ya estaba agarrada al pomo de la puerta.

—¿No te vienes a duchar conmigo? —vacilé señalando hacia atrás—. Por lo de la ecología.

—No.

Su voz sonó tranquila. Demasiado tranquila para ser ella.

Fruncí el ceño y di dos pasos por el suelo de linóleo.

—Gracias, pero no —añadió sacudiendo la cabeza con una sonrisa tensa y nada natural. Una de esas que les dedicaba a los clientes pesados de los que se quería librar. Me detuve sin entender nada.

—Ani, ¿qué…?

Levantó una mano cortándome en seco.

—Normal que no quisieras contármelo ayer para que no se te fastidiasen los *planes*. Por muy bien que folles, lo que quiero contigo no es tener un par de polvos en tus ratos libres, Buttler.

Eso sí que me sacó del todo. No tenía ni idea de cómo habíamos llegado a esto cuando hacía apenas unos minutos se estaba acurrucando conmigo en la cama.

—¿Qué estás diciendo, Ani?

Di un paso, pero ella ya había abierto la puerta.

—Que tengas un buen día, vaquero. Búscate a otra que te haga de coartada.

Y se largó.

Me quedé quieto en mitad de una habitación vacía que todavía olía a nosotros dos intentando comprender algo, sin éxito. Ahora sí que necesitaba esa ducha. Una larga y relajante. Antes de

girarme me encontré su coletero de tela bajo la mesilla de noche y me agaché para recogerlo. Volví a girarme para guardarlo en un bolsillo de mi pantalón, pero me quedé congelado con él en la mano. El eco de sus palabras seguía ahí hasta que algo hizo clic.

«No quiero perderte. Mañana lo hablamos con calma».

«Mañana».

Hoy era mañana.

—Mierda —musité sentándome en la cama.

13. JOHN

El tintineo de la puerta de cristal anunció mi entrada, pero nada. No levantó la vista ni un milímetro de lo que estaba haciendo. Lo cual significaba que sabía perfectamente que era yo y no cualquier otro cliente el que acababa de entrar.

Me repasé el pelo húmedo de la frente hacia atrás dirigiéndome hacia la barra. Una vez que Anitta se fue del motel no tenía sentido ducharme en aquel nido de hongos e infecciones, así que me había acercado a casa para darme una ducha rápida antes de interceptarla, pero ella lo había sido más.

Me apoyé tranquilamente en la barra, en la misma que se ponía su amiga cuando se pasaba a visitarla, y esperé.

Anitta siguió limpiando la taza con el trapo con tanta energía como si tratase de bruñirla, ignorándome. No había nadie más en la barra a quien atender. Varios segundos después la dejó en su sitio con fuerza y se acercó a la cafetera. Después se puso frente a mí y llenó hasta la mitad un vaso de cartón para llevar. Sin mirarme. Sin hablar.

El mensaje subliminal era tan fácil de leer que me costó no sonreír.

«Lárgate. Y bébetelo fuera de aquí»

Sonreí.

—Gracias, Ani.

Un gruñido por respuesta. Perfecto.

—Gracias, no. Son dos dólares con cincuenta centavos. —Cuadró los hombros— Más propina.

Metí la mano en el bolsillo del pantalón para sacar la cartera y aproveché cuando nuestros ojos se cruzaron.

—Quería aclarar lo de esta mañana.

—Pues yo no. Estoy trabajando —repuso extendiendo la mano para que pagase.

Abrí la boca para insistir, pero me interrumpió mi teléfono. Lo saqué ganándome otro gruñido y vi sorprendido hacia la pantalla.

—Es Trevor —le aclaré.

—Pues cógele, no vaya a ser que mande a su primo a buscarte por todo el condado. Con un poco de suerte es una urgencia y te tienes que marchar.

Probablemente lo fuera.

Antes de meterme en la ducha había tomado una decisión clara y firme. Anitta, lo primero. Lo de mis primos podía ser importante, pero ella lo era mucho más y ahora que habíamos dado un paso hacia adelante me negaba a volver a fastidiarla. Así que de camino al Sally's le había enviado un mensaje a mi jefe diciéndole que me retrasaría unos veinte minutos y me había respondido al instante con un pulgar hacia arriba.

Antes de descolgar, Anitta se había alejado al otro extremo de la barra para fingir que limpiaba algo más. Me tragué la frustración con un poco de café y descolgué.

—Trev, ¿pasa algo?

—Sí. ¿Todavía estás por el centro?

El ruido de unos cubiertos al caerse en una mesa respondió por mí.

—Sí. Me he acercado al Sally's a por un café.

Su carcajada fue tan contagiosa que se me curvaron los labios.

—Intenta no cagarla tan pronto, hombre. ¿Puedes pasarte por la ferretería antes de venir? Todavía no nos han hecho la entrega y no contestan al teléfono.

—Claro. Me paso en cinco minutos.

Guardé el teléfono y saqué la cartera esperando pacientemente a que volviese hasta este rincón de la barra. En cuanto solucionase las cosas con la camarera más impulsiva y preciosa del condado me pasaría por allí porque mi jefe tenía razón en llamar. Era muy extraño que no hubiesen dejado el pedido a primera hora de la mañana, como hacían siempre. El rancho de los Woodhall era lo suficientemente grande como para ser de largo el mejor cliente que tenía la ferretería en todo Strokeville. Y Clarksson era un empresario demasiado dedicado como para dejar escapar una presa de semejante calibre.

Le hice un gesto y la vi refunfuñar desde lejos. Era adorable cuando se ponía así. Abrí la cartera y esperé hasta que estuvo un poco más cerca. Levanté el brazo y sacudí el billete de veinte dólares entre los dos dedos. Ahí sí. Suspirando retorció el mandil un instante subiendo la vista despacio hasta chocar con la mía y esperé paciente hasta que se detuvo frente a mí.

—¿Te cobro? —musitó con la vista clavada en la Casa Blanca estampada en el reverso del billete. Sonreí sabiendo que los dos teníamos en mente el mismo recuerdo compartido.

—Sí, aunque podías hacer lo de la otra vez y sacar algo de cena para los dos al final de tu turno.

Compuso una mueca de fastidio antes de agarrarlo.

—Me toca cerrar. El nuevo se ha rajado; llamó ayer diciendo que es demasiado trabajo para lo que pagaban y que lo dejaba. Aunque eso tampoco significa que te hubiera dicho que sí.

Asentí y deslicé un dedo por su índice. La comisura de su boca tembló y supe que ya no estaba enfadada.

O no tanto, al menos.

—Si me sacas un bocadillo de briket de los grandes te espero hasta la hora que haga falta, preciosa.

Su sonrisa brilló de verdad solo para mí a la vez que asentía y escondía el billete en el bolsillo de la falda. Sentí que un peso que ni sabía que tenía colgando en la espalda se caía antes de salir de la cafetería.

No necesité entrar para saber que pasaba algo. Fuera, en la zona más alejada del aparcamiento privado de la ferretería, un hombre al que no conocía discutía con McCurly, la nueva ayudante del sheriff, mientras que su compañero inspeccionaba el camión de gran tonelaje ante el que estaban detenidos los tres con el ceño fruncido.

Siseé entre dientes y saqué el teléfono para poner al día a mi jefe porque había grandes probabilidades de que nuestra carga estuviera ahí adentro. Y a saber cuándo podríamos tenerla. Dentro, el ambiente estaba caldeado. Había más clientes que de normal a esas horas, aunque la mayoría seguro que estaban más por enterarse de lo que pasaba que para comprar nada. Sorteé a los que estaban junto a las estanterías de la entrada y me acercar al mostrador y no pude evitar fijarme en el sheriff, que conversaba con Clarsson en el pasillo que llevaban a las oficinas. Aunque eso de «conversar» era un decir, por el modo en que el ferretero levantaba los brazos con la boca crispada mientras el otro capeaba el temporal con seriedad y las manos colgando de las presillas del pantalón.

Desbloqueé la pantalla y escribí:

Yo: Hay un camión parado en la entrada y tu primo está dentro y de uniforme. No tiene buena pinta. En cuanto sepa qué pasa con lo nuestro te aviso y voy para ahí.

Todavía tenía el teléfono en la mano cuando Clarsson perdió los papeles y todos nos volvimos hacía allí, porque era un espectáculo muy poco frecuente.

—Pues soluciónalo y deja de joderme el negocio, sheriff Gómez. Algunos trabajamos —soltó acercándose hacia el mostrador con el gesto alterado.

Kieran apretó los labios hasta hacerlos palidecer y casi podía escucharlo contar hasta diez como hacía de crío cuando alguno de sus primos intentaba sacarlo de quicio. Otro ya se hubiese lanzado a por él para llevárselo detenido; el anterior sheriff se hubiese puesto a la altura de Clarsson en un momento y al día siguiente los dos hubieran salido en la portada del boletín amarillista que se publicaba en Strokeville. Más aún con Kieran de protagonista; aunque en estos meses, y tras las últimas detenciones, hubiesen aflojado un poco el tono contra él.

El sheriff se volvió para seguirlo y levantó las cejas como a modo de saludo cuando me distinguió entre el gentío mientras el ferretero seguía despotricando.

—Entiendo tu cabreo, pero el panel trasero de ese camión está en las últimas. Y, si abrís el portón y la carga se te viene encima, el responsable sería yo. Así que nadie lo va a tocar hasta que llegue la grúa.

—¿La grúa? —Su expresión se suavizó al instante y echó mano al bolsillo—. Ya me encargo. Cardoso me debe un favor, vendrá enseguida.

Kieran negó con la cabeza.

—Es un camión de gran tonelaje; la suya no vale. Ya se han encargado mis ayudantes de pasar el aviso. Y esto también es hacer mi trabajo.

Carsson sacudió la cabeza con incredulidad y volvió a caminar en nuestra dirección con el sheriff siguiéndolo.

—Si hicieses tu trabajo no tendrías a los Ranger todavía ocupando tu edificio, sheriff. —Se detuvo ante mí y fingió buena cara como si el resto de los que estábamos en el establecimiento fuésemos ajenos a su enfrentamiento. Se la devolví como pude,

mirando de reojo al agente cabreado de detrás— ¿Te ha mandado Woodhall por los rollos de malla y los postes de acero?

—Sí, Trev me ha pedido…—Levantó la mano para interrumpirme con una sonrisa que ya no parecía una mueca.

—Igual lo que dice tu madre es verdad, Grass —sonó justo una voz a mi espalda—, y esos Ranger no se largan porque creen que Louie está a punto de colaborar.

La mirada de Kieran se afiló un poco más, con sus intensos ojos negros perforando a quien fuera que estuviese detrás de mí. Probablemente, por el modo de arrastrar las eses, el mayor de los hermanos Miller.

—Dile a tu patrón que no se preocupe, John —intervino el tendero obligándome a prestarle atención—. Lo vuestro viene en otro camión que espero que no inmovilicen en mi aparcamiento. Pinchó una rueda a la altura de Kerrville y llega con algo de retraso; estará aquí en una hora como mucho.

Me despedí ya hurgando en el bolsillo e hice una llamada rápida desde la puerta de la ferretería para informar a Trevor sobre la hora aproximada de la entrega del pedido. Si eran los postes y vallas que habíamos encargado la semana pasada, haría falta la ayuda de varios hombres para descargar el camión y seguramente a estas horas la mayoría ya estaban haciendo otras de las mil tareas pendientes o cuidando de la yeguada.

Cuando mi amigo me preguntó si había algo más, dudé, pero finalmente opté por despedirme y dejarlo estar. Lo que había largado Miller a mi espalda no era más que un rumor y, si a mí me había angustiado la ola de violencia que había sacudido nuestra localidad en los últimos meses, a Trevor más que había estado a punto de perder a Gaby antes de tener la oportunidad de ir en serio con ella. No necesitaba que le evocase nada de aquello si no era cierto, así que me lo guardé, pero no pude evitar entrar en la aplicación de mensajería y abrir el chat con Anitta, aunque no lograba escribir nada. Tecleaba un par de palabras y las borraba, una y otra vez. ¿Qué le iba a decir? ¿Un «Hola, preciosa. Pon extra de salsa en las

patatas»? No pensaba fastidiar la nueva oportunidad que me había dado recordándole tan pronto lo idiota que podía ser. Moví los pulgares a unos milímetros de la pantalla con frustración hasta que el sonido de los goznes me sobresaltó y, tras echar un vistazo rápido sobre mi hombro, me acerqué a Kieran. Su expresión no se había suavizado ni un ápice, pero lo que se me había quedado clavado dentro habló por mí.

—¿Es verdad?

No tuve que explicar a qué me refería. Entornó los ojos con la pose de sheriff duro que usaba para poner las multas y apretó más la mandíbula.

—No es asunto tuyo.

Ahí fui yo quien se tensó. Todo lo sucedido en estos últimos meses en Strokeville me había tenido paranoico hasta el punto de desconfiar de cualquiera que respirase, poco menos. Sacudí la cabeza con energía y me aparté el mechón rebelde de la frente.

—Claro que sí. Esto no es una gran ciudad donde no conoces a tus vecinos. Lo que pasa en Strokeville nos afecta a *todos*.

Sus ojos se ablandaron un poco, pero no cedió.

—¿Tu ayudante va a hablar ahora?

Echó un vistazo rápido en dirección al camión de la polémica, donde lo esperaban sus dos nuevos ayudantes.

—Eso parece —admitió por lo bajo—. Pero no sabemos de qué ni por qué.

—¿Y te fías? ¿Nunca te has preguntado por qué te estaba esperando en la granja de los Velasco?

Me atravesó con la mirada.

—No me esperaba. Louie no sabía que yo iba en ese coche.

—Pues precisamente. Entonces, ¿cómo sabía que Darrell iba hacia allí? Es algo que…

Dio otro paso más y la energía que emanaba me hizo enmudecer de golpe.

Conocía a Kieran Gómez desde siempre, desde antes que se plantease alistarse al ejército siguiendo los pasos de su difunto padre. Más que amigos, éramos casi familia por la relación que nos unía a ambos a través de su primo así que, a pesar de que hacía tres años largos que había asumido el cargo, nunca lo había llegado a ver como un sheriff de verdad, con todas las letras.

Salvo ahora.

—No me digas como hacer mi trabajo, Buttler. Yo no te digo como hacer el tuyo.

14. ANITTA

—¿Esto es… lo normal? —preguntó Darrell, con la espalda apoyada en la barra y mirando alrededor.

El señor Stanway asintió orgulloso tras ella mientras que Vera resoplaba.

—Es así o peor. Bienvenida al «circuito de eventos ineludibles» de Strokeville, forastera —respondió con voz impostada ganándose un codazo—. Es la verdad, papá.

Su padre negó con la cabeza y se acercó hasta la barra.

—No le hagas ni caso a mi hija. —Agarró la bebida y me apuntó con ella fingiendo seriedad —. Contrólala, Ani.

—¿Qué me va a controlar desde ahí detrás? —refunfuño mientras él se perdía entre la multitud a su espalda—. Tengo que llevar el coche. Ojalá pudiera beber…

Iba a responderle que no era culpa mía que hubiesen llegado media hora antes de que acabase mi turno, pero en la otra punta de la barra se juntaron un buen número de vaqueros que sacudían el ticket de entrada que incluía una bebida gratuita y el otro camarero estaba desbordado, así que las dejé allí solas para servirles cuanto antes.

Vera tenía razón con que había eventos en nuestro condado que eran ineludibles, o casi. El desfile de luces de navidad previo a los mercados navideños en el que la mitad de los negocios sacaban un tractor con letreros de publicidad por los laterales. El Festival Rosa y Chocolate, organizado por la mitad del gremio de cotillas de Strokeville, con la excusa de recaudar fondos para la escuela y la biblioteca con los concursos de plantas y postres y criticar las

plantas y recetas del resto. El rodeo. Y dos fines de semana antes de Halloween estaba el más ineludible de todos. El «Silencio para los Bomberos». Lo que no entendía era porqué mi amiga traía esos morros este año. Las miré de reojo mientras seguía tirando cervezas y vi la fascinación en la cara de Darrell, que no se le había borrado para cuando regresé a su lado.

—Pensaba que en las series y las películas se exageraban estas cosas, ¿sabes? Pero es igualito.

A estas alturas el viejo recinto ferial estaba prácticamente lleno con todos nuestros vecinos y los de los condados cercanos que querían arrimar el hombro con la causa. O cotillear a gusto. En cualquier caso, eso significaba más dinero para el equipo de los bomberos voluntarios, que sí que era imprescindible para todos. Como rezaba el cartel de este año: «el próximo incendio te puede tocar a ti». Y ese temor siempre ayudaba a que la gente se rascase los bolsillos. O a que colaborase como voluntaria, como en mi caso.

Miré tras ella preguntándome a qué se refería con esa frasecita, pero no vi nada que me llamase la atención. Era lo mismo de siempre. Los postes de madera atiborrados de cables de las guirnaldas de luces que iban de unos a otros. La música country invadiendo todo el espacio hasta sofocar las voces de los vecinos a través de los altavoces que había prestado Josh, el propietario del Willow Creek Pub, igual que en los últimos años. Las largas mesas cubiertas de papel que iban de una punta a la otra del recinto y que a esta hora todavía estaban vacías. El humo exagerado que soltaban las freidoras industriales en el exterior y que se filtraba en el recinto junto con esa mezcla a olor a pescado frito y maíz con cebolla que era imposible sacarte de encima hasta después de una buena ducha por mucho que cerrasen las puertas. Las grandes lonas del fondo animando a donar dinero y que estaban tan desgastadas que ya las tenían que haber sustituido el año pasado. Los carteles colocados frente a mesas, barras y barriles enumerando todo por lo que podías pujar en la subasta silenciosa y que incluía un desayuno para dos en el Sally’s porque mi jefa se negó a regalar nada más caro.

En fin, lo de todos los años.

Estaban los pequeños grupitos que se acababan formandose entre la multitud. Destacaba el de los grandes prohombres porque ocupaban la tarima elevada de la mesa principal. No necesitaba las gafas para distinguirlos: Parker, el banquero jugando a ser nuestro alcalde en la última década, Clarsson, el ferretero, Torchio, el antiguo sheriff y Jameson, propietario de uno de los ranchos locales de vacas y desagradable a tiempo completo. Todos dándose palmaditas en la espalda. Mientras que el padre de Vera o Bill Woodhall estaban con el resto de los mortales y sus sobrinos y otros tantos vecinos estaban fuera terminando de montar la zona del rodeo.

—Es peor —rezongó mi mejor amiga toqueteando su refresco —. Aquí conoces a todo el mundo.

Otra vez.

—¿Me vas a explicar qué te pasa? ¿O vas a seguir refunfuñando hasta que lo adivine sola?

—No pasa nada. Es solo que estoy cansada de —extendió la mano sobre su cabeza y la giró en un movimiento rápido y elegante — todo esto. De Strokeville, de la gente. De la mente colmena.

Apoyé las manos sobre la barra frente a las suyas y sonreí con comprensión porque ese había sido uno de nuestros temas estrella durante el instituto y de vez en cuando se seguía colando en nuestras conversaciones. Darrell todavía no podía comprenderlo porque no llevaba más de dos meses en Texas. Todavía no entendía el peso de las dinámicas sociales en comunidades pequeñas como la nuestra, donde todo el mundo te conocía y observaba desde que ponías un pie en su condado. Seguían quedando personas que de vez en cuando rumoreaban sobre la ruina del padre de Vera, a pesar de que eso había sucedido antes de que mi familia se mudase a Strokeville.

Venir al evento era menos voluntario de lo que podía parecer a los ojos de una recién llegada. Claro que todos queríamos ayudar

a que los bomberos voluntarios pudiesen renovar parte del equipo, pero esa no era la única razón para que prácticamente todo Strokeville estuviese allí, de manera literal. Era porque las paredes del recinto tenían ojos y si no estabas, se notaba; si venías acompañado, se comentaba; y la mala cara que estaba intentando ocultar mi amiga al resto de los congregados, si la pillaban, también. No hacía falta levantar mucho la voz para que algo pasase a ser del dominio público y las dos lo teníamos bien aprendido.

Abrí la boca para bromear con esa fantasía de que aún estábamos a tiempo de largarnos a la otra punta del país, a alguna ciudad, y empezar de cero, aunque a estas alturas de nuestras vidas las dos supiésemos de sobra que no iba a pasar cuando Darrell se echó hacia atrás, la señaló y movió los labios muy despacio. Sin emitir ni un sonido.

—Movida en el rancho. Creo.

Acabáramos.

—Si lo vuelvo a dejar con John, nos mudamos a San Antonio. Prometido.

Me miró con los párpados entornados y la mitad de su cabello rubio tapándole la cara.

—¿Entonces habéis vuelto? ¿Es oficial?

Me tragué un quejido a la vez que paseaba la vista de una a la otra sin saber qué responder. Johnny había dormido en mi cama, con la mano bien clavada en mi cintura, todas las noches de esa semana desde que me subí a su furgoneta con dos bocadillos de brisket y una ración extra de patatas para aclarar las cosas en una cena improvisada. Fallamos estrepitosamente, porque en cuanto entramos en mi estudio no pudimos sacarnos las manos de encima y terminamos cenando la comida fría casi de madrugada.

Y, seis días después, todavía no habíamos hablado «de nada». Pero todo ese tiempo juntos donde me escuchaba con compresión quejarme de los turnos de la cafetería o me ayudaba a repasar los malditos apuntes de contabilidad y fiscalidad *tenía* que

significar algo. Las cosas no existían solo porque alguien las nombrase en voz alta y para todo el mundo.

Aunque ayudase bastante.

El tono de llamada de Darrell me sacó del apuro. Sus ojos relucieron al leer el identificador como cada vez que le salía un trabajo.

—Tengo que responder, chicas. —Vera le señaló la salida trasera. Aquí adentro no iba a enterarse de una palabra con el bullicio que había. Se alejó unos pasos de la barra, pero regresó corriendo para añadir—. Si veis a Kieran le decís…

—Que sí, pesada —la interrumpió—, pero que sigue en el cruce de la nacional dirigiendo el tráfico y a ti se te va a cortar la llamada.

Darrell soltó una carcajada y se llevó el teléfono a la cara. En cuanto esquivó al primer grupo de gente no esperé más.

—A ver, ¿me lo cuentas de una vez?

Se encogió de hombros haciendo rodar el vaso de cartón por la barra improvisada sin mirarme, con los brazos en tensión. Me acerqué lo suficiente para poder acariciarle la mano y levantó la cabeza. Esos ojos azules estaban a punto de matar a alguien.

—Por mucho que refunfuñes delante de la nueva las dos sabemos que, de todos los eventos obligatorios, este es tu favorito.

Casi sonrió.

—Porque me gusta el pescado. Y Jarrad es idiota.

Menuda novedad. Igual llevaba dos semanas sin escucharlo. Ni pregunté, me limité a esperar vigilando que no se acercase nadie para pedir o a alcahuetear.

—Está empeñado en cerrar un acuerdo con un inversor, pero las cuentas no dan. Y no lo quiere entender porque es terco como una mula.

—¿Qué te ha dicho?

—¿A mí? —preguntó inclinándose hacia atrás con la barbilla crispada—. Que se atreva. Yo me limito a tratar con Trevor. —Sopló y se acabó el refresco de una vez—. Es que no tenía que haberle hecho caso a Gaby con que aceptase el trabajo. Si con los clientes que tenía ya me iba bien.

Mis cejas se arquearon solas por el escepticismo, aunque no me pareció el mejor momento para recordarle lo justas que iban sus cuentas antes de aceptar la propuesta de los Woodhall. Le serví otro refresco de cereza dejándola refunfuñar a gusto y seguí atendiendo a los asistentes que se acercaban hasta mi zona viendo de soslayo como me hacia un gesto y se perdía entre la multitud en dirección a los baños.

—¿Hoy también por aquí? —me preguntó Ethan Meyer, el propietario del taller.

—Pagan bien —bromeé yendo tan rápido como el grifo de cerveza me permitía.

Su carcajada resonó por encima de la música mientras me agachaba a por más vasos y continuaba sirviendo a su grupo. Eran tantos que debían estar todos los mecánicos del taller, excepto Duane que seguía conversando con Woodhall en el otro extremo del recinto.

Agarré el billete de cincuenta dólares que dejó junto a su jarra de cerveza y levanté el pulgar cuando él rodeó a sus hombres con el suyo. No era de dejar grandes propinas cuando se pasaba a desayunar al Sally’s, pero era un buen tipo. Fue el único que le ofreció un trabajo a Stanway cuando hizo falta.

En cuanto el grupo se separó de la barra me agaché, saqué la caja de seguridad y guardé los cincuenta junto con el resto del dinero. Habíamos conseguido una buena colección de billetes hasta el momento y todavía quedaban muchas horas por delante, pero la sonrisa se me cuajó cuando me levanté y regresé tan despacio como pude.

—¿Qué quieres, Mary Helen?

—Lo que todos. Pasarlo bien. Estar con mi chico —dijo enfatizando el «mi» a la vez que la amiga de su izquierda se reía como una idiota. Era tenerlas enfrente y regresar al instituto y a las ganas de igualarles las puntas.

—Tu ¿qué? Las visitas del repartidor de Amazon no cuentan como citas. Solo va por trabajo.

La risa se les congeló a ambas y sentí una pizca de satisfacción poco justificable en mi interior.

—¿Y si pedimos? —sugirió la tercera del grupo alargando los tickets en mi dirección.

Aquí no tenía que morderme la lengua, pero seguro que, si me pasaba un poco más, mañana mismo estarían dando la lata en el Sally's aunque llevasen días sin venir. Así que agarré los tres botellines de agua que me pidieron, les coloqué tres vasos reciclados encima y los dejé sobre la superficie sin decir una palabra. Como ellas.

Mary Helen retorció un poco más el mechón de su preciosa melena color chocolate hasta que lo acomodó tras la espalda y alargó la mano para recoger su consumición.

—Gracias. —Me dedicó una sonrisa demasiado perfecta durante un instante que me puso alerta—. Sobre lo que decías del trabajo… —Si pretendía burlarse de mi empleo lo llevaba claro. Le di la espalda y empecé a recoger los vasos abandonados en la barra para tirarlos—. ¿Te has buscado uno nuevo?

—Sabes de sobra que *esto* es voluntariado —respondí sin levantar la cabeza—. Igual debías probarlo por una vez.

—¿El voluntariado o tus nuevos servicios? Porque mi padre le aseguró a mi madre que vio tu coche en el motel cutre de la carretera.

Puse los ojos en blanco mientras un silencio sucio y pesado me caía sobre los hombros. Esa idiota iba a empezar a esparcir rumores sobre mí, como lo había hecho con cualquier que

consideraba que se interponía en su camino desde la época del instituto.

—Pues deberías aconsejarle a tu madre —saltó Vera desde algún punto con la voz firme y helada— que igual debería preocuparse mucho más por dónde estaba su marido cuando lo vio que por lo que hace una mujer de treinta, soltera y liberada, Mary Helen.

Me giré a tiempo para ver a la morena mascullar algo entre dientes y confundirse entre la gente con su séquito detrás. La seguí con la mirada hasta que la perdí entre la multitud y me quedé así un segundo de más antes de recoger el trapo de la barra y volverlo a pasar por el mismo sitio que acababa de limpiar. Porque necesitaba hacer algo.

La escuché avanzar hasta mí y vi sus ojos examinándome con preocupación.

—Gracias —dije en voz queda. Por una vez, no fui la de la respuesta rápida que acababa metiéndome en problemas. Su expresión se suavizó y extendió la mano para retorcerme el pulgar con delicadeza.

—Ahora no te pongas ñoña por esa, ¿eh? Menudo personaje. ¿Has interrogado ya a John sobre aquellos rumores de que lo habían visto el mes pasado con otra en… Menard o era en Garrett? Porque lo mismo los extendió esta, con lo bicha que es.

—Lo intenté, pero… —Me entraron los sofocos de solo pensarlo.

Recordaba habérselo preguntado el miércoles con una discreción poco habitual en mí. También que unos minutos después me tenía gimiendo contra su boca. Si respondió algo antes de que acabásemos liándonos, se había borrado de mi cabeza. Retorcí el trapo entre las manos y Vera me lo arrancó de un tirón y arqueó una ceja hasta que respondí:

—No me acuerdo bien.

—¿Qué no te acuerdas? Estuviste semanas diciendo que necesitabas saberlo y ahora sales con esas.

—Es que justo pasaron otras cosas que me distrajeron. Ya sabes como soy.

—Claro que lo sé. Y sigo esperando.

No pensaba reconocer ni ante Vera ni ante mi propio espejo, que ese John Buttler tenía unas propiedades orgásmicas mágicas que me hacían perder la cabeza y los principios cada vez que me tocaba como sabía que necesitaba. Ni muerta. Necesitaba un giro radical en el tema de conversación antes de acabar confesándolo todo y que me dedicase una de esas miradas reprobatorias de madre superiora del convento.

—Anda, y yo.

—¿De qué hablas ahora?

Solté lo primero que se me ocurrió.

—Pues de las facturas esas que me dejaste el otro día. ¿Tan desesperada estás por librarte de los Woodhall que intentas endiñármelos a mí?

Casi se desnucó.

—No te ofendas, Ani, pero te falta más de un telediario para llevar las cuentas de una empresa de ese tamaño.

—Eso ya lo sé, y aun así…

Perdí el hilo en el mismo momento en el que lo sentí y lo localicé sin esfuerzo.

John entraba en el recinto junto a Trevor. Llevaba la camisa vaquera pegada al pecho por el sudor, los pantalones manchados de tierra y una expresión seria mientras asentía a lo que fuera que su amigo le estaba diciendo. Entonces levantó la vista y me encontró con la misma facilidad a pesar de la cantidad de gente que ya había aquí dentro. Conectamos. Y todo lo demás desapareció. El latido que se saltó mi corazón, el humo cargado del ambiente, las preocupaciones. Solo estábamos él y yo. Se detuvo y levantó dos

dedos hasta la sien, aunque no llevase el sombrero y lo imité con torpeza. Algo en su cara se relajó y para mí fue suficiente respuesta. «Pues claro que estamos juntos». Un instante después Trevor volvió a tirar de él. Siguió su mirada hasta mí y se le escapó una sonrisita justo antes de soltarle una colleja y llevarlo hacia el stand de los Woodhall, al otro extremo del recinto. Y el aire se volvió un poco más ligero cuando giró la cabeza para guiñarme un ojo nada más llegar.

15. ANITTA

La pista de baile estaba prácticamente vacía. El resto de los asistentes al Silencio para los Bomberos hacían lo que tocaba en ese momento. La mayoría seguían sentados frente a las largas mesas comunales enredados en conversaciones con unos y otros, incrementando la atmósfera de voces, golpes y gritos que opacaban casi por completo la lista de reproducción de música rock que llevaba un rato sonando por los altavoces. Otros, en cambio, pululaban por las mesas y stands pegados a la puerta de la entrada en donde se exhibían los premios por los que pujar en la subasta silenciosa, con los platos o vasos de cartón en una mano y un bolígrafo en la otra. Algunos para comprobar si eran los últimos pujadores o el precio que había alcanzado su premio favorito. La mayoría, para hacerse ver ante el resto de Strokeville, aunque luego ni pujasen. Otro año seguramente estaría ayudando a recoger las mesas y supervisando que nadie tocase lo expuesto y escuchando las quejas del gremio de cotillas diciendo que cada año era lo mismo mientras internamente les daba toda la razón.

Pero este año no.

Esta vez, todo lo demás no podía darme más igual.

Bastante tenía con dejar que la gravedad siguiera haciendo su efecto cuando me sentía más ligera que nunca. John y yo éramos los únicos en la pista de baile. Sus manos anchas por toda una vida de trabajo permanecían ancladas a mi cintura de una manera firme y posesiva que me encantaba. Tenía los dedos entrecruzados tras su cuello y sentía su respiración caliente cada vez que me acariciaba la sien con la barbilla. Nos mecíamos despacio, el uno contra el otro, a

un ritmo lento que no tenía nada que ver con el solo de guitarra que sonaba de fondo en aquel momento. Y eso también me daba igual.

Me separé unos centímetros para poder verlo a la cara y asegurarme de que era real. Recordar aquel rumor había despertado viejos fantasmas en mi cabeza, algunos que hasta llevaban más tiempo alojados allí que John, y odiaba sentir esas dudas. Necesitaba saber que esto, lo nuestro, no me llevaba a ese sitio que me hacía saltar sola al vacío de nuevo.

Sus ojos verdes ardieron contra los míos, incendiándome por dentro. Cuando tiró de mi cuerpo para pegarme a sus caderas lo sentí clavándose contra mí, aunque su rostro permaneciese sereno como si nada. John deseaba mi cuerpo, de eso no había duda. Pero por el modo en que me miraba y sonreía también me hacía pensar que me deseaba a *mí*. A la Anitta de verdad.

Algo así no lo había tenido con nadie. Solo con Vera, y de una manera fraternal.

Solo con John.

Por eso a veces sentía que volaba y otras me aterrorizaba estrellarme.

Su pulgar se movió en círculos lentos en torno a mi cintura.

—Relájate.

Levanté la cabeza de golpe temiendo haber pensado en alto otra vez. John arqueó las cejas y nos hizo girar despacio al ritmo de un solo de guitarra infernal mientras que todo lo que había al fondo, las mesas, el ruido, la gente, se desenfocaba un poco más.

—Nadie se va a fijar en la mancha, Ani.

Se me escapó una risita. Ya ni me acordaba del incidente con la señora Grass, pero me enterneció que él sí.

—Eso no lo sabes —bromeé guiñándole un ojo.

—Claro que sí. En parte, porque la tapo con este brazo. —Movió el izquierdo para darle más énfasis—. Y en parte porque me

miran y piensan que soy un cabrón con suerte por haberte recuperado.

Se me olvidó respirar durante un par de compases. Y, si hubiésemos intentado hacer algo un poco más complicado que balancearnos en menos de un metro cuadrado, probablemente me hubiese caído. John podía ser muchas cosas: trabajador, cumplidor, leal. Familiar. Guapo a rabiar. Tremendo en la cama. Lo que no era, también lo tenía claro: comunicativo. Nada de hablar de sentimientos o de ponerle una etiqueta expresa a lo nuestro. O de lo que le pasó para estar «raro de cojones», según la definición científica de los Woodhall. Y, de repente, me sacaba a bailar y se le soltaba la lengua. Porque lo dijo tan tranquilo, como si hablase del tiempo. Si no me hubiera tomado un par de Ranch Water con doble de tequila, seguramente ya se me hubiera salido el corazón del pecho.

No tuve ni idea de cuánto tiempo me lo quedé mirando mientras bailábamos despacio. Su calor invadiendo el mío. Su calma contrastando con el bullicio que esas pocas palabras habían generado en mi interior. John volvió a pegar su barbilla cuadrada a mi sien y siguió moviéndose como si no notase que estaba al borde de una sobrecarga eléctrica. Su pulgar seguía trazando líneas invisibles en la parte baja de mi espalda que me erizaba toda la piel. El roce áspero de la barba de ayer. El agarre que no había aflojado ni un milímetro desde que me sacó de la mesa y me trajo a la pista solo porque sabía que me encantaba bailar.

Esto era lo más cercano a una respuesta que John Buttler podía dar.

Y la estaba gritando alto y claro frente al resto de Strokeville reclamándome para él. Cerré los párpados y me dejé llevar un par de compases más sintiéndome bien. Demasiado bien. Me puse de puntillas y le susurré a la oreja:

—¿Tienes que quedarte a recoger?

—No.

—¿Y quieres quedarte? —murmuré.

Negó despacio, nos separó y me hizo girar con una mano.

—No especialmente, pero pensaba que esto te gustaba.

—Y me gusta. Pero preferiría estar en tu cuarto. Solos.

Su mano se tensó un poco más en mi cintura, pero no contestó nada. Al cabo de varios segundos levanté la cabeza para averiguar qué pasaba. Me observaba con tanta hambre que los ojos se le habían oscurecido hasta no dejar ni una pizca del verde claro. Su nuez subió y bajó con exageración y ya no necesité una respuesta.

Se inclinó lo justo para rozar mi mandíbula con la suya.

Solo una palabra, pero su voz reverberó grave y ronca contra mi piel:

—Vamos.

Dejó de bailar al instante, pero no me soltó.

En dos zancadas estaba fuera de la pista de baile, conmigo a rebufo. Tuve que ahogar una carcajada al ver la expresión escandalizada de la señora Staton observando desde el escenario cómo John me sacaba casi a rastras del «Silencio para los Bomberos» justo cuando se subía al escenario para anunciar los ganadores de la subasta.

16. JOHN

Había ido tantas veces al recinto ferial desde niño que había perdido la cuenta, pero era la primera vez me parecía que estaba tan lejos del centro. Sofocantemente lejos.

Me obligué a anclar las manos al volante para evitar tocarla. Porque el ambiente en el habitáculo estaba demasiado cargado ya como para tentar la suerte al rozarla y acabar deteniéndome en medio del arcén. Y la sensación de llevar demasiado tiempo conduciendo sin ir a ninguna parte tampoco ayudaba.

Me había propuesto hacer las cosas bien hoy y, aunque ya hubiese fallado con la mitad, al menos esta la iba a cumplir.

Aunque Anitta no estuviese contribuyendo para nada. Ese silencio podía ser cómodo en otros momentos, pero en este solo añadía más tensión. Y tampoco era típico de ella, que no aguantaba dejar que estos silencios se prolongasen ni cuando sonaba su canción favorita.

Por si acaso, la miré de reojo para asegurarme de que no era el único que se sentía así.

Estábamos en penumbra, pero la leí perfectamente. Anitta seguía con aquella medio sonrisa, las mejillas encendidas y sus grandes ojos castaños oteando por el parabrisas, como si nada de aquello fuese con ella

Cuando estaba más que claro que era por su culpa.

Claro que lo sabía.

Apreté el volante y volví a concentrarme en el camino oscuro, repitiendo el mismo salmo con que el que me había dirigido al

recinto horas antes.

Hoy solo tenía que hacer una cosa.

Una.

El plan estaba claro desde hacía días. Lo había recitado frente al espejo del estudio de Anitta mientras me lavaba los dientes esa misma mañana.

Tampoco es que fuese uno muy complicado.

Consistía en ayudar a montar las mesas de dentro del recinto y las zonas para los animales de fuera. Comportarme como un caballero de las comedias románticas que ponía en el ordenador. Sacarla a bailar delante de todos los vecinos hasta que le doliesen los pies. Ganar uno de los premios para parejas en la subasta silenciosa. Y dejarle claro a todo el mundo lo que era evidente. Incluyéndola a ella.

Que era mía.

Que lo nuestro iba más que en serio.

Y que no iba a ser tan tonto como para perderla dos veces.

Yo no era de grandes demostraciones. No lo había sido nunca. Y tampoco Anitta lo había pedido, pero no era demasiado sutil. La cara que ponía cuando parloteaba sobre las demostraciones de Trevor o Kieran con sus chicas había sido una señal más que suficiente. Así que había querido que tuviese su momento, que experimentase lo mismo que las otras. Que recibiera en un gesto lo que tanto me costaba poner en palabras.

Y todo estaba yendo a la perfección hasta que salió de detrás de la barra con los ojos brillantes y esa puta falda.

Había intentado controlarme tanto como había podido para ceñirme al plan inicial, pero si estábamos en la pick up era porque no lo había cumplido. Los caballeros no arrastraban a sus damas sureñas a pistas de baile vacías. Y menos, a la salida.

—¿Quieres que ponga el aire? —pregunté con la voz cargada. No respondió así que busqué a tientas en el salpicadero hasta que

me agarró la mano. La miré negando con la cabeza antes de soltarme.

—Preferiría saber a dónde vamos.

Fruncí el ceño con incredulidad.

—Pues a tu casa o a la mía. Solo hay dos opciones.

Se le escapó una risita entre dientes que me puso de los nervios. Sobre todo, porque ella era más culpable de lo sucedido que yo, aunque ahora se hiciese la despistada. Gruñí y deslicé la mano hasta su rodilla desnuda apretando lo justo. No era la falda que más se le ceñía a las caderas ni la más corta de todo el arsenal que tenía, pero sí la que me ponía «malo». Y Anitta era perfectamente consciente de ello porque la última vez que se la puso para mí, no llegamos a salir a cenar, aunque habíamos reservado.

Lo sabía de sobra.

—Claro que vamos —murmuré sin apartar la mano, acariciando la carne tierna de la corva y sin que ella protestase. Casi, al contrario.

Cuando vi unos arbustos altos y poblados demasiado cerca decidí centrar la vista al frente. La carretera secundaria que unía el recinto con el centro de Strokeville era oscura, con árboles y vegetación a ambos lados y una luz que iluminaba lo justo cada varios kilómetros, así que quizá no era el lugar más indicado para lo que tenía en la cabeza sin sufrir un accidente.

O sí.

Porque el calor, el silencio, Anitta… Aguantar de este modo otros tantos kilómetros era demasiado.

Así que tanteé con los dedos. Un poco más arriba. Lento. Solo probando.

—Vamos mal —replicó ella, como si nada.

Tardé en comprender que se refería al camino y no a mí. Bufé y le metí un suave pellizco.

—Claro que no. Es un atajo.

Volvió a reír.

—Tu atajo nos va a llevar directos a la granja del viejo Void. ¿Quieres que Kieran nos detenga por exhibicionismo?

Giré el volante con brusquedad al llegar a la curva mientras que mis dedos alcanzaban el dobladillo de esa maldita falda. Ella soltó otra risita, una más contenida esta vez, apretándome la mano entre las piernas.

Y perdí la cordura.

Frené en seco solo unos metros después. Los justos para apartarnos del camino y que los arbustos nos tapasen un poco. Estaba claro que iba a fallar en todas y cada una de mis tareas como caballero sureño. Pero con lo duro que estaba desde que se restregó contra mí durante el baile, ya me importaba poco.

—¿Me has traído hasta aquí para darnos el lote?

Ni contesté que pretendía hacer mucho más que eso. Llevaba más de una hora pensando en comérmela entera de arriba abajo hasta que se deshiciese entre mis dedos llevando puesta solamente una prenda. Y, llegados a este punto, me daba igual que fuese en mi sofá o en mi ranchera. Estiré la mano para desabrochar el cinto, agarré el bolso que tenía sobre los muslos y lo tiré a sus pies.

Por la manera en que se mordió el labio supe que Ani estaba tan al límite como yo, aunque se esforzase por disimularlo mejor.

—¿Eso es que sí?

La agarré para acercarla, pero Anitta decidió unirse al juego y abrir las piernas tanto como se lo permitía la falda solo para mí. Para provocarme. O para invitarme a seguir. Una mano fue directa a su nuca para acercarla más a mi torso mientras que con la otra seguí avanzando entre los pálidos muslos sin que ninguno de los dos nos perdiesemos un detalle de cómo lo hacía. Cuando rocé el punto húmedo de sus bragas Anitta dio un bote intentando cerrar las rodillas, pero ya era tarde. Mis labios se adueñaron de los suyos y noté el temblor de sus muslos cuando acaricié su lengua con la mía en un beso húmedo cargado de todo lo que llevábamos aguantando.

Unos minutos después Anitta nos separó con la respiración cargada y me clavó las uñas en el antebrazo.

—¿Quieres que pare? —le pregunté acariciando con un poco más de intensidad sobre el tejido de algodón. Abrió la boca, pero solo le salió un gemido y el cromañón de mi interior gruñó satisfecho. De un tirón aparté la braga a un lado y dibujé sus pliegues en el aire, sin apenas rozarlos. Ani apretó los párpados y casi me perdí al escuchar su ronroneo de gusto.

—Quítate la camisa.

Sus manos se apresuraron a encontrar el primer botón.

—Pensaba que querías que dejásemos de darnos estos revolcones en el coche —murmuró moviendo los dedos con agilidad hasta que su sujetador rosado quedó expuesto— porque ya estabas viejo para esto.

Recorrí la línea del encaje viendo como se le erizaba la piel.

—Lo que te dije fue que con otro meneo de esos te ibas a cargar los amortiguadores.

—Ah, claro —susurró dejando caer el sujetador al suelo—. Eso suena distinto.

La agarré por debajo de los brazos para sentarla sobre mis caderas.

—Mucho.

Su carcajada fue tan sincera que me derribó por dentro. Anitta se agarró al respaldo de mi asiento con el pelo desmadejado cayendo por el hombro izquierdo, sus pezones duros a unos centímetros de mi torso y la maldita falda enroscada en la cintura. Era preciosa. Alargué la mano para recorrer su costado y se retorció del gusto.

—La última vez acabaste con un chichón.

—La última vez tú…

Una luz. No estaba cerca, pero venía en nuestra dirección. Fruncí el ceño, pero Anitta reaccionó mucho antes que yo.

—Mierda, mierda. —Gritó regresando al asiento contiguo—. Darrell dijo algo sobre que uno de los nuevos ayudantes del sheriff andaba por esta zona por algo de una vaca o no sé qué. *Mierda*.

Se cubrió el pecho con un brazo mientras que con el otro buscaba su ropa a tientas a sus pies sin dejar de mirar por la luna delantera.

—Ayúdame o haz algo. Que parece que acabamos de… y ni nos han dado tiempo.

Negué con la cabeza inclinándome hacia ella para cubrirla, por si acaso, mientras los sonidos se acercaban más. El crujido de unos neumáticos contra la grava blanca. El latigazo de las ramas contra una carrocería. Un petardeo seco de un motor que necesitaba una revisión urgente seguido de un tintineo metálico muy molesto. Kieran jamás permitiría que ninguno de los coches oficiales estuviese en ese estado.

—Tranquila, no creo que sea…

El coche pasó rápido y demasiado cerca para las condiciones de la vía. Un faro roto. La chapa azulada rascada por varios sitios y con una melladura en el guardabarros. No me sonaba de nada.

«Mierda»

Giré la cabeza para seguirlo con la mirada hasta que las luces desaparecieron en la oscuridad.

—¿Crees que nos han visto?

Pestañeé antes de volverme hacia ella, que tenía el sujetador colgando de una rodilla y la camisa apretada sobre el pecho.

Negué con la cabeza.

—No. Está muy oscuro.

Anitta sonrió con incomodidad y metió un brazo en la manga.

—¿Y si seguimos en tu casa?

Asentí y toqueteé la llave en el contacto. El silencio había vuelto, pero el subidón del momento no. Me giré y recorrí el borde

de su mandíbula con delicadeza mientras ella terminaba de abotonarse.

—También podemos ver una peli. No hace falta *seguir*.

Levantó la barbilla desafiante.

—Claro que sí. A mí tus primos no me van a cortar el rollo.

Ella también se había dado cuenta. Suspiré y Anitta levantó la cabeza un instante después de que sonase el clic del cinturón de seguridad.

—Por cierto, ¿qué hacía Oliver conduciendo por aquí ese trasto?

Me encogí de hombros y respondí con sinceridad.

—No tengo ni idea.

Porque, a pesar de mis intentos, tampoco había avanzado nada en ese asunto. Aunque en la última semana tampoco me había esforzado demasiado. La rubia que escondía el sujetador en el bolso había ocupado cada segundo libre de mi tiempo. Había estado un rato con ellos en el recinto ferial descargando uno de los camiones. Luego nos habían asignado a distintos grupos de trabajo. Y después la dichosa faldita de flores me había hecho perder la cabeza.

Anitta coló un dedo por el escote de mi camisa y acarició el vello de mi pecho con la uña con una lentitud deliberada.

—Arranca, vaquero, antes de que nos pille más gente.

La besé en la nariz antes de girar la llave.

—Va a ser lo mejor, sí.

17. JOHN

El cocido se me había quedado casi frío de tanto menear la carne y los chiles de un lado al otro del plato siguiendo el ritmo en que Anitta se movía a ambos lados de la barra. Daba igual lo que hiciera. Tanto agarrando los platos que le sacaban de la cocina como sirviendo vinos y cafés entre risas. O la facilidad con la que giraba entre las mesas atendiendo y recogiendo a la vez con esas bandejas enormes y sobrecargadas.

Resultaba hipnótica.

Me tenía tan absorto que apenas me enteraba del ruido de los comensales y los televisores a mi espalda. Por eso no me di cuenta de que la llamaban hasta que la vi girarse para atender a quien fuera. Ni siquiera me fijé en quién era. Con aquel movimiento brusco, la trenza larga y gruesa que se había hecho durante el desayuno se deslizó por detrás del hombro.

Desde que me había sentado en el rincón de la barra, debía ser la duodécima vez que las dos marcas rojas que le había dejado en la base del cuello quedaban a la vista de todo el mundo. Ahogué un gruñido entre satisfecho y frustrado cuando las cubrió con el pelo mientras anotaba otra comanda en la libreta.

Y por mucho que hubiese refunfuñado que no tenía con qué disimularlas al descubrirlas antes de ducharnos, la camisa verde de cuadros que me había sisado no era precisamente la mejor opción para cubrirlas. Ni los muslos. Al menos no lo suficiente como para que no me pusiese duro como una piedra al recordarla inclinándose en la puerta de mi casa para recoger el bolso.

Había sido incapaz de pensar en otra cosa durante toda la mañana mientras descargábamos los bloques de sal en el granero blanco.

Además, Anitta tampoco se había quedado atrás.

Me llevé la mano hasta la clavícula y apreté con cuidado. No necesitaba verlas bajo la sudadera para saber que estaban ahí. Las dos dentelladas feroces que me había regalado anoche justo antes de correrse contra la puerta del pasillo.

Su carcajada me devolvió al presente.

Bromeaba con dos idiotas que trabajaban para Jameson y a los que me hubiera gustado dejarles las cosas muy claritas. Pero no había salido del rancho para eso. O, al menos, era lo que me había contado a mí mismo al aparcar. Había que hacer unos recados en las tiendas del centro. La arena nueva para la pista de entrenamiento. Preguntar por la camioneta verde en el taller. Y alguna excusa más que había soltado de la que ni me acordaba ya. Las suficientes para que Trev y su tío se cachondeasen a mi costa diciéndome que me espabilase.

Y lo había hecho.

No tenía ninguna intención de perder de vista lo más importante.

Y por eso estaba mareando mi segundo almuerzo del día en la barra, esperando a que terminase el turno fuerte de comidas para poder tener un rato a solas con Anitta sin que nos interrumpiesen cada dos minutos.

Pero, al parecer, hoy no había más sitios que pusiesen un menú del día decente en todo el condado.

Otra bromita más y ella levantó el brazo para agarrar los billetes que le tendía uno de los vaqueros mientras la examinaban a fondo y sin disimular. «Me cago en la…». Me tragué la cerveza junto con las ganas de echarlos del Sally’s a gorrazos, intentando enfocarme en el modo en que sus finos dedos tecleaban en la registradora. «A ver si al fin esos se largan de una vez». Y, justo en

ese momento, Anitta levantó la vista y sus grandes ojos castaños relucieron solo para mí. Brillaban de esa manera especial que paraba el mundo sin importar si la tenía debajo de mí o estaba en la otra punta de la calle. Me atrapaban en una burbuja que solo tenía espacio para los dos. Siempre había sido así.

Esa era la razón porque la que no me había atrevido a mirar a través de la cristalera cuando me dejó.

Porque no soportaba la idea de que eso ya no sucediera.

Pero no lo había perdido, seguía ahí. Así que me llevé los dedos a la sien guiñándole un ojo como si no estuviese harto de esperar a que se librase de esos idiotas. Ani sonrió y después miró sobre mi hombro, al fondo del local, y levantó la mano antes de seguir a lo suyo.

Me giré con curiosidad a la vez que sonaba la puerta. Kieran, vestido de uniforme, me señaló con el índice a la vez que sorteaba las mesas sin perder el tiempo en saludar al resto de vecinos. Torcí la cara y esperé porque tenía la misma expresión que la última vez que me cayó una multa por aparcar el camión en el callejón trasero del banco. Se planto a mi lado y apoyó el antebrazo en la barra hasta quedar a mi altura.

—Te estaba buscando.

Pues claro. A estas horas era el único que no venía por el servicio de cocina. Torcí la mueca y señalé a la banqueta contigua, pero negó con brusquedad.

—Tengo prisa. Mi primo me sugirió que empezase por aquí —añadió echando un vistazo en derredor— antes que por otro negocio.

Bufé sin ganas al saber que mi mejor amigo colaboraba tan activamente con las autoridades para que me sancionasen.

—Venga, dispara.

Elevó las cejas con la mandíbula apretada. Odiaba esas miradas duras e intensas con las que parecía que te estaba

escudriñando a fondo.

Ajena a todo, Anitta se acercó secándose las manos con el trapo.

—¿Te pongo algo? ¿Un café decente? —bromeó.

Kieran ni hizo el amago de reír. Torció la cabeza dejando muy claro que no era un cliente más. Venía como sheriff.

Ani agarró una taza cercana y la empezó a frotar.

—Hoy no. Tenía unas preguntas para John, pero me valéis los dos.

Sentí un alivio casi instantáneo. Nada de multas ridículas porque una rueda rozaba un prohibido o algo parecido.

—¿A los dos? —repitió Anitta, un poco sorprendida, apoyando la cadera contra la barra. Estaba tan cerca que me daban ganas de estirar el brazo y lanzar esa maldita trenza que no dejaba de recolocar detrás de la espalda.

—Ayer, cuando os fuisteis tan temprano de la subasta —soltó sin ningún rodeo— ¿visteis algo raro?

Anitta arqueó las cejas y se echó hacia atrás.

—¿Y tú como sabes que nos fuimos antes, si ni habías llegado?

Kieran soltó una risotada.

—¿Que cómo lo sé? —Entornó los párpados pasando los ojos de uno al otro en silencio, con los pulgares colgando de las trabillas —. Pues por lo mismo que el resto de mis conciudadanos: porque tenéis un cero en discreción.

Se le encendieron las mejillas. Me miró de reojo, se mordió el labio y sonrió de una manera que supe al instante que significaba que estaba pensando en lo de anoche. En lo que le hice cuando me arrodillé frente a ella nada más abrí la puerta. O en cómo jadeó mi nombre, agarrada como podía al cabecero de mi cama. No estaba avergonzada ni intentando disimularlo y eso desató un nudo que ni sabía que tenía. Porque mi actuación en la subasta no había sido

precisamente mi mejor pase de baile, pero parecía que Anitta estaba encantada con aquella versión mía del hombre de las cavernas. Y, por las palabras del sheriff y los comentarios burlones de mis jefes a primera hora en el rancho, eso tampoco había pasado desapercibido.

Dio dos golpes secos contra la superficie para recuperar nuestra atención.

—A ver, tortolitos, que no tengo todo el día. ¿Visteis algo o no?

Negué con la cabeza a la vez que ella contestaba:

—No.

Kieran asintió despacio, con el ceño fruncido.

—¿Ni cuando os metisteis por aquel camino?

Me giré sorprendido, pero Anitta fue más rápida.

—Oye, ¿qué pasa? ¿Nos espías por el móvil o qué? —lo interpeló con los hombros tensos y la voz un poco más aguda—. Puede que seas el sheriff, pero el acoso es un delito y tú también tienes que cumplir las normas.

Kieran se enderezó cruzándose de brazos.

—Colarse en la finca de Vincent para echar un… —movió una mano con elocuencia haciendo que las mejillas de mi chica se sonrojasen un poco más— también es un delito. Mi ayudante os vio salir de entre unos arbustos y, al parecer, no había que echarle mucha imaginación a lo que hacíais.

Anitta carraspeó y sacudió la mano como si necesitase un poco de aire. Yo también lo necesitaba porque verla plantar cara a Kieran Gómez con mi camisa puesta me había vuelto a poner duro en un instante. No era la primera vez que me pasaba con uno de esos pequeños arranques suyos de los que a veces se lamentaba y que transformaban a la mujer dulce en la fierecilla rubia.

—¿Quién nos vio?

Escuché que Kieran tamborileaba los dedos contra su cinturón, pero solo podía ver a Anitta y las muecas que me hacía con

el sonrojo tiñéndole las mejillas.

—Vamos a centrarnos en lo importante. ¿Visteis algo raro o no?

—A mí esto también me parece importante —farfulló Ani ganándose una de esas miradas duras de sheriff.

Después los tres nos quedamos callados unos segundos.

—¿A qué te refieres con raro? —preguntó ella—. Porque con todo lo que ha pasado por aquí últimamente eso va desde un caballo a…

—Un coche —la cortó—. Verde.

Anitta frunció el ceño y su índice jugueteó con su labio. Como me gustaba hacerle a mí hasta ganarme uno de sus mordisquitos. Me removí incómodo en la banqueta de lo que me apretaba el pantalón en una zona muy concreta.

—¿Verde? Era azul, ¿verdad, John?

Por un instante no sabía ni de qué me hablaba.

Luego sí.

Desde que entramos en el zaguán de mi casa no me había costado nada deshacerme de esa imagen. La de Oliver conduciendo aquel utilitario que no tenía ni idea de dónde había sacado con Rhenton braceando a su lado.

«Mierda»

Me encogí de hombros intentando aparentar naturalidad.

—No sé. Estaba oscuro y no se veía bien. —Yo no era un maestro del engaño, precisamente, y los Woodhall llamaban a su primo «el detector de mentiras» desde crío. Le di otro trago al resto de cerveza para ganar algo de tiempo—. Era azul o gris… Estábamos ocupados como para fijarnos.

Anitta arrugó la nariz y yo seguí mintiendo por mi familia. Otra vez.

—Tampoco te podemos decir mucho más. No me sonaba de nada. Solo vi que tenía una abolladura en el guardabarros. Si eso te sirve…

Anitta parpadeo con incredulidad. Después se giró para agarrar otra taza limpia y empezó a frotarla con el trapo como si intentase bruñirla. O ahogarla. Cuando me vio de reojo le sostuve la mirada para que entendiera que necesitaba que se quedase callada.

Y lo hizo.

Pero la relajación se había esfumado.

El sheriff nos barrió a uno y a otro con esa mirada unos instantes. Serio. Inquisidor. Me clavé las uñas en la palma de la mano para parecer impasible. «No es para tanto. Has visto a esos dos desastres conduciendo un coche que no es suyo, tampoco es que seas cómplice de asesinato». Solté el aire despacio, entre los dientes y me incorporé del asiento deseando librarme de Kieran.

—Tengo que pasarme por el taller para ver si ya tienen listo el remolque y la pala. ¿Quieres que pregunte si saben algo?

—No. —Uno, dos, tres golpes secos contra la barra con esos ojos negros que me perforaban—. No hace falta. Si os acordáis de algo más, me lo decís. —Pareció dudar antes de apuntarse al pecho y añadir—. A mí.

La vi asentir como yo.

—Si vas ahora hasta el taller, te acompaño —dijo Kieran en un tono más relajado y los ruidos del local volvieron de golpe. Voces. Cubiertos. Una puerta.

Ani dio un paso en nuestra dirección a la vez que yo me separaba de la banqueta.

—¿Podemos hablar un momento? —me preguntó.

Asentí.

Aunque no quería mantener esa conversación.

—¡Anitta! —El cuerpo del ayudante de cocina se asomó por el pasillo —. Ven.

Se giró levantando la mano.

—Espera un momento, Stephen.

El chico se encogió de hombros y se dio la vuelta.

—Tú misma, pero te llama la jefa. Algo del turno.

Cerró los ojos con frustración.

—Voy —respondió atusándose el mandil. Me miró un instante como para pedirme que la esperase, pero, en cuanto se giró, dejé el billete sobre la barra y seguí al sheriff afuera para evitarla.

18. ANITTA

Cuando regresé de hablar con mi jefa, John ya no estaba. Como me temía.

Lo que no esperaba era que no volviese por la cafetería.

Al principio tampoco le di tanta importancia. Hasta lo entendía. Sus primos siempre habían sido un poco camándulas y con tendencia a los líos así que quizá por eso no había querido implicarlos en algo más solo porque condujesen un coche medio defenestrado. No era la primera vez que los nombres de Oliver y Rhenton se mencionaban en cosas en las que luego no tenían nada que ver y a lo mejor John había querido ahorrarles el mal trago. Y si no había vuelto del taller era porque tenía más recados. Porque no había podido.

Eso era lo que me había repetido mientras recogía las mesas y pasaba el trapo para justificarlo.

Pero, transcurrida una hora, ya no colaba.

Miré el móvil otra vez. Nada. La única respuesta a mis cuatro mensajes seguía siendo un pulgar arriba al último de ellos. Como si con eso me bastase. Rechiné los dientes sin darme cuenta.

—Anitta, la mesa cuatro —me indicó el nuevo antes de entrar con la bandeja cargada en la cocina.

Asentí guardándome el teléfono en el bolsillo de la pechera. De normal, no lo llevaba encima, y no solo porque a mi jefa no le hiciese ninguna gracia. Pero es que el problema de los lunes por la tarde cuando no había partidos ni disparaban a nadie en el pueblo era ese. El gran vacío que iba desde el último turno de comidas

hasta el primero de las cenas, en donde todo transcurría con tranquilidad. Despacio. Dándome demasiado tiempo para divagar. Y, cuando más lo hacía, menos lógica le encontraba.

Anoté lo que querían los clientes y regresé tras la barra en modo piloto automático para preparar las consumiciones tras pasar la nota de los aperitivos a los de la cocina. Me froté las manos húmedas en el trapo antes de cargar la bandeja intentando centrarme en lo que tenía delante de las narices y avancé con decisión hasta los clientes.

«Si no te responde a los mensajes, pues plan B, Anitta. Que pareces nueva»

Sonreí a los señores Flórez mientras les servía los cafés y agarré el billete que me tendieron antes de pasar a la siguiente mesa. «¿Qué es lo que siempre te funciona? Escuchar. Hacerte la tonta». Y el Sally's era el sitio perfecto para hacerlo. No había mucha clientela, pero Strokeville era lo suficientemente pequeño y aficionado a darle a la lengua como para que bastasen con un par de mesas para que me llegase la información. A la gente le gustaba hablar. De todo. Hasta de lo que no debían. Si había pasado algo, algo de verdad, alguien lo sabría.

Y, si era lista, yo también me enteraría.

Pero después de una hora husmeando en cada conversación a mi alcance, no había sacado más que una sarta de tonterías que no iban a ningún sitio. Los Cruz habían llegado tarde al trabajo por un accidente al norte de Menard. Un camión de cerdos volcado, al parecer. Una grúa cerca del campo de drenaje había cortado durante varias horas uno de los carriles que llevaban a los ranchos de la zona sur porque unos adolescentes se habían colado donde no debían. Y la señora Miller se había medio enganchado con la señora Cardoso en el pasillo de los detergentes por una insinuación indecorosa que solo había escuchado ella.

En realidad, no estaba mal para ser un lunes aburrido cualquiera. Sobre todo, por la escenita del supermercado. Pero, sobre lo que me interesaba, seguía igual de en Babia que antes.

—¿Así que has vuelto con John?

Escuchar su nombre tan cerca me obligó a reaccionar. Alcé la vista y ahí estaba Marla, una ex compañera del instituto, observándome desde el otro lado de la barra con la sonrisa torcida.

—Claro, está loquito por mí.

Rio por la nariz y conté hasta tres.

—*Claro*. Ponnos tres tés de melocotón; uno con mucho hielo, anda. Y a ver si os dura —añadió con un tono suave que no engañaba a nadie—. Que ya tienes una edad.

Le mantuve la sonrisa conteniendo las ganas de estamparle la bandeja en esa cara tan falsa. O de recordarle que el motivo principal por el que venía todas las tardes con sus tías era porque no tenía a nadie más con quién hacerlo. Marla siempre daba problemas. Le encantaba quejarse de que la bebida estaba demasiado fría o caliente o que la tortita llevaba mucha o poca nata, así que la de hoy sería por el hielo. Seguro.

Esperé a que regresase a su mesa, pero no lo hizo así que le di la respuesta que merecía.

—La misma que tú. Y vamos muy en serio —zanjé antes de dar media vuelta.

Y tanto que íbamos en serio. Si no, jamás hubiese montado el numerito en medio de la pista por el que ya me habían preguntado cuatro del gremio de las cotillas durante el desayuno. Conocía a John y, aunque no me hubiese dicho las palabras mágicas, lo sabía.

Claro que también sabía que llevaba dos horas pasando de contestar a mis mensajes sobre por qué hacerme mentir al sheriff del condado.

Ya estaba comportándose raro como la otra vez.

Ahí también lo conocía y creía que íbamos muy en serio.

Y de repente empezó a desaparecer y a estar más y más ausente mientras yo fingía que no pasaba nada hasta que no pude

más. Pero no iba a pasar por lo mismo dos veces seguidas y con el mismo hombre, además.

«Ni de coña. Esta vez me va a dar la cara y luego ya veremos»

—¡Anitta, mi cerveza! —gritaron desde la otra punta de la barra. Al que estaba atendiendo antes de que Marla se me metiese por medio. Le pasé la bandeja problemática al novato y después agarré una jarra helada de una de las cámaras y la levanté en dirección al vaquero.

—Voy.

La serví, cobré y sonreí. Eficiente y mecánica, como un robot. Pero, por dentro, la cabeza no cejaba en bombardearme a preguntas con una idea recurrente. ¿Por qué no quería decirle al sheriff lo del coche ese? John conocía a Kieran desde niños por su estrecha relación con Trevor Woodhall y sabía que era de fiar. Además de que ni siquiera podíamos estar seguros de que se tratase del mismo vehículo. Y sus primos, … podían ser muchas cosas, pero jamás habían sido detenidos, así que no eran tan idiotas como para meterse en algo ilegal.

«Aunque Louie Cruz tampoco lo parecía, y mira al final la que ha liado, que los Ranger todavía pululan por aquí».

Apreté la caja de la registradora con mucha más fuerza de la necesaria.

Mal.

Mal, mal, mal.

Tenía que conseguir que mi cerebro se callase.

—Oye, rubita, ¿me cobras o qué?

Parpadeé y me di cuenta que todavía tenía los billetes de diez en la izquierda.

—Sí, perdona.

Me apuré a darle el cambio y en cuanto la zona de la barra se quedó libre me puse en la esquina para sacar el teléfono con

discreción.

«Plan C, Ani».

El móvil dio tono hasta agotar la llamada cada una de las tres veces seguidas que lo intenté. A la cuarta, colgó. Y unos segundos antes de que se me llevasen todos los demonios, vibró y salí disparada hasta el baño para aceptar la videollamada.

—¿Qué pasa? —Una quesadilla tapaba casi toda la cara de Darrell—. Estoy de vigilancia y como no sea importante te juro que…

—¿Sabes si ha pasado algo hoy? —la interrumpí sin miramientos. Yo tampoco podía quedarme allí mucho rato antes de que la cafetería se saliese de control o mi jefa se diera cuenta de mi deserción.

Puso los ojos en blanco a la vez que daba un mordisco.

—¿Perdona?

—Algo. Hoy. Lo que sea.

Sacudió la cabeza con energía y su cabello rubio se le pegó a las mejillas.

—No pienso tener bronca con mi novio para que tú tengas cotilleos frescos en el Sally's.

—Que no es eso.

—Ya. Si siempre que te aburres o bebes dos copas estás con lo mismo. «Pregúntale a Kier si…»

—Joder, Darrell —chisté—. Que necesito saber *una* cosa. Es importante para mí.

Tragó y movió la comida de un lado al otro. Sopesando. Evaluándome.

—¿Qué?

Dudé.

—Tu novio ha venido por aquí preguntando por un coche.

—¿Y? —Sonó aburrida.

—Verde.

Frunció el ceño y esperó, pero me negué a decir nada más. A lo mejor John tenía unos buenos motivos para no nombrar a sus primos que yo no conocía. Mejor mantener la boca cerrada.

Darell se llevó la quesadilla a la boca, sin llegar a morderla. Después se removió en el asiento del conductor hasta casi pegarse a la cámara.

—Me intento enterar de algo y te digo.

—Gracias.

Respiré hondo sabiendo que, si decía que se ocuparía, lo haría.

—Pero, como me la juegues, te juro que me planto en tu casa y te tiño el pelo de verde. Y el sheriff haría la vista gorda.

—¿Te dejas de amenazas y me dices cómo hago para conseguir una de esas pistolas eléctricas como la tuya?

—Ni de coña, que fríes a medio pueblo.

Cortó sin despedirse y yo, en vez de salir del baño de inmediato, me quedé allí absorta, con la espalda incrustada en los azulejos blancos y la vista en la pantalla, hasta que se apagó sola. Como si me fuera a responder al instante.

El estruendo de los cubiertos contra el suelo fue lo que me hizo espabilar y regresar a mi puesto.

Si antes iba despacio, ahora el tiempo se arrastraba con una lentitud desoladora. Cada vez que me movía sentía el peso del teléfono en el bolsillo como una penitencia y cada vez me costaba más controlar la picazón de los dedos para no sacarlo y comprobar compulsivamente si había recibido algún mensaje, pese a que no hubiese sonado. Ni Darrell, ni John, ni el grupo de las chicas. Nada más que un par de emails de spam que me crisparon más de lo habitual.

Casi veinte minutos después, el móvil vibró y lo abrí sin pensar. Un audio. De Darrell. Me agaché tras la barra y apreté el

botón sin importarme si Cindy me pillaba o no.

«Ha aparecido un coche verde abandonado delante de la granja de un tal Void. No lo harán oficial hasta mañana, así que estate calladita porque Kieran está que trina y me buscas la ruina. Era el coche de Walter Green, así que ahora los Ranger le quieren quitar la investigación. ¿No estás flipando?»

Claro que estaba flipando.

Tanto que le tuve que volver a dar a reproducir para asegurarme de que lo había escuchado bien a la primera.

Walter Green.

No era de Strokeville, pero cualquiera en varios condados a la redonda que no hubiese vivido debajo de una piedra reconocería su nombre al instante. Era el vaquero reservado y de mirada astuta que había trabajado para Greg Jameson durante unos meses, antes de que todo se saliese de madre. El mismo que, un poco achispado, le había confesado a la esposa del ayudante del sheriff Funke que se ganaba la vida robando caballos. Incluyendo al ejemplar de tres cuartos de millón que había traído a Darrell Pereira aquí.

Green llevaba más de cuatro meses desaparecido. Desde que lo pusieron en libertad. Nadie había vuelto a saber de él, así que todos habíamos dado por hecho que se había largado de Strokeville al momento, incluyendo al sheriff y a los Ranger.

Y ahora aparecía su coche.

No tenía sentido.

Me apoyé en la estantería y me dejé caer sobre la cámara porque estar de pie era demasiado esfuerzo. El ruido de las televisiones, los clientes y la cafetera me llegaba muy distante mientras intentaba encajar el mensaje de mi amiga. Como el resto de los vecinos, no sabía apenas nada de Green porque él se había encargado de no relacionarse con nadie fuera del trabajo. Dudaba que John hubiese tenido trato con él. O sus primos.

Pero la imagen se reproducía una y otra vez en mi mente. Podía ser azul o verde o del color que les diera la gana, pero el que lo conducía era Oliver Buttler con su hermano al lado. Una carraca con varios abollones y que no era de ninguno de los dos. Localizada a dos o tres kilómetros de la granja de Void siguiendo la carretera por donde nos habían rebasado. Era demasiada casualidad para que se tratase de otro vehículo.

Y John también los había reconocido.

—¡Coño!

Espabilé de golpe. Me levanté y caminé a toda prisa hasta el fondo, hasta la cocina, arrancándome el mandil de la rabia al darme cuenta de que era obvio que lo sabía. Era John el que había mentido para cubrirlos y me había usado a *mí*.

A mí.

La gente decía que «Dios los da y el demonio los junta» y en este caso podía ser verdad, porque Oliver y Rhenton llevaban metiéndose en problemas desde que íbamos al instituto. No tenía ni idea de en qué andaban ahora como para acabar juntándose con ese Green, pero el audio de Darrell no dejaba lugar a dudas. Y, después de lo idiotas que fueron en el Willow Creek Pub, me daba igual si los detenía Kieran o los Ranger se los llevaban a puntapiés hasta Houston porque ya no me caían ni medio bien.

Pero lo de John…

—Cindy, me voy.

Los tres que estaban dentro alzaron la cabeza.

—¿Cómo que te vas?

Bufé.

—Pues yéndome…

Green era un ladrón de caballos.

—No puedes irte.

—Anda que no —repliqué a la jefa punto de gritar colgando mi mandil en el gancho de la izquierda.

Oliver y Rhenton trabajan desde hacía, al menos, una década en Woodhall, el rancho de caballos más importante del centro de Texas. Con su primo como capataz protegiéndolos en cada problema frente al resto de la cuadrilla.

—Anitta…

No la dejé acabar, por mucha cara de sorprendida que pusiera.

—Mi turno terminó hace más de una hora —zanjé.

Se hizo un silencio tenso donde todos me observaban.

—Solo está el chico de prácticas.

—Pues que se espabile —respondí yendo hacia el pasillo hacia la puerta trasera sin darle tiempo a reaccionar. En cualquier otro momento hasta me hubiese sentido orgullosa y culpable a partes iguales por haberle hecho frente a sus abusos y estaría llamando a Vera para contárselo, pero esta vez no.

No iba a quedarme esperando a que la respuesta llegase sola o el vaquero se alejase de nuevo.

Tenía que saber hasta dónde se había implicado John. O por qué.

19. ANITTA

Abrí la puerta con tanta brusquedad que casi llegó a la pared.

—¿Me lo vas a explicar de una vez o qué?

John levantó los pies de la mesita de café, descolocado, y se quedó sentado en el sofá un momento, como si necesitara ubicarse.

—¿Qué?

Respuesta incorrecta. Apretando las mandíbulas, cerré de un portazo que retumbó por toda la casa sin que reaccionara.

—¿Lo tengo que repetir? —pregunté dando dos pasos hacia él entrando en el salón donde la televisión hacía ruido de fondo.

No respiré. Ni pestañeé. Y mucho menos le iba a conceder tiempo para que pensase alguna excusa patética que me hiciese explotar. Y ya estaba a punto. Los diez minutos caminando desde el Sally's solo habían servido para encenderme más y más con cada paso.

Y ver la lentitud con la que se incorporaba y clavaba los codos en las rodillas tampoco estaba ayudando. No parecía enfadado ni avergonzado. Solo… cansado.

Pero me daba igual.

Necesitaba la verdad.

—Ani, baja de revolución. No entiendo nada.

—Pues ya somos dos. —Di otro paso, apuntándolo con la llave que me había devuelto hacía unos días y que casi me había hecho creer que esta vez iba a funcionar de verdad—. ¿Qué has hecho y hasta dónde estás metido?

Apretó la mandíbula. Luego apartó la vista hasta la pantalla y se dejó caer contra el respaldo del sofá otra vez.

—No he hecho nada.

—¿Que no?

Silencio.

El anuncio de crema para el afeitado era más interesante que nuestra discusión, por lo visto.

Avancé hasta tapar parte de la pantalla con la sangre quemándome por dentro.

—¿No vas a contestar?

—No tengo ni idea de qué hablas.

Su voz sonaba tensa. Controlada. Cargada de mentiras.

Y seguía sin verme a la cara.

—De que me has hecho mentirle al sheriff a la cara y quiero saber por qué —repliqué con irritación; cada vez me costaba más mantener el tono. Levanté las manos para hacer el signo de las comillas—. «Era gris o azul, pero no sé nada más». Y. Una. Mierda.

—No es para tanto —respondió y al fin me miró a la cara.

Se rascó la nuca y casi podía escuchar los engranajes de su cabeza girando en busca de alguna respuesta aceptable.

Y me cabreé más porque eso no sería necesario si me estuviera diciendo la verdad.

—Solo quería evitarles un problema a mis primos, nada más. No son los responsables de todo lo que pasa en Strokeville.

—Puede, pero de esto sí.

John torció la cara. Otra vez esa expresión cansada.

—¿Ves? Por eso no quise decir nada. Tú también crees que son culpables de algo cuando ni sabemos qué buscaba Kieran.

Solté una risa hueca y dio otro paso más, hasta rozar las puntas de sus pantuflas.

—No soy tan tonta como todos pensáis; todavía sé sumar dos y dos. Ha aparecido un coche abandonado frente a la granja del viejo Void, así que…

Se le relajó la frente y me dedicó la primera sonrisa desde que había irrumpido así en su casa.

—Entonces no es para tanto, Ani.

—¿Cómo que no?

—Será un malentendido. —Estiró la mano hacia mí, pero no se la agarré. Así que se levantó despacio—. Una broma. Si les cae una multa, la pagarán. Yo me encargo.

Claro. Como siempre. El bueno de John Buttler encargándose de barrer la basura que dejaban tras de sí sus primos en cualquier punto de Strokeville. En la gasolinera, en el pub, en el rancho...

Solo que me había dejado encandilar por la cara de bueno y esos preciosos ojos verdes, igual que le había sucedido al resto del pueblo. No era el primo mayor y responsable, solo el listo que los cubría sin salpicarse demasiado.

—¿Desde cuándo estás metido en esto, John?

—No hay nada en lo que estar metido, preciosa.

Levanté las dos manos en el acto. Me negaba a que intentase usar un truco tan malo y básico como usar la única palabra cariñosa que reservaba para mí solo para intentar calmarme, desarmarme, y zafarse del problema.

Por una parte, porque no era la primera vez que un hombre me lo hacía.

Y por otra, y más importante, era que la respuesta a mi pregunta era un sí enorme. Claro que había algo en lo que estar metido. Y mucho, al parecer. Así que me separé dos pasos para ganar algo de distancia.

—Entonces, que el coche abandonado sea el que usaba Green cuando trabajaba para Jameson ¿también es casualidad o es otra broma?

Boqueó despacio y se dejó caer sobre el sofá marrón, negando levemente con la cabeza.

—Eso no es verdad.

—Claro que no. Se habrá confundido Darrell cuando se lo contó su novio el sheriff del condado.

Apretó la mandíbula y pude sentir la tensión adueñarse de su cuerpo al instante. Su mirada estaba perdida en algún punto perdido a mi espalda mientras se retorcía la manga de la sudadera vieja que solía llevar por casa.

Esperé a que añadiese algo hasta que me cansé y volví a presionar.

—Dímelo —exigí, con tono duro.

Bajó la vista y me miró directamente. No dijo nada, pero meneó vez la cabeza. Fue sutil, pero también la gota que colmó el vaso.

—Pues vale. —Metí la mano en la bandolera y rebusqué hasta que di con el teléfono—. Ya te obligará Kieran a que se lo cuentes en su oficina cuando nos detenga por obstrucción a la justicia o algo así.

Desbloqueé la pantalla y John se incorporó como un resorte.

—No. Espera —pidió acercándose mientras yo daba otro paso atrás interponiendo la mesilla entre los dos—. No es lo que crees.

Ya. Igual era la primera vez que me decían esa frase. Aunque no había esperado escuchársela a John.

—Pues dímelo —lo reté, apuntándolo con el teléfono—, porque ahora mismo lo que parece es que estás implicado en algo muy gordo. Y cuanto más te callas, más.

Si alguien hubiera insinuado esto mismo la semana pasada me hubiese reído por lo absurdo que resultaba. John me miró un instante y volvió a retirar la vista, barriendo las paredes a mi espalda de un lado a otro. Como si fuese a encontrar alguna respuesta por ahí colgada. Sacudió la cabeza un par de veces más, pero ya no

estaba segura de que negase. Parecía atrapado en algún tipo de bucle infinito escondido en su cabeza.

—Llevo fijándome en ti mucho tiempo, ¿sabes? La de veces que se habrá burlado Vera diciendo que te acosaba con la mirada. —Sus ojos regresaron a mí, nerviosos—. Por eso sé que todos creen que si no echan a tus primos del rancho es porque tú eres el capataz y el mejor amigo de Trevor. O que en Woodhall se rumorea que estás raro desde mucho antes de que lo dejásemos. O que antes pasabas mucho menos tiempo con tus primos. ¿Eso cambió con la llegada de Walter Green?

Me callé unos segundos, pero no sirvió para nada. Al menos, tampoco apartó la mirada. Pero tampoco valía para apaciguarme.

—Dime de una vez hasta dónde estás metido en esto del robo de caballos de lujo, y después decidiré si llamo a Kieran o puedo cerrar la boca y vivir con ello.

Impaciente, jugueteé con el teléfono entre los dedos. No para intentar apurarlo, porque John me había dejado más que claro que presionarlo solía causar el efecto contrario, y lo de hoy era el vivo ejemplo. Pero estaba tan fuera de mí que era incapaz de quedarme quieta como él.

—Lo has entendido mal —farfulló entre dientes.

Sacudí la cabeza y desbloqueé la pantalla.

—Sí, ya.

—No iba con ellos. Vigilaba.

Levanté la cabeza con el número a medio marcar con ganas de gritar.

—¿Y el día del motel también, Johnny? —Solté una carcajada hueca—. Claro, ibas a vigilar que no le fastidiaran el polvo a tu primo y aprovechaste para echar tú uno. No me fastidies. Di que los cubrías desde atrás y ya está.

Se pasó la mano por la cara, como si la conversación le pesara y bajó la vista.

—Lo vigilaba a él, no a si… ¿Estás segura de que era el coche de Green?

Mi John era como uno de esos vaqueros que salían en las películas de John Wayne, de los que debían temer que les meterían dos tiros por la espalda si mostraban sus sentimientos. Tanto los buenos como los malos. Las pocas veces que los mostraba era cuando lo desbordaban. Por eso, escuchar ese rastro de súplica me ablandó y la mitad de mi enfado se disipó.

Asentí y se hundió en el sofá. Cuando me invitó a que me acercase, me senté frente a él, en la mesita de café y esperé. Quería respuestas, pero John necesitaba algo de margen. Y de comprensión.

Cuando estiró el brazo hasta la rodilla le agarré la mano y se la apreté con fuerza. Y, entonces, me contó un montón de cosas que llevaba cargando él solo desde hacía demasiado tiempo porque no había sido capaz de compartirlas con nadie. Tampoco conmigo. Aunque algunas ya las sabía por lo que escuchaba mientras atendía a los clientes, como la mala salud de su tío, que empeoraba mes tras mes, y lo preocupada que estaba su madre por perder a su hermano.

Otras no me parecieron para tanto, aunque sus hombros se hundían con cada palabra. Confirmar que sus primos choriceaban material del rancho no le sorprendería a nadie que los conociese, aunque fuese de oídas. O que John lo sustituía pagándolo de su bolsillo, en vez de encararlos o dar aviso a sus jefes. Ni siquiera que Rhenton y Oliver se colasen a escondidas, fuera del turno de trabajo, en un establo medio abandonado.

Pero que admitiese que los había tapado las dos veces que los había descubierto, sí.

Al ver mi expresión, tiró de la mano, pero no lo solté mientras intentaba asimilarlo.

—¿Los pillas haciendo cosas raras a escondidas y tu solución es seguirlos?

—Sí.

—¿Cubriéndolos?

—No es tan sencillo.

—Claro que lo es. Has mentido y traicionado a todo el mundo, John.

Se echó hacia atrás, sorprendido.

—¿Por qué pareces más enfadada que antes? A ti no te he mentido.

—¿Me dejaste por esos dos?

—No te…

Levanté las manos con crispación y se calló.

—Semántica. ¿Sí o no?

—No era lo que… —Cerró los ojos y su voz sonó hueca—. No podía contártelo porque todas tus amigas están relacionadas con el rancho. O con el sheriff.

—Sé guardar un secreto.

—No quería cargarte con eso.

Resoplé y sacudí la cabeza.

—Pues me hubiese ayudado a entenderte. O a no culparme porque te alejases.

Noté que mis palabras le dolían, pero no era el único que se sentía así.

—¿Trev sabe algo de todo esto? ¿Cuándo se lo vas a contar? —Negó sin mirarme a la cara y se me escapó un silbido—. Es tu mejor amigo. Y lo de ser capataz de Woodhall y convertirlo en el mejor rancho del estado… pensaba que no había nada más importante para ti que eso.

—Tú.

Lo miré con incredulidad y me levanté en el acto.

—Ya se nota, ya. Rhenton y Oliver son unos *piezas* de cuidado que llevan metiéndose en líos desde que tenían quince años y tú los has puesto por delante de todo lo demás.

—¿Y qué querías que hiciera?

—Ser leal, John. A mí, a los Woodhall, al pueblo. Sabes que, si el rancho se hunde, medio Strokeville se queda en paro en menos de un mes. Y esos dos conspirando con un cuatrero buscado en varios estados.

—Son mi única familia, Anitta. No tenemos a nadie más. Mi tío fue el único que apoyó a mi madre cuando nadie más de la familia lo hizo. Lo que menos necesita ahora es que detengan a sus hijos solo por un rumor. —Se pasó las manos por la frente con los codos hundidos en las rodillas—. Solo quería un poco más de tiempo para saber en qué andaban metidos antes de decidir.

—Y está a punto de explotarte en las manos.

—Pues ayúdame.

Su voz sonó tan rota que me sacudió. Avancé hasta sentarme a su lado y entrelacé mis dedos finos con los suyos ásperos y rígidos de lo tirante que estaba. Lo había presionado demasiado. Le acaricié el dorso con el pulgar y le pregunté en un tono mucho más comprensivo y calmado de lo que me sentía por dentro:

—¿Por qué no se lo cuentas a Trev?

—Sé que se lo debo. Pero a mi tío también. Cuando a mi madre la echaron del trabajo, nos acogió en su casa, aunque tampoco iba sobrado. Dormí en la cama de Oliver durante meses hasta que pudimos valernos por nosotros. Puede que no siempre sigan las reglas, pero nunca han hecho nada ilegal. No puedo darles la espalda sin más.

Asentí, pero no se dio cuenta. Sus ojos verdes estaban clavados en la estantería de la izquierda, la que tenía una balda repleta de fotografías. Dos con su madre. Otra en la granja de su tío, cenando con toda la familia en Acción de gracias. Otra junto a los Woodhall en el rancho. Y otra conmigo.

Y al fin lo entendí.

No había elegido a Rhenton y Oliver porque los priorizase sobre el resto de los que salíamos en esa estantería. Era un poco más complejo. John se había sentido superado, confundido, y no había sabido gestionarlo. Había querido ser leal a todos por igual, esforzándose por arreglarlo solo para no tener que elegir bando, sin darse cuenta del verdadero problema.

—Se están aprovechando de ti, Johnny.

—No saben que lo sé —murmuró.

Refrené la lengua para no soltar que eso era lo de menos, porque se aprovechaban igual, porque en aquel momento no era lo más importante.

John necesitaba saber que ser leal no era eso.

No a cualquier precio.

—¿Sabes qué vas a querer hacer? Porque cuando Kieran descubra que le mentimos, estaremos en un lío.

—¿Estaremos? —Asentí y me recosté contra él. Tras unos segundos de indecisión, pasó un brazo sobre mi hombro para acercarnos más.

—No lo sé. Solo quiero estar seguro de hacer lo correcto.

—De acuerdo. Pero como no te espabiles lo haré yo por ti.

Rio, apretándome un poco más y pude sentir su cuerpo relajándose un poco contra el mío, así que lo dejé estar. Una cosa era que no estuviera de acuerdo con las decisiones que John había tomado, aunque ahora las entendiese.

Otra muy diferente era dejar que esos dos cafres nos jodieran la relación.

20. JOHN

—¡Tienes que empezar a dejarme dormir, John!

El grito que me llegó desde el salón mientras me secaba las manos en un trapo de cocina me hizo sonreír sin poder evitarlo. Caminé hasta la puerta del salón y me apoyé en el vano mientras la veía ir de una punta a la otra del salón cepillándose los dientes sin llegar a ningún lado. Llevaba uno de esos moños altos y despeinados que siempre me daban ganas de enredar mi mano entre su cabello hasta deshacerlo del todo, y parecía que buscaba algo que no estaba donde creía. Su bolso, seguramente. La mitad de las veces acababa debajo del sofá.

El vestido era el mismo que había dejado a lavar el lunes, porque desde lo del otro día, se había quedado a dormir en mi casa, en mi cama, las cuatro noches. Sus apuntes ocupaban buena parte de la mesa del salón y yo estaba deseando que volviese a invadir todo mi armario con sus botas vaqueras y sus vestidos cortos. Por algún motivo habíamos cambiado su estudio por mi hogar y a mí me encantaba que se estuviese adueñando del sitio hasta hacerlo suyo, mientras que el resto de nuestras costumbres (como comer sobras del Sally's mientras la ayudaba a repasar los apuntes) permanecían inalterables.

Aunque no del todo.

Porque, a diferencia de la otra vez, Anitta no estaba teniendo piedad con lo nuestro. Hablaba en serio cuando me dijo en la cama que iba a hacerlo funcionar a pesar de mis *asuntos* y estaba mostrando una resolución envidiable. De una manera suave, asertiva y constante que no me dejaba esconderme detrás de mis miedos y

distanciarme del resto del universo para no llegar a hacer nada. Esta vez estaba aquí. Con ella.

Y yo también estaba decidido a hacerlo funcionar y no perderla.

—No llegas, preciosa —dije cruzándome de brazos. Se giró en seco con las cejas enarcadas y me apuntó con el cepillo.

—Y tú no estás sirviendo de mucha ayuda, guapo.

—¿Lo sería si te acerco antes de ir al rancho?

—¿Así? —preguntó señalándose de arriba abajo, enfatizando en el pelo y las piernas. Asentí dando un paso hacia ella riendo. Estaba preciosa, aunque no tuviera ni idea. Le aparté un mechón azul de la mejilla y me incliné para besarla. Apenas le rocé los labios, me dio un empujón en el pecho, pero sin apartarse.

—¡Ni se te ocurra, salido! Entro en veinte minutos, no tengo tiempo para eso.

—¿Por qué no, si ya vas a llegar tarde? —bromeé sabiendo lo que odiaba no llegar a tiempo. Ani puso los ojos en blanco intentando ocultar una sonrisa.

—Pues porque estoy agotada porque *alguien* no me deja dormir.

—No escuché que anoche te quejases mucho.

—¡Anda que no, si grité que me ibas a matar como siguieras así! —Alzó una ceja cuando se me escapó una carcajada—. Además, la señora…

El sonido de su teléfono la interrumpió y se volvió hacia la mesita de café. Se quedó quieta durante un segundo con el brazo extendido y la mirada fija en la pantalla antes de cogerlo y girarlo hacia mí.

—Es de la oficina del sheriff. Qué raro.

Noté un escalofrío que me bajaba por la espalda despojándome de la calidez que había tenido un segundo antes.

—¿Será Kieran pensando que estoy con Darrell? Aunque es muy temprano —murmuró para sí mientras sonaba otro tono antes de descolgar—. ¿Hola?

Me apoyé contra la pared del fondo sin sacarle la vista de encima intentando descifrar las palabras del otro lado a través de sus expresiones y temiendo que fuese algo de la cuestión que seguía pesando sobre nuestras cabezas y que tanto me esforzaba por esquivar.

Porque no habíamos hablado directamente del tema, de verdad, ni una sola vez desde aquella noche. Como si tuviésemos un pacto de silencio tácito para ello. Y, aun así, estaba en todas partes. En los silencios en los que me observaba con demasiada atención. En las veces que parecía que iba a añadir algo cuando yo compartía una anécdota del trabajo, pero luego se mordía la lengua y se limitaba a escuchar. O en mi nueva habilidad para evitar pronunciar determinadas palabras en alto, especialmente nombres propios, como si así se solucionase algo.

Como si por suprimir los nombres de Rhenton y Oliver en mis conversaciones con Anitta hiciese desaparecer el problema de fondo.

Ese que se había convertido en el cotilleo favorito de los vecinos hasta el hartazgo y que aquel día no había necesitado salir de la cama para confirmar que Anitta tenía razón con su bombazo. A la mañana siguiente, todavía eran las siete de la mañana y ya había recibido más de cincuenta mensajes de todo el mundo. De los Woodhall, tanto de Trevor en privado como de los compañeros en los grupos de las cuadrillas. En el grupo de los torneos de herraduras, donde competía menos de lo que me gustaría. Hasta había recibido un audio de mi madre toda preocupada. «Hijo, ¿te has enterado? Dile a Trevor que refuerce la seguridad si esos ladrones nos vuelven a rondar. No quiero que lo pases como la otra vez». Y, debajo, una foto adjunta que le había pasado una vecina y que no dejaba lugar a dudas.

Porque claro que el coche abandonado frente a la granja del viejo Void era exactamente igual al que conducían mis primos aquel

día, hasta en el abollazo trasero.

Y era el maldito coche que Walter Green usó mientras vivió en Strokeville.

Cambié el peso de un pie para otro mientras Anitta seguía callada, asintiendo a lo que fuera que escuchaba, con el ceño fruncido.

—¿Ahora? Estoy en casa de John; salía ya para la cafetería, pero quería pasar por mi estudio a... —Me miró de reojo componiendo una mueca—. ¿Y no puede ser más tarde?

Se detuvo en seco en mitad del salón con la barbilla apretada.

—No intento escaquearme de nada, Kieran. Seguro que tu novia te ha contado que el otro día tuve un problemilla con mi jefa porque me largué en medio del servicio y no creo que le siente muy bien que hoy abra una hora más tarde, aunque sea porque lo dice el sheriff.

Unos segundos después su expresión se dulcificó y se despidió.

—¿Qué? —le pregunté nada más colgó.

—Nada, que vaya cuando tenga un hueco o me pueda cubrir alguien. —Se agachó y metió la mano por detrás del sofá hasta que pescó el bolso y lo levantó con gesto triunfal—. Ya verás que al final me quedo sin comer por la tontería.

—Que qué quería Kieran, Ani —repetí con impaciencia. Primero me miró sorprendida, con la boca abierta. Luego se levantó despacio, apretando los labios sin decir nada. Ahí estaba, otra vez ese silencio pesado que lo invadía todo. Se pasó una mano por los pelos sueltos de la nuca caminando hacia la puerta.

—No lo sé. Quiere hablar conmigo en privado. En su oficina, no en la cafetería.

—¿Y no te ha dicho de qué? —pregunté yendo a por mi cazadora de pana.

Anitta empezó a negar con la cabeza antes de que yo terminase la pregunta. Todos en Strokeville sabíamos que el sheriff quería llevar la investigación sobre el coche de Green lo más discretamente posible, pero uno de los empleados de Greg Jameson lo había reconocido al acudir a recoger una furgoneta al depósito y los rumores se habían desatado desde entonces.

Y esa llamada tan temprano queriendo entrevistarse con ella en privado tan solo unos días después de mi mentira en el Sally's me parecía demasiada casualidad.

Anitta se mordió el labio y con eso fue suficiente. Ella sospechaba lo mismo que yo. Llevábamos días así, con esa nueva rutina instalada entre los dos. Una en la que ella esperaba con más paciencia de la que le entraba en el cuerpo. Dándome un margen que no me merecía. Y yo me limitaba a dejar que el tiempo corriese.

—Deberías hablar con ellos —dijo en voz neutra y sin mirarme.

Debía de haberse mordido la lengua un millón de veces para no soltarlo antes.

Asentí y no fui capaz de moverme del sitio hasta que abrió la puerta y salió de la vivienda.

El olor a café recalentado y aguado se mezclaba con el de la tierra seca y de los bocadillos recién hechos de brisket que olían todavía dentro de las bolsas de almuerzo que repartían desde la camioneta. Roté los hombros intentando aliviar un poco la tensión de los músculos después de castigarlos durante más de cuatro horas seguidas sujetando los pesados postes o cavando con la pala.

El rancho Woodhall era esa gran constante en mi vida a la que podía agarrarme para tirar hacia adelante cuando todo lo demás parecía que se torcía. La yeguada. El trabajo duro. Las montañas. La liberadora rutina de la que tanto había disfrutado durante más de quince años, pero que desde que vi aquel vídeo se había torcido. Y

la cuadrilla no era ajena al cotilleo local, así que escuchar a los muchachos sobre el tema tampoco me ayudaba a apartarlo de mi cabeza.

El móvil me vibró en el bolsillo y lo saqué sin pensar. Chasqueé la lengua al comprobar que era un mensaje de otra de las cuadrillas y no de Anitta. Algún animal salvaje había dañado varios tramos del vallado en los terrenos del norte al socavar bajo los postes. No los había roto y el vallado seguía en pie, pero había que taparlos antes de que se nos colasen animales dentro de la propiedad, así que añadíamos otra tarea más a la lista interminable de reparaciones y mantenimientos. Como siempre. El trabajo en un rancho no se acababa jamás. Apreté el botón para bloquear cuando volvió a vibrar. Resoplé fastidiado al leer los mensajes de varios compañeros pidiendo cambios en los turnos asignados para la semana siguiente.

Estaba tardando demasiado en contestarme algo y eso solo podían significar malas noticias.

El carraspeo de atrás me sacó de mis pensamientos y por inercia alargué la mano para agarrar la bolsa de tela con el almuerzo y seguí a los dos que tenía delante en la fila hasta que se detuvieron frente a uno de los remolques donde ya se juntaban otros vaqueros. No daba mucha sombra, pero sí que nos amparaba del viento así que me apoyé contra el metal para evitar sentarme en el suelo húmedo y abrí la bolsa. Durante unos minutos no se escuchaba nada más que los pájaros, las ramas y los envoltorios de la comida, pero no era capaz de disfrutar de esa falsa calma.

—El jefe —anunció T.J. con la boca llena al escuchar que se acercaba un motor y los demás asentimos.

Llevábamos tanto tiempo juntos que todos reconocíamos el ruido de las camionetas de los otros. Bill Woodhall se detuvo para que bajase su sobrino y pitó antes de irse. Trevor hizo un barrido rápido y cuando me localizó me hizo un gesto con la mano antes de acercarse a la camioneta de la comida. Ayer se lo hubiese devuelto con más naturalidad.

—¿Le has preguntado al jefe? —Tony me hundió un codo en las costillas para asegurarse de que le atendía.

—Ya lo has hecho tú en el grupo —le recordé en un gruñido y entrecerró los ojos—. Ya sabes cómo va esto: siempre que puede nos cambia los turnos, pero no te lo va a confirmar a los quince minutos de que mandes un mensaje.

Tony chasqueó la lengua y yo mordí el bocadillo.

—Eso me da igual; los jefes siempre se portan. Me refería a lo del coche. El del cuatrero, que seguro que sabe algo.

La carne del brisket me supo a tierra al oírlo, pero mastiqué en silencio fingiendo indiferencia y me encogí de hombros.

—No creo.

—Pues yo creo que sí —dijo Pete. Chifló y levantó el brazo—. ¡Eh, jefe, aquí!

Trev alzó las cejas en nuestra dirección y, aunque yo sacudí la cabeza, comenzó a caminar hacía aquí.

—Su primo es el sheriff —añadió uno de los que estaba sentado en el suelo—, así que sabe más de lo que cuenta. Pena de no tener un poco de whiskey.

Escuché las carcajadas de fondo y también sonreí, pero dando un par de golpecitos contra el bolsillo como si con eso fuese a recibir el aviso que esperaba. Trevor me apretó el hombro con su manaza y se acercó hasta el centro del grupo, pero estaba tan lejos de allí que me costaba poner atención. Había regresado a mi salón, a la llamada de teléfono, a Anitta prometiéndome que me escribiría en cuanto saliese de la oficina del sheriff.

Tuve que obligarme a morder y tragar el resto del bocadillo sin apenas saborearlo, temiéndome lo peor. De algún modo, Kieran se había enterado de todo y no soltaba a Anitta esperando a que admitiese mi mentira. Cuando uno de los vaqueros nombró al sheriff me giré hacía allí con el móvil ya en la mano.

—No insistáis —rio Trevor—, mi primo no me ha contado nada. Pero no hay motivos para preocuparnos tanto. Que haya aparecido el coche no significa que los cuatreros estén aquí.

Se escucharon varios improperios por lo bajo, que acabaron en cuanto mi mejor amigo levantó una mano y pasó la vista por todos ellos.

—Lo digo en serio. Por lo que sabemos, no han actuado en meses; al menos, aquí en Texas. Mi hermano y yo hemos llamado a varios ranchos para corroborarlo. Y, por si acaso, vamos a reforzar los sistemas de seguridad en cuanto podamos.

Varios asintieron y un par de ellos se levantaron sacudiéndose los terrones de tierra de la ropa de trabajo.

—Si se dedicaban al robo de caballos de alta competición, no hay ninguno por los alrededores con esas características. Y si buscaban ejemplares como los de nuestra yeguada, ya habrán cambiado de opinión. Mi primo ha pasado aviso a los sheriffs de los condados vecinos para que alerten a sus rancheros. Sería de locos intentar dar un golpe en estos momentos.

Varios se dirigieron a la furgoneta de la comida, seguramente a por el termo de café. Solo de pensar en la bebida me hizo desbloquear el teléfono al instante para comprobar que seguía sin haber nada y no me pude contener más.

Yo: «¿Ya has hablado con Kieran?»

Era demasiado tarde como para lo contrario. Y más teniendo en cuenta que Kieran la había llamado antes de las siete de la mañana y con prisas. Así que, en contra de una de las frases favoritas de mi madre, en esta ocasión la falta de noticias era una mala noticia en sí misma. Casi seguro.

—¿De qué habláis?

Me tensé con solo escuchar la voz de Rhenton de fondo. Por el rabillo del ojo lo vi acercándose al grupo junto con otro compañero, cada uno con su bolsa de comida.

—¿No lo adivinas?

—Del coche nuevo de Void, ¿de qué va a ser? —soltó otro.

Trevor apareció frente a mí con esa sonrisa franca y familiar, tan similar a la mía, y un escalofrío me bajó por la columna en respuesta.

—¿Estás bien, John? No tienes buena cara.

Mentí y asentí sin mucha efusividad, intentando ver la expresión de mi primo por encima de su hombro. Odiaba sentirme así, dividido. Paralizado. Seguía siendo incapaz de elegir entre los dos grandes pilares de mi mundo. Un coro de carcajadas rompió al fondo, pero en cuanto el teléfono vibró en mi puño todo lo demás pasó a un segundo plano. Ni cambié de chat para leer lo que me había mandado mi madre porque arriba de todo, justo debajo del nombre de Anitta ponía «escribiendo».

—¿Pasa algo? —preguntó inclinándose hacia mí apartándose un mechón claro de los ojos—. ¿Es tu madre?

Sacudí la cabeza sin despegar la vista de la pantalla más que un segundo.

—Es Anitta —aclaré—. Le está costando la vida contestar a un mensaje.

«Venga, preciosa».

—Entonces esta vez vais en serio, ¿eh?

Me mordí el carrillo por dentro y me limité a asentir. Siempre había ido en serio con ella y odiaba que alguien tan cercano como Trevor no lo tuviese claro desde el principio. Aunque no podía culparlo, porque hasta Anitta dudó y me dejó.

Y todo porque no había sabido gestionarme.

Quizá eso era lo que la había llevado a no regresar a su estudio más que para cambiarse de ropa. Sabía que era un desastre y no estaba dispuesta a dejarme repetirlo. Y me parecía bien porque, aunque me esforzase, yo tampoco me fiaba del todo de mí mismo.

Aunque entre su tardanza y escuchar el tono socarrón de mi primo de fondo tampoco ayudase a concentrarme en lo que mi amigo me preguntaba. Había nombrado a Anitta, así que respondí de manera escueta y genérica.

—Sí, sí.

Durante los últimos diez días me había preguntado casi a diario por nuestra relación. Y, con cada vez, recordaba las palabras de Anitta y me asediaban los remordimientos. Muchos del rancho estaban convencidos que ella y nuestra ruptura era lo que me hacía estar «raro de cojones», como susurraban creyendo que no les escuchaba. Pero solo Ani y yo sabíamos que mi comportamiento no lo había causado ella, precisamente.

Sin poderlo evitar, busqué a mi primo con la mirada. Estaba repanchingado contra la carrocería con una sonrisa socarrona escuchando la conversación del grupo que seguía sentado en el suelo. Y por un momento odié lo mucho que nos parecíamos por fuera para lo diametralmente opuestos que éramos por dentro.

Rhenton era el que iba en el coche con Oliver.

Y el que se había colado en el establo dos veces, al menos.

Pero era yo el que llevaba meses incapaz de funcionar a pleno rendimiento.

—Entonces es que sí, ¿no? —La pregunta fue precedida de un manotazo en la espalda.

El teléfono vibró y al fin tuve mi respuesta.

Anitta: Acabo de salir. Era por unos camioneros que se pasaron por el Sally's la semana pasada. No era nada. Te veo en casa, tranquilo.

Por primera vez en muchas horas respiré hondo a la vez que lo releía. Al levantar la vista Trev seguía ahí, sus ojos claros brillando divertidos y apuntándome con su barbilla afilada.

—¿Qué?

—Que sí, que nos va bien. No pienso volver a fastidiarla.

Su carcajada me sorprendió.

—Déjalo, Buttler. Ya le digo yo a Gaby que confirme la cena con tu chica porque tú últimamente vives en Babia.

Sin tener muy claro a qué me había comprometido lo vi alejarse hacia la camioneta y volví con el grupo para empezar a organizarnos. Rhenton seguía en el mismo sitio dándole tragos al café solo y aguado que cada mañana nos preparaba la tía de Trev. Pero cuando llegué a su lado y lo escuché bromear sobre el coche de Green con el resto como si no tuviese nada que ver con su aparición repentina fue más de lo que pude soportar.

21. ANITTA

—No digo que sea malo —insistió Trevor clavando el codo casi en el centro de la mesa de madera—. Pero no creo que valga lo que piden por él.

John negó con fiereza y un mechón castaño le cubrió el ojo derecho. El dedo me hormigueó por las ganas de recolocárselo, así que estrujé el vaso del refresco con las dos manos. Era temprano. Lo suficiente como para que la música country sonase tan baja como para que se pudiese hablar con comodidad, o para que la mayoría de mesas todavía estuviesen vacías. Pero el olor a carne especiada y frijoles lo invadía todo desde que habíamos entrado y mi estómago se quejó en respuesta. Si íbamos tantas veces al Spurs en las noches de chicas, pese a las constantes quejas de Vera, era porque la cocina era muy buena.

Y, encima, no tenía que servirla yo.

—Tiene una línea buenísima —replicó John—. Y está entrenado.

—Sí, para lesionarse todos los meses.

John bufó sacudiendo la cabeza.

—Solo fue una vez. Di que no te fías de Radovic y punto.

Removí la pajita sin dejar de mirarlo. No pasaba a menudo, pero cuando John se mosqueaba sacaba ese aire un poco bruto que me ponía a cien al instante. Y estaba de suerte, porque, por algún motivo que no comprendía, su jefe y él llevaban como diez minutos discutiendo sobre unos caballos que ni siquiera eran suyos y con

cada contestación me encendía un poco más. John me miró de soslayo y yo di un traguito intentando fingir un poco de seriedad.

—Antes del verano también estuvo lesionado, ¿verdad? —preguntó girándose hacia su pareja. Gaby se encogió de hombros con su calma habitual.

—Lo del tendón fue por un error en el transporte, y lo sabes. Si lo cuidan bien, a ese caballo le quedan buenos años por delante. —Bebió un sorbo de vino y añadió—. Pero no sé si ese hombre es de fiar.

Trevor sonrió satisfecho y después me apuntó con el dedo mientras mi chico se bajaba media cerveza.

—A mí ni me mires —respondí levantando las manos con rapidez—. Por mucho que John lo intente, de lejos no diferencio un American Paint de un Apaloosa.

Escuché una risa grave y baja a mi izquierda que me retumbó en los huesos y me recliné hacia atrás, para apoyarme contra su costado con una sonrisa.

—¿En serio? Pues ya me dirás de qué habláis porque John es un loco de los caballos. Como yo.

Repiqué el pulgar contra la mesa un par de veces intentando morderme la lengua. Trevor me caía bien porque era educado, dejaba buenas propinas y había cuidado de mi amiga cuando más lo había necesitado, pero no nos conocíamos demasiado. La manía que se tenían mi mejor amiga y su hermano tampoco había ayudado a afianzar lazos. Y ahora no quería fastidiarlo porque era la primera vez que hacíamos algo así. Una «cena de parejitas», como lo había denominado Gaby en su audio. Me había emocionado tanto que fui la única que me lo tomé tan en serio como para arreglarme para la cena. Mi vestido nuevo ajustado contrastaba con el vestuario del resto. Había visto a John llevar esa camisa de franela al rancho un ciento de veces y la que llevaba su amigo era igual, pero con cuadros verdes. Para la próxima estaría mejor con algo mucho más casual, como el jersey con vaqueros de Gaby. Pero en el momento

en que Trevor arqueó las cejas con condescendencia las palabras se escaparon de mi boca.

—Tampoco es que hablemos mucho. Como tú, cuando te la llevas al granero.

Gaby me dio una patada nada discreta por debajo de la mesa y me preocupé por si me había roto las medias.

—Anitta, tía —chistó con sus ojos castaños oscuros exageradamente abiertos—, qué razón tiene Vera con que eres un buzón.

Sentí una punzada de arrepentimiento al instante. En parte por molestarla, pero sobre todo porque una tarde así no se volviese a repetir por no saber contar hasta diez antes de soltar el freno. Abrí la boca para disculparme, pero la carcajada de Trevor nos pilló por sorpresa a ambas.

—Ahora entiendo a lo que os referíais cuando decíais que era «muy natural» —añadió entre risas pasando un brazo por el hombro de su novia, que seguía negando con la cabeza.

Medio segundo después, todavía sonriendo, volvió a la carga con John.

—Siempre están con lo mismo —siseó Gaby apartando un mechón del color del chocolate tras la oreja medio segundo antes de darle la razón a John esta vez. Al parecer, discutir por caballos que no eran suyos era un tema recurrente entre los dos al que mi amiga estaba más que resignada, aunque para mí fuese completamente nuevo.

Una de las camareras habituales nos saludó con confianza a la vez que colocaba una bandeja cargada de costillas, judías y patatas asadas en el centro de la mesa y el olor de la comida caliente nos rodeó.

—Con cuidado que quema, chicos.

Gaby apartó las jarras vacías para hacer hueco mientras que John le daba las gracias con esa sonrisa que me desarmaba desde el

primer día que se la vi usar. Trevor alargó la mano y comentó algo sobre la testuz abombada de una yegua echando unas generosas cucharadas de judías a cada plato mientras los otros dos le llevaban la contraria y se me secó la boca. Era una escena tan normal, tan cotidiana, que un hormigueo de los buenos me recorrió la espalda. No había tenido ni uno de estos momentos en los seis meses anteriores con John y ahora parecía que era algo que ya habíamos hecho treinta veces. Inhalé despacio disfrutando del momento hasta que la vibración del teléfono me sacó de mis pensamientos.

—No me digas que es tu jefa —susurró Gaby inclinándose hacia delante, hasta que su jersey ancho estuvo a punto de meterse en el plato. En vez de responder, le pasé el teléfono con el escueto «pásalo bien, traidora» de Vera. Su carcajada fue inmediata—. ¿Habíais quedado?

—¡Qué va! Quería traerme otro libro más para estudiar.

—Pues dile que ya no nos queda más sitio en la estantería, preciosa —bromeó John tendiéndome un pedazo de pan.

Lo agarré de casualidad, medio embobada. Con lo concentrado que parecía con el asunto de los caballos, me sorprendió que también atendiese a nuestra conversación. Arranqué un trozo y me apreté contra su costado encantada porque estaba deseando repetir el plan y ni siquiera había dado un bocado. Alargué la mano hasta la salsa picante, la agité y giré la cabeza al ver la sonrisa de Trev.

—¡Eh! —gritó con el brazo en alto.

Su primo acababa de entrar en el Spurs con el uniforme del sheriff salpicado de barro de las rodillas para abajo. Kieran levantó la mano, echando un vistazo alrededor, antes de acercarse.

—Que os aproveche —comentó en general al llegar a la mesa —. Solo vengo a recoger la cena.

—Pues espérala sentado con nosotros —contestó su primo haciéndole sitio a su lado.

Dudó un instante y, cuando pensé que se iba directo a la barra, arrimó una silla vacía y se dejó caer con pesadez. Eran tan diferentes físicamente que, si no lo sabías, no sospecharías que eran familia, como sucedía conmigo y mi hermano, que era tan moreno como el sheriff. Justo al contrario que John y sus primos, que podían colar como hermanos. Trevor siempre parecía de buen humor, mientras que Kieran llevaba la cara de «poli duro» la mitad del tiempo, incluso de paisano. Pero, en cuanto apartó las manos de la cara, me quedó claro que debía llevar encima una semana dura. Las ojeras que tenía ayer en la oficina hoy se veían todavía más marcadas y seguía sin afeitarse.

—¿Y Darrell? —le pregunté.

Sus ojos negros brillaron mientras dejaba el teléfono sobre la mesa, como cuando la tenía cerca.

—No vuelve hasta mañana.

Asentí y antes de que pudiera volver a preguntar se me adelantó la camarera.

—Sheriff Gómez, todavía la están haciendo. ¿Quieres que te la sirvamos para comer aquí?

—Todavía estoy de servicio, así que mejor para llevar.

Brenda golpeó la libreta con el bolígrafo.

—De acuerdo, pues te traigo una cerveza sin alcohol para la espera —replicó y se marchó sin esperar respuesta.

Me incliné hacia John.

—Es buena vendiendo —dije siguiéndola con la mirada—. Si eso le funciona, tengo que empezar a hacerlo yo también.

Las risas del resto me confirmaron que había sido menos discreta de lo necesario, pero sirvieron para relajar el ambiente. Kieran aprovechó los comentarios sobre la cafetería para preguntarme con un gesto y negué con la cabeza. Los dos camioneros por los que me preguntó en su oficina no habían regresado por el Sally’s en aquellos días. De todos modos, no le

serví de mucha ayuda en su momento porque no había presenciado nada que explicase por qué al salir de la cafetería se habían dado de tortas hasta acabar rompiendo el parabrisas de la señora Smith. De la cafetería saltaron a la clínica veterinaria y la sonrisa de Gaby se ensanchó un poco más al confirmar que en una o dos semanas podría encargarse ella sola como titular de la clínica. Le apreté los dedos por la buena noticia. Además, tampoco iba a extrañar al veterinario de Mason, que era un cutre con las propinas. Y de ahí pasaron a hablar a la caída de turistas en esta época del año, y luego Trevor mencionó el rancho.

—Es que no se habla de otra cosa, Kier. —Echó dos trozos más de costillas y empujó su plato hacia su primo—. Come algo mientras, anda. Aún ayer tuve a media cuadrilla preguntando si íbamos a reforzar la seguridad o si me habías contado algo nuevo al respecto, ¿verdad, John?

Noté la tensión adueñarse de su cuerpo contra el mío. Bajó la vista un instante hasta su cerveza antes de confirmarlo.

—Sí.

—En el Sally's pasa lo mismo. —Posé una mano en su rodilla intentando tranquilizarlo y desviar el tema a la vez. Total, tampoco estaba mintiendo porque seguía siendo el tema estrella del momento. Y Kieran era demasiado fino como para no notar algo raro en la cara de John si lo observaba un buen rato—. Sobre todo, las del gremio de las cotillas, que no han parado de inventarse historias desde el primer día. Si hasta han llegado a decir que Darrell tiene algo que ver con todo esto.

Kieran dio un trago largo al botellín que le acababan de traer.

—A la gente le gusta hablar demasiado.

—Es que es gratis —bromeé intentando aligerar el ambiente.

—Bueno, y que tu ex ayudante esté relacionado con la aparición del coche, tampoco ayuda.

Noté el respigo antes de que hablara.

—¿Qué? —La voz le sonó hueca, pero su jefe se limitó a asentir con gravedad mientras pinchaba unas judías—. ¿Pero cómo va a tener algo que ver Louie si lleva semanas en la cárcel de Menard?

—La pregunta es al revés, Johnny. ¿Cómo no va a estar relacionado? Desde que apareció el vehículo se niega a hablar con su abogado y eso que estaba a punto de conseguirle un acuerdo con el fiscal. O lo del coche era un aviso desde fuera o alguien dentro de la cárcel le ha *aplicado* un correctivo —dijo acompañándolo con dos puñetazos al aire—; sea lo que sea, no ha vuelto a abrir el pico.

—¿Qué?

Si antes estaba tenso, ahora se le desencajó la mandíbula. Pude ver el momento exacto en el que encajó lo que significaban esas palabras y sentí compasión por él. Para mí era obvio que unos hechos tenían que estar relacionados con los otros. Louie estaba en la cárcel porque había intentado, a punta de pistola, que no liberasen al caballo que Green había robado. Y sus primos conducían su coche. Era imposible que todo eso no estuviese relacionado de algún modo. Alguno malo y delictivo, obviamente, pero John se había resistido a creer que Oliver y Rhenton estuviesen metidos en algo que no fuese otra de sus chiquilladas sin importancia. No me lo había dicho así de claro, pero tampoco lo necesitaba.

Y por eso las palabras de su amigo, soltadas con tanta ligereza, fueron como un mazazo en la cara.

Le pellizque en el costado buscando que espabilase, para evitar que el resto notase el cambio, pero el foco de la autoridad estaba del otro lado de la mesa.

—Trev…

El tono era helado, pero a su primo mayor no pareció importarle.

—¿Qué?

—Que no me gusta que nadie se inmiscuya en mis investigaciones ni airee mis casos. —Se le tensó tanto la cara que el

ranchero levantó las dos manos de inmediato.

De reojo vi a Gaby retorciéndose las mangas.

—Perdona, Kieran. No pretendía meterme con tu trabajo. —Trevor se aclaró la garganta a la vez que entrecruzó los dedos con los de Gaby—. Pero esto es lo que se comenta en la calle. Lo que piensa todo Strokeville. Si hoy, cuando fuimos a la ferretería, andaban con teorías de la conspiración que no tenían ningún sentido. Y todos me lo preguntan porque piensan que Jarrad y yo tenemos información.

No añadió un «gracias a ti», pero resultó evidente.

—Es verdad, a mí también ha pasado cuando he salido del rancho —añadió Gaby con cuidado.

Kieran dejó el botellín en la mesa con más fuerza de la necesaria.

—Es lógico —continuó Trevor—, todo es un poco raro últimamente.

—Deja de hablar del caso en medio de un bar —le respondió con un tono más tranquilo, pero firme. Profesional. Muy parecido al que había empleado para multar a mi jefa por aparcar tapando la boca de riego.

—Claro, no sea que nos escuchen los periodistas de debajo del mantel —bromeó su primo.

—Me preocupan más los que ocupan las demás mesas.

Me uní a las risas de los otros para que no se notara más que John seguía completamente quieto, perdido en algún punto de su cabeza. Muy lejos. Me limpié los labios, incapaz de comer más, apoyé una mano sobre su muslo y empecé a trazar pequeños círculos con el pulgar sobre la desgastada tela vaquera. Después de varios intentos reaccionó y se unió a la conversación.

Pero el encanto de la cena ya se había perdido.

22. ANITTA

Kieran no estuvo con nosotros más de veinte minutos, pero fueron los suficientes para cargarse la cena.

Al menos, en nuestro lado de la mesa.

—Estoy cansado de esperar por ese *famoso inversor*, pero ya sabes cómo es mi hermano con ese tema—comentó Trevor empujando las puertas metálicas y dejándonos pasar delante.

El frío aire nocturno me golpeó en las mejillas antes de salir al exterior y con un estremecimiento me apresuré a cerrar la chaqueta y a acercarme a John.

—¿Todavía seguís con eso? —preguntó Gaby frotándose las manos. Su novio le agarró una mano, la coló en el bolsillo de su cazadora de pana y luego se encogió de hombros—. Pensaba que se había zanjado con la última discusión.

—Jarrad es más terco que una mula joven, ¿verdad, Johnny?

Asintió.

—Más que tú —respondió arrancándole una carcajada.

Caminamos hasta el aparcamiento sorteando a otros clientes entre los coches mal aparcados. Trevor retomó el tema del semental demasiado caro al que le había echado el ojo el mes pasado, pero que no se decidía a comprar, ignorando las bromas de Gaby sobre que eso haría que Jarrad y Vera al fin estuviesen de acuerdo en algo, aunque fuese en matarlo. Se me escapó una carcajada, porque era cierto. John se limitó a responder con un par de palabras cada vez que le tocaba hablar.

Me había pasado la mitad de la cena intentando que el resto no notasen demasiado lo que a mí me resultaba tan obvio. Y por eso

no había parado de parlotear de lo que se me ocurría, una tontería tras otra, cada vez que él tardaba en responder o que la conversación no fluía.

Porque John seguía aquí, pero no del todo.

—Mañana tendríamos que pasarnos por los terrenos más al norte, junto a las montañas, porque T.J. ha visto huellas de jabalíes muy cercanas y no quiero correr riesgos —indicó Trevor deteniéndose frente a su ranchera, aparcada dos filas antes de que la nuestra—. Aunque también hay que terminar con la reparación de las vallas del sureste y revisar el puente al otro lado del pozo. ¿Puedes encargarte tú de formar las cuadrillas si me retraso en el banco?

Tras dos segundos sin respuesta, le di un codazo con discreción y, tras ver mi gesto con la barbilla se centró en Trevor.

Lo observé con atención. Otra vez una respuesta corta que podía ser suficiente para salir del paso, pero que no tenía nada que ver con él. Parecía uno de esos casos de programas de televisión tipo «mi marido ha sido poseído por un alien» o por cualquier ser espiritual que tantas veces vimos Vera y yo al salir del instituto solo por las risas.

Solo que ahora ya no me reía.

Porque le estaba sucediendo exactamente lo mismo que la anterior vez. Se estaba desconectando a ojos vista. Tardaba medio segundo de más en reaccionar, con esa sonrisa vacía y distante; como si estuviese escuchándonos de fondo mientras mantenía otra conversación en su cabeza. Me había sorprendido mucho que Trevor no lo hubiese notado. Aunque yo no era quién para juzgar porque tampoco lo supe ver antes y ahora me resultaba tan obvio que me daban ganas de darme de cabezazos. Mis propios miedos me habían impedido ver los suyos. Igual si John se hubiese abierto un poco más o si yo no me temiese lo peor en cada relación y hubiera aprendido a tener un poco más de paciencia, no estaríamos así. Quizá… Sacudí la cabeza lo justo para liberarme de esa cadena de pensamientos que no me iban a llevar a ninguna parte y me obligué

a sonreír como si me fuesen a dejar cien dólares de propina mientras nos despedíamos de nuestros amigos.

Nos quedamos allí de pie durante unos segundos, en silencio, viendo cómo la camioneta de los Woodhall salía del aparcamiento antes de acercarnos a la ranchera gris de John.

—Gracias —dije cuando me abrió la puerta.

—Mmm.

Cogí aire y lo expulsé con fuerza esperando a que entrase por su lado. Porque ahí estaba eso otra vez.

Ni me miró.

Metió las llaves en el contacto y las giró en modo automático.

—¿Estás bien?

Asintió sin mucho entusiasmo, quitó el freno de mano y nos quedamos en silencio hasta que nos incorporamos a la carretera. Cuando se detuvo en el primer stop le apreté el muslo con suavidad.

—¿Johnny? ¿Quieres hablarlo?

John siguió mirando al frente, como si esa carretera secundaria por la que había pasado mil veces de pronto le resultase fascinante. Las luces largas iluminaron un tramo de pinos al fondo del valle antes de desaparecer en la curva y yo me dejé caer hacia atrás con pesadez preparándome para ocho largos kilómetros de silencio.

—¿Lo sabías? —Me enderecé esperando el resto de la pregunta, que no llegó. Al levantar la vista, sus ojos verdes me suplicaron una respuesta en el retrovisor.

—Si te refieres a los rumores sobre lo de Louie Cruz—empecé y sus labios se tensaron. Enganché un mechón rosado que se me había escapado del recogido y empecé a parlotear, intentando sacarle hierro—, seguramente es verdad eso de que ha cerrado el pico porque en eso coinciden muchos, pero el motivo… Ya sabes cómo se aburre la gente. Solo esta mañana he escuchado que

estaba medio muerto porque lo habían trinchado con el cepillo de dientes y poco después uno de los Miller aseguró que había cerrado un acuerdo y que ahora es testigo protegido en Broken Bow, Oklahoma. Como si hubiese estado él allí delante cuando lo firmaron.

—Me refería a lo de Rhenton y Oliver —aclaró en voz baja—. A que si están relacionados con Louie y todo lo demás.

Abrí la boca, pero me contuve de responder al instante buscando cómo ser un poco más diplomática que el «pues claro» que tenía en la punta de la lengua. John se volvió hacia mí apenas un instante, después la boca se le curvó hacia abajo a la vez que los dedos se le quedaban blancos de tanto apretar el volante.

—Ya veo.

—Es lo lógico, Johnny. No digo que tus primos estén tan metidos en el asunto como Green o Aaron o Cruz. O que vayan a intentar darle matarile al sheriff. —Me revolví en el asiento al ver cómo tomaba la curva—. Pero algo tienen que saber si iban dentro de ese coche.

Un camión de frente nos dio las largas sin que John se inmutara. La canción dio paso a otra de country un poco más animada mientras un silencio incómodo se adueñaba del habitáculo.

Cómo odiaba esa sensación.

—¿Y tú qué crees? —le pregunté en mitad del segundo estribillo.

Su pulgar ancho y áspero repicó sobre el cuero un par de veces.

—A estas alturas, no sé qué pensar.

—Podías probar a preguntarles.

Se encogió de hombros. Luego apagó la radio y el silencio fue total. Al llegar a la granja de los Miller esperé que pusiera el intermitente, pero continuó recto y me revolví con malestar. Entendía que estuviese cansado después de las horas extra que le

había tocado hacer en el rancho, pero, si pensaba que me podía aparcar en mi casa y luego largarse a la suya con esa excusa, iba listo.

Apoyé la cabeza en el reposabrazos y lo observé de perfil. En esa zona apenas había una farola cada varios kilómetros, así que la luz que se colaba en el habitáculo era escasa y servía para exagerarlo todo. Las ojeras marcadas desde hacía días. La tensión de la mandíbula. El agarrotamiento de esas manos grandes y llenas de rozaduras. La arruga de la frente, que se había hecho más patente en el rato que Kieran nos había acompañado.

Lo entendía. La revelación en el Spurs lo enfrentaba a una pieza del puzle que había intentado ignorar desde que vio a sus primos en un vídeo colándose en el establo y eso le era difícil de digerir, pero me daba igual.

—Ni se te ocurra parar —farfullé entre dientes cuando redujo la velocidad para entrar en mi calle.

John no respondió. Solo respiró con fuerza por la nariz y siguió despacio hasta el cruce con el camino de tierra que llevaba a su casa sin pasar por el centro de Strokeville. Y en cuanto giró, el alivio fue instantáneo. Si iba a luchar por los dos, si quería traerlo de vuelta, necesitaba algo de colaboración de su parte. Que no me aparcase a un lado cada vez que se presentaba un problema era lo mínimo para poder llegar juntos a algún sitio.

Ignoré el ruido de la gravilla húmeda quejándose bajo los neumáticos y me estiré el bajo del vestido azul devanándome los sesos para dar con alguna manera con la que reconectar con él para traerlo de vuelta, si es que se dejaba.

John apagó el motor en el callejón trasero de su casa, pero no hizo ademán de moverse de detrás del volante. Las ramas del laurel de montaña golpeaban la pared blanca por el viento que a esas horas ya soplaba con fuerza. Tenía las manazas congeladas sobre el volante y la vista perdida al frente. Muy lejos.

«Si no te quisiera de vuelta no te hubiese seguido hasta el Sally's»

Me solté del cinturón de seguridad con tiento.

—No puedes seguir haciendo esto.

—¿El qué? —preguntó con cansancio rascándose la nuca. Me mordí el labio con las manos suspendidas en el aire. No me gustaba verlo así.

Pero tampoco era el momento de ablandarse.

—Encerrarte en tu cabeza dejándome fuera.

Cuadró los hombros con la mandíbula tensa.

—No es lo que estoy haciendo. Solo estoy… cansado.

Se me ocurrían otros veinte adjetivos que encajaban mejor.

—¿Seguro? Mírame a los ojos y dime que es solo por eso y que lo que has escuchado en la cena no tiene nada que ver.

Afuera se escuchó a lo lejos el pitido largo de un claxon, el golpeteo metálico de una cadena y los ladridos de la jauría de los Basford. Pero, dentro de la camioneta, nada de nada.

Lo vi tragar saliva con dificultad, mirarme de soslayo un par de veces para después bajar la vista hasta las manos agarrotadas en sus rodillas.

Y ahí fue cuando me atravesó una pena inmensa por él. Quizá sí que había elegido la palabra correcta, porque me pareció agotado por un peso demasiado grande para él solo. Alargué la mano despacio, lo agarré por la barbilla cuadrada que raspaba con la barba del día y esperé con paciencia hasta que levantó los ojos.

—Ya te lo he dicho, John, no tienes que hacerlo tú solo.

—Como si supiera lo que tengo que hacer —murmuró para sí mismo.

Le acaricié la mejilla con la mano libre y noté que liberaba parte de la tensión. Como cuando le agarré la pierna bajo la mesa en el Spur. Me incliné hasta casi rozar mi frente con la suya.

—Eso da igual, Johnny. Tampoco ibas a hacerlo esta noche, que tenemos planes mejores.

Alargué la mano, quité la llave del contacto y salí de su camioneta.

Lo seguí hasta la cocina en el mismo silencio que nos había rodeado desde que se bajó del coche y me siguió. Después de unos pasos errantes, como si no supiera lo que buscaba, se detuvo frente al fregadero. Agarró un vaso y lo llenó hasta arriba. No se había molestado en encender las luces a su paso, así que la casa estaba en penumbras. Aunque, teniendo en cuenta los ánimos, quizá fuera lo mejor. La rigidez de su cuerpo quedaba patente en cada uno de sus movimientos. Negué con suavidad con la cabeza cuando me ofreció la bebida y me pareció que movía los labios, como si quisiera decirme algo, antes de que acabase bajando la cabeza para quedarse contemplando el vaso como si lo viera por primera vez y no fuese uno de los que usábamos a diario. Tras un rato así, lo posó sobre la encimera, justo al lado de las llaves que siempre dejaba en el mueble de la entrada.

Me tragué un quejido silencioso, me despegué de la pared y lo llamé.

—John.

Levantó la cabeza y se me arrugó el corazón al ver su expresión entre confusa y ausente.

—Ven.

Rodeó muy despacio la mesa en la que habíamos desayunado cada mañana de la última semana hasta que se detuvo frente a mí, como si no supiera qué hacer. Yo tampoco lo tenía muy claro, pero di un paso, colé los índices por las trabillas de los vaqueros y tiré hasta que sus muslos firmes chocaron contra los míos. Podía notar la tensión manando de cada parte de su cuerpo: los hombros crispados, la mandíbula apretada, los brazos rígidos. Era frustrante,

pero en vez de decir nada me mordí el interior de la mejilla y me apresuré a rodearle la cintura, por si se apartaba de nuevo.

Durante unos instantes no pasó nada.

Solo el molesto ruido del segundero del enorme reloj de cocina que su madre le había regalado antes del verano, sonando sobre nuestras cabezas.

Luego una ráfaga de aire caliente y contenido me rozó la sien cuando se le escapó un suspiro. Era un hombre grande que se echaba sacos de cemento al hombro para llevarlos de un sitio a otro como si no pesasen nada, pero en este instante me dio la sensación de que quien nos estaba sosteniendo allí, en el umbral de la cocina, era yo. Seguí trazando círculos con lentitud en la base de su espalda, sintiendo cómo sus músculos se ablandaban poco a poco.

Como en la cena.

Y en la camioneta.

O todas esas veces que llegaba muy callado del trabajo y se sentaba invadiendo mi lado del sofá.

Así que pegué la frente a su pecho y seguí moviendo los dedos sobre la franela azul dibujando la parte baja de su columna. Arriba y abajo. Una y otra vez. Estaba casi convencida de que para lo único que habían servido mis cuatro frases en la pick up era para que se cerrase aún más. A diferencia de mí, a John no se le daban bien las palabras y repetía que en momentos de tensión le perjudicaban más de lo que le ayudaban. Pero tocar sí. Y esa palma callosa y áspera que ahora me apretaba contra su torso me daba la razón.

Como cuando entrecruzaba sus dedos con los míos mientras veíamos alguna serie romántica que solo me gustaba a mí. O cuando se pegaba a mi espalda desnuda justo antes de quedarse dormido. Piel con piel, sin palabrería barata. Por el modo en que hundía sus pulgares en mi espalda me quedaba claro que no quería que me apartase sin necesidad de que lo dijese en voz alta, aunque también me gustase escucharlo. Pero ahora mismo no se trataba de mí. O

«no solo» de mí. Y si John necesitaba de un poco más de contacto humano para bajar el estrés y relajarse me parecía bien.

Me puse de puntillas y entrecerró los ojos.

«No te apartes, John»

Solo lo pensé, no se me ocurrió romper el silencio tranquilo que se cernía sobre nosotros. Si el contacto humano era tan bueno como decían las revistas para liberar oxitocina y endorfinas, no tenía ningún problema en pasarme lo que quedase de la noche adorando ese cuerpo firme y trabajado si me salía con la mía.

Las feministas de los libros de Vera se llevarían las manos a la cabeza si me vieran intentando afianzar la conexión usando mi cuerpo, pero la mitad de esas mujeres llevaban cincuenta años muertas y yo estaba muy viva. Y en este momento necesitaba liberar parte de esta tensión acumulada y recordarle que me tenía ahí. Y si eso lo conseguía con un par de polvos en vez de dialogando sobre emociones y peroratas, que así fuera. Y por cómo iban las cosas, tampoco sería la última vez si nos funcionaba.

Así que di otro paso, colocando mis antebrazos en sus hombros, y estreché su cara entre mis manos. Lo hice retroceder hasta que su espalda chocó con la jamba de madera, levanté la boca y lo besé con todas mis ganas. Las mejillas raspaban con la barba de cuatro días que tanto me gustaba. Tenía la piel fría, pero sus labios estaban calientes y cuando, al cabo de unos segundos, los abrió para mí disfruté del sabor a menta y cerveza mezclado con su deseo. Sus manos ásperas se movieron hasta las caderas, apretándolas, hundiendo sus dedos con fuerza por encima del vestido, atrayéndome más hacia él.

Mi lengua encontró la suya y me enredé con ella arrancándole un gemido grave que solo sirvió para aumentar mi determinación. Profundicé el beso a la vez que una uña se me clavaba en la nalga derecha a través de la fina tela. Empujó sus caderas contra las mías haciéndome saber que estaba cargado de deseo por mí y que la tensión de sus brazos ahora la causaba una sola cosa. Yo. Y todo lo demás se había quedado fuera. La sangre me retumbaba con la

cabeza cuando me separé lo suficiente para morderle en el hueco del cuello y disfrutar de su gruñido mientras mis manos exploraban su costado.

Me despegué de su boca sin previo aviso, jadeando y John se golpeó en la cabeza contra la madera de detrás con los ojos cerrados. Pero cuando sintió el tintineo de su cinturón los abrió de golpe, todavía con la respiración alterada, y me apretó la muñeca.

—¿Qué haces, Ani?

Me alcé lo justo para darle un beso rápido en los labios antes de soltarme.

—Quiero ser lo único que te vuelva loco dentro de esa cabeza —dije dejándome caer de rodillas. Cualquier posible duda se disipó en el momento en que vi sus ojos verdes entrecerrados cargados de hambre.

Tiré por el pantalón hasta se deslizó hasta los tobillos y se separó de la jamba para ayudarme a librarlo del calzoncillo, dejando su grueso pene palpitando a unos centímetros de mi cara.

—¿Estás segura de que…?

Pegó un respingo cuando le rodeé el miembro con las manos y asentí. Lo decía completamente en serio. Lo de que quería que estuviese tan loco por mí como yo por él. Sin problemas que se entrometan por el medio. Lo acaricié desde la base a la punta muy muy lento mientras que me quemaba con la mirada. Lo apreté un poco más y se humedeció los labios negando con la cabeza. Sin apartar la mirada de la suya me incliné sobre su polla, soplé y la recorrí con la lengua hasta que se le tensaron los músculos de las piernas y luego las caderas.

Estaba aquí, conmigo. Sin duda.

Lo volví a lamer entero y al llegar arriba me la metí entera en la boca hasta el fondo. Su puño golpeó la pared y me sentí mucho más poderosa que en todo lo que llevaba de día. Jugueteé con él, apretándolo con las mejillas y lamiéndolo con fuerza mientras John no dejaba de mirarme con los dientes apretados y la mandíbula cada

vez más tensa. Lo poco que le faltaba para ceder el control lo perdió cuando se me escapó un gemido de satisfacción.

—Estás acabando conmigo, preciosa —gruñó deslizando dos dedos por el contorno de mi mandíbula provocándome un escalofrío y que la sensación cálida de mi vientre fuese a más. Intenté respirar profundo, sin atragantarme y sin dejar de lamerlo por los lados, pero con su siguiente gemido el corazón se me aceleró y por primera vez agradecí de verdad esta penumbra porque notaba que me ardían las mejillas. Me encendía comprobar cómo se excitaba por mí.

John deslizó los dedos entre mi pelo hasta llegar a lo que quedaba del moño y lo atrapó cerrando el puño. Su otra mano acarició mi labio inferior una vez más, la apartó y empezó a embestirme. Esta vez fue a mí a la que se le escapó un gemido largo al sentir un sabor salado en la lengua. Tras un par de empujones más, John me sujetó la cabeza con un poco de brusquedad y los ojos enloquecidos.

—Joder, Anitta. Quiero…—Empujó con las caderas una última vez con los párpados apretados y después se salió de mi boca sin decir nada más.

No me dio tiempo a reaccionar porque ya estaba arrodillado frente a mí, empujándome por los hombros con delicadeza hasta tumbarme en la loseta fría. Su boca recorrió mi cuello en un beso húmedo y descontrolado con una mano peleándose con mi vestido mientras que la otra se deslizaba entre mis piernas. Jadeé y le tiré del pelo para que me besase en la boca cuando dos dedos gruesos dejaron de acariciarme por encima del tanga húmedo y se colaron en mi interior. No necesitaba mucho más, cuando se trataba de John solía estar lista casi antes de empezar. Bajé la mano, le agarré la base del pene y apreté.

—Venga, John. Ya.

Me separó más las piernas dejándome totalmente expuesta antes de colocarse arrodillado entre ellas. Sus ojos brillaron oscurecidos mientras guiaba la punta hacia mi entrada y miró hacia allí quedándose en pausa. Abrí la boca para protestar, pero me salió

un grito cuando embistió con fuerza y la metió de una vez. Y luego se quedó muy quieto, aunque sus manos estaban tan ancladas en mis caderas que estaba segura de que me iban a quedar marcas de nuevo.

—Abre los ojos, Ani.

En cuanto lo hice posó los labios en mi cuello y retrocedió unos centímetros, luego me subió las piernas a la cintura y gimió cuando lo apreté por dentro. Se volvió a hundir en mí con un movimiento brusco de sus caderas y sus ojos brillaron con ferocidad cuando le clavé las uñas en los antebrazos por el placer que me recorría.

—Dios.

John se retiró para volver a empujar, con fuerza. Una y otra vez, sin descanso, hasta que me empezaron a temblar las piernas, la espalda se me contrajo y unas estrellas brillaron por debajo de los párpados. Grité retorciéndome por la fuerza del orgasmo que se prolongaba con cada una de sus acometidas, que cada vez eran más erráticas, más salvajes, hasta que con un grito ahogado se vació dentro de mí mientras seguía moviéndose un poco más para alargar mi placer todo lo posible. Lo agarré por el pelo sudado y enmarañado y tiré hasta adueñarme de su boca y fundir nuestra respiración en una mientras disfrutábamos juntos del clímax.

Me despertó su teléfono vibrando en la mesilla de noche. Debía ser muy temprano porque apenas se filtraba algo de luz a través de las cortinas de la habitación. John se movió a mi lado, inquieto, haciendo que el cobertor se resbalase hacia el otro lado de la cama y dejando al descubierto esa espalda ancha y bronceada. Las piernas musculosas y definidas. Las marcas de mis uñas a lo largo de sus brazos, una por cada revolcón que nos habíamos dado. Era perfecto.

Me moví para agarrar el cobertor y volver a taparnos, y mi cuerpo se quejó por el esfuerzo. Hoy volvía a tocarme turno doble

en la cafetería, como en cada uno de los días desde que tuve aquel arrebato por el que me enfrenté a mi jefa. Me desperecé y disfruté un poco más de la molestia. Así que, en vez de pasarme la mitad del turno de mañana lamentando que empezaba a aborrecer mi trabajo, por una vez estaría bien que cada vez que me estirase para coger algo esas placenteras molestias me recordasen parte de lo que habíamos hecho esa noche John y yo. A solas. Sin nada ni nadie entrometiéndose. Ni siquiera esos pensamientos.

Cuando le cubrí el pecho se removió, gruñó y me buscó todavía dormido. Su mano se adueñó de mi abdomen y su respiración se calmó contra mi pelo. Contuve las ganas de pasar el dedo por su perfil para no despertarlo.

Y entonces su teléfono volvió a sonar.

John abrió los ojos con pereza y me dio un beso en el hombro desnudo antes de levantarse para responder a la llamada. La luz de la pantalla le iluminó media cara y pude leer el nombre de Trevor antes de que descolgase.

—¿Qué quieres tan temprano?

No pasaron más que unos segundos, pero pude ver el cambio en su cara. En sus ojos. El vaquero al que había recuperado a base de besos, caricias y orgasmos ya no estaba allí. Como quien chasqueaba los dedos. Un, dos tres, y ese John se había ido.

Me incorporé con los codos en el colchón intentando que me viese, como si así lo pudiera traer de vuelta.

—¿Qué pasa, Johnny? —susurré.

Se pasó una mano por la frente aplastando el pelo hacia atrás.

—Sí, me ducho y voy. ¿En qué establo dices que ha pasado?

Llevaba un minuto despierto y ya parecía agotado.

Podía estar a dos centímetros de mi mano, pero emocionalmente estaba a bastantes millas de mí.

23. JOHN

Esquivé al señor Smith a la salida del baño y regresé a mi sitio secándome las manos en los vaqueros. A esas horas todavía no había demasiada clientela y la cafetería olía principalmente a café y pan caliente mezclado con las especias de lo que fuera que estuviesen guisando para el menú del día. Me dejé caer en el taburete y removí con la cucharilla sin demasiadas ganas.

—Verás como nos dará problemas —rezongó Funke apuntando al frente—. Esos inútiles son capaces de dejar que el atasco del tráfico que llegué hasta aquí.

Levanté la cabeza en dirección a la televisión colgada sobre la barra. Detrás de la reportera se veía un tráiler gigantesco volcado atravesando una carretera comarcal cercana de extremo a extremo.

La ayudante chasqueó la lengua y agarró otra tostada.

Me obligué a quedarme con la vista clavada en la pantalla unos segundos, como si la noticia me interesase. Nosotros iríamos en dirección contraria, así que ese incidente no nos supondría un problema.

—¿No te importa?

—No veo por qué —contestó Chelsey sacudiéndose unas migas de la camisa del uniforme—. Está a casi veinte kilómetros; si llega aquí le tocará al de guardia. Y no soy yo.

—¿Sabes la de veces que me he comido un marrón como ese sin estar de guardia? Esto no es Illinois, McCurdy.

Agarré el café más que frío y me lo terminé de un trago antes de girarme. Si seguía así, me iba a horadar la espalda con tantas

miraditas. Alan rezongó algo entre dientes y después los dos ayudantes siguieron almorzando en silencio en mitad de la barra. La localicé al instante en cuanto eché un vistazo por encima del hombro. Era algo instintivo, podía localizarla al instante hasta cuando el Sally's (o donde fuese) estuviese lleno a reventar. Solo que ahora no se trataba de esa pulsión siempre latente entre nosotros.

Anitta me observaba por debajo de las cejas con muy poco disimulo mientras anotaba la comanda del gremio de las cotillas en la libreta y solo se despegó de mí para responder a algo a la señora Staton. Suspiré entre dientes y me llevé dos dedos a la sien como saludo en cuanto nuestros ojos se encontraron. Ani me guiñó el ojo, pero sin una pizca de su descaro habitual. Luego dijo algo a las clientas y golpeó la libreta con saña mientras las mujeres hablaban entre ellas, pero sin dejar de observarme. Había podido sentir su mirada fija en mí desde antes de abrir la puerta de cristal. Y de eso hacía ya veinte minutos.

Suspiré entre dientes y apoyé los codos en la barra viéndola moverse con agilidad entre el mobiliario respondiendo a los clientes de las pocas mesas ocupadas antes de la hora de la comida. Y, aunque sonreía, se la veía más apagada. Posó la bandeja sobre una mesa, se acomodó la parte baja del vestido vaquero y recogió las tazas de regreso a la barra.

La había pillado mirándolo de soslayo más de quince veces.

Le di la espalda y saqué el teléfono solo por fingir que estaba ocupado con algo mientras escuchaba sus pasos rápidos acercándose.

Y no era algo solo de hoy. Llevaba días así. Desde esa maldita cena en el Spurs.

Escuché el ruido de la bandeja contra el expositor donde solía posarla.

—¿Nos cobras, Larsen? —preguntó Funke desde el centro de la barra extendiendo dos billetes de diez dólares en su dirección.

Anitta asintió y agarró el dinero dirigiéndome otra de esas miraditas antes de volverse hacia la registradora.

Estaba preocupada por mí.

Lo sabía de sobra.

Porque yo también.

Si antes no dormía bien, en los últimos días la imagen ojerosa que me devolvía el espejo era un desastre. Mi madre no se había cortado ni un ápice en repetírmelo ayer durante todo el trayecto hasta la granja del tío Oliver. Si la conversación con Kieran y Trevor en el Spurs había sido reveladora, el poner más atención a los chismes en la cola del supermercado me lo había dejado más que claro.

Al parecer, era el único ingenuo en todo Strokeville que no había sabido unir la sencilla línea de puntos que conectaba el coche con todo lo demás: Louie, Green, los caballos. Todo el pueblo daba por hecho que estaba relacionado. Menos yo. Que me lo tuvieron que decir. Como en uno de esos casos de ceguera selectiva. O quizá era que me había negado a verlo para evitar que fuera verdad.

En cualquier caso, tampoco era eso lo que más me agobiaba en estos instantes.

Ani bromeó algo con los dos ayudantes y antes de que se despidieran ya había agarrado la bandeja y un trapo. Miré por encima del hombro para asegurarme de que estaban lo suficientemente cerca de la puerta y le hice una seña con el dedo. Ani dio dos pasos en mi dirección sin dejar de frotar con saña mientras el vestido le bailaba con brío sobre las caderas.

Lo que de verdad me empezaba a preocupar era cuánto más iba a tardar Anitta en cansarse de mí y de esta situación en la que nos había metido a ambos antes de volverme a dejar.

Era incapaz de dejar de perderme en mi cabeza con solo recordar el asunto. Y era muy difícil no hacerlo cuando estaba presente en todos lados, porque los rumores sobre el coche y Louie

habían continuado en aumento. Y cada vez que escuchaba a algún vecino hablando del tema mi mente huía a otro lado.

Como si alguien tirase de un enchufe invisible que me desconectaba de la realidad.

La mitad de las veces me daba cuenta porque me ganaba un codazo de los compañeros de la cuadrilla. La otra mitad, por los ojos grandes y nerviosos que me observaban como si esperase que me volatilizase en algún momento.

Como ahora mismo.

Anitta se detuvo frente a mí y un mechón rosado se le escapó del lápiz que le sujetaba el pelo en un moño caótico antes de que me apuntase con la barbilla sin dejar de frotar.

—¿Te vienen a buscar ya? Voy a por tu comida. —Negué con la cabeza—. ¿Otro café? Aunque más nos valía pasarnos a las tilas.

Intenté sonreír, pero por cómo se crisparon sus nudillos fue obvio que no me había salido muy bien. Anitta se quedó allí quieta, esperando. Eché un vistazo rápido tras la espalda para asegurarme de que nadie escuchaba. Si me quedaba demasiado tiempo en silencio, ella empezaría a parlotear sobre lo primero que se le ocurriera solo para rellenar el vacío una vez más. Me apreté las manos y el dolor obligó a bajar la vista un instante. El corte que me hice en el pulgar el miércoles arreglando vallas se me había vuelto a abrir esta mañana y ahora me escocía como recordatorio.

—Esta mañana he estado en la granja de mi tío un rato —murmuré.

El trapo se detuvo mientras asentía.

—¿Y?

Me encogí de hombros sabiendo que la iba a decepcionar por el ansia de su voz.

—Nada.

Enarcó las cejas sin decir ni una palabra, esperando, así que solté el aire despacio por la nariz.

—El tío me llamó porque necesitaba ayuda para reparar el gallinero y cuando llegué estaban allí. —No hacía falta decir más.—. Bueno, esperé a que mi tío volviese a la cocina a hacerle compañía a mi madre para sacar el tema. —Asintió con los ojos muy abiertos, pegándose a la barra—. Pero nada.

—Podrías detallar un poco más.

Sacudí la cabeza sin darme cuenta. Ese era el mejor resumen que le podía hacer, porque nada en esa conversación había valido la pena. Si cerraba los ojos todavía podía escuchar las palabras ácidas de Rhenton mezcladas con el olor a virutas y los martillazos de Oliver contra el tablón de pino.

—No creas. Tanteé el tema del coche. Rhenton empezó a burlarse diciendo que si tenía que pedir permiso para entrar en el granero y que ya teníamos que estar todos aburridos en el pueblo para jugar a los detectives. Y Oliver nada, como una tumba. Y luego aparecieron mi madre y mi tío con el café y ya no seguí.

Me froté la nuca guardándome para mí que Rhenton se había ensañado durante un buen rato riéndose de los vecinos «sin vida propia», de nosotros y hasta de los Ranger y no paró hasta que Oliver dio un martillazo mucho más estruendoso que los anteriores.

Tampoco añadí que cuando nuestros padres volvieron al interior de la vieja granja no volví a insistir con el tema. En parte porque no estaba seguro de poder escuchar la respuesta. Porque si era la que me temía, no estaba seguro de poder arreglar el desastre. O porque una parte de mí, cada vez más pequeña, seguía esperando un golpe de suerte y que todo acabase siendo un cúmulo de absurdas coincidencias, como en esas películas de sobremesa.

Pero en el fondo tenía claro que no era así.

Anitta alargó la mano y me acarició los nudillos con delicadeza.

Lo suficiente para saber que todavía seguía ahí.

Parecía que iba a decir algo, pero se escuchó el sonido de la puerta y torció la boca con desagrado. Al seguir su mirada, vi a dos

transportistas ocupando una de las mesas negras del centro y, al otro lado de la cristalera, a Mary Helen cargando una bolsa enorme con otra de sus amigas, pasando de largo en dirección a la plaza.

—¿Te ha vuelto a molestar?

Negó con un movimiento seco siguiéndolas hasta que las perdió de vista.

—Viene menos por aquí.

—Mejor.

—Es que tiene novio nuevo. —Asentí confuso viéndola retorcer el trapo de cocina—. Ahora vengo, que seguro que esos dos tienen prisa.

Caminó hacia los nuevos clientes como si fuese a la guerra y suspiré con cansancio. Mary Helen y yo nos lo habíamos pasado bien durante unos meses, sin más. Nunca fue nada serio por parte de ninguno de los dos. Claro que yo jamás me había sentido así antes con ninguna mujer, pero quizá no había sabido trasladárselo correctamente a Anitta desde el principio. Y la actitud de Mary Helen tampoco había ayudado demasiado.

Ani no me había dado quejas directamente, pero los enfrentamientos con público en la cafetería me habían llegado por varias vías. Y de eso también me sentía un poco culpable. No le había vuelto a tocar un pelo desde que me fijé en Anitta, mucho antes de que me diese la primera cita, pero tampoco la evité lo suficiente cuando se me acercaba. Y a estas alturas no dudaba de que podía ser ella la que había soltado esos rumores maliciosos sobre mí y otras mujeres que tanto daño le habían hecho a mi chica.

Apreté los párpados clavándome las uñas en las palmas de las manos.

«Es como si no pudiera dejar de fastidiarla. Constantemente»

Un pitido largo y fuerte sonó afuera y prácticamente todos los clientes del local giraron la cabeza. Una de las nuevas camionetas con el logotipo del rancho en letras negras y amarillas sobre la chapa

roja se había detenido enfrente del Sally's. T.J. estaba tras el volante, con el antebrazo apoyado en la ventanilla mientras que Pete no dejaba de hacer gestos a su lado.

Joder.

Se me había ido el santo al cielo. Tenía que haber sido yo quien los esperase en el taller mecánico de Meyer y ahora ese pesado de Pete nos daría el viaje con sus quejas, Como si lo viera venir. Me levanté con pesadez y saqué la gorra del bolsillo cuando Anitta pasó volando por detrás de mí.

—Espera un momento.

Según el reloj de la pared ya salíamos veinte minutos tarde. Íbamos a hacernos más de cien kilómetros para intentar conseguir unas piezas para varias máquinas, lo que significaba que me echaría sentado en la camioneta con esos dos lo que quedaba de día, así que no pasaba nada por tardar unos minutos más.

Tres pitidos cortos seguidos.

Levanté el brazo con hartazgo y me coloqué la gorra esperándola.

Ani salió de la cocina apenas unos minutos después.

—Toma. Dile que no hagan tanto ruido, que me espantan a los clientes —dijo tendiéndome una bolsa grande de papel—. Y que, para la próxima, no les meto un menú completo.

Me guiñó un ojo y tardé un segundo de más en estirar el brazo porque me quedé medio embobado observándola. El lápiz que estaba a punto de caérsele porque cada vez sujetaba menos pelo. La mancha de tinta azul en el dedo. La mueca con la nariz al aguantarse la risa. Dios, era perfecta.

Me aclaré la garganta y disfruté del aroma del asado que escapaba de la bolsa.

—Seguramente llegaré tarde, pero espérame en mi casa, ¿vale?

Se llevó dos dedos a la frente y se cuadró.

—A sus órdenes, señor.

Negué con la cabeza y por primera vez en todo el día se me escapó una carcajada.

Otro pitido.

Anitta se puso de puntillas para rozarme los labios con dulzura y después me empujó hacia la puerta.

—Diles que iba a ser gratis, pero que ahora igual se lo anoto en su cuenta.

—Pues cárgales también dos porciones de tarta de manzana y nos las comemos en la cena —bromeé echándole una última mirada antes de salir al exterior.

24. ANITTA

Cerré los ojos cuando el pelo me golpeó con fuerza en la cara por culpa de ese viento helado que se había levantado. Tenía los dedos tan fríos que no era capaz de abrochar los botones, así que crucé los brazos intentando cubrir el abdomen con la cazadora para no helarme del todo y apuré el paso un poco más. Entre la hora y el mal tiempo, las calles estaban casi muertas. Seguramente, con todos los vecinos en sus casas calentitos y a punto de cenar, si no lo habían hecho ya si no querían acabar tan helados como mis piernas.

Si estuviese con Vera ya se estaría burlando de mi empeño en no ponerme las medias como si así el otoño fuese a tardar un poco más en llegar cuando hacía semanas que estaba aquí. Claro que yo no tenía esas piernas kilométricas suyas que la hacían verse increíble hasta con el chándal viejo de su padre. Resoplé apartándome unos mechones de los ojos y al llegar al cruce seguí recto en vez de subir a la casa de John.

Llegados a este punto, prefería morirme de frío que de aburrimiento. O de la mala leche que me subía por dentro. Y esta vez el haber salido casi una hora tarde del trabajo casi era lo de menos, aunque eso se debía a que las chicas no habían hecho planes y a John todavía le quedaba un buen rato para regresar. O eso era lo que había deducido de su último mensaje donde me respondió que estaban teniendo problemas para cargar uno de los engranajes de mayor tamaño en la camioneta y de que igual necesitaban alquilar otra para poder traer todo en un solo viaje. De eso hacía casi dos horas sin tener más noticias.

Lo que confirmaba que todavía no estaban de regreso.

Atajé por detrás del Willow Creek Pub y giré hacia el supermercado. «Si tengo que cenar sola otra vez después del día que he tenido en el Sally's, qué menos que darme un capricho. O dos». La comida de la cafetería podía ser la mejor de Strokeville, pero llevaba dos semanas comiendo guiso y cenando los restos de brisket y pastrami. Y, por muy rico que estuviera, estaba hasta las narices. Levanté la mano para agradecer al ayudante del sheriff que se detuviese en el paso de cebra y continué por el pavimento peleándome con el pelo que me tapaba media cara y que después de todo el día tras la barra apestaba a especias y fritanga.

Darrell y Gaby se quejaban muchas veces, en parte en broma y en parte en serio, de que en el Dollar Matt Store faltaban demasiadas cosas como para considerarlo un supermercado de verdad. Igual era cierto después de treinta años viviendo en una gran ciudad, pero para mí la selección que tenían de sushi barato, helado italiano y smoothie natural de fresas a un precio decente era más que suficiente, sobre todo en un día como hoy. Me lo había ganado a pulso. Y tenían las patatas de paprika que más nos gustaban a los dos, así que John tampoco pondría pegas al cambio de menú.

Sobre todo, porque cuando llegase igual me encontraba dormida encima de los apuntes. Si algo me había quedado en claro el día que me largué cabreada de la cafetería era que tenía que conseguir otro trabajo. Y que Vera tenía razón, como siempre, aunque no pensaba admitirlo en voz alta. Sacarme el curso de contabilidad podría ser una oportunidad inmensa para plantar el Sally's. Adiós a los horarios de locos mal pagados y que dependían de la generosidad de las propinas. Aunque me daba miedo el cambio. Además de que mi amiga tampoco tenía tanto trabajo como para necesitar a alguien a tiempo completo, pero al menos empezaría a tener un poco más de tiempo libre.

Todavía quedaban algunos meses hasta el examen, pero cada vez me costaba más mantener el ritmo del programa de estudios que me había marcado mi amiga porque estaba agotada. Por todo. Los turnos infernales en la cafetería desde que me planté aquel día

no habían dejado de ir a peor, y más desde que Sonia lo había dejado sin que hubiese un sustituto. Y lo de John tampoco tenía pinta de mejorar pronto, porque cada vez lo veía más perdido. Le había prometido que no hablaría con ningún Woodhall del asunto de sus primos y había sido un error. A esas alturas, confiaba más en que un milagro solucionase el problema que en que él moviese un dedo, porque seguía atascado en la misma casilla desde hacía demasiado tiempo. Y mi mala costumbre de pensar que no iba a ser capaz de aprobar el examen tampoco me ayudaba a mantenerme pegada al escritorio los días en que estaba tan harta de todo que solo quería claudicar y hacerme una bolita en el sofá.

Como con lo que había sucedido hoy media hora antes de cerrar.

Pedro, el baboso que trabajaba para Jameson, había intentado propasarse otra vez. Eso me había llevado a una discusión en los baños que mi jefa había observado cruzada de brazos desde el pasillo. Sin mover un dedo.

Solo de volver a pensarlo me hervía la sangre de nuevo.

Me adentré en el aparcamiento medio vacío y reduje el ritmo al ver el coche aparcado junto a la jardinera de las verbenas y las petunias, porque era inconfundible. El caprichito de marca europea que le había regalado su padre el año pasado en su cumpleaños y que todavía llevaba aquel ridículo lazo azul colgando del retrovisor que le había copiado a una influencer de Instagram.

Subí los hombros y exhalé con fuerza mientras me obligaba a poner un pie delante del otro tan lento como sabía. Le había hecho frente a Mary Helen las veces suficientes como para que las dos tuviésemos claro a esas alturas que, si quería, me la merendaba.

Metí las manos en los bolsillos y salí del aparcamiento sin pensármelo dos veces.

Porque podía, pero no me apetecía.

El día había sido lo bastante largo hasta ese momento como para tener que aguantar su sonrisita de suficiencia antes de soltar

alguna tontería de su repertorio. Hasta podía escuchar sus burlas dentro de mi cabeza. «Cuando John y yo estábamos juntos no trabajaba tanto. Igual es que ahora necesita un poco de espacio». No. El helado italiano no estaba tan bueno como para soportarla. Además, en la gasolinera tenían los tacos de pollo marinado de la señora Flórez, unos frapuccinos de muerte y los chicles de canela favoritos de John.

Y no tendría que aguantar más idioteces.

El coche estaba en el aparcamiento de tierra, a tres manzanas de distancia. Llevaba sin moverlo desde la semana pasada, así que tampoco le vendría mal el paseo para recargar la batería. Caminar hasta la gasolinera era impensable hasta en un día bueno. Quedaba muy apartada del centro, muchos kilómetros después de que se acabasen las aceras y donde las farolas ya comenzaban a escasear.

Me senté tras el volante, lancé el bolso al asiento contiguo, giré la llave y le di al botón. Me froté las manos entumecidas bajo el aire seco y templado que escupía con más ruido que fuerza el salpicadero. Quité el freno de mano deseando estar en casa con una bebida caliente en las manos para ver si así recuperaba la sensibilidad en los dedos, porque con lo poco que calentaba la calefacción estaría de suerte si lo conseguía antes de regresar de la gasolinera. Desbloqueé la pantalla, marqué y metí la marcha atrás para salir del aparcamiento. No le di tiempo ni a saludar.

—Hola. Al final, John vuelve tarde. Estoy yendo a la gasolinera y, si sigues sin planes, puedo coger unos capuchinos para las dos y pasarme por tu casa un rato. Ya tienen los de pumpkin spice.

Me desconcertó que refunfuñase porque era de sus favoritos.

—¿Vera?

—Planes no tengo, pero estoy en el hospital esperando por mi padre. Se le cayó una pieza de una prensa en el pie; el pistón o algo así.

—¿Está bien?

—Por la cara que puso cuando le quitaron la bota de seguridad supongo que algún hueso se habrá roto. Todavía estoy esperando a que me digan algo.

Después de tantos años juntas sabía que si había algo que Duane Stanway tenía en común con su hija era que le desesperaba estar ocioso.

—Te va a volver loco en casa sin poder trabajar.

Sonreí al escucharla reír.

—Ya.

—Mañana entro a las once. Me paso antes por tu casa y me cuentas. Y mándame un mensaje cuando sepas algo.

—Venga.

Conduje en silencio el resto del trayecto hasta distinguir el cartel iluminado de la gasolinera. Las luces blancas del interior de la tienda también iluminaban la zona de surtidores lo suficiente para mostrar que ambos espacios estaban casi vacíos. Aparqué en la parte de delante, en una de las plazas reservadas para las caravanas que no se usaban más que en verano y al salir me peleé con la puerta para cerrarla. A diferencia de lo que le había pasado a mi amiga, mi jefa no me iba a dejar un coche por mi cara bonita. La puerta podía atascarse de vez en cuando, pero para lo que lo usaba me valía y con un buen caderazo solía cerrarse a la primera. Di dos pasos hacia la tienda cuando me entró un mensaje y me apuré a revolver en el bolso hasta dar con el teléfono. Quizá Vera ya supiera algo más de su padre. O fuese John, esperándome en casa preguntándose dónde me había metido.

«*Genial*».

La mano derecha estaba manchada de grasa de la puerta, desde el lateral hasta el dorso. Cambié el móvil de mano para evitar manchar nada más y rodeé el edificio hasta la parte trasera. Empujé la puerta del baño con el hombro leyendo el mensaje de mi madre. Otro año que no íbamos a coincidir para Acción de Gracias. Como si me importase a estas alturas. Abrí el grifo y dejé las manos debajo

del chorro hasta mucho después de que se apagase la luz automática. Luego me pasé las palmas por el rostro, me recoloqué el moño deshecho bajo la escasa claridad que daba la luz de emergencias y salí secándome las manos con uno de mis pañuelos de papel porque en el dispensador no quedaban.

Y entonces escuché una voz cercana.

Grave.

Masculina.

Muy similar a la de John.

No me di ni cuenta de que me quedaba quieta pegada a la pared.

—¿Y tiene que ser ahora?

Di dos pasos más hasta la esquina.

—Sí, joder, que tiene que ser a estas horas para que no nos vean moverlo, pero…

Estaba de espaldas, pero renqueó al caminar, así que estaba claro de cuál de los dos hermanos se trataba.

—Pues, si no queda otra, será esta noche. Claro.

Otra pausa, esta vez más larga.

—Que sí, que ya lo sé, no me des la charla. Llegamos en quince minutos.

Rhenton pateó algo del suelo y se guardó el teléfono en el bolsillo de la cazadora de cuero antes de dirigirse hacia la tienda de la gasolinera. Removí un pie para seguirlo, pero no me moví del sitio. Ahí era donde debería estar yo, saqueando la sección de las galletas en vez de agazapada contra una pared y escuchando conversaciones ajenas con los pensamientos a mil por hora.

«No te flipes, Ani, que te encanta equivocarte sacando conclusiones».

Retorcí el bajo del vestido intentando escuchar mis pensamientos, pero las palabras de Rhenton se entrometían,

repitiéndose una y otra vez.

Ahora.

Esta noche.

Quince minutos.

«Eso puede ser cualquier cosa. Por lo que sabes de él, podría ser desde una timba de póker hasta un ligue». Asomé la cabeza. Las voces desde la tienda llegaban distantes y el único coche cerca de los surtidores era el mío, porque la camioneta de Rhenton estaba estacionada a mi derecha, a solo unos metros. Mi pulso empezó a acelerarse.

«Tiene que ser a estas horas para que no nos vean moverlo».

Esa era la frase que había hecho saltar todas mis alarmas. Tragué saliva con dificultad y volví a echar un vistazo. Porque podía referirse a muchas cosas, pero yo solo era capaz de pensar en una que relinchaba. Según John, no habían robado ningún caballo en nuestra zona desde hacía meses, pero seguía sin poder explicar la boñiga que había encontrado en el establo abandonado. Dudaba que hubiese más coches de delincuentes en el condado que abandonar frente al rancho de Void.

«Podría seguirlo y ver a dónde va. Si son quince minutos…»

Me daba igual en qué anduviese metido ese idiota. Lo único que me importaba era averiguarlo de una vez para que John lo supiera y pudiera cambiar de página. Fuera lo que fuese. Si lo de su primo era una tontería sin importancia, sería la primera en proponer fingir amnesia y hacer la vista gorda ante la más mínima referencia al tema. Y si era algo más gordo…

El sonido de la goma al deslizarse la puerta de la tienda cortó mis pensamientos.

—Date prisa, joder.

Yo sí que tenía que darme prisa. Pero podía ver la gorra de beisbol de Rhenton asomando por la puerta. No podía dar la vuelta al edificio por el otro lado y seguirlo con el coche rezando para que

no me viera. Lo que tenía que hacer era dejarme de chorradas, comprar la cena y esperar por John en el sofá. Pero eso tampoco era ninguna solución.

Ya lo había intentado; lo de fingir que no pasaba nada, pero no funcionaba. John estaba cada vez más raro. Y según mi experiencia, siempre era mejor saber la verdad, aunque doliese, que vivir a ciegas; sobre todo cuando los rumores que arrasaban el pueblo hacían que cada vez estuviese más atascado dentro de esa preciosa cabeza.

Los pitidos de la caja registradora funcionaron como el disparo antes de la carrera. Corrí de puntillas y sin hacer ruido y me refugié a la sombra de la jaula cerrada de la camioneta. Las voces del primo y el cajero me llegaban como murmullos de fondo mientras se me pasaba por la cabeza que estaba ejecutando una estupidez fenomenal. De las mayores hasta la fecha, y eso que el listón estaba alto con todas las que había cometido antes de la veintena. Pero también me dije que necesitaba una respuesta, la que fuera, que obligase a John a arrancarse la venda y asumir las consecuencias. Así que no me permití darle muchas más vueltas. Como meterme en el río sabiendo que el agua estaba fría; o me tiraba de bomba o, si lo pensaba, ya no lo hacía.

«Además, estos trastos tienen que abrirse por dentro por ley. Si la cosa se pone fea, "chao"».

Tanteé la batea hasta dar con la cerradura y, cuando la puerta se abrió, me colé dentro por el hueco agradeciendo al universo que todos los Buttler fuesen tan confiados con sus coches. El espacio era pequeño y apestaba a fertilizante, gasolina y metal, pero al menos no estaba apretada.

Sin embargo, cuando sentí el tirón del vehículo al arrancar e intenté agarrarme a la puerta trasera, no vi ni rastro de la palanca fluorescente donde se suponía que tenía que estar y me entraron ganas de vomitar. Palpé el metal con desesperación con la espalda golpeándose contra algo duro en cada curva y cada acelerón, pero no encontré nada.

«Es que eres idiota, chica».

El espacio que antes me parecía suficiente se achicaba por momentos. Sentí algo parecido al vértigo adueñándose de mí y me obligué a respirar más lento, como les recomendaban en las películas al personaje que estaba a punto de perder los nervios. Que era lo que me iba a acabar sucediéndome si me dejaba llevar. Total, ya era un poquito tarde para arrepentimientos.

Debía bajar las revoluciones y enfocarme en la parte buena: Rhenton había dicho que solo tardaría quince minutos; no era para tanto. Además, a esa velocidad acabaría siendo menos tiempo.

Saqué el teléfono a tientas y la luz de la pantalla me cegó unos instantes. Luego desplegué el menú al ver el icono de los mensajes.

John: Ya vamos de regreso. Tengo ganas de tirar a Pete en marcha. Te he echado de menos.

«Espero que tu primo no comparta esos instintos cuando me encuentre aquí»

Porque de alguna manera tendría que salir. Ahora comprendía mejor por qué le llamaban jaula a la parte trasera de estas pick ups. Salvo que descubriera cómo cargarme la persiana metálica con las cuatro cosas que llevaba en el bolso, iba a necesitar que alguien me sacase de allí y la única opción viable actual era quien llevaba el volante. Solo de pensar en tener que pedirle ayuda y aguantar alguna de sus borderías me ponía mala. No había vuelto a cruzar palabra con él en semanas, desde lo del Willow, pero no me iba a quedar otra.

El vehículo atravesó un bache que me pareció enorme y me tapé la boca con la mano libre para evitar soltar un chillido, aunque tampoco sabía si me podría escuchar desde la cabina. Ese hombre conducía como un loco.

Con un nudo en la garganta entré el chat y escribí.

Yo: ¿Sabes cuando te ríes de mis cosas? Pues con esta te partes.

Mi pulgar bailó en el aire unos segundos antes de borrar esa tontería. Que estuviera allí no le iba a encantar. Ni de coña.

Con el siguiente bandazo mi hombro se golpeó contra algo metálico y rígido y luego el coche se detuvo unos segundos. Me apreté el hombro un instante maldiciendo y escribí a toda prisa:

Yo: No te enfades mucho. Me he colado en el maletero de Rhenton.

Me detuve con el pulgar sobre el botón verde, dudando. Una vez pasado el subidón temerario, quedaba claro que colarme en la jaula de un coche sin que nadie lo supiera no iba a entrar en el podio de mis mejores ideas. Rhenton conducía de un modo que en cada curva me hacía temer que no llegásemos al destino.

Tenía que decírselo a alguien, por si nos acababa estrellando; para que supieran dónde encontrarme. Así que pulsé el icono antes de poder arrepentirme. En otras circunstancias, igual habría optado por Vera, pero con lo de su padre ya tenía bastante.

«Igual acabo tirada frente a la granja de Void. Por un chivatazo de su primo»

El coche volvió a girar con brusquedad y, por el ruido de la gravilla al saltar, debíamos estar en las afueras, circulando por uno de esos caminos de tierra y piedras blancas de Strokeville.

Eso si no había salido de la gasolinera en dirección norte y estábamos en alguno de los condados vecinos, aunque a estas alturas eso ya era lo de menos. Los sheriffs de Manor o de Garrett no serían más indulgentes que Kieran si me encontraba allí adentro. Me mordí el labio hasta que dolió.

Así que, en vez de enviar, pulsé el botón de bloqueo y la oscuridad fue absoluta mientras el coche seguía rumbo a ninguna parte. Esos «quince minutos» ya debían de ser el doble. O igual solo era una impresión por la sensación de claustrofobia que crecía con cada derrape.

El sonido de la gravilla crujiendo bajo las ruedas se intensificó. Baches. Dos curvas cerradas más. Y, tras unos minutos

más, nos detuvimos en completo silencio.

Estrujé el teléfono entre nerviosa y expectante, sintiendo que la adrenalina volvía a crecer sin tener ni idea de lo que pasaba. Me llegó el portazo de la pick up antes de volver a circular, aunque mucho más despacio que hasta el momento. Ya no escuchaba el ruido de las piedrecitas blancas, pero el traqueteo por los baches había incrementado. No podíamos estar en Strokeville, no teníamos carreteras en tan mal estado.

Después de lo que podía ser un minuto o diez, Rhenton volvió a detenerse. Y entonces escuché un sonido grave y metálico muy cercano. Uno fácilmente reconocible hasta para alguien como yo, tan ajena a ese mundo. Pero había ido a los suficientes bailes de granero en los últimos trece años como para reconocer el ruido de una de esas puertas gigantescas al abrirse.

La pick up se puso en marcha otra vez, muy lento. Y después el sonido metálico se repitió a mis espaldas.

«Mierda, mierda»

El plan hacía aguas por todas partes.

Desbloqueé la pantalla del teléfono cuando distinguí unas voces.

—… dije que hoy no.

—… sin margen.

Cerré los ojos y me quedé muy quieta, como si eso pudiera ayudarme a seguir la conversación.

—…así no.

—¿Cuándo te gastas nuestro dinero también te quejas tanto?

Las voces iban y venían hasta convertirse en murmullos ininteligibles. Se movían a mi alrededor. Y por el tono ambos, allí nadie estaba de buen humor.

—No es buena idea tocarnos los cojones con tonterías, chico.

—A mí no me parece ninguna tontería que nos pillen.

—¡Chis!

Uno era Rhenton cabreado. Al otro juraría que no lo había escuchado en mi vida.

El golpe seco contra la persiana superior de la jaula, justo sobre mi cabeza, hizo que mi estómago diese un vuelco.

Desbloqueé la pantalla y entré en chat.

—Si no querías líos, no haberte metido en esto. Ahora ya es un poco tarde para dar marcha atrás, así que calladito.

El aire se me escapó entrecortado por los dientes.

Las frases del desconocido podían ir dedicadas a mí. Porque cada una era tan cierta como que iba a necesita algo de ayuda para salir de este embrollo.

Yo: Me he metido en un lío.

Yo: Estoy dentro de la jaula de Rhenton.

Yo: Va a hacer algo esta noche, pero no sé qué.

Yo: Los escucho discutir.

Tras cada línea apretaba el botón de enviar de inmediato, sin pensar.

Yo: Te quiero, Johnny. No te enfades mucho.

Entré en los ajustes para quitar el sonido. Una cosa era enfrentarme a solas con Rhenton, y otra muy diferente hacerlo a un desconocido con malas pulgas que lo había puesto en su sitio con muy poquito.

Volví al chat para compartirle mi ubicación. Para que viniera a sacarme de la jaula en cuanto pudiera. Después podía echarme la bronca por comportarme como una inconsciente hasta mañana, si le daba la gana. Pero el icono se quedó clavado en «enviando» hasta que la pantalla se apagó un buen rato después. No era muy sorprendente quedarte sin cobertura en mitad de la nada en Strokeville. En las montañas no había señal, prácticamente. Y en muchas de las carreteras secundarias la señal iba y venía, como si

todavía viviésemos en el siglo XX. Si estábamos dentro de alguna construcción tipo granero o establo, que solían hacerse con chapas metálicas, eso tampoco ayudaba. Por primera vez odié que no hubiera salido adelante aquella iniciativa de poner una segunda antena en el condado a la que nos opusimos más de medio pueblo. «Toma, por ecologista del palo». Los Miller se habían hartado de decir que tener tan poca señal nos acabaría pasando factura a todos los vecinos, pero nunca imaginé que fuera de esta manera cuando levanté toda orgullosa la mano en contra.

—Venga, rapidito —dijo el desconocido cuando desbloqueé la pantalla poco después—. Que no tenemos todo el día.

Ý yo tampoco. Pero el envío de la ubicación seguía sin completarse.

—… permitir más errores.

25. JOHN

—Joder, es que mira qué hora es. Y todavía tenemos que ir al rancho a descargar todo eso —continuó señalando hacia la parte trasera—, así que a saber a qué hora acabamos.

Me obligué a respirar despacio y durante unos segundos el único sonido en el que me centré fue en el repiqueteo de los pulgares de T.J. contra el volante mientras volaba por la comarcal. No podía pedirle que parase en la siguiente gasolinera para apear a Pete por muchas ganas que tuviera de librarme de él y de sus constantes quejas.

—¿Y de los jefes se sabe algo? —preguntó girándose en mi dirección—. Porque lo mínimo sería no tener que ir mañana a primera hora después de esta endiñada que nos ha caído.

Negué con la cabeza.

—Saben que vamos de camino. Luego lo hablamos en persona.

—Ya. —Se echó hacia atrás cruzándose de brazos. Y ahí venían más quejas—. A ti te dará igual porque sois amiguitos y seguro que las horas extras de capataz las pagan mejor que las nuestras. Yo, para unos dólares más, prefiero llegar a casa a tiempo para la cena.

—Sabes que los Woodhall siempre cumplen. Y es el rancho que mejor paga la jornada y los extras.

—Bueno, pues a mí esto no me cunde.

A mí tampoco el aguantarlo durante horas. Pete nunca había sido el alma de la fiesta, pero llevaba un tiempo siendo demasiado

cansino hasta para ser él. Si quería buscar un trabajo en otro de los ranchos de la zona, era libre de hacerlo. Trabajaba bien, pero nadie lo quería de compañero y todos sabíamos que lo del salario era cierto. Teníamos a los mejores vaqueros de la zona porque los jefes pagaban mejor que el resto y nadie quería cobrar menos desempeñando el mismo trabajo, pero tenía que encontrar una manera más moderada de decírselo o se pasaría lo poco que nos quedaba rezongando.

—Quizá, si no hubieras sido un puto coñazo, el del desguace no se habría cabreado y ya llevaríamos dos horas en casa.

T.J. no era de muchas palabras. Ni de tener mano izquierda. Y, por cómo estaba estrangulando el volante, estaba tan harto de nuestro compañero como yo. Pete se volvió hacia él, boqueando, necesitando unos segundos de más en que le salieran las palabras.

—Mira, tío…

—No, mira tú —lo cortó sin sacar la vista de la carretera—. Buttler es demasiado educado para decírtelo, pero es la verdad. Si alguien tiene que pagar las horas extras al resto, deberías ser tú, así que cierra la boca y déjanos descansar.

Levanté una mano para que lo dejasen antes de que la discusión escalase a algo peor con el vehículo a más de cien por hora cuando el teléfono vibró dentro de la cazadora. Un mensaje.

—Dejadlo estar, chicos. Todos estamos cansados —les recordé. El teléfono no dejaba de vibrar. Otro mensaje. Para cuando lo saqué habían sonado otros dos más—. Si es Trev le preguntaré…

El resto de la frase quedó en el aire, pendiente.

Se suponía que Anitta estaría medio dormida en el salón de mi casa, llevando una de mis camisetas viejas a modo de pijama, con el taco de apuntes en el centro del sofá y las sobras de la ensalada de patata y la carne que me habría guardado en la mesa de centro. Pero acababa de compartirme su dirección, cuando no tenía ningún sentido. Eso era algo que hacía mucho su amiga Darrell Pereira en el grupo o con Kieran cuando le surgía un encargo

peligroso. Anitta se limitaba a escribir a dónde había ido en un mensaje o, como mucho, algún audio, medio bebida, las veces que Vera y ella habían necesitado de un coche escoba que las trajese de vuelta al centro.

Así que entré en el chat para seguirle la broma, pero me encontré con otros cinco mensajes más, anteriores a la ubicación, que me dejaron helado. De fondo apenas escuchaba la voz molesta de uno y los resoplidos del otro, muy en segundo plano mientras las letras se retorcían ante mis ojos. Deslicé la conversación hacia arriba para volver a releerla. Una. Dos. Tres veces.

Seguía sin tener ningún sentido.

«Me he metido en un lío»

«Van a hacer algo esta noche»

Y, lo peor, la frase final con ese «te quiero, Johnny».

Ani era cariñosa, más que yo. Besos, abrazos, carantoñas… pero esas dos palabras no salían mucho de su boca. Solo en tres ocasiones en todo el tiempo en que habíamos estado juntos. Y cada una de esas veces había sido especial, no algo que soltaba al aire sin más. El tono de los mensajes podía ser desenfadado, pero la conocía lo suficiente para saber que eso no significaba nada porque era justo lo que Ani solía hacer. Reírse de los problemas. Intentar mostrar la mejor cara.

Pero si me había mandado un «te quiero» por chat tenía que sentirse muy agobiada, y no solo por esa locura de encerrarse en una jaula cubierta cuya persiana solo podía abrirse desde el exterior.

Bajé los párpados un instante intentando aislarme del ruido a mi alrededor para sopesar qué hacer a continuación. El rugido del motor. Las tonterías de Pete. La estática de la radio. El gruñido de T.J. El peso silencioso de mi eterna indecisión.

Y lo que esta vez podía llegar a costar.

Porque si esa cabecita loca se había colado en la parte trasera de la pick up de mi primo había sido por mí.

Por mi culpa.

Mi instinto me pedía que la llamase para asegurarme de que estaba bien. Anitta no bromearía con algo como eso. No cuando había visto la preocupación en sus ojos cada vez que alguien nombraba el coche de Green o a mis primos frente a mí.

«Los escucho discutir».

Así que tenía que haber dos hombres. Por lo menos.

Uno era el dueño del coche. La respuesta más obvia sería que el otro fuera su hermano. Desde niños, cada vez que Rhenton iba de cabeza a meterse en un lío, Oliver lo seguía, siempre a su lado, dispuesto a partirse la cara por él si era necesario. Pero…

Hacía meses que no podía decir con la boca bien abierta que los conociera de veras. Estaba claro que llevaban una vida fuera del trabajo de la que era totalmente ajeno. Así que podía estar discutiendo con cualquiera que no le bailase el agua. Desde el alcalde hasta el panadero. Desde uno de esos borrachos de los pubs hasta…

Resistí el impulso de tocar el icono de llamada a duras penas. Me moría por escuchar su voz tranquilizándome, pero no sabía si con eso podía ponerla en problemas.

—Acelera —le pedí a T.J. a la vez que tocaba en la ubicación. El mapa cargó con dificultad. Un pequeño punto dentro de un gran círculo. En Strokeville.

—¿En serio?

Asentí sin mirar, tecleando.

Yo: ¿Estás bien, preciosa?

Yo: Ya estamos llegando.

Yo: Por favor, dime algo.

—Ni de coña, que aún nos vas a estrellar.

Al último mensaje no le salía el símbolo de entregado por mucho que lo siguiese observando.

—Ahora, puestos, ya nos da igual llegar a una hora que otra.

La conversación seguía igual. Ni lo recibía ni contestaba. Un sudor frío empezó a bajarme por la espalda.

—T.J., …—Moví la mano para pedirle que acelerase con la vista clavada en la pantalla y los nervios a flor de piel por la expectación.

—A ver si así rascamos una mañana libre —canturreó Pete por lo bajo.

Me eché hacia adelante hasta que T.J me vio a la cara.

—¿Qué, jefe?

—Que le pises de una puta vez, joder.

Pete se enderezó en el asiento contemplándome como si fuera la primera vez que lo hiciera. T.J., en cambio, clavó el pie en el acelerador con los nudillos blancos contra el volante y toda la atención puesta en la carretera y por fin pude disfrutar de algo de silencio para pensar mientras esperaba a que el maldito símbolo de recibido apareciera en el chat.

—John. — Lo miré de soslayo. T.J. había empezado a trabajar con nosotros en el rancho apenas un año después que yo y probablemente era la primera vez que me veía perder los papeles. Podía ver la preocupación en su frente—. ¿Ha pasado algo o…?

Al ver mi cara, T.J. asintió, dejando la pregunta incompleta y volvió a centrarse en la carretera. La respuesta a esa cuestión era un sí rotundo. Salvo que durante la tarde el sentido del humor de mi novia hubiese dado un giro hacia lo macabro. O que, de repente, me enviase un mensaje diciendo que todo fue una falsa alarma, lo que sería todo un alivio. Uno que jamás iba a sentir porque seguía sin haber ni rastro del maldito doble check.

¿Que si había sucedido algo? Desde luego.

El problema era que no tenía ni idea de qué y me estaba poniendo malo.

Levanté la cabeza a tiempo de leer el «¡Howdy! Bienvenidos a Strokeville» con una decisión clara en mi cabeza.

—Para en el taller. Ya me encargo yo de llevar la furgoneta al rancho.

T.J. vaciló. Los tres sabíamos que solo para bajar el pesado diferencial del tractor hacían falta dos hombres y no era la única captura que traíamos del desguace, pero asintió y puso el intermitente.

—Pero…

—¿Tú no querías llegar antes a casa, Pete? —siseó T.J. apuntándolo con el dedo—. Pues cierra la boca.

Las ruedas traseras patinaron y reduje la velocidad lo justo para que no sucediese de nuevo. Ni la furgoneta ni el camino estaban hechos para esas prisas, pero me daba igual. El móvil de Anitta debía tener muy poca cobertura cuando me compartió su ubicación porque el puntito estaba en el centro de un círculo azul gigante que, por lo que ocupaba, debía medir cinco kilómetros de radio. Inabarcable. Llevaba conduciendo por estos caminos desde antes de tener la edad legar para hacerlo. Por eso conocía de memoria cada sendero y cada propiedad de Strokeville y sabía que dentro del área azul había tres ranchos de un tamaño considerable, dos granjas pequeñas y apartadas y varias propiedades abandonadas.

Golpeé el volante con rabia, con la frustración desbordándome y me eché a un lado de la carretera. No podía buscarla a ciegas de esa manera, y menos cuando podía estar en un peligro serio. Porque, por mucho que me repitiese que mis primos no eran violentos y que jamás le harían daño a Ani, en los últimos kilómetros no había parado de pensar en que cualquier vecino hubiese jurado eso mismo sobre Louie Cruz y ahora estaba en prisión preventiva por intento de asesinato con un arma de fuego.

Me pasé la palma callosa por la cara y volví a desbloquear el teléfono. Para nada. El circulito del mapa seguía siendo ridículamente enorme y notaba el cansancio y la tensión en cada parte de mi cuerpo. No tenía sentido conducir por conducir, no cuando hacía ya un buen rato que lo único que iluminaba las piedras blancas del camino eran los faros de la furgoneta. Podría pasar por delante del coche de Rhenton y ni darme cuenta; eso si aún estaba ahí metida.

Dudé, inspirando despacio.

Algo que podría hacer sería llamar a mi tío y preguntar si mis primos estaban en la granja, aunque no serviría para nada más que para preocuparlo, porque si respondía que no, él tampoco tendría ni idea de dónde podían estar.

Aun así, agarré el móvil. A veces iban a cenar con él a la granja, así que era una posibilidad. Una muy pequeña. Pero no se me ocurrían más maneras de saber dónde estaban sin poner a Anitta en peligro. Desbloqueé la pantalla y al ver la barra de Google deseé que fuese tan sencillo como apretar el icono del micrófono y preguntárselo. Como cuando Rafel le pedía a la IA que nos contase un chiste malo o verde durante los descansos y luego entre risas me decía que no fuese un carca porque esa función la usaba ya todo el mundo.

«Si me pones una aplicación será para usarla»

Eso me había contestado Anitta con desparpajo en aquel motel de mala muerte en el que volvimos a estar juntos.

Casi se me cayó el teléfono de las manos al intentar entrar en el menú. La aplicación de geolocalización seguía allí, escondida en una carpeta con otras tantas funciones que nunca usaba, ocupando espacio. Apreté y esperé a que cargase el mapa. Con un poco de suerte, sería tan preciso como cuando trajo de vuelta a Anitta a mi vida. Sin ella, seguiría igual de perdido.

Esperé el minuto más largo de toda mi vida.

Un punto.

Dentro de otro maldito círculo enorme.

Me dieron ganas de bajar la ventanilla y lanzar el puto cacharro contra un árbol.

Hasta que me di cuenta de algo. No marcaba un punto exacto, pero el tamaño de este círculo era mucho más pequeño que el del chat. De dos kilómetros de radio, quizá un poco menos. Quité el freno de mano y hundí el pie en el acelerador casi sin aire. En menos de un kilómetro giraría por el camino comarcal que tomaban todos los camiones que usaban la entrada lateral.

La aplicación marcaba la última actualización hacía casi media hora.

Y al fin tenía claro donde estaba, aunque no apareciese con claridad en el mapa. «Tiene que estar allí» pensé apretando el volante con rabia. Porque no se me ocurría otro sitio mejor que donde los vi escabullirse dentro en la oscuridad y también encontré la boñiga. Si el círculo cubría casi por completo la totalidad de los Woodhall, el viejo establo era el lugar perfecto por el que empezar a buscarla.

Detuve la furgoneta varios metros antes de llegar al viejo establo, solo por si acaso, y con la cabeza hecha un lío. Me bajé y di unos pasos rápidos, con la sangre bullendo por culpa de los nervios. Necesitaba encontrar a Anitta y asegurarme de que estaba bien. Cuanto antes. Sin embargo, a mitad de camino me detuve y, tras unos segundos, desbloqueé la pantalla y marqué.

Seguía queriendo proteger a mi familia. Y al rancho. Pero, en este momento, Anitta era lo primero.

—¿Qué quieres, Buttler? Si es por lo de las vacas, ya se está ocupando Funke.

—Necesito que me hagas un favor.

Un gruñido y sonido de pasos.

—He tenido un día muy largo, así que déjate de rodeos.

Dudé. No me resultaba fácil hacer esa llamada. Conté hasta tres inspirando lento y después solté el aire con determinación.

Era lo necesario.

—Si no te llamo en diez minutos…

Me detuve, porque, aun así, las palabras que tenía en la lengua me sabían amargas. Decirlo era casi una traición. Pero también callarme. Recordar la risa genuina de Ani empujándome hacia la ducha eliminó cualquier atisbo de duda.

—¿Qué sucede?

—No estoy seguro, pero si no te llamo en diez minutos ven al establo viejo, el que queda cerca de la entrada lateral, en el rancho de tus primos.

Kieran carraspeó tras unos segundos en silencio.

—Dime ahora mismo que está pasando.

—No lo sé.

Con un poco de suerte, nada malo. Un malentendido. Un móvil sin cobertura. Aunque, a estas alturas, creer eso era pecar de exceso de inocencia.

—Contéstame, John.

Usaba su voz de sheriff duro e intimidante.

—Tú solo dame ese margen. Diez minutos —y colgué sin esperar su respuesta.

Metí el móvil en el bolsillo de la cazadora de trabajo y eché un vistazo alrededor escuchando el golpeteo rítmico del viento contra la chapa del tejado. Todo estaba como siempre. La tranquilidad de la noche contrastaba con lo que sentía en mi interior y me detuve un momento, buscando algo fuera de sitio, pero no había nada, salvo yo. Desde esta distancia el establo parecía tan vacío y abandonado como de costumbre. Además, a esas horas la vida en el rancho

bajaba el ritmo hasta lo mínimo, salvo en la época de partos, pero para eso todavía faltaban varios meses.

«Venga, John. Deja de perder el tiempo». Cerré los puños un par de veces intentado librarme de parte de la tensión y caminé hacia la estructura de madera y chapa con decisión. Si conocía lo suficiente al sheriff, estaría allí antes de que se cumpliesen los diez minutos, así que tampoco tenía tiempo que perder. Me obligué a apurar el ritmo, levantando con cada paso ese polvo fino y seco que en cuanto cayesen las primeras lluvias se incrustaría en los pantalones, y entonces lo oí.

Unas voces.

Amortiguadas.

Lo suficientemente apagadas para que no las pudiese entender, pero que solo podían proceder de un sitio. Me obligué a seguir caminando, sin correr, para evitar alertarlos. Porque no entendía las palabras, pero la tensión en el tono se captaba desde allí afuera. Al pegarme a la puerta reconocí al instante su voz.

—…pero así no. —Rhenton sonaba cabreado.

—No es para tanto. Toca hoy, y punto.

No reconocí la voz seca e indiferente que interrumpió a mi primo.

Me moví despacio, hacia la puerta delantera con cuidado de no hacer ruido mientras intentaba captar todo lo que pudiera, que no era mucho. Con las contraventanas exteriores cerradas y atrancadas con los cerrojos, la única señal de que había luz en el interior fue el tenue resplandor que se coló por una de las grietas de madera y que de lejos resultaban imperceptibles.

—Pero es que no *tocaba* hoy, joder. Y no me gustan los imprevistos.

—¿Y desde cuándo decides tú algo, Buttler?

No escuché la contestación de mi primo porque un golpe seco seguido de otro metálico arrastrándose opacó cualquier otra cosa

que pudiera pasar ahí adentro. Después, las voces volvieron a sonar amortiguadas, probablemente desde la zona de los boxes o de la salida del fondo.

Dudé de nuevo, con las dos manos apoyadas en el frío marco de hierro, pero decidí que, si yo no podía escucharlos, ellos tampoco a mí. «Si tengo que entrar, no puede ser a ciegas». La última vez que la abrí, estaba bien engrasada, lo cual empezaba a cobrar sentido si usaban el establo de manera recurrente. Así que flexioné las piernas y presioné la puerta corredera de manera lenta, controlada, sin apenas hacer ruido. Diez centímetros de rendija era más de lo que debería, pero ya estaba hecho. Si ahora tiraba corría el riesgo de cerrarla de golpe y alertarlos.

La luz del interior era más intensa de lo que esperaba e iluminaba los miles de partículas de polvo en suspensión que había entre la pick up nueva de Rhenton y yo. Solo podía ver el morro, por mucho que lo intentase. Ni rastro de la jaula trasera, que era lo que me interesaba.

—¿Y cuándo viene? —preguntó Rhenton—. Ya llevamos demasiado rato.

—¿Ahora tienes prisa? Vendrá cuando pueda —respondió el desconocido con desdén. Esperé una contestación de Rhenton a la altura, pero no la hubo—. ¿Dónde está?

—En la jaula.

Solo con esa palabra el corazón me dio un vuelco.

—Pues venga.

Solo había una explicación.

Ani.

Empujé la puerta sin importarme nada más. La pesada puerta golpeó contra el otro extremo con violencia. El estruendo metálico. La polvareda. Entré antes de darme cuenta de que lo hacía. Detrás de la pick up de Rhenton había una camioneta blanca que tampoco

debería estar allí. Estaba frente a la puerta corredera del fondo, la que empleábamos como salida cuando todavía se usaba el establo.

Y la furgoneta era una de esas con un compartimento trasero para caballos. Muy similar a las que empleábamos para transportar a los caballos vendidos si eran pocos, aunque esa era más pequeña que la nuestra. Sería para seis ejemplares. Ocho, como mucho.

—Ya voy yo.

Desde el centro del establo noté la mirada penetrante de Oliver cuando se incorporó de una paca de heno. Un sudor frío me bajó por la espalda. Las piezas que antes no podía ni quería unir, ahora encajaban con tanta facilidad que dolía. Di un paso más, desorientado, hasta que un chasquido llamó mi atención. Al fondo, con el codo sobre la puerta de un box, un hombre al que no había visto en mi vida me observaba con atención a unos metros de Rhenton. Era alto, como Oliver al menos, con los hombros anchos, la piel tostada por el sol y el pelo negro cortado al estilo militar, aunque se vistiera como un vaquero.

Me giré al escuchar el ruido de la persiana metálica al deslizar. Mi primo se inclinó sobre la jaula un momento que me pareció eterno mientras contenía la respiración. Después volvió a bajarla rápido, con un movimiento seco y regresó junto a los otros dos con un pequeño saco gris bajo el brazo. No tenía ni idea de lo que acababa de pasar. Ani debería estar allí, dentro, pero la cara de Oliver no había dado muestras de ello en ningún momento.

Di un paso más hacia la pick up, y el desconocido me apuntó con la barbilla y le chistó algo a Rhenton. No me quería allí, eso era tan obvio como sus motivos, pero no pensaba irme sin ella.

Mi primo pequeño se acercó cojeando con su hermano detrás. Si había una constante en su vida esa era Oliver flanqueándolo sin dudar. Los dos traían la misma tensión en los hombros, pero solo uno me contemplaba como si quisiera matarme.

—¿Qué cojones estás haciendo aquí?

—Eso debería preguntártelo yo a ti, no al revés.

Lo miré de arriba abajo intentando mostrarle el mismo desprecio.

Camisa negra con botones de clic bajo la cazadora de cuero desgastada. El cinturón y las botas brillantes y cuidadas. Unos vaqueros oscuros con aspecto de nuevos que contrastaban con los nuestros, desgastados y con manchas imposibles de limpiar. Vestido así parecía que estaba a punto de entrar en el Willow Creek Pub y pedir una jarra de cerveza fría y no para pasarse varias horas en un establo.

El labio le tembló un instante. Luego se cruzó de brazos y dio otro paso más, hasta que se detuvo tan cerca que podía sentir la furia que le desbordaba. Esos ojos verdes que compartíamos toda la familia brillaban rabiosos, como cada vez que se le llevaba la contraria, pero esta vez había ido demasiado lejos.

—¿Cuánto tiempo lleváis con esto?

Rhenton frunció el ceño.

—¿Con qué?

Un latigazo de furia me cruzó la columna.

—Con los caballos.

—¿Qué caballos? —preguntó burlón. Las palmas hacia arriba, abarcando todo el establo—. ¿Dónde los ves, Johnny?

—No me tomes por imbécil, Rhenton.

Durante un segundo nadie dijo nada.

Luego, un bufido largo y espeso seguido de un casco arrastrándose por el suelo contestaron por él.

Tenía que haber varios caballos sedados en ese remolque.

—No necesito verlos para saberlo —añadí señalando la camioneta blanca con la cabeza y repetí— ¿Desde cuándo?

—No te metas en lo que no te incumbe.

—Que no me… ¿qué? —Respiré despacio, intentando mantener el control cuando solo quería gritarle—. Soy el capataz de

este rancho, así que lo que sucede aquí es *mi* responsabilidad. —Mi primo puso los ojos en blanco y di otro paso más, sin poderlo evitar —. Respondo ante los Woodhall por ti. Por los dos —me corregí, apuntando al Buttler más apartado.

Oliver apretó la boca, luego negó con la cabeza y dio un paso al frente.

—No estamos…

Sonreí con cinismo. Se me ocurrían muy poquitos motivos para que estuvieran en un establo en desuso con una camioneta llena de ejemplares a estas horas. Más bien, solo uno. Esos dos se habían unido a la maldita cuadrilla de ladrones de caballos que había puesto la vida de todo el pueblo del revés. Y aun tenían el cuajo de intentar enredarme.

—Cállate —le chistó su hermano con la respiración pesada, pegándose a él.

La idea en sí era buena. Las camionetas de remolques pequeñas como esa eran parte del paisaje diario en esta parte del mundo. Tan comunes que nadie la miraría dos veces, y menos cerca de Woodhall, con la cantidad de movimiento y ventas que teníamos. Aunque algo no terminaba de encajar.

Nuestros caballos, salvo el semental y sus descendientes, no valían lo suficiente como para traficar con ellos en el mercado negro. Solo eran buenos caballos de campo. Nadie se metería en un enredo así de grande por ganar unos cientos de dólares por animal. El riesgo era demasiado grande.

Además de que…

—Trevor no ha echado a ninguno en falta —reflexioné en alto —. Esos no salieron de aquí.

La nuez de Rhenton subió de manera exagerada. A Oliver se le congeló la cara ante de mirar de soslayo a su hermano.

Y la verdad me golpeó como un saco de pienso.

Hacía meses que los cuatreros no actuaban en este estado, Trevor lo sabía por su primo. Los sheriffs de esta parte del estado creían que habían dejado de actuar o que habían cambiado de estado. Así que eso descartaba a nuestros caballos o los de los condados vecinos.

Woodhall solo era un lugar de paso. Uno donde «dormir» los caballos, como decían en el argot los expertos en la televisión. Cuadrillas organizadas que escondían a los animales robados. Destruían los chips identificativos. Compraban o falsificaban la documentación necesaria. Luego los cambiaban de transporte y chas: legalmente pasaban a ser otros caballos. Ante los ojos de todos. En solo unas horas. Una versión mucho más refinada del mismo delito. Más inteligente. Y mucho más complicada de detectar.

Si los caballos eran buenos, podrían ganar miles de dólares. Cada uno.

Y mis primos lo habían permitido.

—Esto se ha acabado, ¿me habéis oído?

—¿Y qué vas a hacer?

—Lo correcto —respondí palpándome el bolsillo de la cazadora de trabajo.

Rhenton soltó una carcajada agría, pero en sus ojos seguían con la misma rabia.

—«Lo correcto» —se mofó—. Ya estamos con el cuento del primito perfecto y santurrón.

—No empieces.

Normalmente tenía paciencia y esquivaba estas mierdas molestas por el bien de la familia. Pero hoy no era el día.

—¿Empezar?

Dio otro paso.

—Toda la puta vida igual con el niñato este.

Noté que Oliver se tensaba al instante.

—Rhenton, ya está.

—¿Qué va a estar? —respondió sin volverse—. Toda la vida yendo de buenecito. De responsable. ¿No eras tú el que nos colabas en los gallineros de los Vincent? ¿O en los establos de los García? ¿El que nos venía a buscar con la camioneta de papá antes de tener carnet?

Retorció el labio como si le molestaran esos recuerdos.

Y yo me encogí de hombros sin llegar a entender.

—¿Qué tiene que ver con esto? —pregunté señalando la camioneta al fondo.

—Pues que no eres mejor que el resto. Pero te haces amiguito del niño rico y acabas de jefe, y yo qué, ¿eh? Yo con esto. —Golpeó dos veces con saña la pierna lesionada. Como si lo que le pasó no fuese exclusivamente su responsabilidad—. Ahora me vas a decir tú a mí lo que es lo correcto.

—No, el que te lo va a decir es Kieran —solté en el mismo tono, tanteando el botón de la pechera.

—¿Tú solo no sabes y necesitas refuerzos o qué?

Lo ignoré y saqué el teléfono para comprobar la hora.

El tiempo se me estaba haciendo eterno.

Y en el establo no había ni rastro de Ani.

—¡Eh! —Se acercó y me empujó en el pecho, con fuerza— ¿Qué haces?

Lo miré con incredulidad y le aparté los brazos de un manotazo antes de retroceder dos pasos para evitar cometer más tonterías. La última vez que nos habíamos pegado fue en la granja de mi tío, de críos, por la bicicleta grande.

—No seas idiota, Rhenton.

De reojo vi al desconocido acercándose por detrás de Oliver, pero sin despegar la vista de nosotros. Tenía los brazos musculados,

arrugas en la frente, una fina cicatriz recorriéndole el dorso de la mano y la misma expresión dura y vacía de antes.

—¿Qué pasa?

Oliver sacudió la cabeza y después murmuró de forma casi inaudible:

—Nada.

—No lo parece. ¿Es un problema?

Apretó los labios un instante.

—Es nuestro primo. John.

Sus fríos ojos azules me observaron fijamente unos segundos más.

—¿Y?

Oliver se tomó un tiempo para contestar, evitando mirarme de frente.

—Y nada. No va a dar problemas.

Rhenton puso los ojos en blanco con la mandíbula tensa. Su hermano mentía fatal, desde siempre. Peor que yo. El desconocido soltó carcajada hueca y sin pizca de humor.

—Pues claro que no —dijo con los ojos clavados en mí.

Después apuntó directo al teléfono que sostenía en la mano derecha y chasqueó la lengua.

—¿A quién ibas a llamar? ¿Vais a montar una reunión familiar?

Ese tipo era un idiota.

Rhenton, de espaldas al resto llamó mi atención antes de que abriese la boca.

—Cállate —vocalizó sin emitir ni un sonido.

—¿Estás sordo, chaval?

—No es asunto tuyo.

Enderezó la espalda despacio, dejando muy claro que mi respuesta no le había gustado nada. Por cómo le había hablado antes a Rhenton, era alguien habituado a mandar y que lo obedecieran.

Pero yo también. Hacía mucho que era capataz y no siempre era sencillo liderar un grupo de trabajo tan grande como el nuestro. Solo que yo ejercía el mando de otra manera.

—Te he hecho una pregunta.

Me encogí de hombros sosteniéndole la mirada mientras el establo se quedaba sumido en el silencio. El viento volvió a golpear la chapa metálica del tejado con fuerza y uno de los caballos soltó otro bufido largo y carente de energía.

—Te queda grande lo de ir de duro —se burló cruzándose de brazos y echó un vistazo alrededor.

—Y a ti estar en este rancho.

Me dedicó una mueca y caminó hacia la camioneta.

—¿A quién iba a llamar este payaso?

—A nadie.

Rhenton sonó tranquilo, pero la barbilla crispada lo delataba. Oliver se removió inquieto cuando el hombre se dirigió a él. Sus ojos bailaron por el establo en todas las direcciones: los vehículos, los boxes, su hermano, y por último a mí.

—A nadie —repitió.

El desconocido soltó una carcajada y después pisó algo en el suelo.

—¿Estáis intentando joderme?

Oliver negó con la cabeza. El tipo caminó deprisa hacia él y lo agarró por la chaqueta con fuerza.

—A su novia, creo. Siempre están juntos.

—Sí, Johnny, ¿por qué no te vas con ella en lugar de estar aquí molestando?

Un latigazo me corrió de arriba abajo al instante. No tenía ni idea de si era un comentario fortuito para intentar librarse de mí o una provocación, pero no pude controlarme.

—Porque no sé dónde está. ¿Cómo habéis llegado a esto?

—Cierra la boca y lárgate de una vez —siseó con los ojos brillando de rabia y de algo más.

—¿Y cómo se llama esa novia, chaval?

Me negué a contestar, pero Oliver lo hizo por mí.

—Anitta. Trabaja en una cafetería del pueblo.

Crují la barbilla sin darme cuenta y empujé a mi primo pequeño para enfrentarme a los otros dos sin entender por qué Oliver, que siempre tenía la boca cerrada, decidía contarle mi vida sentimental a ese vulgar ladrón.

—Quieto —ladró Rhenton, sujetándome por el brazo—¿A dónde vas?

Lo aparté de un tirón.

—¿Y entonces quién coño es ese tal Kieran al que nombró antes?

Oliver abrió mucho los ojos y, casi a la vez, el puño de Rhenton se incrustó en mi mandíbula. Escuché un crujido sordo dentro de mi cabeza y mis dientes chocando entre sí. Me trastabillé hasta que paré contra la viga de mi derecha con la vista borrosa y un molesto pitido zumbando en los oídos.

Intenté enforcar la vista y todo lo que pude ver fue a Rhenton con la respiración entrecortada cojeando en mi dirección, con los puños cerrados todavía. Me llevé la mano al punto de impacto, incrédulo. Retorció el labio y me apuntó con la barbilla, como hacía en esas peleas de bar en las que más de una vez tuvimos que separarlo.

Y sin un ápice de arrepentimiento.

Me pasé el dorso de la mano por la boca y después me limpié la sangre contra la pernera. Un pinchazo agudo me recorrió el oído

cuando intenté abrir la boca, como para advertirme de que no lo hiciera, pero la adrenalina lo sofocó al instante.

—Cobarde —mascullé arrastrando las letras, aguantando el latigazo de dolor con cada sílaba.

Rhenton volvió la levantar las manos. Antes de que intentase tocarme de nuevo miré sobre su hombro.

—Es el sheriff del condado —me esforcé por pronunciar tan nítido como pude, ignorando el dolor mezclado con el sabor metálico —. Seguro que quiere saber qué hacéis en el rancho de sus primos.

Apunté hacia la camioneta del fondo con la misma mano que sujetaba el móvil. Según mis cálculos, Kieran ya tendría que haber llegado hacía un buen rato y todavía no había ni rastro.

Al desconocido se le borró la sonrisa burlona poco a poco, como si estuviese evaluando algo.

—¿Ha dicho «sheriff»?

—No va a llamar a nadie —se adelantó Rhenton, con los ojos fijos en mí—. Es un farol.

—No puedes saberlo.

—Claro que sí.

Se volvió hacia él guardando las manos en los bolsillos de la cazadora.

—Somos su familia —me miró por encima del hombro— y Johnny es tan buen chico que no nos delataría, ¿verdad?

Le sostuve la mirada. Y, en lugar de la habitual opresión que me oprimía el pecho cuando creía no ser leal, esta vez no sentí nada. Solo una mezcla de rabia y decepción junto con la preocupación por Anitta.

Al hombre tampoco le gustó la respuesta. Sus ojos recorrieron el establo deteniéndose en la camioneta blanca, los boxes vacíos, las dos puertas, todas las ventanas bloqueadas. Cada una de las posibles salidas.

—¿Y qué hace aquí?

—Yo qué sé. —Rhenton se encogió de hombros, fingiendo una indiferencia que su postura no reflejaba—. Se pasa aquí media vida. Igual se cree que el rancho también es suyo.

—No te lo preguntaba a ti.

—Es el capataz. —Oli levantó la cabeza despacio, alternando la vista entre el hombre y nosotros—. Los caballos tienen urgencias a cualquier hora y los jefes confían en él. Lo habrán llamado por algo.

Si no hubiese estado atento, me lo hubiera perdido. Pero estaba seguro de que sus ojos habían bailado de mí hasta el vehículo de su hermano durante una fracción de segundo, justo antes de callarse.

Oliver había ido hasta la pick up para sacar un saco de virutas de madera de la jaula, aunque con mi entrada no había llegado a esparcirlo en la furgoneta de los caballos. En el momento, no noté nada. Llegué a pensar que quizá Anitta había salido de allí de alguna manera antes de mi llegada y que igual estaba escondida fuera del establo.

Donde fuese, pero a salvo.

Las probabilidades de que eso hubiese sucedido no eran muchas porque para eso el cierre tenía que estar estropeado o que la persiana no se hubiera corrido del todo. Pero tampoco tenía sentido que siguiese allí adentro porque había jugado mil veces al póker con mis primos y conocía sus tics. Y Oli no había movido ni una ceja al acercarse al resto. Como si no hubiese visto nada que no debiera estar allí.

Pero ahora, al decir que me habían llamado, los ojos se le había ido solos. No a la pick up en general, no. Directos a la parte trasera.

A la jaula.

Mis pies se movieron solos en respuesta.

Rhenton intentó bloquearme.

—Para.

—Quita del medio. Ya.

Sus manos hicieron cepo en mi brazo derecho y apretaron con fuerza.

——Quédate quietecito, que nos vas a meter en un lío.

Me libré de él con un tirón y lo golpeé con el hombro antes de continuar.

—Eso —mascullé junto a su cabeza— lo habéis hecho los dos solitos.

Lo empujé para asegurarme de que no intentaba detenerme más, pero en cuanto me volví, me devolvió el empujón. Más rudo. Tanto que tuve que apoyar la mano en el suelo para no caer. Lo vi por encima del hombro mientras me incorporaba. Rhenton respirando entre jadeos, mientras que Oliver soltaba una maldición a mi espalda.

—En cuanto venga Kieran te vas a cagar porque esta vez no te pienso ayudar —bramé sacudiendo las pajas de la mano contra la pernera—. A ver por cuánto os sale esta broma en la que estáis metidos.

—¡Cállate!

—¡No!

Abrí la boca para decirles que me dejasen tranquilo, pero no pude.

Un golpe contundente en la espalda.

No pude diferenciar de donde veían los sonidos. El estruendo de la detonación rebotando contra las chapas y el suelo se entremezcló en mis oídos con el golpe seco y pesado de mi cuerpo contra el cemento áspero y frío. Escuché gritos y coceos de fondo, pero no pude emitir ni un sonido. La nube de polvo, heno y tierra fina se mezclaban con la sangre y la saliva que caían de mi boca hasta formar una masa pastosa y gruesa. Más gritos, más ruido,

todo yendo muy deprisa. Pero el peso en mi pecho al aterrizar no me permitió inspirar ni apoyar los brazos antes de que la cabeza golpease contra el cemento.

26. ANITTA

La explosión fue tan inesperada que me arrancó un grito. Me tapé la boca, con el corazón golpeándome desbocado contra las costillas, esperando alguna reacción, pero no la hubo. Nadie se acercó a la jaula.

En cambio, empezaron los gritos.

Salvajes.

Desquiciados.

—¡Hijo de puta!

Algo pesado cayó al suelo.

Un golpe. Un bramido. Otro golpe más.

Juraría que esos rugidos eran de Rhenton, aunque apenas podía distinguir alguna palabra. Solo la rabia.

Tragué saliva con la vista fija en el haz de luz que se colaba por la estrecha ranura de la persiana, dudando.

«Quieta ahí».

Oliver no había murmurado nada más que esas dos palabras cuando me encontró escondida entre los sacos y la caja de herramientas. Ni un gesto de sorpresa, como si fuera lo habitual encontrar a mujeres encerradas en la jaula de la pick up de su hermano. Luego agarró uno junto a mis pies, lo cargó sobre el hombro y volvió a dejarme igual de encerrada. Solo que esta vez sonó un clic. Y luego apareció la rendija de luz. Estrecha, apenas un dedo, pero me hizo sentir aliviada porque era lo suficiente para dejar de respirar ese aire cargado. O para escapar de allí adentro.

El mayor de los hermanos Buttler me había regalado una oportunidad para librarme del problema en el que me había metido solita. Tampoco era una orden muy complicada, pero tenía la adrenalina por las nubes y por eso estaba a punto de fastidiarla. Porque antes de darme cuenta estaba arrastrándome fuera de la jaula intentando hacer el menor ruido posible, con el costado pegado a la chapa mientras los gritos y golpes rebotaban por el viejo establo.

—¡Te voy a matar!

Asomé la cabeza por detrás de la pick up con cuidado. Lo justo para poder enterarme de algo antes de tener que volver a esconderme, si era necesario. Rhenton forcejeaba con un hombre al que no pude ver bien la cara, pero que tampoco me sonaba. El tipo era más grande y pesado que él, pero Rhenton lo golpeaba desquiciado, como si intentase arrancarle la cabeza, sin dejar de bramar entre dientes. A veces rodaban por el suelo y otras uno se encaramaba sobre el otro, levantando un aire pesado de polvo y paja que hacía que me picase la garganta. Me cubrí la boca con la mano para evitar hacer ruido y me arrastré un poco más, intentando ver más allá de la pelea descontrolada. Estaba convencida de que había escuchado la voz de John y necesitaba verlo y saber que estaba bien.

Pero lo que me encontré fue la pistola. Apenas a unos metros, entre ellos y yo. Conté hasta tres, solté el aire y salí corriendo para atraparla. No tenía ni idea de quién la había usado, pero prefería asegurarme de que no volvía a emplearla ninguno. A diferencia de las tejanas de verdad, yo no había sostenido muchas armas entre mis manos, y esa era pesada. La agarré con cuidado, vigilando a los involucrados en la pelea mientras la apoyaba en el regazo para echarle el seguro y, cuando levanté la cabeza al frente, casi se me cayó de las manos.

Se me cortó la respiración a la mitad mientras el mundo se detenía frente a mis ojos.

El cabello castaño y desordenado. La piel dorada por los años trabajando al sol. La mandíbula cuadrada contra el cemento. La espalda ancha y fuerte con un gran círculo de sangre en la parte superior.

—John, no —grité sin voz, levantándome con la pistola colgando en una mano y olvidándome de la cautela.

No tenía ni idea de lo que había sucedido, pero, si por mi culpa, por ese impulso absurdo, perdía a John…

Rodeé la pick up y entonces se me cayó el alma a los pies.

Tenían casi la misma complexión, pero quien yacía boca abajo en el suelo era Oliver. No era John, aunque por la expresión de su rostro parecía que lo hubiera preferido. Su cazadora de trabajo estaba tirada en el suelo, a la altura de sus rodillas, con el teléfono encima. Solo llevaba puesta la camiseta interior y siguió doblando su camisa de felpa sin darse cuenta de mi presencia con las manos manchadas de sangre. La colocó sobre la gran mancha de sangre del hombro y apretó con tanta fuerza que se le tensaron los hombros.

El nerviosismo me duró hasta que Oliver farfulló del dolor. A pesar de toda la sangre que había alrededor estaba vivo. Y consciente.

—Quédate despierto, Oli. Ni se te ocurra dormirte.

Me acerqué despacio, cuidando que la pistola apuntase hacia abajo y sin saber qué hacer con las manos.

Entre los dedos de John vi la sangre empapando su camisa de cuadros y, por un instante, me sentí paralizada y un poco inútil. Sin idea de qué hacer.

—¿John?

Levantó la cabeza de golpe y, en cuanto me localizó, sus hombros se relajaron mientras me recorría con la vista de arriba abajo.

—Estás bien. —No era una pregunta. Su tono de voz estaba cargado de alivio, así que me limité a asentir.

—¿Y tú?

Sus ojos volvieron al cuerpo de su primo de inmediato.

—Porque Oliver me empujó y recibió el balazo.

Su cara no decía eso. Tenía un lateral amoratado, varios rascazos y restos de sangre seca en la comisura del labio.

—¿Qué hago?

—Háblale.

—¿De qué?

—De lo que sea, que eso se te da bien. Solo necesitamos que no se duerma.

Me arrodillé junto a su cabeza dudando mientras los bíceps de John seguían tensos por presionar la herida.

—¿Oliver?

Uno de sus párpados se tembló.

—¿Ves? —murmuró John mirando hacia abajo sin inmutarse. No me gustaba la sangre, pero tampoco podía dejar de mirarla: las manos, la ropa, el suelo. Estaba por todas partes—. Es tan duro de mollera que sigue ahí, ¿verdad, Oli?

—Idiota.

Fue un hilo de voz, débil, arrastrando las letras, pero la carcajada de John que le siguió fue todo un alivio.

—Perfecto. Si puede insultar es que no está tan mal.

Solo le veía un pedazo de la cara. Estaba sudado, pálido y con la frente manchada de polvo. Abrí la boca para darle las gracias por lo de antes, por liberarme de mi encierro, pero un golpe especialmente fuerte me hizo volver la cabeza.

Rhenton estaba sentado a horcajadas sobre el desconocido golpeándolo con la cara desquiciada. Una y otra vez, con la misma

rabia, como si no pudiera detenerse.

—¡Rhenton, para!

Si me oyó, no lo pareció. Su puño volvió a estamparse en la cara del hombre. Rhenton tenía los nudillos enrojecidos y cubiertos de sangre y le costaba respirar del esfuerzo.

—John, que se lo va a cargar.

El desconocido apenas se movía tras la última oleada de golpes.

—¡Te mato, cabrón!

Otro golpe.

—¡Rhenton, para! ¡Ya está!

El grito de John no consiguió nada.

La luz, sí.

La puerta corredera se deslizó bruscamente hasta el otro extremo, golpeando la contra la barra metálica con la fuerza suficiente como para que todo se detuviese.

El sheriff entró en el establo seguido de su nueva ayudante, que arrugó la nariz nada más cruzar el umbral, como si todavía pudiera percibir el olor a pólvora flotando en el aire. Rhenton se detuvo con el puño en alto y se giró hacia nuestro grupo con incredulidad, pero John tenía toda su atención puesta en su hermano. Kieran se detuvo a unos metros de la entrada, con la mano en el cinturón, casi rozando su arma reglamentaria mientras sus penetrantes ojos negros volaban en todas las direcciones. En la camioneta del fondo. En el desconocido inconsciente. En las manos ensangrentadas de John. En mí. Lo vi mascullar algo entre dientes a la vez que llevaba la mano al micrófono de hombro.

Antes de que pulsase el botón, Chelsea me apuntó con su pistola y me quedé petrificada.

—¿Qué haces? —gruñó Kieran.

—Está armada, jefe. No pienso correr riesgos con todo lo que pasa en este pueblo.

Kieran resopló y le hizo un gesto con la cabeza para que bajase el arma.

—Anitta, la ayudante McCurdy va a recoger esa arma, ¿de acuerdo? Tú solo…—No terminó la frase porque me apresuré a dejarla en el suelo, tan lejos como pude—. Está bien. Chelsea, encárgate.

Su ayudante se echó la gruesa trenza castaña a la espalda y caminó decidida hasta mí.

—Le puse el seguro —murmuré mientras se ponía los guantes con la cara seria.

—¿Le has disparado tú, Anitta? —preguntó el sheriff Gómez desde atrás con la boca apretada.

Negué, pero Rhenton respondió por mí.

—¡Fue este cabrón, que lo voy a matar! —exclamó sacudiéndolo por la cazadora. Kieran cruzó medio establo a grandes zancadas hasta llegar a su lado y lo obligó a separase del desconocido. Luego bajó una rodilla y le tomó el pulso en la muñeca con una mano.

—Cargártelo no va a solucionar nada —contestó con sequedad. Luego se sacudió la pernera y se acercó a nosotros—. ¿Cómo está Oliver?

John se encogió de hombros sin aflojar el agarre.

—Está despierto, pero ha perdido mucha sangre.

Kieran asintió despacio y apretó el botón del micrófono en el hombro.

—¿Central? Aquí Equipo 1. Necesito una... No, dos ambulancias en uno de los establos del rancho Woodhall. Un herido de bala y otro inconsciente. Que vengan por la comarcal, por el camino del este. Es urgente, que se den prisa.

La ayudante sacó el cargador del arma y metió ambas piezas en una bolsa de pruebas y esperó hasta que el sheriff se volvió hacia ella.

—Toma, sheriff.

Kieran alargó la mano y apuntó con la barbilla hacia más allá de su espalda.

—Espósalo y llévatelo, McCurdy.

La ayudante se movió rápido con el sheriff detrás. En cuanto sacó las esposas del cinturón, Rhenton empezó a vociferar.

—No me saques de aquí, Gómez. ¡Mira cómo está mi hermano!

Kieran resopló, se agachó y esposó sin muchos miramientos al desconocido, que seguía inconsciente.

—Tengo que seguir el protocolo, Buttler. Y más cuando todavía no sé lo que ha sucedido aquí adentro.

Rhenton boqueó, intentando apartarse de ellos, pero la ayudante demostró ser más fuerte de lo que parecía, atrapando cada uno de sus brazos en el aire seguido de un chasquido metálico.

—Léele sus derechos —indicó Kieran por lo bajo, ayudándola a levantarlo del suelo, con Rhenton retorciéndose.

—Te diré lo que quieras, pero deja que me quede. —McCurdy tiró de su codo para empujarlo hacia la salida. Tras un par de intentos más de soltarse, buscó por encima del hombro y gritó con la voz rasgándose—¡John, encárgate de él!

John miró hacia él, con los brazos tensos y cansados por el esfuerzo de apretar.

—Te lo prometo, Rhen. Pero haz lo que te dicen.

Oliver no era consciente de todo lo que sucedía a su alrededor. Desde que entraron los uniformados, ya no levantaba los párpados por mucho que se lo pidiéramos y apenas había articulado palabra.

Kieran caminó despacio hasta nosotros, con la arruga de la frente bien marcada y los dedos colgando de las presillas del uniforme.

—Quiero hacerme una idea de lo que ha pasado antes de que lleguen los de las ambulancias. Solo yo, porque desde lo de Louie ya no sé de quién fiarme. —Busqué a John con los ojos, pero los suyos volvían a estar fijos en sus manos manchadas de sangre taponando la herida. Me limité a asentir por los dos. Kieran frunció la boca y se agachó frente a nosotros, remangándose.

—¿Quieres que te sustituya, Buttler? Tienes que estar cansado.

John negó con contundencia, sin moverse, pero mirándolo.

—De acuerdo. Entonces, ¿quién es ese tipo al que tu primo casi mata a golpes?

—No lo sé.

—¿Y tú?

Me encogí de hombros.

—Tampoco. No me suena ni de vista.

Kieran se quedó unos segundos callado, tamborileando el pulgar contra el cemento.

—Muy bien. ¿Qué ha pasado aquí, John?

—Eh… Yo… —abrió la boca, balbució un par de veces, antes de volver a negar, pero con menos fuerzas.

—Ni se te ocurra decir que no tienes ni idea porque los dos sabemos que no es cierto. Igual crees que estás ayudando a alguien, pero al final vas a acabar igual de metido en el fango que ellos. —Miré a mi chico de reojo. Estaba agotado, tanto física como mentalmente—. Fuiste tú el que me llamó para que viniera. Y me encuentro dos heridos, un disparo y una furgoneta de transporte de caballos. ¿En qué se han metido tus primos esta vez?

—No.

Le salió demasiado rápido. Estiré la mano y le apreté la rodilla, intentando tranquilizarlo porque parecía que no iba a aguantar mucho más y Kieran en modo sheriff era peor que un perro de presa.

—Quiero decir que Oliver no está metido. Es cosa de Rhenton.

Parpadeé con incredulidad intentando no levantar la vista hacia Gómez.

Eso no era verdad.

Quizá me había pasado la mayor parte de la acción metida en una jaula cerrada donde no veía nada y costaba escuchar, pero podría jurar ante cualquier jurado popular que distinguí tres voces. Desde el principio.

Kieran tampoco tenía cara de estarse tragando la mentira.

—¿Y cómo llegó aquí, al establo?

—Conmigo. Lo traje yo para que me ayudase.

Oliver soltó un estertor que nos obligó a los tres a mirar hacia abajo.

Por mucho que su primo apretase, cada vez tenía peor aspecto. La piel bronceada de años trabajando en el campo ahora se veía grisácea, plomiza, y la respiración era cada vez más irregular. La sangre empapaba la camisa de John y formaba un pequeño río junto a mis rodillas, como si no fuese a parar.

Ni rastro del vaquero fuerte y hosco que me ayudó cuando menos lo esperaba.

Como a John.

No tenía ni idea de en qué andaban metidos los hermanos Buttler, pero estar medio agonizando en un suelo sucio tras haber salvado a dos personas, a mí me parecía una penitencia más que suficiente. Si John necesitaba salvar a uno de sus primos, no me importaba ayudar.

—Es culpa mía —interrumpí, con mi mejor sonrisa—. John solo quiere protegerme, por si me meto en un lío. Pero es mejor contarlo todo, ¿verdad? Escuché a Rhenton hablando con alguien, con el tipo de antes, supongo, y me pareció sospechoso. Así que me colé en la jaula de la pick up.

Kieran se echó hacia atrás con los ojos desbocados, pero yo continué.

No era buena mintiendo, pero mejor que mi chico sí. Y, mientras fuera posible, no pensaba decir ni una mentira. Solo necesitaba pegarme tanto a lo sucedido como pudiese, intentando esquivar lo que no queríamos que supiera.

—Le mandé un mensaje a John cuando vi que no se abría por dentro. Supongo que por eso te llamó.

—¿Cómo coño se iba a abrir desde dentro, Larsen? ¿Estás intentando quedarte conmigo? Porque tengo sitio vacío de sobra en el calabozo.

—¿Y por qué no? En la tele lo dicen todo el rato: en Estados Unidos los maleteros tienen que tener una de esas palancas de seguridad para poder abrirse desde dentro. El mío es viejo y la tiene. Y resulta que ese es más moderno y no.

—Porque una jaula no es un maletero —bramó entre dientes, apartándose el pelo oscuro de la frente—. ¿Dónde fue eso?

—En la gasolinera. La de los Grass.

—Vas a tener que pasarte por la oficina para recoger tu declaración, ¿lo entiendes? Y les voy a pedir las grabaciones…

—Fue al salir del baño. Las cámaras dan hacia la tienda así que igual no me han grabado, pero mi coche continúa aparcado allí.

Kieran resopló y de fondo nos llegó el sonido de la sirena de la ambulancia.

Solo necesitábamos unos minutos más sin meter la pata y luego marcharnos a casa a descansar, nada más.

—¿Y tú no sabías nada de que tus primos, mínimo Rhenton, estaba robándoles caballos a los míos?

—No creo que sean nuestros, Trevor dice que tú…

—Estaban esperando por alguien —interrumpí, logrando que la atención de ambos recayera en mí—. Los escuché desde dentro de la jaula.

—¿Quién?

Su mirada era feroz. Oscura. Perforándome hasta dentro.

Darrell tenía razón cuando decía que esos ojos negros eran peores que un detector de mentiras.

—No tengo ni idea. No siempre los entendía. Rhenton estaba muy enfadado porque le avisaron para venir aquí en el último momento y se quejaba de eso todo el rato. El otro le dijo que él no era nadie para opinar. Y que la otra persona avisó que se retrasaba y la tenían que esperar. No escuché mucho más.

El sheriff Gómez asentía con calma a cada una de mis palabras, pero tenía la mandíbula desencajada. Parecía que me había creído, pero que no le gustaba lo que había oído.

Normal.

En las últimas semanas, Strokeville parecía a punto de saltar por los aires, y esto solo hacía echar más leña al fuego.

Abrió la boca para añadir algo más, pero escuchó las voces de los sanitarios. Se puso de pie y los llamó con el brazo.

—¡Aquí adentro, chicos! —gritó acercándose a la entrada. Los dos sanitarios se asomaron a la puerta completamente abierta—. Daos prisa, ha perdido mucha sangre.

27. JOHN

Contuve el bostezo y levanté la barbilla para saludar al pequeño de los Miller al cruzarlo en el carril contrario. Llevábamos la mayor parte del trayecto en silencio y, aunque era cómodo, también se me hacía extraño. Anitta era una especialista rellenando esos huecos con cualquier tipo de anécdotas del trabajo. Pero hoy no. Al detenerme en el cruce, miré de soslayo para asegurarme de que estaba bien o si se había dormido y me encontré con sus grandes ojos de color avellana prendidos en mí, sonriendo.

No tenía ni idea de cómo lo había hecho. A mí el retrovisor me había confirmado que parecía un cromo de un solo vistazo: llevaba la camisa de ayer arrugada, unas ojeras más que incipientes y no me había dado tiempo a afeitarme. Ella, en cambio, estaba perfecta. Como siempre. Como si dormir en una sala de espera fuera parte de su rutina habitual de belleza.

—¿Sabes qué hubiese estado genial? —preguntó en cuanto dejamos atrás el cartel de bienvenida a Strokeville.

—¿Tener una máquina del tiempo y borrar el día de ayer?

Anitta se retorció riendo y me golpeó la rodilla.

—Tonto. Me refería a haber parado a desayunar en alguna cafetería chula a mitad de camino.

Negué con la cabeza intentando no reír.

—¿Lo dices en serio?

Estiró los brazos por encima de la cabeza, tanto como se lo permitió el techo y uno de los moños se le deslizó hacia atrás. Puso

los ojos en blanco y bajó el espejito para acomodárselo mientras que yo zigzagueaba por el pueblo.

—Claro que lo digo en serio. Ese café de máquina que me trajiste estaba horrible. Y con la de bostezos que llevas, de cafeína tenía lo justo, vamos.

No podía estar más de acuerdo. Estaba agotado y aquel brebaje no había venido con un extra de energía.

—Además... —dudó, repasando el resultado del peinado en el espejito—, que tampoco sé a qué vienen tantas prisas. Ya podía habernos dado un poco más de margen. Menudo sargento el tío.

Puse el intermitente para meterme en la plaza que estaba a punto de quedar libre en vez de tener que dar la vuelta a la manzana para meterme en el aparcamiento.

—¿Lo dices porque te arrepientes?

Solté la palanca de cambios y la miré a través del reflejo, sin estar seguro de a qué se refería. Estaba más cansado de lo que creía.

—Lo que has dicho de la máquina del tiempo y de borrar el día... ¿te arrepientes?

—Arrepentirme ¿de qué?

—De lo que pasó. Porque yo no. —Tiró el pintalabios en el bolso y se giró hacia mi cara estupefacta—. A ver, de lo de Oliver sí, por supuesto. Pero de todo lo demás, no.

Quité las llaves del contacto en completo desacuerdo. Ayer había sido uno de los peores días de mi vida, en todos los aspectos. Desde la ansiedad por no encontrarla y no saber qué le estaba pasando hasta la angustia durante las horas de espera hasta que un médico nos informó del estado de mi primo cuando ya era casi de día.

—Si pudiera, lo borraba de un plumazo.

Chasqueé los dedos y su sonrisa vaciló cuando enganchó la manilla del copiloto.

—Ya sé que no va a ser fácil y que a ti te va a afectar mucho más, pero… —Me acarició la barbilla despacio—. Al menos, ahora, ya está.

Era Oliver el que estaba, pero para el arrastre. El médico que salió a decirnos su estado tras seis horas allí sentados esperando fue muy claro. La bala acertó de lleno contra una de las costillas de la espalda y, al romperse, los fragmentos de hueso se convirtieron en metralla en su interior. Varias esquirlas se le habían incrustado en el pulmón y habían tenido que extirpar el trozo dañado, además de vaciarlo de los restos de aire y sangre antes de que el pulmón pudiese volver a funcionar con normalidad.

Y por cómo insistió el médico después, hasta asegurarse de que lo comprendíamos, esa no era la peor parte. Aunque no hacía, falta. Cualquier vaquero o granjero sabía que una herida de bala en un establo era mucho más peligrosa que al aire libre por todas las bacterias que levantaba el disparo. Residuos de los animales. La paja seca. La tierra. El sudor de la camisa. Todo eso había entrado directamente en el pulmón de mi primo.

Por eso las denominaban «balas sucias»: porque eran un problema hasta arriba de mierda que te podían causar una infección tan seria como la muerte. Le habían metido un chute enorme de antibióticos y ahora solo podíamos esperar a que funcionaran y la frenaran.

—Oliver todavía no está fuera de peligro —le recordé al salir del coche.

—Se va a poner bien. Seguro. —Se acercó y me agarró la mano para ir juntos—. Y preferiría que no lo hubieran herido, pero ha sido para bien. Llevabas meses en un sinvivir, atrapado y sin solución. Ahora ya sabes en qué andaban tus primos y la decisión de qué hacer con eso ya no es cosa tuya.

Me adelanté para abrirle la puerta de la oficina del sheriff y su verdad me cayó a plomo en la cabeza. La seguí en silencio hasta la ventanilla de la entrada escuchando cómo le decía a Funke que el sheriff nos había hecho venir y luego lo seguimos hasta una zona de

espera. Kieran había insistido en hablar con nosotros a primera hora de la mañana. Probablemente para hacernos más preguntas mientras tuviera tiempo.

Era lógico.

Pero yo no tenía más respuestas para darle.

No sin meternos a los dos en un problema.

Me giré hacia Anitta, que estaba canturreando una canción pop mientras rebuscaba algo en el bolso. Tenía razón. En todo. Durante mucho tiempo había tenido una pregunta recurrente. ¿En qué andaban metidos mis primos? Y, siendo sincero, más de una vez me decía que igual era mejor no saberlo. Por miedo. Porque una vez lo supiera tendría que hacer algo con esa información y esa elección había llegado a paralizarme por dentro. A veces sentía que si eso sucedía el mundo, como lo conocía, explotaría.

Acabábamos de llegar a Strokeville, tras una larga noche de hospital, así que no tenía ni idea de si la noticia ya había corrido como la pólvora o si todavía no era del dominio público. Pero lo sería. Por la larga mirada que nos había dirigido el ayudante Funke antes de volver a su mesa, ese ya lo sabía así que seguro que en la pausa del café algo se le escapaba en el Sally's, que tampoco sería la primera vez…

¿Pero qué había pasado?

El mundo no se había salido de su órbita ni nada parecido.

Y yo, después de tantas y tantas comeduras de cabeza, tampoco había colapsado.

En realidad…

Estiré la mano hasta atrapar la suya y entrecrucé los dedos, necesitando sentirla.

Porque tenía un millón de emociones por dentro. Agotamiento por la espera, preocupación por mis primos, pena por mi tío, … Pero el agobio pesado y tan familiar que llevaba cosido a la espalda había cambiado por algo parecido al alivio, y muy alejado del miedo.

Le apreté los dedos otra vez, hasta que levantó la vista.

—¿Qué? —preguntó entre risas, agitando la cajita de chicles —. No me quedan de canela y los de fresa no te gustan.

Sacudí la cabeza y le besé los nudillos.

Ese cambio era culpa de Anitta y de su idea insensata de colarse en la jaula de Rhenton.

—Gracias por lo de ayer, preciosa.

Se removió en el asiento hasta apoyarse en la pared ligeramente desconchada y soltó un suspiro largo y cansado, echando un vistazo a un lado y otro del pasillo.

—Como si pudiera largarme y dejarte solo en el hospital, guapo. Estoy sin coche, ¿te acuerdas? Sigue en la gasolinera. Luego llévame a por él, antes de que Grass llame a los de la grúa.

Contuve la risa y sacudí la cabeza. Ya lo estaba haciendo otra vez.

—No me refería a eso, Ani.

Antes de que me diera cuenta, tiró de mí hasta que su frente se apoyó en la mía y su aliento a fresas me llegó antes que su susurro.

—No estamos en el mejor sitio para hablar de eso, Johnny. Si no quieres que nos encierren en el calabozo, claro.

El ruido de pasos al fondo me llegó de lejos, pero estaba demasiado perdido en ella. En esa sonrisa traviesa y el fuego que despertaba en mi interior. Ani no había dudado en ponerse en riesgo por mí. Y no solo al colarse en la pick up. No me había desmentido ante Kieran ninguna de las veces y eso podía meterla en problemas si se descubría durante la investigación.

—Te debo una enorme —murmuré acariciándola con mi nariz.

—Lo que me debes es un desayuno de los buenos — respondió retorciéndome un dedo con fuerza antes de separarse—. Buenos días, sheriff. ¿Has dormido algo?

Kieran nos observaba con atención a unos metros por detrás de mi espalda. Apretó los labios, pero el intento de sonrisa no llegó a los ojos.

—Ha sido una noche larga. Para todos.

Movió la mano para que lo siguiéramos y no pude evitar fijarme en que su aspecto no era mucho mejor que el mío, entre el uniforme arrugado, la barba incipiente y el pelo aplastado.

—Me han dicho que la operación de Oliver ha salido bastante bien. ¿Qué tal está tu tío?

Encogí los hombros y Anitta me apretó el antebrazo para animarme a la vez que lo seguíamos por el pasillo mal iluminado.

—No lo he llamado hasta esta mañana. Antes de darle el disgusto quería asegurarme de que Oliver estuviera más o menos bien. No está muy bien de salud y no quería …

Me perdí por un momento recordando la voz afectada de mi tío al teléfono al darle la noticia poco antes de salir del hospital. Hubiese preferido aplazarlo lo máximo posible, hasta confirmar que los antibióticos habían comenzado a funcionar, pero no quería que se enterase de lo ocurrido por cualquier vecino que no dudaría en exagerar lo ocurrido, como parecía ser tradición. Si podía, quería evitárselo porque ya bastante disgusto le iba a ocasionar la verdad.

—No he entrado en detalles con lo de Rhenton. Solo sabe que ha pasado la noche en el calabozo, nada más.

Kieran asintió guiándonos hasta la puerta de su oficina. No era mi primera vez allí, pero estaba más nervioso que las otras veces. Quizá porque esta vez no venía por trabajo o para discutir por una multa. Me jugaba mucho más que los cien pavos de la vez anterior.

—Entras primero —me indicó con la mano en el pomo, luego apuntó con la barbilla a un banco de madera cercano—. Tú puedes esperar ahí hasta que acabemos, Anitta. Solo serán unas preguntas más y confirmar la declaración de anoche. Muy fácil.

«Facilísimo»

Crucé el umbral primero, sintiendo las miradas de ambos en mi espalda y tuve que apretar los puños dentro de los bolsillos para darme fuerzas.

—¿Ya sabéis quién era el tipo de ayer, el del establo?

—Las preguntas las hago yo, Buttler —bramó cerrando la puerta.

Caminamos en silencio hasta el escritorio, que estaba igual de atestado de expedientes y notas como las anteriores veces, a pesar de las nuevas incorporaciones a la plantilla y de la presencia de los Ranger. Gómez se sentó sin esperar por mí y, tras unos segundos en silencio en los que sentí que intentaba leerme la mente, se reclinó hasta que el respaldo rozó la estantería con los dedos cruzados sobre el pecho.

—El *desconocido*, según su permiso de conducir, es de Kentucky y lleva muchos años limpio. Pero, por lo que me encontré anoche en el rancho de mis primos, está claro que eso no es así, así que estamos esperando a ver lo que nos cuentan sus huellas.

—¿De Kentucky? ¿Green no era de ahí?

Kieran se enderezó con el gesto apretado.

—¿Qué te acabo de decir? —Puso una expresión severa a la vez que estiraba el brazo y abría la carpetilla más cercana al teclado —. Nada de preguntitas. Mejor vamos a repasar tu declaración de anoche.

28. JOHN

Me eché el pelo hacia atrás y volví a calarme el sombrero hasta las cejas dirigiéndome al establo principal, para ayudar a descargar el pedido. La cabeza blanca del tráiler asomaba por el hueco de la entrada del almacén de grano y las voces de los chicos me habían acompañado desde que dejé la furgoneta en la cochera.

Pero, en cuanto estuve lo suficientemente cerca como para que me vieran, el tono fue bajando hasta que no se escuchó más que un par de murmullos aislados al fondo de la instalación.

Lo mismo cada día, desde que me reincorporé.

Tampoco podía culparlos. Cotillear era algo tan ínsito a la condición humana como respirar. Si algo me había enseñado el haberme criado en un pueblo de apenas 2.000 personas era que la gente apenas necesitaba mucho para darle a la lengua. Un rumor sobre una infidelidad, un peinado un poco raro o las dos copas de más que se tomó el alcalde las pasadas navidades, por ejemplo, podían estirarse durante meses hasta convertirse en temas recurrentes para algunos vecinos, porque nunca se sabía cuánto podía tardar en llegar otro igual de jugoso. Aunque con todo lo que había sucedido últimamente ya no parecíamos el condado tranquilo y aburrido de siempre.

Solté el aire entre los dientes al acercarme a la jamba y opté por la misma estrategia de siempre.

—Buenos días a todos.

Saludé llevándome la mano al sombrero y recibí los saludos de vuelta con los compañeros con los que me cruzaba mientras

fingía que no me enteraba de las conversaciones de fondo.

No era como si necesitase escucharlas para saber de lo que hablaban porque, igual que sucedió con el ataque a la veterinaria o los disparos al sheriff, en las calles solo existía un tema de conversación.

Lo sucedido la semana pasada en el viejo establo, que todavía continuaba precintado y cerrado con una cadena.

—…igual lo echan.

Golpeé el sombrero vaquero contra la rodilla y me aparté el pelo de la frente mientras intentaba ignorar las voces.

—¿Os queda mucho por descargar?

T.J. se separó de la estantería de los sacos negando y me pasó el portapapeles donde estaba anotando lo que había llegado.

—Qué va, ya hemos bajado más de la mitad del pienso. ¿Nos necesitas a alguno?

—…sigue en el hospital, dicen que igual la casca.

T.J. apretó la mandíbula intentando disimular que lo había escuchado. Probablemente iba por mi primo, porque Claude Sullivan, al que la mayoría de los vecinos se seguían refiriendo como «el desconocido» había hecho el trayecto del hospital a la prisión hacía dos días.

—A las once llega el camión con las vigas y no creo que quepan los dos —respondí tragándome las ganas de gritarles que se callaran—. Puedo llamar a otra cuadrilla para que echen una mano.

La infección de Oliver todavía no remitía, pero ya había pasado lo peor. Y empezaba a cansarme de ese tipo de comentarios crueles que tanto afectaban a mi madre y a mi tío cuando salían de la granja.

—…¿cómo no lo iba a saber? Estaba toda la familia metida, fijo.

T.J. bajó la vista hasta la tabla, deslizando el dedo por el papel con lentitud.

—Llevamos más de la mitad del pienso descargado, así que no hace falta molestarlos. En veinte minutos acabamos si cerramos el pico y nos ponemos al trabajo —añadió levantando el tono.

En cuanto me giré, todos se callaron. Otra vez. Eran demasiados días en esta dinámica de rumores, miraditas e insinuaciones a medias, pero le palmeé el hombro para agradecerle el gesto antes de caminar hasta el espacio de almacén para fingir que comprobaba algo mientras me daba unos segundos para respirar hondo. Si todo el pueblo quería jugar a los detectives y a las conspiraciones, que lo hicieran. Las investigaciones seguían su ritmo, que era otra manera de decir que no sabíamos nada nuevo porque todo se estaba llevando en secreto. No me gustaba que nuestro apellido estuviese en boca de todos, pero haberme quitado el peso de la espalda era tan liberador que compensaba.

Solo transcurrieron diez minutos entre que se marchó un tráiler y llegó el siguiente. Sin embargo, las vigas y la malla para la reparación del cercado eran mucho más pesada y difícil de manejar que los sacos de pienso y complementos alimentarios, así que nos llevó más del doble de tiempo vaciarlo. Era una actividad tan rutinaria en un rancho tan grande como el nuestro que cualquier trabajador que llevase un año ya habría perdido la cuenta de cuántas veces lo había hecho. Al acabar, muchos se dispersaron por el rancho. Unos fueron hasta la vivienda principal por si quedaba algo del puchero del día y otros comimos nuestro almuerzo dentro del establo conversando sobre las tareas pendientes en las tierras del sureste, evitando el tema que seguía flotando en el aire.

Rhenton.

El cuatrero.

La furgoneta de caballos en el establo viejo.

La implicación de los Buttler con los ladrones de caballos desaparecidos.

Agradecí que la mayoría de los trabajadores se largasen en cuanto se terminó el termo del café y me quedé un largo minuto

sentado en el suelo, disfrutando de la soledad y del reconfortante silencio que solo interrumpía el ligero zumbido de la radial que se colaba desde afuera.

Me levanté despacio notando la presión de los músculos de las extremidades por el esfuerzo. Aunque sabía que había hecho lo correcto, me incomodaba la situación tensa con los compañeros así que, como tantas veces, había optado por volcarme en el trabajo del rancho, haciendo más tareas pesadas de las que me correspondían y mi cuerpo no dejaba de quejarse para que le diese algo de tregua.

Sacudí los restos de pajas secas de las perneras e ignoré el dolor. Ya tendría tiempo para descansar por la noche, en casa, lejos de las miradas y los murmullos. Estaba a punto de salir cuando recordé que no había enviado las copias de los albaranes de entrega a nuestra contable así que saqué el teléfono del bolsillo, entré en la galería, seleccioné las fotografías de los documentos firmados y se las envié al email a Vera Stanway. La amiga de Anitta podía tener un carácter fuerte y llevarse fatal con uno de los jefes, pero la gestión de las facturas y el inventario jamás había estado tan engrasada como desde que Trevor la incorporó al rancho.

—¿John? —T.J. salió por detrás del establo dándome con el brazo y esperé hasta que se acercase.

—Dime.

—¿Alguien se ha preocupado de revisar el cercado del este? Avistaron anoche a unos venados y…

Lo interrumpí señalándome.

—Voy ahora. Tengo la furgoneta en la cochera.

Asintió con la barbilla apretada y caminó hasta ponerse a mi lado.

—Mejor voy contigo, por si se ha colado alguno. Entre los dos será más fácil.

Prefería estar solo. Y no solo porque estuviera convencido de que no íbamos a cruzarnos con ningún venado en nuestras

propiedades. Nuestras vallas eran lo suficientemente altas como para que no pudieran entrar salvo que encontrasen algún hueco hecho por otros animales.

Pero antes de poder rechazarlo, me apoyó la mano en el hombro y continuó caminando.

—Las cámaras de fototrampeo no han mostrado nada raro —intenté ponerme en marcha también—. Solo un par de fotos.

T.J. sacudió la mano espantando mis palabras y apretó el paso.

—Deberías hablar con los jefes para que pongan más cámaras. Tenemos pocas para lo grande que es esto. Seguro que a ti te hacen caso.

Asentí sin ganas.

Antes hubiera sonreído con orgullo, pero después de los últimos sucesos, todo había cambiado. Con lo tenso que estaba todo a mi alrededor, ya no lo tenía tan claro.

No dijimos mucho más durante el resto del camino. T.J. no era una de esas personas que necesitase rellenar cada silencio y, para mí y en este momento, resultaba perfecto. Conduje hasta el punto del avistamiento que Jarrad había compartido en el grupo de trabajo sin más ruido en el interior del habitáculo que el de la música texana que emitía la emisora de radio. Ninguno de los dos usó más frases de las necesarias mientras recorríamos el cercado a uno y otro lado de la cámara, comprobando que el cercado hubiese aguantado la embestida y que ni jabalíes ni tejones hubiesen cavado bajo la valla, sin que encontrásemos ningún desperfecto grave que no pudiéramos arreglar en el momento.

No fui consciente de lo tarde que era hasta que regresamos a la cochera y vi que la mayoría de las plazas se habían quedado libres. Al maniobrar en mi plaza de siempre vi por el retrovisor un líquido entre el tractor y el coche de T.J. y salí de la camioneta a la vez que él para comprobar de qué se trataba. A esas horas el taller estaba cerrado y la hermana de T.J. llevaría varias horas tras la barra

del Spurs, así que tenía que asegurarme de que no necesitaba que lo acercase a su casa.

Los dos nos arrodillamos y examinamos los bajos de los vehículos sin localizar la fuga hasta que T.J. tropezó con una lata de aceite para motor mal cerrada apoyada contra la rueda trasera del tractor, que se apresuró a dejar en su sitio mientras yo iba a por el bicarbonato para limpiarla cuanto antes.

—No tienes que quedarte que es tarde. Ya me ocupo yo.

T.J. asintió apartándose uno de sus rizos de la cara, metió la mano en el bolsillo de la cazadora y se detuvo a medio camino.

—Oye, John.

Inspiré despacio y cubrí la mancha. Por su tono, ahí venía la charla que intentaba evitar desde hacía días. Y de quien menos lo esperaba.

—¿Sí?

Torció la boca, dudando.

—He escuchado que Oliver ya está mejor. ¿Es verdad?

Me encogí de hombros y rodeé el tractor para dejar el bote en el sitio y agarrar una escoba.

—¿Sabéis cuándo le van a dar el alta o todavía no?

Negué recostándome sobre la carrocería lamentando no haber esperado a que se largase antes de ponerme a limpiar el aceite porque no quería seguir con la cháchara mientras esperaba a que el bicarbonato actuara.

—¿Es por la fiebre, que no le baja?

Resoplé con hartazgo. T.J. no parecía de los que alimentaban los cotilleos locales, pero tampoco tenía claro a qué venía tanta pregunta de repente después de llevar media tarde callado.

Me levanté de nuevo y fui a por el detergente, como si no me quedasen casi veinte minutos de espera todavía.

—Es porque la infección le afectó al pulmón herido. Mientras siga necesitando el respirador, no le pueden dar el alta. —Soné más brusco de lo que pretendía. T.J. asintió y jugueteó con el llavero sin moverse del sitio. Apreté el palo de la escoba y añadí: —. Pero está mejor. Si sigue evolucionando, dentro de unos días se la darán.

—Pues me alegro. Oli es un buen tipo —dijo yendo hasta su furgoneta—. Cuando estés con él, dale recuerdos.

Asentí y me quedé contemplándolo hasta que lo perdí de vista cerca de la entrada al rancho.

T.J. era la primera persona ajena a la familia que se preocupaba de verdad por la salud de mi primo. Sin juzgarlo.

Suspiré y volví a agacharme para comprobar que todavía me quedaba allí un buen rato.

—Tiene razón.

La voz me llegó desde la izquierda. Trevor me observaba desde la zona de los aperos con el ceño apretado. Era la única expresión que le había visto las pocas veces que habíamos coincidido desde lo sucedido en el establo viejo. Tampoco habíamos hablado más de lo necesario, como si cada uno, a su manera, tratara de evitarlo.

—¿Qué? —No tenía ni idea de cuándo había llegado.

Se incorporó con lentitud. No había rastro de su habitual sonrisa.

—Tu primo, Oliver, es un buen tipo que por algún motivo siempre elige el lado equivocado.

Torcí la boca y asentí porque no podía estar más de acuerdo. Oliver siempre elegía a su hermano, aunque se estuviese equivocando. Al menos, hasta ahora.

—Ya terminamos con el papeleo de Rhenton. Es oficial a partir de mañana.

Sentí un peso en el estómago, aunque era absurdo. Después de lo ocurrido, no existía más opción que echarlo formalmente del

rancho. Y mi primo lo tenía más que claro porque, desde que lo sacaron del calabozo, no había vuelto a pasarse por aquí.

Con la vista puesta en la mancha, asentí sin ganas. Había intentado evitarlo durante mucho tiempo, cuando creía que lo más grave que hacía era llevarse unos sacos de pienso. Renthon se lo merecía, pero no podía alegrarme.

Y menos después de la breve charla que los tres primos tuvimos en la habitación del hospital la primera vez que el herido estuvo consciente y que en ese momento acudió a mi cabeza.

Su hermano pequeño había llegado antes que yo y le había resumido lo sucedido, así que Oliver me recibió soltándome a bocajarro:

—Rhenton dice que me has cubierto. Gracias.

Yo le había palmeado el antebrazo con cuidado y, para ser justo, solté lo último de lo que me había enterado en mi visita a la oficina del sheriff.

—Él también te ha cubierto —dije mirándolo de soslayo—. Ha declarado estaba solo y que tú no tenías ni idea de nada.

Rhenton se removió en la silla, incómodo, y luego se levantó.

—Era lo menos que podía hacer. Ese chanchullo fue cosa mía. Me lo ofrecieron a mí y a ti no te gustó desde el principio. Yo… —se removió el pelo castaño con incomodidad y agarró el manubrio—. Ni de coña vas a pagar tú por esto si puedo evitarlo.

Luego abrió la puerta de golpe y se marchó sin despedirse.

Y Oliver y yo nos quedamos allí callados hasta que la enfermera me recordó que debía dejarlo solo para que descansase.

Dejé pasar el recuerdo y levanté la cabeza hacia mi mejor amigo.

—¿Me lo dices para que lo avise yo?

No había vuelto a verlo, ni siquiera en la granja de mi tío, pero podía llamarlo. Trevor negó con contundencia.

—Nosotros nos encargamos.

Metió las manos en los bolsillos y el silencio que le siguió me resultó incómodo, pero esperé. Trevor y yo nos conocíamos de sobra para saber que todavía no había terminado. Se acercó hasta quedarse al otro lado de la mancha de grasa y cuadró los hombros antes de añadir:

—Mi primo me ha dicho que los de la gasolinera le han dado las grabaciones. Se ve claramente a Anitta colándose en la jaula de la camioneta de Rhenton.

No sabía que el sheriff hubiese puesto en duda esa parte de la declaración, aunque tampoco era de extrañar. Kieran era muy diligente en su trabajo y estando implicado el rancho de sus primos, lo sería todavía más.

—Sí, dijo que le escuchó decir algo sospechoso y…

Levantó la mano para hacerme callar.

—Cuando Anitta cierra la persiana de la jaula, también se ve una cabeza moverse en el asiento del copiloto, antes de que Rhenton entre en el coche.

Su tono era igual de glacial que el sudor que me bajó por la espalda nada más escucharlo. Me sujeté al mango de la escoba sintiendo que el suelo temblaba bajo mis pies. Anitta me había asegurado que el coche estaba vacío cuando entró, pero se había equivocado.

Estábamos jodidos.

Todos.

Y esta no era la manera que había pensado en confesarle la verdad a mi mejor amigo.

Chasqueó la lengua apuntándome con su barbilla afilada.

—No pongas esa cara, que lo va a dejar así. Salvo que escondáis algo más, claro. ¿Desde cuándo lo sabías? —preguntó con un deje amargo y de enfado.

Tragué saliva sabiendo que no podía parar esta conversación, por muy incómoda que fuese.

—¿Que se relacionaban con los cuatreros? Cuando entré en el establo y vi la furgoneta de caballos. —Empujó la barbilla hacia adelante y supe que dudaba y volví a sentir la familiar punzada de la culpa en el estómago—. Es la verdad, Trev. Sospechaba que andaban en algo, pero no tenía ni idea de en qué hasta ese momento.

—¿Aquí, en el rancho? ¿Desde cuándo?

—Desde que me pusiste aquel vídeo de tres personas entrando en el establo.

Su mirada se endureció en el cuanto identificó a qué me refería.

—Si te fijas bien, uno cojea.

Asintió despacio examinándome durante demasiado tiempo, como si me viese por primera vez. Y yo me limité a sostenerle la mirada en silencio, esperando.

—Puedo entender por qué lo hiciste, John. Seguramente yo también lo hubiese hecho por Jarrad. O por ti. —Se pasó la mano por la barba mientras otro aguijonazo me retorció por dentro—. Me lo tenías que haber contado. No porque sea tu jefe. O tu mejor amigo. Habéis puesto el rancho en peligro. Y a medio pueblo.

Asentí con gravedad. El rancho de los Woodhall era el motor económico del condado desde hacía muchos años. Entre herradores, vaqueros, veterinarios y mantenimiento, había más de setenta familias cuyo sueldo dependía directamente del rancho. Además de la dependencia indirecta del resto del pueblo, desde el taller mecánico que se ocupaba de nuestra maquinaria hasta las cafeterías donde desayunaban la mayoría de los vaqueros antes de venir al trabajo. Si Woodhall cerraba, la mayoría de los negocios se irían detrás y Strokeville pasaría a ser otro pueblo fantasma del centro del país.

Esa era una responsabilidad que Trevor y Jarrad se tomaban muy en serio desde que su padre estuvo a punto de perder el rancho cuando eran niños. Cualquiera en Strokeville lo sabía.

Y yo la había puesto en peligro.

Me clavé las uñas en la palma de la mano, intentando conservar la calma.

—¿Qué vas a hacer?

Trevor suspiró con pesadez, con los hombros crispados.

—No le voy a quitar el seguro médico. Lleva casi quince años trabajando en el rancho. No voy a dejarlo tirado estando ingresado.

El alivio fue instantáneo. Los Woodhall pagaban bien, pero mi primo solo era un vaquero y, con tantos días ingresado, la factura del hospital acabaría siendo astronómica.

—Gracias, Trev.

—Es lo justo. Pero tampoco puede seguir trabajando aquí.

—¿Y yo?

Me sacó la escoba de la mano.

—Vete a casa, Johnny. Ya termino yo con esto. No… —vaciló y me palmeó el hombro con fuerza—. Por muy cabreado que esté, sigues siendo mi mejor amigo. Y mi mejor empleado. Solo necesito un poco de tiempo.

29. JOHN

Aparqué detrás de mi casa, pero después de un buen rato encerrado en el habitáculo, con las manos ancladas al volante y la vista perdida en la cancela decidí que ya era hora de dejar de perder el tiempo. Me había quedado aquí tanto tiempo que las luces de las farolas y de las viviendas cercanas habían comenzado a encenderse. Estaba agotado, física y mentalmente. La mirada de Trevor al despedirnos seguía dando vueltas por mi cabeza, al igual que sus palabras.

Estaba cargado de enfado y decepción, pero también había una parte de comprensión. Trev no aprobaba mi comportamiento, pero podía entenderlo. Lo suficiente al menos como para no correrme a gorrazos del rancho tras enterarse de que había cubierto a Oliver para que se librase del castigo.

La mitad del pueblo cuchicheaba a mi paso, y sabía que más de uno se preguntaba si yo también estaba metido en el lío. Oliver se recuperaba, pero más lento de lo esperado. E iba a tener que trabajar mucho para recuperar la confianza de mi mejor amigo. Y, aun así…

Cerré los ojos un instante.

«Al menos, ahora, ya está»

Esas fueron las palabras de alivio de Anitta la mañana siguiente, en el trayecto del hospital a la oficina del sheriff. Si entonces pensé que podía ser cierto porque la Tierra había seguido girando como si mi mundo no hubiese estado a punto de desplomarse, hoy estaba convencido de que tenía toda la razón.

El día había sido caótico. Odioso. Y me dolía cada músculo que no sabía ni que tenía en el cuerpo. Sentía pena por mi tío, que no estaba pasando un buen momento por los rumores a nuestras espaldas y que había elegido confinarse en la granja lo máximo posible, al igual que mi madre, porque no lo merecía y le estaba afectando a la salud.

Pero, aun con eso, seguía sintiéndome más ligero que antes.

Si el suceso en el establo había sacado todo a la luz, después de lo de hoy ya no debía quedar nada más por descubrir. Al menos, por mi parte.

Nada que esconder. Ni que fingir.

Solo afrontar las consecuencias.

Giré la llave hasta que el motor ronroneó y conduje hasta el Sally's. Anitta y su persistencia eran las culpables de que ahora me atreviera a hacerlo como si fuera fácil.

Cuando llegué a mi sitio de siempre al final de la barra tenía una jarra fría de cerveza esperándome. Me senté, di un trago y la seguí con la mirada de espaldas a la televisión. Anitta danzaba entre las mesas con la bandeja cargada con la segunda ronda de cenas, otra vez. Tenía el recogido hecho un desastre, con la mitad del pelo escapando del bolígrafo que había plantado en la coronilla, las mejillas encendidas del esfuerzo y la parte trasera de mi camiseta a punto de enseñar más de lo debido sin necesidad de agacharse. Y su energía seguía siendo deslumbrante. Ani levantó la cabeza tras atender a la señora Flórez, me guiñó un ojo con descaro y siguió pululando entre las mesas, como si no llevase casi doce horas sin descanso.

Apreté el asa fría con furia porque no se lo merecía. Y, aun así, ahí estaba ella, esforzándose por atender a todos los clientes porque sentía que se lo debía a esa déspota de Cindy.

La vi entrar en la zona de la cocina con la bandeja hasta arriba de platos vacíos y salir poco después con otra llena de comandas y repartirlas por las mesas. Una risa por aquí, un manotazo por allá y una sonrisa solo para mí cada vez que tenía que sacar la libreta para anotar algo.

Unos meses atrás hubiera jurado que el mejor momento del día era llegar a casa, quitarme las botas y descansar en el sofá después de una ducha rápida. No tenía ni idea. Por mucho que los pies me estuviesen matando, esto era mucho mejor. Verla en acción.

Tras unos minutos se acercó abrazando la bandeja vacía contra el pecho.

—¿No has pasado por casa todavía?

Negué sonriendo y enganché un dedo en el mandil que rodeaba las caderas, para acercarla a mí.

—Quería verte. Estaba pensando en algo.

Soltó una risita y luego frunció la nariz.

—¿En si la del supermercado nos ha vacilado con lo del nuevo detergente ecológico ese?

—¿Qué? No.

Señaló con un dedo una marca pálida a la altura del hombro, en la que no había reparado.

—Pues yo sí. Esa mancha sigue ahí. —Se giró mirando hacia los lados con el índice levantado—. Dame un momento. Eh, Devlin. ¿Qué decías que le echaba tu abuelo a los pantalones del trabajo y que os funcionaba siempre?

Para cuando reaccioné, ya estaba llegando al otro extremo de la barra y el mediano de los Miller contuvo la risa antes de responderle.

—Trementina.

—Vale. A ver si me acuerdo.

—Esperemos que no —bromeó apuntando en mi dirección.

—Tú vacílame, que la próxima cerveza te la pongo sin alcohol.

Las carcajadas de los hermanos Miller invadieron la cafetería y, sin poderlo evitar, me uní a sus risas.

—Porque es tóxica, Larsen. Si no tienes cuidado te puedes cargar a alguien. Mi abuelo, cuando se le fue la cabeza, casi se carga a mi hermano y tuvimos que escondérsela. ¿Por qué te crees que Bash quedó medio tonto? Pues por eso.

—¡Eh! —Su hermano pequeño lo golpeó en el hombro—. No te pases.

—Eso. Y lo que le echaba era queroseno.

Anitta lo anotó al final de la libreta de las comandas mientras unos se reían y otros discutían sobre el mejor truco casero de limpieza que no implicase riesgo de muerte para nadie. En el momento en que alguien nombró la gasolina se levantaron varias cabezas de las mesas cercanas y quizá debía unirme para acabar con aquello porque podía acabar siendo el principal damnificado. Lo único que necesitaba mi cazadora vieja era que la tirase a la basura cuando llegase la primavera y estaba seguro de que no pensaba usar ninguno de esos remedios estrambóticos con mis prendas de trabajo. Abrí la boca para decirlo en alto y acabar con la discusión, pero la sonrisa que me dedicó al meterse tras la barra para servir otra ronda de bebidas a los más acalorados me deslumbró haciendo que se me olvidara por un segundo

Llevaba mucho tiempo fijándome en Anitta. Demasiado. Desde mucho antes de atreverme a pedirle una cita porque me parecía imposible que me dijese que sí. Por eso sabía que se había quedado con todos los clientes y que se lo estaba pasando en grande, aunque intentaba que no se le notase. Me encantaba esa energía desbordante que brillaba en su interior y que la hacía magnética. Esa capacidad para seguir sonriendo, como si no costase, cuando nunca lo había tenido fácil. Esa alegría natural y caótica que resultaba tan contagiosa y que me había llamado la atención desde la primera vez que la vi. Ese *algo* tan suyo que yo le

había drenado con mis dudas y miedos hasta que acabó dejándome y que había vuelto a flaquear por mi culpa otra vez estas semanas.

Pero esas sombras habían desaparecido, igual que el peso invisible de mis hombros y ya no quedaba ni rastro de esa maldita tensión que nos había controlado en los últimos tiempos.

Casi una hora después me terminé la segunda jarra y tomé los últimos cacahuetes. No quedaba ni rastro del alboroto de antes. Solo quedábamos dos mesas junto a la cristalera terminando de cenar y yo solo en la barra muerto de hambre esperando a que Anitta regresase del almacén. El programa de la televisión no servía para distraerme y en cuanto vi un manchón rubio moverse en el pasillo perdió toda mi atención.

Levantó una bolsa de papel marrón con el brazo derecho y la agitó acercándose a mí. Se había soltado el pelo que ya casi le rozaba la cintura y no había ni rastro del mandil.

—¿Nos vamos?

En cuanto se acercó lo suficiente el delicioso olor a costillas calientes y pan tostado hizo que me sonaran las tripas.

—Creí que te tocaba cerrar.

Asintió riéndose por lo bajo.

—Stephen desapareció una hora durante el turno de comidas para darse un revolcón con su novia, así que ahora le toca cerrar a él.

Alargó la mano y tiró de mi brazo obligándome a levantarme.

—¿Qué tal en el rancho?

Me encogí de hombros y murmuré un «bien» entre dientes. No intentaba ocultárselo, pero tampoco me moría de ganas por hablar de lo sucedido esa tarde. Estaba cansado de ser el de los problemas y de que ella siempre sintiese que debía arreglarlos.

—Vas a contestar o qué —insistió dándome con el codo— ¿Qué dijimos de guardarnos secretos, John?

Sonreí sin ganas y pasé el brazo sobre sus hombros. Anitta hizo que le prometiera que no le escondería más secretos de esos que se adueñaban de mi cabeza hasta bloquearla. Y aunque no era el caso, entendía su desconfianza.

Exhalé y lo solté de golpe mientras esquivábamos las sillas de camino a la salida.

—He hablado con Trevor. Los echa a los dos, yo me quedo. Y está cabreado —resumí deseando cambiar de tema.

Anitta apretó los labios y se pegó un poco más a mí.

—Normal. Ya se le pasará. Por cierto, ¿has visto la que he liado antes? —Estiré la mano para abrirle la puerta de cristal y me esperó en el exterior—. Los martes últimamente son una ruina, pero con esa bronca al final me he sacado un extra en propinas.

—¿Así que fue por eso?

—No. Pero igual debería.

Rebusqué la llave de la camioneta en la cazadora conteniendo la risa, y se me escapó algo que llevaba mucho tiempo pensando.

—Lo que deberías es trabajar menos horas. Te pasas la vida ahí dentro.

Su espalda se crispó de inmediato, pero no dejó de sonreír mientras cruzábamos la calle.

—Ya… pero ya sabes cómo está la jefa. Además, necesito dinero para tonterías como la comida o el alquiler. Mi casero…

—Pues déjalo también.

Levantó la cabeza sin dejar de parpadear.

—Claro, claro. Cuando digo lo del banco del parque no es literal.

—Estás pagando demasiado por ese estudio y tú odias tirar el dinero. —Apreté el botón del mando y me apresuré a abrirle la

puerta, pero cuando llegué a la mía todavía me observaba con los ojos muy abiertos desde la carretera—. Entra que hace frío, Ani.

—Como si no supieses a qué precio están los alquileres.

Entró y cerró de un portazo. «La cosa no va bien, John». Bajé los párpados un instante antes de meterme en el habitáculo.

—Que yo tiro el dinero, dice —siseó estirando la mano para ponerse el cinto—. Como gano tanto igual me compro una mansión con las propinas.

—No me refería a eso, Anitta. Sabes que no esto no se me da muy bien.

—Pues joderme la cena sí —replicó con la bolsa sobre las rodillas y la vista puesta en la carretera.

Repiqué el pulgar contra el volante intentando encontrar la frase adecuada para dejar de empeorar las cosas. Anitta era muy hábil con el lenguaje, podía transmitir sus ideas con muy pocas palabras, tanto para hacerte una caricia como para asestarte un mazazo. Nada que ver con esta torpeza mía. Carraspeé y alargué la mano hasta su rodilla para volver a empezar.

—Últimamente no usas el estudio.

—Mentira.

—Llevas un mes durmiendo en mi casa y pagando por el estudio.

Anitta se echó a reír y sacudió la cabeza.

Pero supe que iba fatal cuando la vi buscar el coletero con la barbilla casi temblando.

—Quiero que dejes el estudio y que en el llavero solo lleves las llaves de mi casa. O podemos buscar otra, si la mía no te gusta. Así también podrías seguir estudiando y reducir las horas en la cafetería. O dejarlo. Con mi sueldo nos da. O, si tú quieres, podemos hablar con Trevor para que vayas al rancho unas horas. Los que ayudan a Rita con las comidas cobran lo mismo que tú por unas pocas horas.

Disparé una frase tras otra, como una metralleta, mientras Ani me observaba con la boca abierta.

—John, ¿has estado a punto de cabrearme para pedirme que me vaya a vivir contigo de manera oficial?

—Supongo que sí.

Anitta puso los ojos en blanco y dejó la bolsa en el salpicadero.

—¿Estás seguro?

Asentí con firmeza.

—Más que de nada en la vida.

Era la verdad.

Tan evidente que no sabía cómo había tardado tanto en verla.

Si fuera tan hábil con las palabras como ella, le diría que prefería renunciar al rancho para siempre que volver a perderla, aunque fuese unos días. Pero no lo era. Así que me limité a sostenerle la mirada intentando transmitirle lo que no me salía de otra manera, hundiendo los dedos en su muslo.

Ani se me quedó mirando un rato, negando con la cabeza. Después su mano se coló con agilidad en el bolsillo de mi cazadora.

—¿Qué haces?

No contestó.

Se limitó a sacarme el llavero para devolvérmelo unos segundos después. La llave del estudio brilló entre sus dedos bajo la luz de la farola cercana antes de que la guardase en su bandolera.

—¿Ani?

Su risa alegre rebotó por el habitáculo a la vez que se inclinaba hacia mí.

—Recuperar las llaves para devolvérselas al casero, John —respondió dándome un beso.

30. EPÍLOGO. ANITTA

Me acurruqué un poco más en la mecedora dejando que los últimos rayos de sol me acariciaran la cara. No estaba siendo un invierno especialmente frío, pero cuando el porche se quedase a la sombra dentro de una hora no aguantaría estar allí por muchas mantas que me pusiese sobre las piernas. La brisa me movió el pelo y bajé los párpados cuando un mechón me dio en los ojos, pero después de apartarlo me quedé así un instante intentando disfrutar de la calidez, el silencio y el aroma a cedro y tierra en mi lugar favorito de la casa hasta que escuché el chirrido de la puerta de malla a mi espalda.

Intenté levantarme para ayudar, pero Abigail negó con la cabeza con suavidad y se apresuró a acercarse a la mesa de metal y madera para posar la bandeja de plástico.

—Pensé que te vendría bien un respiro antes de que el frío caiga de golpe.

Me tendió una de las tazas y esperó a sentarse a mi izquierda para agarrar la suya mientras el olor a chocolate caliente y pan de plátano sustituía a todos los demás.

—Gracias.

La sonrisa que me devolvió era idéntica a la de su hijo, aunque más cansada.

—Era lo mínimo después de la encerrona —dijo y la vista se le fue directa al granero del fondo de la finca, que era lo que nos había traído hasta aquí hoy.

John y yo teníamos planeado pasar nuestro día libre en San Antonio. En teoría. Pero en cuanto descolgó y vi cómo se le arqueaban las cejas mientras hablaba con su madre fui a la habitación para cambiarme el vestido nuevo por una vestimenta más adecuada adelantándome a lo que se venía.

—John dice que dentro de nada tienes los exámenes.

Apenas lo nombró, también miré hacia el granero. John seguía allí arriba, intentando terminar la reparación del tejado antes de que se hiciese de noche porque habían descubierto que parte de la madera se había podrido y dejaba entrar agua.

—En tres semanas. Todavía me queda tiempo para repasar un poco más —murmuré viéndolo pasarse el antebrazo por la frente antes de agacharse y seguir martillando.

No era la única instalación de la granja que necesitaba reparaciones de manera urgente; quitando la casa, la mayoría de ellas. Por eso cada vez pasábamos más tiempo en la granja del tío Oliver que en cualquier otro lugar.

—No estés nerviosa, Ani —dijo palmeándome el antebrazo—. Estudias mucho. Te saldrá bien.

Estuve a punto de guardarme una carcajada amarga, pero me la tragué porque Abigail me había animado a presentarme a los exámenes desde la primera vez que John la invitó a comer con nosotros y me pilló peleándome con uno de los manuales de Vera. Y lo hacía porque, al parecer, creía en mí tanto como su hijo. Era una sensación extraña y nueva.

—¿Y habéis hablado con Trevor por el nuevo trabajo?

Negué y me llevé la taza calentita a la boca.

Me había pasado varias semanas en el Sally's intentando convencer a mi jefa de una reducción de las horas de trabajo. Ni siquiera le pedía la media jornada que en su momento hacía Sonia, solo cumplir de manera estricta con mi horario, pero se negó en redondo.

Así que, después de mucho pensar, hice caso de los consejos de Vera y John y acabé dejando el trabajo. No fue fácil. Llevaba años yendo a la cafetería al menos cinco días por semana y tratando con todos los habituales, pero los dos estaban en lo cierto: no le debía nada a mi jefa y ella no se preocupaba por mí de vuelta de la misma manera. Además, necesitaba tener algo más que unas cuantas horas libres a la semana y no solo para estudiar. Para vivir.

Así que, por primera vez desde que terminé el instituto, estaba ociosa.

—Vera me ha convencido para vivir a costa de tu hijo hasta que salgan las notas.

Su carcajada me cogió por sorpresa, igual que el manotazo que la siguió. Los chismorreos maliciosos y las miraditas crueles le hacían mella y, aunque intentase fingir que no le afectaban, tampoco sonreía demasiado. Pero sí que se reía con la mayoría de mis tonterías.

Agarré un pedazo y se lo pasé y luego le hinqué el diente a otro. Delicioso, como todo lo que cocinaba esa mujer.

—¿Qué tiene tanta gracia, tía?

Oliver apareció por el patio lateral frotándose las manos con un trapo. Levanté la taza como saludo sin poder evitar fijarme en cómo caminaba despacio, con la frente sudada y la cara pálida, como si los setenta metros hasta la casa fueran una media maratón.

—Que me haya convertido en una mantenida. Solo hasta los exámenes.

Apretó la boca, pero supe que sonreía. Luego se apoyó con cansancio contra el pasamanos e inspiró despacio antes de subir los tres escalones. Cuando salió del hospital el médico le aseguró a la familia que se recuperaría casi por completo y que apenas se le notaría, pero más de dos meses después cada pequeño esfuerzo todavía le alteraba la respiración hasta agotarlo, aunque Oliver se esforzara en esconderlo.

Rhenton se había marchado de Strokeville en cuanto Oliver dejó de necesitar el respirador en casa. Odiaba que los señalasen a todos por algo que consideraba que era solo asunto suyo, así que se había mudado a tres condados de distancia y venía directo a la granja todos los domingos que podía sin pasar por el centro del pueblo.

Pero eso no había solucionado nada.

Que Rhenton desapareciera no bastó para acabar con los comentarios ácidos y gratuitos del gremio de cotillas y sus secuaces. No iban a soltar el hueso hasta que diesen con otro más grande. O se aburrieran de él. Y me jugaría el sueldo de un año a que lo retomarán cuando llegase el juicio. Por primera vez en mucho tiempo, no había habido filtraciones de la investigación, así que todos los vecinos habían inventado mil versiones diferentes, pero ni siquiera nosotros sabíamos la verdad completa porque ninguno de los dos hermanos nos había aclarado nada.

Rhenton solo había hablado con el sheriff del asunto. Y con nadie más.

Y que viniese todas las semanas casi sin falta tampoco servía para mantener la granja mínimamente operativa. No con un hermano convaleciente y un padre al que el cardiólogo le había dado un ultimátum sobre los excesos tras la última revisión.

Así que John había decidido ocuparse de lo que pudiera.

Y yo me había hecho adicta al pan de plátano y la cazuela de pollo ranchera de Abigail.

—No tenías que haber estado tanto en el granero, cielo —le reprendió su tía antes de levantarse—. Te traigo un chocolate calentito.

Oliver puso los ojos en blanco y se dejó caer en la silla vacía.

—¿Te duele mucho?

—He estado peor. —Intentaba vacilar, pero al encoger los hombros se le escapó un quejido.

Tantas visitas también me habían permitido llegar a conocerlo. John tenía razón: no era un mal tipo, más bien lo contrario. Era una especie de John más alto, todavía más reservado y que no se quejaba nunca. Por eso no sentía ni un ápice de remordimientos por haberle mentido al sheriff y me daba igual que lo supiera mientras no actuase contra él.

—Desde aquí no lo parece —repliqué pasándole una de las mantas—. ¿Les queda mucho?

—No, pero tu novio está empeñado en impresionar a mi padre clavando esos clavos con escuadra y cartabón. Como si no fuésemos a tener que cambiar el tejado completo el año que viene.

El móvil vibró en mi bolsillo y alargué la mano con pereza. Seguramente sería el grupo de las chicas, vacilándome por cambiar una escapada romántica a la ciudad por un día en la granja. Quizá para ellas no, pero para mí tampoco era tan mal cambio. Claro que me encantaba comer en un restaurante de postín, ir a las tiendas del centro comercial u obligar a John a hacer el ridículo conmigo en el karaoke de vez en cuando.

Pero estar aquí, sentada en la mecedora de madera en el viejo porche de los Buttler tan cómoda y relajada como si formase parte de un todo, como si también fuese de la familia y no tuviese que esforzarme por pelear cada pequeña cosa de mi vida yo sola también me sonaba bastante bien.

Mucho mejor que un día en San Antonio.

—Pues recupérate de una vez, porque quiere arreglar los comederos y desescombrar los canales, y te va a acabar dando el invierno.

A Oliver se le escapó algo entre una risa y un gruñido y luego se retorció en la silla para sacar el teléfono de la ropa de trabajo.

—El invierno nos lo va a dar a los dos. Vas a vivir en esa mecedora como no pare con las reparaciones.

Me encogí de hombros.

—Mientras tu tía me siga sobornando con esto, por mí bien— respondí blandiendo el resto del pan de plátano contra él.

La media sonrisa se le cayó en cuanto desbloqueó la pantalla y la mano libre se le crispó sobre la mesa.

—Mierda —masculló sin levantar la vista.

Tenía la misma cara que cuando recibió la factura del anestesista, así que contuve las ganas de preguntar qué sucedía. Oliver se negaba a dejarse ayudar con los pagos médicos, aunque cada semana recibiese una factura nueva que no iba a poder pagar. Dudé, pero mi teléfono volvió a vibrar y deslicé el dedo para darle unos minutos de intimidad.

Veinte mensajes nuevos en el grupo de las chicas en los últimos minutos. Estaba claro que alguien se aburría en su casa mientras su novio estaba patrullando, porque tanto movimiento a esa hora solía ser cosa de Darrell. Entré en el chat para decirle que dejase de molestar y se pusiese un rato con Netflix, pero el pulgar se me quedó helado sobre la pantalla.

Leí el mensaje con detenimiento un par de veces, luego deslicé hasta abajo y volví a subir para leerlo otra vez.

—Hola, preciosa. ¿Qué os pasa que tenéis esas caras?

La voz de John me llegó como algo lejano, pero al girar la cabeza vi que él y su tío estaban apenas a unos metros de nosotros, ya subiendo al porche.

—Vamos para adentro, que empieza a hacer mucho frío, chicos —dijo el tío Oliver antes de abrir la puerta.

Su hijo asintió y se apuró a seguirlo al interior. John nos miraba con un brillo curioso en la mirada. Yo también me levanté sintiendo el aire más frío y pesado alrededor y le pasé mi teléfono.

Al instante su expresión se tensó.

Al menos el gremio de cotillas dejaría de rumorear sobre los Buttler durante un tiempo. Uno largo. Porque seguro que también a ellas les había llegado la misma noticia que a mí.

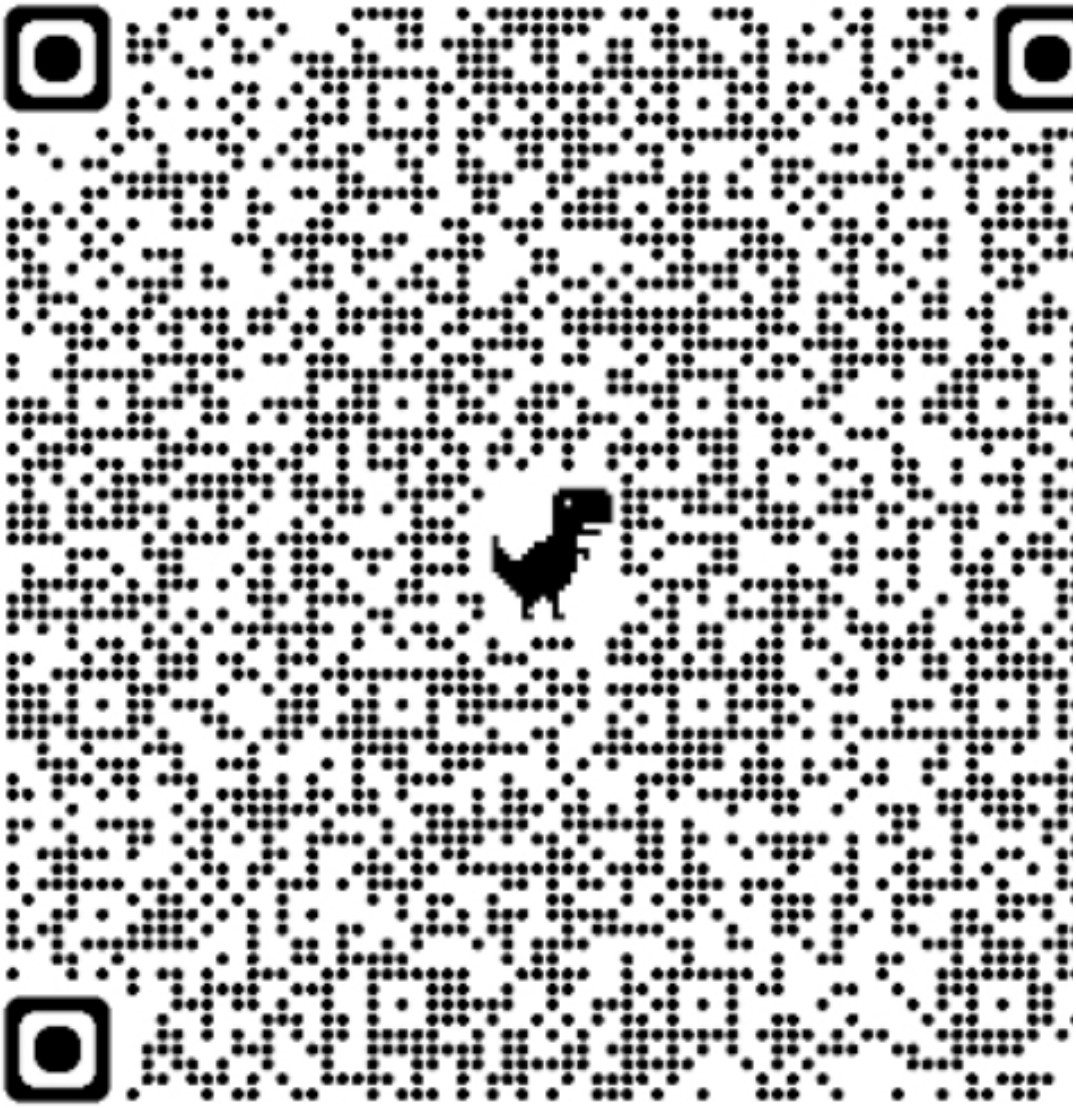
Un reporte de una de las granjas abandonadas al sur del condado.

Habían localizado un cadáver.

Al fondo de un pozo seco.

Con la cartera de Walter Green.

AGRADECIMIENTOS



Gracias por leer esta novela. Si te ha gustado puedes ayudarme mucho a seguir adelante dejando una valoración o reseña escrita en Amazon. Puedes hacerlo de una manera más fácil a través de este QR.

Si quieres ponerte en contacto conmigo puedes hacerlo a través de mi correo electrónico o Instagram con el nombre de usuario @dulcemartinezwri o en mi página de Facebook en el enlace